

Keith Roberts

Los gigantes de caliza

Traducción de
Luis G. Prado

BIBLIOPOLIS
fantástica

Título original:
The Chalk Giants
Traducción de Luis G. Prado

Ilustración de cubierta: Gallego BROS
Diseño de cubierta: Alberto Cairo

Colección Bibliópolis Fantástica nº 10

Primera edición: marzo de 2004

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su almacenaje o transmisión por cualquier medio sin permiso previo del editor.

© 1974 Keith Roberts

© 2004 Luis G. Prado
por la traducción

© 2004 BIBLIÓPOLIS
Luis G. Prado, editor
Gta. López de Hoyos, 5
28002 - Madrid
www.bibliopolis.org

ISBN: 84-96173-03-8

Depósito legal: M. 17.067-2004

Impreso por Fareso, S.A.
Paseo de la Dirección, 5. 28039 – Madrid

Impreso en España
Printed in Spain

*Foweles in the frith,
the fishes in the flod—
And I mon wax wod.
Much sorw I walke with
for best of bon and blod.*

[Las aves están en los bosques,
los peces, en el río...
Y yo debo de estar volviéndome loco.
Camino con un gran pesar
por la mejor de las criaturas de carne y hueso.]

Anónimo, siglo XIII

El coche patrulla vuelve a moverse, recorriendo el arcén a lo largo del tráfico detenido en dirección sur. Su altavoz resuena; las palabras llegan crepitando y desafinadas, distorsionadas por el calor de la llanura de Salisbury en agosto.

Stan Potts observa cómo da vueltas la luz azul, y suda y se frota y blasfema. Necesita orinar, y lo necesita desde hace una hora o más, y el dolor sordo se ha convertido en dolor agudo, y luego, en una necesidad agobiante. Cambia la marcha una y otra vez y mira por el parabrisas manchado del Champ e intenta no pensar en nada, en nada en absoluto.

El agente ha salido del Wolseley y camina de un vehículo a otro a lo largo del atasco. Un alboroto estalla en algún lugar a los lejos, con cláxones y gritos. El altavoz dice: *No se permite el paso a las áreas restringidas. Si su desplazamiento no es imprescindible, vuelvan a sus casas. No se permite el paso a las áreas restringidas.* Stan se frota la cara con el dorso de la mano y tantea tras de sí. En alguna parte, resonando al moverse, hay una vieja lata de cebo. La encuentra y se la coloca entre los pies.

El agente se apoya en la ventanilla. Sus brazos están cubiertos de vello corto y rubio.

—¿Adónde va, señor? —dice.

—A Wareham —dice Stan.

El policía niega con la cabeza. Parece muy joven.

—Está restringido —dice—. No le dejarán entrar. Será mejor que dé la vuelta.

—Tengo que intentarlo —dice la voz de Stan Potts—. Mi padre está muy mayor. —Sólo son palabras, y no son importantes.

Pero, en todo caso, el policía ya ha seguido adelante. No está realmente interesado.

El Wolseley llega a su altura y se detiene. El conductor está hablando por radio.

—A seis kilómetros y medio al norte de Amesbury —dice—. Sí, de acuerdo.

El coche vuelve a moverse, y la radio silba. Stan aferra la lata entre las rodillas, tira de la cremallera. El alivio hace que le dé vueltas la cabeza.

—Necesito gasolina —dice un hombre que aparece en la ventanilla.

Stan se asusta e intenta taparse.

—Nadie tiene —dice. Vuelve a recostarse, dolorido.

—Llevo ciento cincuenta kilómetros —dice el hombre—. Necesito gasolina. ¿Qué tiene ahí?

—Agua —dice Stan—. Es agua.

—Vaya cabrón asqueroso —dice el hombre—. Está meando en una lata.

El Escort que hay delante de él ha avanzado quince metros. Stan gira la llave de contacto. El motor se enciende. Suena ásperamente.

—Lo siento. No tengo gasolina.

—Cabrón asqueroso —dice el hombre—. Tengo a mi mujer y a mi familia ahí atrás.

El Ford vuelve a avanzar. El tráfico de detrás del Champ hace sonar el claxon, intentado abrirse paso. El hombre trata de abrir la puerta.

—Salga de ahí. Póngase en pie —dice.

Stan pisa el embrague. Algo golpea contra el costado del Champ. Mira hacia atrás. El hombre que necesitaba gasolina está forcejeando con los dos policías en mangas de camisa. Una gorra de uniforme rebota sobre la carretera. Las figuras se dejan caer sobre el maletero del coche patrulla. Más allá, un descapotable intenta forzar el paso. El conductor da golpes en la puerta con la mano abierta y grita. Una rueda sube y baja, pasando sobre un obstáculo. Alguien chilla. Stan conduce cuarenta metros; frena. Parece que la pelea continúa, pero los detalles quedan ocultos por el tráfico que pasa por delante. La lata se vuelca y derrama su contenido en una mancha oscura. Alarga la mano para volver a cogerla, y gime.

Uno

El sol sobre una colina baja

I

Siempre era así en los viajes largos. Primero se preocupaba y atendía por si la cabeza de la biela daba golpes, por si el diferencial gemía y por si los cojinetes de la dinamo hacían ruidos, luego se aburría y comenzaba a calcular mentalmente tiempos y kilometrajes; al final la conducción se volvía automática y entonces era como si escuchase melodías en su cabeza, sólo que las melodías eran visiones y escenas que en ocasiones habían sucedido años atrás, cosas que no quería recordar pero que nunca había conseguido olvidar. Llegaban sin ton ni son, como las caras que supuestamente se ven en un fuego brillante. Sólo que él nunca había conseguido ver esas caras, ni siquiera cuando era pequeño.

El Champ rodaba con seguridad, alcanzando los treinta o los cuarenta. Ya estaba al sur de Salisbury, más allá del cuello de botella de sus viejas calles, los pitidos, el humo y el estruendo. Atravesar la ciudad había sido difícil; había escaparates rotos, y había visto antidisturbios con rifles y escudos. En alguna parte ardía un edificio; la nube de humo avanzaba, espesa, negra y maloliente, oscureciendo la aguja de la catedral y las filas de coches que pitaban llenos de pánico. Todo eran cláxones y gritos, e intentar abrirse paso metro a metro. Un Vauxhall chocó contra él en la nueva rotonda de las afueras; el gran gancho de remolque del Champ le atravesó la rejilla del radiador, lo que dejó al coche renqueando y resollando agua y vapor. Había tropas armadas; pero, aun así, había tenido la suerte de haber conseguido pasar.

Aferró el volante, intentando no pensar más. Más adelante, a

apenas ocho kilómetros, se encontraba la carretera de la costa que bordeaba Bournemouth. En los viejos tiempos habría llegado a su destino en menos de una hora, pero el tráfico volvía a reducir su velocidad hasta detenerse. A ambos lados se extendían los claros del Bosque Nuevo. Tragó saliva. Se había sorprendido preguntándose si sobrevivirían los ponys.

Se dijo por enésima vez que si tuviera una brújula en el salpicadero se arriesgaría a conducir campo a través. Había intentado conseguir una la semana anterior; pero era demasiado tarde. Quizá las habían prohibido. Miró a su alrededor y se pasó la lengua por los labios. Tenía el vehículo necesario, tenía los mapas; pero no iba a conseguirlo, ni siquiera ahora. No tenía agallas.

El miedo volvía a crecer, atascando su garganta. Se obligó a calmarse. Sacó un pañuelo, se enjugó la frente y secó el volante. Se quedó sentado, escuchando el latir del gran motor del Champ. Al cabo de un rato lo volvió a apagar, para ahorrar gasolina.

No podía decir cómo ni cuándo se le había ocurrido la idea. Al principio, como de costumbre, la había dejado de lado; pero volvía insidiosamente una y otra vez. Hizo que su cerebro comenzase a hacer planes, como otra melodía de la que no pudiera librarse, se interpuso entre el sueño y él mientras yacía en su cama una noche tras otra, escuchando el tictac del reloj y los tosidos incesantes de su madre al otro lado del descansillo. Se dijo que era inútil, inútil, hasta que le asquearon el sonido y el sabor de esa palabra; pero no sirvió de nada.

Sus primeras compras habían sido tentativas, botes y paquetes tomados de aquí y allá, llevados de un lado a otro a hurtadillas para transferirlos más tarde al garaje donde guardaba el Champ. Las dejaba en el suelo y trabajaba a la luz escasa de la única bombilla, diciéndose: «No lo vas a hacer nunca. No tienes agallas; y si lo intentases, fallarías». Finalmente se sentó en el habitáculo con un lápiz y un cuaderno. Necesitaba sistematizarlo todo; al menos, eso era evidente.

Se dio cuenta casi enseguida de que sus compras habían sido aleatorias e insensatas. La mayoría de los alimentos, comprados en un estado cercano a la histeria, eran demasiado voluminosos para su propósito, demasiado perecederos. Se puso a explorar mentalmente los estantes del supermercado más cercano, enumerando un producto tras otro. Había leído en alguna parte que el arroz per-

mitía vivir a más gente que ningún otro alimento de primera necesidad; hasta el momento no había aparecido en absoluto en sus listas. La harina era también básica, evidentemente; para transportarla y guardarla necesitaría recipientes a prueba de humedad, bien de plástico, bien de metal. Suponía que la mantequilla era necesaria; también podía servir para cocinar. Eso, al menos, estaba fácilmente disponible en latas. La sal sería vital; también necesitaría un recipiente hermético. La mayoría de la carne en lata era inadecuada; poca materia y mucho líquido. Sin embargo, la carne de vaca enlatada era ideal; con gran temeridad, se arriesgó a comprarla en gran cantidad. La sopa le tentaba; se decidió finalmente por la deshidratada que se vende en paquetes de aluminio. Luego añadió judías a su lista de posibilidades, y recordó los méritos peculiares de las patatas deshidratadas. Nunca dejaba de preguntarse: «¿Para qué lo estás haciendo? ¿Qué crees que vas a hacer?». Pero la parte de atrás del Champ empezaba a llenarse.

Colocaba cada caja y cada envase con el máximo cuidado, aceptando de mala gana cualquier centímetro de espacio que quedase sin ocupar. Añadió su caña de pescar con dos articulaciones superiores de repuesto, una caja de anzuelos y sedales gruesos. Siguió con accesorios de acampada: un hornillo con dos quemadores, vasos y platos de papel, tenedores y cuchillos de cocina, una linterna de mano, bombonas de gas. Las botellas eran voluminosas, y tuvo que reducir el espacio asignado a petates y mantas. Se decía: «Nunca vas a arrancar. Nunca vas a conducir hasta allí y nunca vas a hacer lo que crees que harás porque es una locura». Y aun así no se detuvo.

Una visita a un revendedor le procuró una docena de latas de gasolina de veinte litros; con eso se ocupaba prácticamente todo el espacio que quedaba. Entonces recordó que no había previsto la necesidad más vital de todas, una provisión de agua potable. Tuvo que comenzar de nuevo, casi desde el principio, revisando sus prioridades, descartando esto, recortando aquello. Condujo el Champ vacío hasta el taller, le cambió el aceite, lo engrasó y le hizo una revisión completa. No tocó la unidad de energía sellada, pero duraría al menos ciento cincuenta mil kilómetros. Preparó un equipo de emergencia: fusibles, bombillas y bujías, rotor y tapa del delco, condensadores y bobina de repuesto, clavijas, correas de ventilador, mangas, pinzas. Un bastidor de hierro, soldado por

puntos y colocado apresuradamente bajo el chasis, albergó una segunda batería recubierta de politeno; por último tomó la caja cerrada con llave del armario de su dormitorio y la deslizó bajo el asiento del conductor. El abrigo, las botas, la caja de herramientas y la segunda rueda de repuesto tendrían que viajar con él en el habitáculo. Lo acomodó todo para probar y dio un paseo con el gran motor. No había sitio para nada más; el Champ estaba lleno.

El tráfico volvía a moverse. Más adelante, en la carretera principal, había luces parpadeantes azules y amarillas; en alguna parte, una ambulancia chillaba su doble nota estridente. Un turismo yacía sobre el costado, y había un camión con remolque atravesado. Más allá, la carretera era un atasco resonante de vehículos.

Por el momento había descartado cualquier medio de calefacción. En caso de emergencia recurriría a los hornillos. No había fumado un cigarrillo desde hacía años; de todas formas, había cargado quinientos, de la misma marca, en latas selladas de cincuenta. Otros cincuenta estaban en la guantera para uso inmediato. Tiró de la anilla para abrir la tapa, encendió uno. La primera calada le hizo toser; volvió a aspirar el humo con cuidado y se recostó en el asiento. Las manos no dejaban de temblarle.

Las imágenes habían comenzado, como ocurría siempre. Se frotó la cara, cansado; pero la clase 3Q seguía riéndose, y Martin Bates estaba de pie con la lista bajo el brazo, los ojos azules y brillantes bajo las cejas copetudas y pelirrojas.

—¿Que por qué? —dijo—. ¿Que por qué? Cuando mando copiar no se pregunta por qué. Por lo que estaba haciendo antes de que entrase...

El borde del asiento le golpeó el interior de las rodillas. Estaba sosteniendo la tapa del pupitre, balbuciendo, y todo bailaba ante sus ojos.

—Señor Bates, yo...

—¡Otras cincuenta veces, Potts!

—Yo... yo...

—¡Ciento cincuenta, Potts! ¡Subiendo!

—Señor Bates, yo...

—Y otras cincuenta. ¿Lleva la cuenta, Chapman?

—Sí, señor Bates.

—¡Siéntese! —La voz era atronadora y le derrotaba.

—Señor...

—¡Potts! ¡Siéntese!

Sus piernas cedieron, traicionándole. Agachó la cabeza, con todo el cuerpo temblándole, mientras el libro de ejercicios brillaba borrosamente a quince centímetros de sus ojos.

—Doscientas cincuenta veces —dijo el Martillo—. Cincuenta porque sí; el resto, por impertinente. Y no borre eso. —La tiza rozó el borde de la pizarra; la lista cayó con fuerza sobre el pupitre—. Debe de estar loco, Potts. Debe de estar loco. Vamos a la página ciento veintitrés.

Las manos le dolían donde entraban en contacto con el volante. Estiró los dedos. La tarde estaba cayendo, y las luces traseras de los vehículos detenidos ante él titilaban como joyas. Cerró los ojos e intentó calcular cuánto tiempo llevaba en el coche. Los cláxones armaron un revuelo a su espalda. Se despertó sobresaltado. La fila había avanzado; metió la marcha y el Champ se movió. Los cláxones dejaron de sonar.

Encendió otro cigarrillo. El regusto estaba volviendo. Recordó que cuando se pasaba el castillo y se salía del valle, la carretera volvía a quedar iluminada por el sol. Daba en la última curva, directamente en los ojos; luego, la carretera serpenteaba entre muros secos y ahí estaban el pub y la caravana amarilla y roja aparcada fuera y el letrero que colgaba brillando vivamente contra el cielo que se oscurecía. En ocasiones, la neblina de mayo yacía sobre las curvas de las colinas, desplazándose en largas franjas que descendían rápidamente hacia el pueblo. Atravesarla era como conducir entre nubes, y el sol en lo alto le daba el aspecto de un país de hadas.

El Champ ladró, superando la cuesta en segunda; giró para meterse en el patio del pub con un golpe y un tintineo y se quedó sentado escuchando el motor tictaquear mientras se enfriaba. Y el prado seguía allí con los burros que pastaban, nada había cambiado; la gran extensión de colinas que se perdían en la distancia, y el castillo amenazante a varios kilómetros en el crepúsculo, y las luces de las casas y los coches chispeando y centelleando, y Poole sobre el horizonte, y el aire que se movía, enorme, limpio y antiguo. Escuchó el silencio, y luego sus propios pies sobre la grava al caminar hacia la puerta; y Ray estaba dentro, y los demás, John, con su abrupto acento de gente bien, y el artista barbudo que be-

bía de una jarra de peltre con tapadera, y la temible chica de ojos feroces que tocaba la guitarra y cantaba la canción sobre trabajar, tanto trabajar y ni un duro, no le habría molestado hacérsela. Y el fósil de un pez en su vitrina, y las jarras que colgaban sobre la barra, y el vaso de un metro sostenido por cadenas, y los anuncios iluminados de cervezas de barril de Devenish, y los puros y cigarrillos, y los carteles que anunciaban Vinos Rurales de Inglaterra.

Algo en su pecho dio un salto cálido, pues ella también estaba allí. Llevaba una camisa a cuadros ámbar y verde salvia, una falda corta de lona cruda y sandalias que dejaban ver sus pies, con sólo una tirita incitante entre los dedos. Su pelo y sus ojos eran oscuros, su piel, morena y dorada a la luz de las lámparas, y sus manos, como mariposas, tan hábiles y ligeras. Era perfecta de los pies a la cabeza. A veces se preguntaba cómo podía algo ser tan perfecto, en cierto modo, casi parecía mal. Tragó saliva y se preguntó qué decir, pero no fue necesario porque Ray le llamó desde la barra, como siempre:

—El sitio de costumbre —y sonrió, señalando al techo con la cabeza.

Así que arrastró sus cosas escaleras arriba y deshizo el equipaje; ya conocía el mobiliario de la habitación y la cama con sus sábanas inmaculadas y bien estiradas. La ventana estaba entreabierta con su gran alféizar pasado de moda y al otro lado estaba el castillo, la gran cáscara de ruinas azul en el crepúsculo. Desharía el equipaje rápidamente, metería la cámara y el fotómetro en el único cajón que cerraba con llave e iría a cenar porque después podría sentarse en la barra. Y ella le habló durante diez minutos enteros, le preguntó en qué trabajaba, si había tenido un buen viaje y cuánto había tardado en llegar. Después de aquello se lo pasó muy bien, aunque ella no volvió a hablarle; en cambio, oyó contar que el jefe de John había plantado una variedad incorrecta de trigo y el viento lo había aplanado, y que la caravana se había llevado el primer premio en un carnaval, y que los guardacostas registran los barcos por toda la costa de Gran Bretaña. Al volver en coche, las horas volaron; era como si ella estuviera con él, como si la hubiera llevado consigo como una pesca maravillosa de un mar maravillosamente cambiante. Sonrió en la oscuridad y tomó suavemente una rotonda con el Champ para no despertar a Martine, dormida a cien kilómetros de allí.

Había conseguido el Champ de Chalky por unas cien, Dios sabía de dónde lo había sacado; pero cuando se cansó de él y dijo que gastaba demasiada gasolina y se compró un viejo Magnette, Stan se lo quedó. Lo limpió e hizo que le instalaran rejillas metálicas nuevas en los lados y una capota, y se buscó un nuevo garaje. Después de eso ya le valía porque podía sentarse dentro y soñar, aunque cuando bajó con él a Purbeck la primera vez, Ray Seddon se rió, y bien que se rió, diciendo que había llegado el carbonero.

Todas las personas que conocía se rieron, y él tuvo que reírse con ellos, pero al final no estuvo tan mal porque ella salió a verlo. Llevaba una camisa blanca y la falda de lona, y el pelo corto, aunque él lo prefería un poco más largo. El Champ estaba recortado contra el cielo, colocado en el basto aparcamiento trasero del pub; el sol brillaba sobre su pintura verde oscura, parecía grande, duro y elegante. Martine tenía los brazos cruzados y llevaba un jersey sobre los hombros. Con su vocecita quebradiza, dijo:

—¿Qué son todos esos botones?

—Tracción a las cuatro ruedas —dijo él, y entonces la voz se le atascó en la garganta porque la oportunidad estaba ahí, cualquier otra persona habría dicho «Sube, te doy una vuelta», pero él no pudo hablar.

Así que el tiempo se detuvo un momento; luego, ella se volvió, diciendo que tenía que seguir trabajando, así que él fue a la trasera del coche y manipuló el cerrojo del bidón como si no pasara nada, y la tarde era tranquila y cálida y se sintió morir. Después de aquello, Northerton fue difícil de soportar; la casa de su madre y la visita del médico y el taller y el puesto de pescado con patatas fritas de la esquina y los pájaros en la tele y en los periódicos dominicales, todo le recordaba a ella. El invierno se acercaba; y Chalky era difícil de soportar, los paseos de los domingos por los jardines y por la nueva escuela primaria hasta Drawback, donde hacían correr a los perros. El cielo gris y los campos pardos y quebrados, el silencio y los árboles sin hojas; todo era difícil de soportar, aunque lo que tenía guardado dentro de sí no se podía explicar, y mucho menos a Chalky. Aunque le debía a él el castillo y el valle y Martine; se lo debía a una semana de vacaciones, hacía ya años, cuando Chalky estaba entre dos mujeres, con tiempo para él solo por una vez. Lo que había encandilado a Stan no le había causado ninguna impresión. La cerveza era buena, había declarado; el

castillo no estaba mal, para alguien a quien le gustara ese tipo de cosas; y Martine no estaba mal, aunque no le parecía que tuviera un buen polvo. Stan reflexionó, frunciendo el ceño; mientras Chalky juraba y blasfemaba, y el galgo levantaba liebres que nunca atrapaba y se cortaba con el alambre de los setos. Y a veces era bueno volver a meterse en el Champ y conducir pasando ante la planta de gas hasta su casa y cerrar las cortinas y poner la tele y preparar un té para su madre.

El tráfico había vuelto a detenerse; y había luces que parpadeaban, ámbar y azules. Había coches y camiones parados; parecía que había un control de carretera y él ya no podía seguir pensando en lo que pretendía hacer.

Todas las luces de la técnica estaban encendidas, de forma que el costado del edificio parecía un acantilado amarillo brillante. La cantina estaba fría y casi vacía, y apestaba al beicon del almuerzo. Arrimaron dos mesas hasta juntarlas, aunque la gorda había gritado a través de la ventanilla de servir que no lo hicieran, y Tasker había llegado desde Botas y Zapatos, el único tipo del departamento de cuero con el que se llevaban bien, y estaban Quartemain y Briant y Tony Sidgwick y media docena más. La neblina se cernía sobre ellos y ya habían empezado a sonar petardos aislados y todos estaban armando un buen barullo, y era la noche de Guy Fawkes.

Él se sentaba con el resto, sintiendo que una brisa cálida soplabla sobre su nuca desde la mesa de la otra esquina donde estaban sentadas las chicas de la escuela de arte. La chica alta estaba allí, Annette Clitheroe, treinta y cinco, veintitrés, treinta y seis, y la irlandesa pequeñita que suponían que se acostaba con los pakis, y la otra, Helena, a la que casi le habían conseguido quitar el jersey en el pasillo aquella noche y no llevaba nada debajo. Tony Sidgwick las provocaba todo el rato, diciéndoles que se acercasen a la mesa técnica y verían lo que era bueno, y luego empezó a meterse con Annette Clitheroe, cuyos padres tenían una gran tienda de muebles en el centro. Llevaba el pelo cogido en torno a una de esas cosas de fieltro para dar forma y Tony le preguntaba a gritos qué llevaba en la cabeza; al final, ella dijo:

—Es cosa mía.

—Pues vaya sitio más raro para ponerla —dijo Sidgwick, y todos comenzaron a chillar de risa, Stan incluido, porque no podía evitarlo.

Luego Sidgwick encendió un petardo bajo la mesa, no se dieron cuenta hasta que estuvo encendido y estalló; y el cerebro de Stan Potts funcionó a velocidad de relámpago, de forma que lo tomó, lo tiró por encima de su cabeza y se agachó. La gorda estaba gritando desde el otro lado del mostrador algo sobre el director, y Sidgwick se estaba ahogando de la risa que le había entrado.

Sus tacones sobre el suelo de cemento sonaban claros y diáfanos. Caminó de un lado de la cantina al otro, con la bandeja, y la puso ante él. Tuvo que levantar la vista, aunque no pudo dejar de reírse; y los ojos de ella brillaban de forma hostil tras sus gafas, y había un rubor de ira en sus mejillas. En medio de los pasteles estropeados, insertados en un merengue, estaban los restos del petardo, y había pequeñas manchas de crema en su jersey, y una en su mandíbula.

—Mi primo perdió un ojo con una de estas cosas, maldito gordo bruto —dijo—. ¡Debes de estar loco...!

Superó el control de carretera, pero tuvo que mentir, diciendo que iba a Dorchester. El tráfico era ahora más fluido, los coches se espaciaban y se movían a sesenta, a veces a setenta. Pero casi nadie venía del oeste.

Su mente estaba vacía; así que para llenarla y alejar las cosas que no quería ver, se puso a recordar el camino que tenía por delante. Wimborne y el giro a la izquierda junto a Granjeros de Dorset, el pequeño puente, la larga recta entre árboles con el cartel que decía Bienvenidos a Poole, aunque en realidad no se entraba en la localidad, y la nueva rotonda del fondo con la gasolinera, podía recordar cuando la estaban construyendo. Luego llegaba la otra rotonda junto al Armas del Panadero y el centro de investigación, del Almirantazgo decían que era, con kilómetros de alta verja de acero. Luego, el giro hacia Wareham, el apartadero donde estaban las cisternas de combustible; y más allá, al otro lado del puente... Pero su corazón volvió a latir con fuerza, golpeando dolorosamente contra las costillas, y detuvo el pensamiento antes de formularlo.

Después de aquel primer viaje casual volvió a Purbeck una y otra vez; aunque el camino desde las Midlands era largo, cinco horas y más en un día malo. Se comía casi todo el fin de semana; sólo una noche y la mañana siguiente. Las noches las pasaba en la barra; se levantaba pronto los domingos y conducía hasta el castillo o se internaba en los brezales. Le atraía el castillo, la vasta cáscara de ruinas que coronaba la colina con el pueblo disperso y agazapado al pie del montículo. Se alzaba armoniosamente en un gran paso, flanqueado por prominentes alturas de caliza. En una ocasión subió a la colina más cercana y estuvo sentado durante una hora o más observando los muros y patios derruidos, la casa de guardia con sus torres de piedra inclinadas. Un arroyo calcáreo corría junto al montículo. Los altos árboles se arqueaban sobre él, los arbustos vestían sus orillas; y en otoño acudían las luciérnagas, como estrellas verdes y frías sobre la hierba. Ansió llevárselas a ella, disfrutar con ellas sus dedos, y también su pelo moreno y brillante.

Otras veces conducía entre las colinas, por la carretera de montaña que estaba cerrada a menudo. Allí había calas escondidas, y pueblos vacíos y olvidados; y una vez vio a un jinete cabalgar por los acantilados prohibidos, a un kilómetro o más, recortado contra el resplandor perlado del mar. Descubrió Kimmeridge con su playa ennegrecida, la gran casa con vistas sobre la bahía; Worth, con sus casitas de gnomo escondidas entre la niebla del mar, y los salientes de Baile con su encantador estanque excavado en la roca. También averiguaba cosas sobre la gente que frecuentaba el pub; John, un misterio incluso para sus amigos, que conocía, al parecer, todos los países que se pudieran mencionar y sin embargo se dedicaba a conducir un tractor; Martin Jones, el hippie, con sus camisas de motivos florales y su pelo ralo por los hombros; Maggie, que de vez en cuando tocaba la guitarra para los turistas en el Bar del Cobertizo, y que vivía carretera abajo en un bungalow blanco con un baño para pájaros en el césped y un conejo de piedra con las orejas rotas, y Richard Joyce, que se ganaba la vida pintando y que debía de tener una fuente de ingresos privada. Les conocía, aunque no podía hablar con ellos; y ellos, por su parte, parecía que miraban de soslayo al hombre gordo sentado en la esquina, con su media sonrisa torcida y ojos siempre furtivos.

Aquella gente formaba, por así decirlo, un círculo interno de

conocidos. Pero había muchos otros; Andy, que trabajaba con John, Andy con su atractivo rostro moreno de granjero, que salía con Penny, que a veces echaba una mano en la barra; Ted y Arthur y los parroquianos, y Vicky, que era alta y rubia y llevaba un uniforme del ejército, decían que era enfermera; conocía a Richard, la había visto con él un par de veces. Y los turistas, las chicas de verano bronceadas, cálidas y de largas piernas, que se sentaban en el henil del Cobertizo con sus hombres y reían y bebían sidra y cerveza y a veces vino. Prefería sobre todo el Bar del Cobertizo, con sus paredes altas y frías de las que colgaban aperos y arreos y el tejado de paja encima de la barra y la puerta abierta al crepúsculo y las polillas que daban vueltas en torno a las luces amarillas. Veía el lugar en sus sueños; y Martine estaba siempre allí, Martine, con sus grandes ojos oscuros. A veces la veía también en las colinas, en los pueblos escondidos y junto al gran estanque de la roca. Entonces se despertaba y se daba cuenta de que estaba de nuevo en su casa, de que había estado solo, de que siempre estaría solo; se miraba en el espejo, su pelo que raleaba, sus ojos de párpados gruesos que perdían el brillo, y sabía que nunca volvería a ir a aquel lugar dorado, que Northerton era su sitio y donde debía quedarse. Pero las verdades más sencillas son las más complicadas de aceptar; de forma que empaquetaba sus cosas, sólo una vez más, y escuchaba las quejas de su madre, y las imágenes daban vueltas durante horas hasta que volvía a ver las colinas, con la niebla marina arañando sus flancos. Entraba con el coche en el patio que recordaba; y siempre sabía, al atravesar la puerta del hotel, que esta vez ella se habría ido para siempre. Sin embargo, siempre estaba allí.

En los intervalos entre sus viajes, estudiaba. Leyó sobre la geología de la región; sobre su historia, su prehistoria y su arquitectura. Cada hecho que se refería a aquel lugar se refería, al parecer, a ella, y le hacía sentirse un poco menos solo. De forma que ella se alzaba en su consciencia cada vez más; su cara resplandecía sobre las colinas, sus manos finas rodeaban las calas y el mar. Descubrió las novelas de Hardy y, con el tiempo, a Nash, el pintor; las colinas y los árboles y las piedras erectas, las flores que rompían amarras y se lanzaban a navegar por el cielo, los fósiles que se alzaban con ira fantasmal de entre las rocas. Los soles hacían rodar sus piedras de molino del color del trigo dorado, y le parecía escuchar, a gran distancia y con mucho retraso, el encontronazo de

ejércitos distantes. Se encontraba a veces transfigurado; luego volvía a recordar, y Northerton le reclamaba, y el garaje, los cambios de aceite y los engrases y las tarjetas de reparaciones y la ITV; Chalky y los perros, la televisión y las monótonas noches de domingo. Su mente, dando vueltas en círculo, se topaba de nuevo con el hecho inevitable y sin embargo completamente inaceptable: que estaba gordo y calvo y tenía cuarenta años y la vida había terminado.

Su dolor interior era tal que los temas importantes tendían a pasarle desapercibidos; así que fue con cierta sorpresa que una noche de verano entró en el Bar del Cobertizo para encontrarse con que estaba extrañamente silencioso, sólo un puñado de habituales y visitantes agrupados en torno a un transistor en la barra. Las palabras que oyó no parecían ni más ni menos que las muchas que habían sido pronunciadas antes; pero el silencio que las siguió fue intenso.

Martin Jones lo rompió. Estaba sentado con los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza contra la pared, con su pelo claro rozando la piedra.

—Bueno —dijo con su voz queda y cuidadosamente modulada—, está pasando. Esto es lo que estábamos esperando.

Ray estaba de pie tras la barra y fruncía el ceño, con una mano puesta, al parecer de forma protectora, sobre el hombro de Martine.

—Estupendo —dijo—. Venga, Martin, ya lo hemos escuchado otras veces.

El hippie negó con la cabeza.

—No exactamente así. —Su mirada se paseó perezosamente a su alrededor—. Tengo ganas de que suceda. Vicky también. Por eso se alistó.

La mujer rubia se volvió para mirar a Joyce, pero no habló.

Jones siempre parecía excepcionalmente bien informado.

—Ésta será una zona prioritaria de represalias —dijo—. Querrán estar seguros de ocuparse de Winfrith. Supongo que nos deportarán dentro de poco. Han despejado un parking de caravanas en Sandbanks para convertirlo en zona de embarque. Lo están haciendo con discreción, por supuesto. No servirá de mucho, por desgracia. Es demasiado plano.

—Dinos adónde se puede ir —dijo alguien.

—A muchos sitios —dijo Martin—. Una cosa está clara: no voy a quedarme en Poole hasta que suceda. —Bostezó—. Procuraría encontrar un lugar entre las colinas y el mar. Las Purbecks proporcionarán una buena protección contra la onda expansiva; y no creo que nadie tire nada en el Canal. Hoy en día son demasiado precisos.

—Pero también habrá polvo radiactivo —dijo Maggie.

—No creo que haya mucho por el que preocuparse —dijo Martin—. El polvo radiactivo sólo se produce con las explosiones a ras del suelo. Si nos toca algo será una explosión aérea; además, son mucho más destructivas.

—Quizá quieran provocar una buena explosión sucia, ya que están en ello —dijo Maggie con amargura.

—Es posible —dijo Jones con educación—, pero creo que, estratégicamente, es improbable. —Se apartó el cabello fino de los ojos—. A fin de cuentas, ellos... y no olvidéis que «ellos» pueden ser los estadounidenses... querrán ocupar el territorio después. Si no, todo el asunto carecerá de sentido.

—Es bueno saber que las explosiones aéreas sí que tienen sentido —dijo Richard—. Hace que todo parezca más sensato.

Se dio la vuelta. Como para darle énfasis, un rumor sordo había sonado en el exterior. El ruido se intensificó; luego pasaron ante la puerta abierta faros amarillos, blindajes verde oscuro. La vanguardia, al parecer, de una columna considerable que se desplazaba hacia Worth y el mar. Observaron cómo pasaban los primeros vehículos; luego, Ray se encogió de hombros.

—Entonces es verdad. —Inexpresivo, recogió un trapo y lo puso sobre los grifos. Se produjo una pausa de sorpresa; y alguien se rió.

—Aún no es la hora —dijo alguien.

—No —dijo Martin—. Aún no. Pero pronto...

Stan Potts no había hablado. Su mente trabajaba furiosamente, pues conocía exactamente un lugar como el que el otro había descrito. Recordaba el camino que descendía de la carretera de montaña, el camino que sólo abrían una vez al año, en verano, cuando la Escuela de Artillería estaba cerrada. El pueblo muerto tras su verja de alambre, los tejados a dos aguas de los cobertizos ruinosos y agujereados por las balas; y la gran casa de labranza con las contraventanas cerradas, junto al mar, a resguardo bajo los acantilados

amenazadores. El hippie había hablado, como de costumbre, con tranquila convicción; y lo impensable había parecido, al menos durante un momento, una realidad práctica. Miró a Ray entrecerrando los ojos; a Joyce el pintor, y a Martin Jones. Por último, vio a Martine; y algo le cortó el aliento e hizo que su corazón comenzase a latir con fuerza. Aunque la idea que llegó más tarde aún no estaba completamente formulada.

Los faros traseros que tenía delante se encendieron. Frenó automáticamente y miró a su alrededor. Se sintió desorientado durante un momento. Su mente volvió de muy lejos, y con cierta sorpresa vio el apartadero de ferrocarril a su izquierda, la enorme hilera de cisternas. Delante quedaba la curva que seguía la carretera hacia Wareham; y en la curva habían dispuesto un control. Esta vez era el ejército; vio los camiones detenidos, siluetas que se movían con determinación tras la barrera a rayas rojas y blancas. Las linternas oscilaron arriba y abajo, detectó el destello de un casco de acero. Un coche fue obligado a dar la vuelta sin explicaciones; otro se salió al arcén. Así que, después de todo, no iba a conseguirlo; pero lo había sabido desde el principio.

Desde donde estaba, al final de la cola, faltaba casi medio kilómetro hasta el control. Los vehículos que había delante de él se movieron y se volvieron a parar. Vio que un coche era dirigido a la carretera lateral que iba tierra adentro, a través del brezal, hasta Worth. Otro lo siguió; y algo pareció encajar en su cabeza. Pensó: «Éste es un vehículo militar».

Parecía que sus pies y manos habían adquirido voluntad propia. Se salió de la cola, haciendo sonar el claxon, y condujo con rapidez a lo largo de la fila. Vio que un hombre se daba la vuelta, sorprendido; otro se llevó las manos al Stirling que colgaba de su hombro. Frenó con un chirrido y sacó el permiso de conducir por la ventanilla.

—Reservista —dijo. El hombre dio un paso atrás, y él volvió a tocar el claxon.

Una linterna le cegó.

—Salga de esa cosa. Mantenga las manos a la vista —dijo alguien.

Estaba justo frente al parapeto. Soltó el embrague, apretó a

fondo el acelerador. El Champ bramó y golpeó la barrera con el capó. Sonó un crujido; las ruedas dieron contra las vías, en el paso a nivel, y se torcieron. Vio a un hombre que corría agitando los brazos en alto. Luego la calle se llenó de estruendo. Vio al pasar camiones detenidos, civiles que eran conducidos a un autocar; y el ruido volvió a sonar, un martilleo metálico desde atrás. Su visión se llenó de estrellas; giró bruscamente y controló el coche. Las paredes blancas mostraban que las fachadas de las casas estaban manchadas de neón; y el puente estaba ante él. Al otro lado, el camino se desviaba a la derecha. Pisó el freno, aferrando el volante. Sus retrovisores centellearon; aceleró, desviándose campo a través. La suspensión tocó el suelo, con un efecto mareante. Ante él se alzaban unos matorrales; se aferró al salpicadero y condujo a ciegas. Las ruedas perdieron agarre, giraron en el aire, volvieron a tomar contacto con el suelo. Los faros bailaban contra el horizonte; luego se encontró bajando una larga cuesta, sacudiéndose y resonando, y tras él quedó la oscuridad.

Diez minutos después frenó y se detuvo. Apagó el motor y abrió la puerta. Sus oídos resonaban; había una corriente de agua en algún lugar cercano, pero ningún otro sonido.

Entonces empezó a estremecerse. Se sentó, se aferró la cabeza y tuvo ganas de vomitar. Al cabo de un rato pasó el ataque. Levantó la cabeza y miró alrededor. A su lado, el Champ se alzaba contra la noche, aparcado en la cima de una pequeña elevación. Al este, un resplandor anaranjado reflejaba las luces de Poole; y delante, apenas visibles, se encontraban las colinas. El fresco aire nocturno recorrió su piel.

La corriente no era de agua; ahora podía oler la peste áspera y densa de la gasolina. Abrió la rejilla metálica del lado más cercano, tanteó dentro y encontró una linterna. Sacó el bidón, echó lo que quedaba en el depósito y arrojó el trasto entre los arbustos. Luego dio la vuelta al Champ. El parabrisas estaba agrietado; en una esquina había un agujero perfectamente circular. Lo tocó con una mano temblorosa.

—Oh, Dios mío —dijo.

La cabeza aún le daba vueltas, y tenía secas la garganta y la boca. Volvió a montar en el asiento del conductor, encendió el motor, oyó cómo se ponía en marcha y ladraba. La carretera principal pasaba por algún lugar a su izquierda, pero no se atrevía a

arriesgarse de nuevo. Condujo despacio, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. Muy cerca, el brezal se extendía accidentado y ondulante, con neblina que cubría las hondonadas como humo espeso y blanco. Las colinas crecieron, recortándose contra la noche; y al cabo oyó la grava crujir bajo las ruedas. Había encontrado un camino, o un sendero de una cantera. Encendió un cigarrillo, cerrando los ojos ante el resplandor de la cerilla, y se puso a subir. El miedo había desaparecido; en su lugar había una curiosa sensación, casi de euforia. Pues había logrado lo imposible; había cruzado una región repleta de gente dominada por el pánico para llegar hasta ella. Ahora casi había llegado; y ahora sabía cuánto tiempo había estado ella con él. La había visto en cafés y restaurantes y supermercados y pubs, en las playas y en las colinas y en la calle; se había reído de él desde las retenciones, había movido las piernas en la tele, le había enseñado el vientre en los periódicos dominicales. Mientras él trabajaba en el taller, y caminaba con Chalky y los perros, y bebía sus medias pintas los sábados por la noche. Ahora la vida se estaba transformando, el mundo se estaba viniendo abajo, Bates y Annette Clitheroe y el colegio y la escuela técnica desaparecían en la oscuridad. Se dirigía a ella en un pub de muros de piedra donde las luces de la barra resplandecían en ámbar y de la pared colgaba un fósil de pez; y si no se iba con él, le daría una paliza, porque ya había esperado demasiado y estaba cansado. Y si ella se resistía la ataría, y si tenía que atarla, llevaba cuerda, y quizá de esa forma sería aún mejor.

La luna se alzó, inundando el horizonte con una pálida luz dorada. Los bancos de niebla brillaban; a través de ellos y entre ellos, el Champ se abrió camino, una sombra grande y cauta en medio de la noche.

II

Para ver la escena que sigue a través de los ojos de Stan Potts debéis imaginar cosas extraordinarias; colores que laten y sueltan chispas, colinas que se alzan y se ondulan, rodeadas de luz bajo un cielo de humo lechoso. Debéis oír los graznidos de las aves nocturnas a través de ese espacio encantado, el sonido del mar, como sangre que circula en los oídos; también debéis oír los cánticos de

todos los coros celestiales. ¿Y acaso no veis al Champ precipitándose en cada cuesta, flotando de nube en nube de niebla brillante?

Ahora se detiene, en la entrada inclinada de un pequeño camino; y Stan Potts hace una seña desde la ventanilla al coche que le sigue. La furgoneta, conducida por Richard Joyce, da marcha atrás; y el Champ atraviesa el frágil portón que bloquea el paso, las astillas vuelan trazando gráciles arcos. Y ahí está el sendero que da vueltas entre verjas de alambre brillante; el campo donde los cazadores del ejército solían aprovisionarse, el pueblo vacío con sus cobertizos vacíos, la torre de la iglesia perdida entre los árboles, la gran casa rodeada de cardos con sus ventanas vacías, bañada por la luz marrón de la luna. Señala sin decir nada; y ella asiente y sonríe, con la cara de grandes ojos iluminada desde abajo por las luces del salpicadero. Él está recordando las fiestas de la técnica, siempre iguales; y que nunca veía cómo sucedía pero de repente todo el mundo estaba emparejado, nunca sabía cómo había sucedido, pero siempre era igual; y él se sentaba y bebía lentamente su cerveza, solo en el centro de la habitación, e intentaba no oír las risitas desde las sombras y los susurros, e intentaba no sentirse dolido porque era Potts el Loco y nadie le quería. También está recordando que eso ya no puede suceder, que son cuatro en una tierra vacía. Está recordando que ella está con él, y que Richard Joyce le sigue con Maggie, que tocaba la guitarra en una vida que ha quedado muy atrás.

No se ha equivocado de camino. Delante está la bahía con su anfiteatro de acantilados, pálida y vasta a la luz menguante. Bajo los acantilados, una gran media luna de hierba se extiende hasta las rocas desprendidas más lejanas y el mar. Y en la orilla del mar, armoniosa contra esa planicie reluciente, la casa de labranza con sus hileras de ventanas y sus anchas chimeneas de piedra. La alegría que le embarga le hace desear gritar a pleno pulmón; pero dice:

— Ya casi estamos.

Y ella se ríe y dice:

— Es hermoso.

Se mueve, y su ropa susurra; y él percibe su aroma. Qué avergonzado está ahora de los pensamientos que había llegado a albergar, ahora que ella ha aceptado acompañarlo de buen grado, sin poner ningún reparo. ¡Casi le queman la mente!

Deja que el Champ avance hasta detenerse junto a la puerta

cubierta de tablas. Sus sentidos parecen agudizarse más allá de lo natural. La Cambridge se detiene junto a él; oye el crujido de los neumáticos sobre los guijarros, el chillido y el gemido del ventilador cuando el motor se apaga. Sus propias botas rascan la roca; se apresura a acercarse a la puerta del acompañante, y Martin Jones dice:

— ¡Buenas tardes!

¿Habéis imaginado su ánimo? ¿Habéis oído cantar a los ángeles, habéis sentido el temblor que le embarga como vino espumoso, hasta que le parece estar flotando en el aire? Ahora debéis imaginar un nuevo cambio: ¡la suerte le da la espalda, nada menos!

¡Cómo gira el mar dentro de la cabezota de Potts; cómo da vueltas el cielo, y los acantilados! Ve que ella se acerca corriendo hasta él; ve el brazo que la rodea; oye que ella dice:

— No sabía cómo llegar aquí. Pero él me ha traído.

Ahora son cinco, y el mundo vuelve a ser comprensible; la sonrisa ya se ha fijado de forma protectora en sus labios. Le parece que debería cantar melodías ligeras, da-da di-di-di da-di-da, mientras saca las cosas del Champ, mientras mete los sacos de dormir y el hornillo y la comida y las latas y cajas y envases y botes. Jones ha traído de todo, ha puesto mantas en las ventanas de las habitaciones, que llevaban mucho tiempo sin usarse, ha sacado sillas y una mesa plegable. Un fuego de madera de playa chispea en el hogar; unos faroles verdes cuelgan siseando, hasta ha barrido el suelo. ¡Un auténtico hogar lejos del hogar! Ve con qué cuidado se ha planeado todo; ve cómo ella se aferra a él mientras van de habitación en habitación, tocándole con sus manitas morenas. Se alegra de haber practicado tanto la media sonrisa que deforma su boca, la forma de entrecerrar los ojos y mirar al suelo; pues nadie ha adivinado su secreto. Todo era culpa suya, desde el mismo principio. Ha sido un tonto; ¡los hombres con el culo gordo no deberían enamorarse nunca!

Incluso tienen un mantel de cuadros blancos y azules. Preparan la comida usando su hornillo; no hay duda de que van a permitirle quedarse. Se sonroja, sonriendo al mantel, cuando le dan las gracias, le dan las gracias por lo que ha hecho; y la reunión es bastante alegre. Después esconden los coches, los apartan de la vista metiéndolos en un cobertizo en ruinas, y amontonan helechos y maleza sobre los parachoques para volverlos invisibles desde el ai-

re. Stan coge su linterna porque sólo hay dos faroles y, por supuesto, necesitarán tres habitaciones. Pero hay una habitación libre, al final de un pasillo frío y lleno de trastos; Martin le conduce hasta ella, con el farol en alto; la luz se refleja en su cabello rubio y suave. Llama a la habitación la suite de solteros, y todos se ríen, y Stan ríe con ellos. No hay agua, explica su anfitrión; pero ha encontrado una jarra y una palangana y ha puesto una vieja caja de embalaje como lavabo. Estaba esperando a más visitantes, le dice, más de los que de hecho han llegado. Espera que se sienta cómodo, y le deja.

Entonces se produce un momento delicado, porque ella se queda en el umbral y sonríe como si fuera sincera y le da las gracias de nuevo, y durante un momento es casi como si fuera a darle un beso en la mejilla. Pero Martin la llama desde el pasillo y añade algo que Stan no capta, aunque oye que el artista se ríe. De forma que ella se va, y él cierra la puerta y cuelga la linterna de un gancho, en una de las vigas del techo. Luego desenrolla el saco y le da la vuelta y se desnuda.

No le apetece realmente tomarse la molestia de afeitarse.

Se quedó un rato tumbado sin dormir, aunque ahora que el Champ y él habían cumplido su misión, suponía que se había ganado un descanso. El mar rompía y susurraba en el exterior, el aire inmóvil y húmedo de la habitación hacía que le picaran las mejillas. Durante un rato, el ruido del tráfico resonó en sus oídos; los gritos y los cláxones, los motores acelerando, los diferentes altavoces. Entonces deseó poder enfadarse, pero su inhibición era más fuerte. Los hombres con el culo gordo dan risa cuando se enfadan. De aquí sus pensamientos vagaron hasta otras cosas, ninguna creativa, algunas decididamente contraproducentes. Recordó cómo un día, en biología, Chapman descubrió su parecido con el ornitorrinco de pico de pato, y se lo dijo a Smythe en una nota, así que de Potts el Loco pasó a ser Potts el Ornitorrinco, lo que no le gustaba. Aunque el nombre no se le quedó hasta que el Martillo encontró un dibujo en la pizarra un día, y se dio cuenta de quién era el objeto de las risitas, y dijo:

—¿El ornitorrinco es una especie abundante, Potts? —y hubo un estallido de risas.

Así que tuvo que ponerse de pie, «sobre sus patas traseras», como dijo Bates, y tartamudear todo lo que sabía sobre aquella criatura, y después de eso se quedó con el mote. Luego, los gamberros se lo apropiaron, y cada recreo y cada tarde era todo *Ornitorrinco*, *ornitorrinco*, recitado rítmicamente mientras le empujaban y le zarandeaban y le agarraban las pelotas desde atrás, en el centro de un anillo de caras, incapaz de escapar, esperando que el timbre pusiese fin a la tortura. Pensaba que quizá pudiera darle una paliza a alguno de ellos hasta que vio a Tompkins, que era el peor, peleando en el campeonato de boxeo, y se dio cuenta de lo que le sucedería si lo intentaba. Y así nació la media sonrisa. Había permanecido en su cara durante veinticinco años.

Ornitorrinco, ornitorrinco. Potts el infrecuente ornitorrinco...

La luna se ocultó bajo la cresta del acantilado. A su puesta, las nubes se cernieron sobre el cielo; y durante un tiempo, la noche de verano se volvió muy oscura. En la oscuridad aparecieron jirones y zarcillos de niebla. Se fueron espesando, elevándose del agua en madejas entrevistas. El anfiteatro, el espacio llano entre los acantilados y el mar, comenzó a llenarse. Entonces se elevó la niebla, lamiendo la alta roca, expandiéndose por el campo ondulado de arriba. Al amanecer, un rayo de luz acuoso se mostró brevemente, a escasa altura. Se vieron sombras, a veces durante segundos enteros; pero la niebla no se dispersó. Ni se deshizo al día siguiente, ni al siguiente.

La colonia, si se había convertido en tal, trabajaba constantemente. Se excavaron letrinas en la zona de desmoronamiento al pie del acantilado, y la casa se hizo más habitable. Joyce, el artista, montó unas pantallas móviles para las ventanas, para reemplazar las mantas que colgaban de ellas; las mujeres cocinaron y reorganizaron las provisiones, y mientras, Martin Jones hizo una expedición a lo largo de la playa, Dios sabía adónde, y volvió con un bote de remos. Oyeron su saludo entre la niebla, salieron corriendo para admirar la captura. Parecía versado en asuntos náuticos; lo sacó hasta la playa y lo aseguró con una cuerda fijada a una escarpia clavada en una grieta de la roca. Stan se llevó la caña a una pequeña lengua de tierra, perdida en la niebla, donde pudiera estar lejos de los demás; Maggie, con sus ojos brillantes bordeados de negro, y

Martine, preciosa con un jersey grueso y vaqueros ajustados. No estaba acostumbrado a pescar en el mar, pero al segundo intento sacó cuatro peces perfectos y plateados. Jones declaró que eran tímalos y les mostró cómo podían desescamarse pasando un cuchillo de cocina desde la cola hasta la cabeza. Se los comieron esa noche, a la parrilla, y escucharon un transistor que daba sin parar malas noticias.

Cada vez era más evidente que Jones se había convertido en el líder el grupo. Era él, desde luego, quien ordenaba sus días, organizando sistemas de turnos para tareas tales como cortar leña. La poca madera que había en torno a la casa de labranza y los cobertizos fue consumida rápidamente; así que sacó de alguna parte una carretilla chirriante, con la que solía salir al promontorio que cerraba la bahía por el oeste, y volvía con una carga tras otra de planchas descoloridas y frágiles. También localizó un manantial de agua dulce, a medio kilómetro de la casa. Surgía burbujeando de los acantilados, fría y cristalina; y a Stan le tocó encargarse de las caminatas de ida y vuelta cada mañana hasta que los depósitos estaban llenos.

Una parte de su mente era casi feliz con el giro que habían tomado los acontecimientos. A fin de cuentas, lo otro había estado repleto de dificultades. No tenía experiencia práctica en hacer el amor, pero, como ingeniero, dudaba que dos cuerpos pudieran encajar entre sí tan limpia y automáticamente como en los libros baratos que había leído. Además, ¿que se decía? ¿Qué se podía decir? Poner una mano en el cuerpo de otra persona le parecía, de repente, algo monstruoso; así que, en cierto modo, estaba contento de que el problema no fuera suyo, ejecutaba sus deberes sin quejas y hablaba poco con los demás. En particular, evitaba a Martine, bajando la vista cuando ella se acercaba para no dar motivos para ofenderla. Se estaba dando cuenta de por qué poco había escapado. Se acordó de la cuerda, y lo que había pensado hacer, y se ruborizó de vergüenza en la oscuridad.

Pero la pauta uniforme en la que se habían dispuesto sus días no estaba destinada a durar. Fue Martin Jones quien precipitó la crisis, una tarde grisácea y tranquila. Habían sacado el bote en la niebla para pescar en aguas un poco más profundas; ahora, el cielo y la tierra estaban escondidos por igual, el navío flotaba y se deslizaba en el vacío mientras Stan estaba sentado con paciencia, con la

cabeza inclinada sobre la caña, consciente de la mirada del otro. Jones estaba recostado con indolencia en la proa, con un chaquetón y una gorra antigua y ajada; le observó durante un rato, con los ojos entrecerrados, antes de tirar una colilla por la borda.

—¿Sabes, Potts? —dijo con simpatía—. He estado pensando. La comida empieza a escasear y hay muchos otros pueblos en los alrededores. Creo que es hora de que se vaya uno de nosotros.

Por un segundo un pensamiento, tan salvaje como absurdo, apareció en la mente de Stan.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—Bueno, míralo de esta forma —dijo Jones—. Tienes el vehículo necesario, te apartaremos un par de días de rancho. Debería haber provisiones en Kimmeridge. Tenían una tienda.

—Quizá podría ir y ver si encuentro algo —dijo Stan con voz sorda.

Jones negó con la cabeza.

—No, no me refiero a eso. —Se inclinó hacia delante—. Vete a la mierda, Potts. Nadie quiere que sigas aquí.

Stan sonrió y mantuvo la mirada baja.

—Lo pensaré —dijo.

Jones encendió otro cigarrillo. Su rostro femenino estaba pensativo.

—Espero que sí —dijo—. Pero no te irás. —Hizo una pausa—. Eres un cabrón curioso, Potts —dijo—. ¿Para qué viniste aquí, en primer lugar? ¿Qué era lo que querías?

El rubor estaba empezando en las raíces del pelo de Stan. Mantuvo los ojos fijos en el mar con desesperada indiferencia, y deseó que el otro parase.

Martin dejó escapar el humo.

—No creo que seas marica —dijo—, así que no es por Richard. Y, desde luego, no es por mí. No te caigo demasiado bien, ¿verdad?

—Yo no diría eso —dijo Stan.

—Bueno —dijo Jones—, a mí no me caes bien tú. —Expulsó el humo—. No sé si tenemos lo que quieres —dijo—. Espero que no fuera por Maggie. No te serviría de nada. ¿Quieres que te diga por qué?

Stan no respondió, y el otro comenzó a reírse.

—No —dijo—. No lo creo. Pero es cierto, ¿verdad? Sé quién

es. Nunca le quitas los ojos de encima.

—Oh, cállate... —dijo Stan. Se podría haber mordido la lengua al momento; pero era demasiado tarde, la protesta infantil ya había sido formulada.

Jones se rió.

—Potts —dijo—, vas a matarme... —Entonces se puso serio—. Stanislaus —dijo—, ¿has estado alguna vez con una mujer?

No hubo respuesta.

—No, ¿verdad? —dijo Martin—. Y te diré algo. No creo que lo hagas nunca. —Negó con la cabeza—. Pobre Potts —dijo—. Va a hacer falta algo más que el fin del mundo para que tu suerte cambie. ¡Debes de estar loco...!

Oyó la voz de su madre en las escaleras, y la puerta cerrarse de golpe mientras él se quedaba de pie, escarlata y estremecido de vergüenza.

Su vida no había sido fácil. Recordaba cómo hacía años, antes de dejar el colegio, había sido igual. Su padre le llevaba a veces al Variedades, su padre era un experto del Variedades; decía que le gustaba la agudeza de las respuestas, aunque, si había desnudos, siempre se inclinaba un poco hacia delante en el asiento. Y Stan se sentaba y fingía dedicarse a su helado y observaba con los ojos entrecerrados a las chicas que daban vueltas en braguitas y sujetador y mostraban el ombligo, a veces no podía olvidarlas durante días. Solía pensar que ojalá pudiera estar con una de esas chicas, sólo una, sólo una vez, para saber cómo era, no estaría mal. Luego, cuando supo que eso no iba a suceder, el Variedades se acabó; y no había más que abrir los periódicos dominicales y allí estaba, o verlo en la tele. Cuando se hizo mayor, volvió a empeorar, porque comenzó a suceder en todas partes, en la calle; algunas de ellas eran sólo niñas pero se les podían ver los pezones y todo si se prestaba atención. Eso le volvió más furtivo, más sigiloso; hizo que la sonrisa volviese casi todo el tiempo. Y las chicas de la oficina, en el trabajo, cuando subían al almacén se les podía ver todo, a veces era imposible evitarlo. Entonces le miraban como si fuera culpa suya, como si hubiera hecho algo. Así que la necesidad volvía, más fuerte que antes, hasta que debía aliviarse, aunque gemía y maldecía. Entonces conoció a Martine y, durante un tiempo, mantuvo pura

su imagen. Pero le llegaban los sueños, hasta que un día, sólo para detenerlos, pensó en lo maravilloso que sería ser ella, vivir dentro de su cuerpo y tenerlo como propio, caminar con la cabeza alta y tener el mundo a los pies. Sabía que no estaba bien, pero los pensamientos no se detenían una vez que comenzaban. Ni tampoco lo otro. Entonces, una mañana, encontró... lo que encontró, colgando de la verja delantera del jardín.

Le pareció que se le había parado el corazón. Simplemente parado. No quería verlo; intentó no verlo, pero estaba ahí, estaban ahí. No podía dejarlas; tenía que cogerlas y apretar la bola de encaje en la palma, meter la mano en la chaqueta de lanilla para esconderla. Le aterrorizaba pensar que alguien le hubiera visto; pero aún eran las ocho menos veinte y la calle estaba vacía, azul a la media luz. Se fue corriendo, con los hombros encogidos, la cara ardiendo, los zapatos resonando por el camino. Envolvió la vergüenza en un pañuelo; y era como si la tuviera a ella, a ella misma, apretada en su puño. Era un Misterio, el primero que había encontrado. Su corazón martilleaba, durante el día, cuando pensaba en lo que había hecho, en lo que poseía. Escondió el terrible descubrimiento en su armario, lo puso en la parte de atrás de la repisa superior. Intentó no pensar en ello, en lo que yacía allí, pero no sirvió de nada. Tenía que hacerlo, tenía que efectuar el experimento.

Eran mas pequeñas de lo que había imaginado. Se las subió sobre los muslos blancos; entonces su cara ardió; después estuvo hecho, la transformación era completa. Y estaba jadeando, apenas podía respirar, estaba girando el espejo para verse. Se había convertido en el enemigo, en lo que temía; y el miedo había sido conjurado.

Entonces, por supuesto, la puerta se abrió de golpe; y él tuvo que cubrirse, su vientre, la tira de encaje traslúcido en torno a su entrepierna. Un grito resonó, y era su propio grito de miedo y vergüenza; y su madre estaba retrocediendo, y su voz sonaba en el descansillo.

—¡Debes de estar loco...!

Un resquicio pálido en una esquina de la contraventana le indicó que el amanecer llenaba el cielo. Paseó la vista por la pequeña habitación. Había estado soñando; estaba casi seguro de que había estado hablando con Chalky, y Chalky le había dado un consejo excelente, aunque no podía recordar cuál era. También parecía que

había vuelto al colegio. Recordaba el aula vívidamente; la luz de la tarde sobre las paredes y, al otro lado de las altas ventanas, el mercado de ganado con sus rediles vacíos, los pinos del cementerio, los autobuses que pasaban ruidosamente por London Road. Había estado de pie, y el Martillo le había estado gritando preguntas y él había gritado las respuestas, seguro y confiado; y la cara de Martin Bates se estaba alterando, con maravilla y deleite, mientras que Chapman y todos los demás estaban sorprendidos y callados. Suspiró, porque tales cosas nunca sucederían. Luego frunció el ceño. Era el signo exterior de la gran sacudida que había conmovido su pecho; era como si se hubiera dormido para soñar con lo que más deseaba y se hubiera despertado con esa cosa firmemente aferrada en la mano.

Se levantó y se vistió. Abrió la puerta con cuidado, miró afuera. El pasillo estaba en silencio y gris, nadie se movía. Supuso que no serían más de las seis de la mañana. Pasó de puntillas ante la puerta de Martine, volvió a escuchar.

Ya estaba acostumbrado a la casa. Su mano encontró la manija en la media luz y la giró. Cruzó el patio hasta el cobertizo, todavía pisando con cuidado. Abrió la puerta del conductor del Champ, tanteó tras el asiento. Durante un momento temió que la cosa hubiera desaparecido; pero seguía ahí. Sacó la caja, volvió por el camino por el que había llegado.

Se sentó a la escasa luz, con las manos sobre la tapa, aspirando el leve aroma antiséptico de la grasa; y todo volvió a él, la pequeña galería tras el salón masónico, el punto de tiro con las dianas colgadas, los enormes armarios donde se guardaban los rifles. Aunque tanto él como los otros hombres con pistola fingían despreciar a los de la sección de rifles. Eso de tumbarse en el suelo y ponerse correajes no era disparar. Además, había algo en la sensación de una pistola, el equilibrio y la forma en que la culata se acomoda a la mano. Y la diana oscilante y lejana, sostenida con torpe improvisación; la agradable sensación cuando se sabe que se está disparando bien y el observador las canta y los ochos y nueves empiezan a sonar. Había sido un miembro asiduo, y había mejorado mucho a lo largo de los años; hasta que renunció a usar el viejo cacharro del club y se volvió un poco loco y se compró una Browning de diez disparos. Desarrolló una nueva sensibilidad hacia las armas y, al cabo del tiempo, otra pistola empezó a obsesionarle;

nunca supo realmente por qué. Ciertamente, parecía distinta de todas las demás; llegó a aprenderse su forma de memoria, el gatillo retraído, la caja en curva pronunciada con la encantadora forma que abarcaba la base del dedo gordo, la culata con su empuñadura nudosa como los ojos de un cocodrilo, o un fósil. Se convirtió en un experto; se aprendió cada modelo desde 1908 hasta 1943, cuando el Reich empezaba a pasar apuros y se fabricó la nueva pistola, la pistola de chapa, la PPK. Sólo que, una vez más, parecía que el destino se burlaba de él; porque no podía tener esa pistola con su licencia, necesitaba acceso a un campo de tiro al aire libre y para eso no tenía ni la inclinación ni los medios. Así que se vio limitado a hablar sobre aquel juguete con Chalky, que había usado uno con el regimiento en Alemania; hasta que una noche Chalky llegó más misterioso de lo habitual —Dios; vaya gente conocía— y le preguntó si quería ver una cosa, y Stan, por supuesto, dijo que no, que no se atrevía. Aunque más tarde, cuando tomó la pistola, supo que no sería capaz de soltarla. Así que se la compró, por treinta y cinco, al yanqui que la había llevado, y una caja de Parabellum suizas también. Y después de eso vendió la Browning y dejó de ir al club, porque ya no se atrevía. Por primera vez en su vida, estaba fuera de la ley; una experiencia nueva, no enteramente agradable.

Había disparado la cosa una sola vez, la noche de las hogueras. Después se sintió asqueado consigo mismo; nunca había manejado una pistola pesada hasta entonces, los nervios le hicieron cogerla mal. La Luger escupió una llama naranja oscuro y un ladrillo volador golpeó su palma y él se quedó pasmado, con los oídos resonando, oyendo cómo rebotaba el cartucho, colándose entre las ramas de un árbol.

Abrió el cerrojo y levantó la tapa; se quedó mirándola. Luego, como siempre, sopesó la pistola, sintiendo su peso, observando el azul pizarra del cañón, el sello de *Erfurt* con su corona, la empuñadura sostenida por tornillos, los únicos tornillos del artilugio. Entrevió entonces al menos una parte del misterio; que ésta era una pistola que había diseñado un grupo de hombres que querían luchar contra el mundo. Frunció el ceño, recordando lo que había leído sobre el poder de destrucción de una bala pesada; luego, la habitación pareció dar vueltas. Había recordado que una vez, en el club, pusieron una pastilla de jabón en la diana para echar unas risas, y la Browning perforó en ella un cono de cinco centímetros de

ancho.

El ataque pasó; y se maravilló de su firmeza. Abrió la caja de munición, introdujo los gruesos cartuchos en la recámara y la ajustó a la culata. Apretó el cañón hacia atrás para comprobar el muelle y amartilló la pistola, vio la bala brillante colocarse en posición. Comprobó el indicador *Geladen* y echó el seguro. Luego dejó la cosa a un lado y esperó.

Cuando los otros se levantaron estaba temblando; pero su mente estaba clara. Parecían malhumorados y no intercambiaban ni palabra; se preguntó si habían estado hablando de la perspectiva de su marcha. Se preparó un café, calentándolo en un cazo sobre el hornillo. Vio que estaban usando la última bombona. Lo bebió, con las manos alrededor de la taza para calentarlas, y oyó los chirridos cuando la carreta de la madera atravesó la puerta. Esperó un momento más y entró en el patio.

La niebla era tan espesa como siempre, y la luz parecía extraña; amarillenta y pálida. Un camino serpenteaba por la hierba, subiendo hasta los acantilados que bordeaban la bahía. Lo siguió, manteniéndose a distancia, guiado por el sonido de los chirridos.

La subida era menos pronunciada de lo que había supuesto. El camino atravesaba una torrentera abierta en la roca, piedra húmeda a ambos lados. En la cima, la luz era más brillante; y atisbó entre la niebla la sombra móvil que era Jones.

Su corazón golpeaba más deprisa, pero seguía tranquilo. Sacó la pistola del bolsillo, se apoyó la culata en la palma, quitó el seguro y puso el dedo índice junto a la guarda del seguro. El camino giraba a la izquierda y bajaba de nuevo hacia el mar. Corrió los últimos metros y vio que el otro se había vuelto. Tras él se extendía una elevación accidentada del terreno; la luz, atravesando la niebla, mostraba el brillo pálido de su pelo. Tenía la cabeza inclinada, con la mirada fija en el camino que había seguido. Le saludó, inseguro; luego, cuando Stan se acercó, se relajó.

—Es Potts el Loco —dijo—. ¿Qué estás haciendo, Potts el Loco?

Entonces su rostro se alteró.

Su postura era correcta; y el funcionamiento de una Luger es preciso. Primero acumuló presión, después apretó. Esta vez la estaba sujetando bien; el peso de la pistola y el cargador absorbió el retroceso. El cañón se alzó, volvió a caer hacia el blanco. Los ecos

sonaron y resonaron; pero el segundo disparo falló. Pues Jones ya no estaba allí.

Caminó lentamente hacia delante y se detuvo. La paradoja se vio explicada; la elevación del terreno, oculta entre la niebla, era el borde de un acantilado, frente al mar. Atisbó en el vacío que se extendía a sus pies y oyó, mezclado con el rumor de sus oídos, el distante romper de las olas. Un ave marina revoloteó, gimiendo; no había ningún otro sonido.

Se sentó en la hierba, observando la figura arrojada al espacio como un muñeco de trapo que hubiese sido golpeado por un enorme puño. Luego bajó la vista hacia la pistola. Era extraño cómo al final había resultado tan fácil. A tan poca distancia.

Quitó el cartucho, sacó la bala de la recámara. Luego se levantó y caminó hacia la carretilla. Un empujón, y ella también desapareció. Le llegó el débil ruido de su caída.

Le llevó una hora encontrar un camino hasta la playa. Se movía lentamente, bajando entre montones de roca desmenuzada. Mientras descendía, cantaba. La melodía que eligió era su favorita: el himno “Oh, Señor, Tú que nos ayudaste en el pasado”. La luz se agitaba en torno a él, revoloteando; y los ángeles se le unieron en el contrapunto.

Encontró la carretilla destrozada junto a una gran roca plana. Junto a ella, un espolón de piedra mostraba una mancha roja y pegajosa, pero no había ni rastro del cadáver. El mar sorbía y balbucía, subiendo en torno al afloramiento; la estrecha playa de arena beis oscuro estaba vacía y lisa.

Se sentó durante un rato, dejando que sus ojos fueran cerrándose poco a poco. Se sentía muy cansado. Oía el rugir del mar y los maullidos de las gaviotas. Entonces se detuvieron los maullidos.

Abrió los ojos. La niebla brilló sobre él. Luego, el agua. El brillo creció, hasta que el mar fue un espejo de plata que reflejaba un sol oculto. Después comenzó el sonido; al principio un suspiro y después un retumbar, como el paso de grandes ruedas de un lado a otro del cielo. El retumbar se acentuó hasta convertirse en una reverberación. El acantilado vibró; llovieron cantos rodados y pedruscos, de algún lado llegó el sonido de una caída mayor. Corrió, internándose en el mar, vio la niebla que volaba en jirones, como si la impulsase el paso de grandes corrientes de aire. Los promonto-

rios lejanos centellearon, sobrecogedores bajo la luz brillante; luego, el ruido se redujo hasta desaparecer. Tras él llegó otro, pero más débil y lejano, como un eco. Cuando ése también terminó, se volvió hacia el este, comenzó a abrirse camino de nuevo bajo los acantilados. En una hora, la bahía se abrió ante él; vio la gran masa gris de la casa de labranza, el cobertizo donde estaban aparcados los coches.

Había estado aferrando la culata de la pistola en el bolsillo. Se obligó a relajarse y subió por el césped. El lugar estaba en silencio; y, en el umbral, vio sentado a Richard Joyce.

Pasó ante él y entró en la casa, sabiendo ya lo que encontraría. Las habitaciones, vacías, las camas y los sacos de dormir, en desorden. Volvió hasta donde estaba el otro.

—¿Dónde están? —dijo.

El artista le miró con aire fatigado, apoyando la cabeza contra la piedra. Había círculos oscuros bajo sus ojos.

—Se han ido —dijo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Stan—. ¿Adónde?

—Se han ido —dijo Joyce—. Simplemente. —Se levantó con esfuerzo y se alejó.

Los sonidos volvieron durante la noche. Después se adormiló. Hacia el amanecer fue visitado por un sueño. Primero fue como si ella le llamase, con la voz mezclada con un viento susurrante. Luego le pareció estar sobre una elevación, situado a gran altura sobre una llanura ondulante. Vio el brezal y las colinas, luego, toda la región; el mar gris azulado, los acantilados cuajados de fósiles. Vio el castillo y el pueblo, pequeños como juguetes; y otros pueblos y ciudades, y otros y aun más. Entonces surgió una llama blanca y devoradora; y, cuando pudo ver de nuevo, todos habían desaparecido. Eliminados, hasta el último. Y el mar batía contra playas vacías, el viento silbaba entre la hierba. La voz de ella volvió a oírse, aguda y quejumbrosa como la de un ave marina. El sonido se derramó hasta perderse en la vastedad del oeste; y el sol nació, sobre una colina baja, trayendo un amanecer vacío.

Dos Fragmentos

MAGGIE

Alguien me escribió para decirme que yo había matado a mis padres. Si es cierto, supongo que les hice un favor. Les ahorré esto.
¿Los maté?

De hecho, no. Nadie se muere de pena. Nadie se muere de nada, salvo de corazón detenido. Pero ése es el problema de las emociones. La gente no las entiende. No ve lo que pueden hacer y arma mucho jaleo sobre lo que no pueden.

Desde luego, a mí nadie me entendía. Después de lo que hice, se supone que debía sentirme... oh, Dios, turbada o algo así. Eso es lo que nunca podrán entender. No estaba turbada. No estaba nada. Ni siquiera lo sentía. Si me dieran la oportunidad, lo haría de nuevo.

Supongo que me libré de una buena. Nunca volveré a dar clases, por supuesto, pero, ¿quién coño quiere hacerlo? Si hubierais visto esa escuela...

Imaginad una enorme caja de cemento y cristal llena de ecos. O un montón de conejeras de quince o veinte metros de alto. Y a su alrededor, por todas partes, hasta perderse en la distancia, los tejados de la Nueva Finca Modelo. Con hierba asomando aquí y allá, la hierba que no habían destruido. Y pequeños árboles domésticos. Yo sentía que me asfixiaba. Como un pecesito en una pecera.

Aún puedo oír a los niños, si me lo propongo. Los centenares de niños, con sus pasos y su charla llenando el lugar como el chapoteo del agua. Puedo ver los Enlaces, largos pasillos de cristal que

en verano resultaban sofocantes, los arriates geométricos de geranios y peonías. Era una Escuela Modelo. Escuela Modelo y Finca Modelo. Eso era precisamente lo malo.

Dijeron que yo no tenía mano con los niños. Permitidme que me ría. Yo era la más apreciada de entre el personal, y eso solía fastidiar a los demás. Luego dijeron que no tenía moralidad. Eso do-lió. Fue lo único. La moralidad viene de la mente, no del cuerpo. Pero eso es lo que consiguen dos mil años de cristianismo.

Me pregunto qué sucedería con esa escuela. Quedaría aplastada, supongo. Esos ruidos...

¿Que qué le hice exactamente a esa chica?

Al menos, eso es algo que todavía puedo describir con precisión. La Finca iba a llevársela, como se llevaba a todos los demás. Se iba a casar, como todos los demás. Y engendraría niños; de forma decente, con las luces apagadas, como todos los demás. Y acortaría la vida de su marido por un frigorífico mejor o un coche más grande o cortinas nuevas para el cuarto de estar o una caravana o un televisor en color. En vez de eso, le abrí los ojos, durante un tiempo. Le enseñé, antes de que las casitas se la llevaran, a nadar en el mar oscuro como el vino. Se sentó a los pies de Safo; oyó el trueno del Olimpo, conoció a Pan y a todos los faunos.

Sólo que ellos no lo llamaron así.

Creo que hay un momento para todos en el que los sentimientos se agotan, las lágrimas se acaban. Es otra teoría de las mías, otra cosa que me volvía loca; que la emoción no es un pozo sin fondo, que todos nacemos con una cantidad medida y que cuando la agotamos ya no queda más. De forma que si la derrochamos en cosas que no merecen la pena estaremos derrochando la única parte de nosotros que tiene sentido, que nos diferencia de los árboles y las bestias. Holmes decía que el cerebro es como un desván: sólo cabe una cantidad determinada de trastos. Así que él nunca se molestaba en recordar si la Tierra giraba en torno al Sol o el Sol giraba en torno a la Tierra. Porque no le importaba. Yo opino lo mismo sobre el corazón.

Así que cuando vine aquí no quise dejarme conmover. Ni por la ira ni por la alegría. Decían que era fría, que lo que había hecho demostraba que no tengo sentimientos. Pero no era así. No era así en absoluto.

Al menos, mi madre me dio cobijo. Supongo que debería sen-

tirme agradecida. Supongo que lo estaba. Me dejó quedarme, y dejó de hablar con las vecinas, y los rumores se extinguieron con el tiempo.

Supongo que ése es el motivo por el que me cerré sobre mí misma. Las cosas que hieren a la mayoría me dejaban indiferente; y las cosas que me herían, no las podían entender. Nadie lo entiende, en esta época. Ya no. Quizá cuando la gente comience de nuevo, dentro de mil años, cuando la ceniza se haya dispersado, habrá una nueva sociedad que lo entienda. Y quizá en esos tiempos no habrá guerras ni serán necesarias. Safo volverá.

¡Profundos pensamientos por un escándalo en una escuela! Supongo que si se los contase a alguien pensarían que estoy haciendo un tremendo esfuerzo para justificarme. Una cosa es segura. Nadie me querría escuchar.

Creo que Richard me entendía. Pero los hombres son extraños. La mayoría es incapaz de soportar la homosexualidad de los suyos, pero la nuestra les excita. Hablé de esto con él una vez. Dijo que pensaba que la estética era lo que contaba, que lo que le ofendía era la práctica masculina, no la moralidad. Pero no sé. Creo que hay algo más que eso.

Fue bueno conmigo. Él mismo lo había pasado mal, y no esperaba... oh, que alcanzara un nivel ni nada. Había algunas tardes en las que, simplemente, yo no podía más. Me tumbaba en la cama con las cortinas echadas, mirando el brillo del sol en las sábanas, las sombras que se movían por el suelo, escuchando los sonidos veraniegos de la isla...

Nunca lo intentó conmigo. Creo que lo comprendía. A veces pintaba, o no hacía nada en concreto. Sentarse y leer, preparar el té. Y sabía que si lo llamaba estaría allí...

Tampoco habrían entendido una relación como ésa. Se habrían limitado a suponer que me había vuelto normal.

El pub también me salvó. A menudo me he preguntado si Ray lo sabía. Si lo sabía, nunca lo dejó ver. No me pagaba por cantar. No es que yo quisiera que me pagase. Pero siempre podía comer allí. Todo ayudaba.

Supongo que no estaba en mala situación. Tenía a Richard cuando le necesitaba, y suficiente dinero para ir tirando. Incluso conseguí conservar la Cambridge. Creo que me estaba preparando para convertirme en una solterona tranquila. Suena raro. Todo es

un estado mental. Como lo otro. He conocido a solteronas que estuvieron casadas durante años. Criaron familias.

Sólo había una cosa que me daba miedo. En lo más profundo, temía que mis sentimientos estuvieran muertos, que, a pesar de gastarlos con tacañería, ya hubiera consumido todo el lote. Me bastaba con ganarme la vida. E ir al Cobertizo, y mirar a la gente que entraba y salía. A veces me preguntaba si debería haberme suicidado entonces, cuando todo estalló. También hablé de ello con Richard. Dijo que no, que creía que nadie en su sano juicio quiere morir de verdad. Dijo que había habido una época en la que no le daba importancia a vivir, pero que eso era algo diferente.

Una pena que Vicky enfermase. No sé cómo se lo tomó. Se encerró un poco en su concha. Una pena que sucediese. Casi es para creer en un destino personalizado.

Le dije que creía que quizá estuviera emocionalmente muerta. Eso también fue raro. Como tentar a la providencia. No sé lo que siento ahora. Lo que quiero. Quizá las bombas me sacudieron más de lo que pensaba.

Entonces sí sabía lo que quería. Cuando llegó Marty. Pero no quería reconocerlo. No al principio. Eso fue una tontería. Cuando una persona deja de ser sincera consigo misma es cuando realmente empieza a envejecer.

Nunca conocí a su familia. Tiene una tía en Bournemouth o por ahí, pero casi nunca la visita. Es más tímida que la mayoría de las chicas de su edad. Ahora tiene veintitrés, casi veinticuatro. Tenía diecinueve cuando la conocí.

¿Lo sabía ella? ¿Desde el principio? Se dicen muchas estupideces sobre la intuición femenina. Excusas para cabezas huecas. Pero algunas la tienen. Las bonitas. O quizá todas la tienen. Nunca intenté averiguarlo con las otras.

Yo le caía bien; eso lo sé. Tengo cierta cualidad, puedo transmitir. Y con la edad se ha hecho más fácil. Por eso habría sido una buena profesora.

Por eso fui una buena profesora...

Solía quedarme a charlar con ella algunas noches. En su cuarto. Bebiendo café. Una vez dormí allí. Eso fue agotador. Para entonces, seguro que lo sabía...

Es encantadora. Creía que tenía sangre española, pero cambié de idea. Ahora creo que es celta pura. Encaja bien aquí. Éste es su lugar. Una diosa, con minifalda y camisa color ámbar.

Hay algo conmovedor en esa idea. Pero ésta es una región conmovedora. El pasado no está muerto. Al menos, no hasta hoy. Hasta hoy, recordaban los juicios y las deportaciones tras la rebelión de 1685. Hoy, todos hemos sido juzgados.

Intento encontrar un lugar para la pena. Pero hay demasiado que asumir. Quizá todavía estoy en estado de shock.

Me pregunto si la maldita niebla sigue ahí fuera. Daría cualquier cosa por ver el sol. En todo caso, se ha levantado el viento. Eso debería despejarla.

Me pregunto si él tendría razón sobre el polvo radiactivo. Mejor no pensar en ello...

Él fue lo peor que podría haber pasado. Al menos desde mi punto de vista. Además, oí que tenía una esposa en Poole. Una maestra. Mantuve la boca cerrada. Habría parecido que me ponía moralista. Y no soy quién para hacerlo. Habría sido demasiado fácil responderme.

No me habría gustado en ningún caso. Un icono que andaba y hablaba, un burgués de nuevo cuño. Con todas las emociones afiladas de una serpiente de cascabel. Pero eso se ha terminado. Eso y muchas otras cosas.

Me pregunto si el pub seguirá allí...

Qué tontería. Claro que seguirá allí. Está todo allí, entre la niebla. Esos... epicentros se encontraban a kilómetros de distancia. En las Midlands, quizá.

Me pregunto si todo ha terminado.

Recuerdo los viajes a la playa. Los salientes. Aunque en aquel momento fueron un error. Parece tonto, pero no pensaba que la vería con tan poca ropa. Debo estar pasada de moda. Estos son, o eran, los setenta.

Una vez le puse crema. Estaba morena. Nunca vi una chica que se pusiera tan morena. Luego, cuando se desnudó para ducharse, la pequeña banda blanca que cruzaba su trasero...

Creía que se había acabado para mí. Que estaba muerta. Qué sabía yo.

Las tardes siempre eran lo peor. Cuando Richard se iba a Bournemouth. O cuando bajaba a la playa. Esas escenas de playa tuyas empezaban a ser algo extraordinario.

Una vez fue a Londres. Para preparar la gran exposición. Podría haber ido con él. Pero no quería irme de aquí; no podía soportar estar tan lejos de ella. Para entonces, ya me había derrotado. No se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Hay un bosquecillo carretera abajo. A medio kilómetro desde el pub. Paseaba hasta él a veces, me sentaba donde pudiera ver los tejados de una gran extensión de terreno y las altas chimeneas, con las placas de pizarra manchadas de naranja por el liquen. Me preguntaba qué estaría haciendo ella; si estaría tumbada, o cambiándose, o preparando la barra para la noche. O si no estaba allí, si había ido al pueblo o hasta Poole. Me parecía que podría adivinarlo. Intentaba ver a través de la piedra y los muros, hasta su habitación; o enviar mis pensamientos sobre la hierba y bajo el sol. A veces me adormilaba. Entonces los disparos empezaban a sonar tras las colinas, y me despertaba para escuchar el sonido de los insectos, el zumbido de los coches, quizá a mucha distancia; y las grandes puertas de hierro que se cerraban con estruendo en el cielo. Era una experiencia total, algo que Nash podría haber comprendido. Creo que Richard se crió con sus cuadros...

Una vez sucedió algo extraño. Ese tipo, Stan Potts, apareció y aparcó ese camión suyo en el arcén, se quedó ahí sentado y mirando hacia atrás. Estuvo allí una hora o más; pero no me vio.

Me pregunto si a él también le gustaba ella. No me extrañaría. Es un hombre raro. Viene de las Midlands o por ahí, creo. Nunca he hablado con él. No me sentía realmente muy dispuesta a hacerlo. No creo que nos hubiésemos entendido. Pero hay algo de lo que estoy segura. Es la persona más triste que he visto...

Solía soñar con ella. Siempre era el mismo tipo de sueño. Una vez la encontré en un arroyo. Yacía en él, entre los juncos dorados. Un poco como Ofelia. Su vestido estaba abierto; su piel estaba todavía morena, su sujetador parecía muy blanco por el contraste. Blanco de sal. No tenía ninguna marca; y sus ojos estaban cerrados, como si durmiese. Pero supe que estaba muerta.

Otra vez fue peor. Mucho peor. Estaba tumbada en la carretera. No quedaba mucho de ella; pero se podía ver que llevaba aquella bonita camisa de cuadros. Un mechón de pelo se movía con la

brisa; el resto estaba... aplastado, como si hubiera pasado sobre ella un coche tras otro, como pasan sobre los gatos. Como si se hubiera producido un pánico terrible y nadie hubiera intentado detenerse.

¿Sueños? Ahora son como visiones...

Eso me destrozó. No iba a ir esa noche al pub. Pero tuve que hacerlo. Para ver si... Sé que suena tonto. Por supuesto, ella estaba allí, hablando con Arthur y Teddy King. Me senté un rato; entonces ella dijo algo, no sé qué era, pero estaba riéndose con un vaso en la mano. Quise decirle... lo que iba a suceder, lo que de alguna forma iba a ocurrir si no teníamos mucho cuidado. Por supuesto, no pude. No pude hablar. En vez de eso, me fui al baño, me senté y me desgañité durante una media hora. Creo que nunca me he sentido tan mal. Por supuesto, para entonces había aparecido el sabelotodo de Martin Jones, y yo sólo estaba celosa...

Luego ella parecía preocupada. Quiso saber qué pasaba. Le dije que nada, que tenía el estómago revuelto. Lo que supongo que era cierto...

Comencé a fantasear entonces. No podía evitarlo. Algunas veces imaginaba que vivía conmigo en el bungalow. Otras, que íbamos en barco; una vez en una gabarra, según recuerdo. La vestía, y la desnudaba a voluntad; y estábamos juntas, siempre juntas, la tenía sólo para mí.

No era fácil enfrentarse a lo que iba a suceder. En cierto modo, me había ayudado a pasar la treintena; pero algún día iba a marcharse y desaparecer como todas las demás, para medir cortinas y tener hijos y un marido en el pub; o se sentaría todas las noches a ver la tele con un esposo bueno y atento, lo que habría sido peor. Pensé que casi habría sido preferible si... bueno, si pudiese morir así, en el agua, como Ofelia. Eso es lo que pasa cuando se quiere tanto a alguien.

He oído decir que no podemos amar. Las criaturas como yo. Los que dicen eso se equivocan.

A veces me sentaba y leía a Shakespeare; o a Homero, o a John Donne, a cualquier persona con alma. Entonces pensaba «Me habla a mí, a través de los siglos». Y me ponía a llorar. A veces lloraba toda la noche. No es precisamente la mejor ocupación para una mujer hecha y deshecha.

Es extraño cómo apareció Potts. Cuanto más pienso en ello...

Pero no importa. Creo que yo habría intentado hacer lo mismo. Mejor que ser deportado a Poole. Y fácil, también, ya que estamos. Toda la confusión...

A veces, es absurdo, lo siento sobre todo por Ray. Y por el pub.

No sé si... Pero nunca lo sabremos. Esos disparos... Eran disparos, viviendo aquí, a menudo se oyen disparos de armas cortas. Y los dos estaban ahí fuera, en la niebla.

Fue raro cómo reaccionó ella. Como si lo supiera.

Al menos, yo supe lo que ella iba a hacer. La visión, sí. No creo que se hubiese llevado nada. Ni siquiera un abrigo.

Fue raro, también, que no hablásemos. Sólo caminamos, lado a lado en la niebla.

Ahora me siento mal por Richard. Quizá... quizá no sucedió lo que yo pensaba. Pero sucedió, no sé por qué estoy tan segura, pero lo estoy. Martin Jones no va a volver. Así que Richard está solo allí, con ese hombre escalofriante. Pero ella no sabía lo que estaba haciendo. Estaba... extraña, tenía que ir con ella. Él lo entenderá.

En realidad, no fuimos tan lejos. Comenzó a llorar en un momento, tras las explosiones. Gracias a Dios que nos habíamos apartado de los acantilados. La abracé, hasta que el ruido terminó. Nunca la había abrazado.

Si la hubiera dejado irse sola, se podría haber vuelto loca...

Al menos, no hay forma de pasar por alto este sitio. Esa playa negra y sucia; y los acantilados, prominentes, con hileras de piedras incrustadas como hileras de dientes... Pensé que podría haber gente en la casa. Pensé que podríamos descansar una noche y comer algo.

Tardamos una hora en entrar. Dentro, el ambiente era extraño; la niebla que se apretaba contra las ventanas, y la luz rara, y los muebles rígidos y severos, reflejados en el suelo pulido. Si se alzaba la voz había eco, se oía pasar de habitación en habitación, pero no había nadie que respondiera.

Subimos la gran escalinata hasta los dormitorios. Luego, hasta los desvanes. Es rarísimo, esta gran casa blanca en medio de la niebla, con todas las cosas que contiene, y nadie viene, quizá nadie vendrá, quizá nadie volverá. Tan diferente de la última vez...

En un día normal se puede ver el otro lado de la bahía. Hay

un bosque, en el promontorio del oeste; en un punto, alguien había talado los árboles, haciendo una especie de muesca. A través de ella se puede ver el mar, como un ojo azul pálido. Me dijeron que solían situar un farol en la ventana para los contrabandistas. Pero no habrá farol esta noche...

Hay comida en la despensa, muchísimas latas. Y encontramos una pila de leña en uno de los cobertizos, y un poco de carbón. También había un armero con escopetas; necesité otra hora para encontrar los cartuchos. Quizá no les permitían tenerlos.

Pase lo que pase, estaremos bien. Al menos durante un par de días. Todavía no he tenido tiempo de sentir miedo.

Ahora estoy empezando a entenderlo: ella huyó de él. No sé por qué. Aún no.

Encendí la chimenea en uno de los dormitorios. Colgué sábanas a su alrededor para airearlas. Encontramos velas, encendí varias para ella. Luego la metí en la cama. Parecía molida. Le dije que me quedaría abajo durante la noche, en la cocina. Me había hecho con una de las escopetas y tenía el bolsillo lleno de cartuchos. Me sentía muy dura.

Bueno, ¿no era lo mejor que podía hacer? Podría haber habido merodeadores, cualquier cosa, alguien tenía que hacer guardia. Y no quería estar cerca de ella, no podía permitirme estar cerca. Estaba intentando hacerlo lo mejor que podía.

No sé cuándo oí el ruido. Estaba adormilada. No sé tampoco lo que era. Algo causado por... lo de esta tarde.

Me incorporé. El fuego estaba apagándose. Una luz rosada se reflejaba en las paredes, y las ventanas mostraban grandes cuadrados grises. Me quedé escuchando, y volvió a oírse. Suave y resonante. Casi veraniego. Como esos extraños sonidos que solían oírse en la distancia, en los días cálidos y tranquilos. Entonces hubo otro, más cerca; y otro, parecían formar una fila. Y entonces... No sé lo que era. Un caballo monstruoso al galope, que se dirigía hacia la casa. Las ventanas se estremecieron, las puertas se abrieron y retumbaron; entonces pasó, desvaneciéndose en el mar. Cuando hubo pasado, oí el grito.

Nunca había oído a nadie gritar así. Durante un momento pensé... ya sabéis, que había algo. Algo que estaba allí. Encontré

una linterna, subí los escalones de tres en tres. Me crucé con ella en el descansillo.

Estaba... bueno, como loca. No quería volver al dormitorio; al principio no. Al cabo conseguí que volviese, le dije que no era nada, que no podía hacerle daño, que ya no estaba. Creo que había tenido una pesadilla. Él iba a por ella, saliendo del mar. Así que ella también sabe que esta muerto. Las velas se habían consumido; encendí otras y avivé el fuego. Pero no me permitió que volviera a dejarla sola. La abracé hasta que se calmó; y quizá es cierto que el miedo puede transmitirse, porque ése fue el primer momento en el que sentí miedo, realmente. Cerré la puerta con llave y me senté allí, mirándola, con la escopeta en el regazo. No sé lo que estaba esperando, qué esperaba ver; que el pomo girase, saltase, algo así. Por supuesto, nada sucedió; finalmente abrí la escopeta y la dejé a un lado. Le dije... y esto es lo más tonto:

—Si ha muerto una vez, puede volver a morir.

Entonces me volví a mirarla. Me estaba observando a la luz de las llamas; y creo que de repente ambas lo supimos.

MARTINE

No sé por qué me fui con él, para empezar. Bueno, supongo que sí lo sé; pero no es agradable reconocer ese tipo de cosas, ni siquiera ante una misma.

En cierto modo, desearía que nunca hubiese venido. Pero claro, deseo tantas cosas, desearía que la vida hubiese podido continuar exactamente como antes. Me encantaba el pub, los turnos eran un poco largos, pero siempre había risas, siempre sucedía algo. Y Ray era bueno con nosotros, con todos nosotros. Me pregunto dónde estará, espero que no...

No debo pensar así, no debo volver a asustarme. Estoy a salvo y resguardada, estoy bien, nada va a suceder esta noche. Ya no. El ruido ha desaparecido, era sólo un ruido...

Me pregunto todo el rato dónde están los demás. No puedo evitarlo. No sé lo que sucedió...

Recuerdo los buenos tiempos. Quejándome en Chapman's, con el viejo Teddy, de que tenía que levantarme a eso de las cinco. Y en carnaval todo el mundo se fabricaba su propio disfraz, algu-

nos eran buenísimos... Y cuando pusieron en marcha el equipo de cricket, Ray atravesó con la pelota el tejado del invernadero de la señora Dangerfield...

Siempre me cayó bien Maggie. No sé qué tenía. Le caía bien a todo el mundo, Ray se llevaba muy bien con ella y la conocía desde hacía años. Mucho más que yo. Y Richard estaba en casa de Maggie casi todo el tiempo. No eran amantes, según ella. Me acuerdo de que me sentí un poco avergonzada. Cuando me lo dijo sin más.

Richard se quedaba a veces, cuando no estábamos muy ocupados. Creo que era un pintor realmente bueno. Ray le había comprado un cuadro del castillo. Íbamos a colgarlo en el Cobertizo...

Había algo raro sobre él y Vicky. Nunca lo averigüé. Creo que se conocían de antes...

No sé qué edad tiene Maggie. Treinta y tantos. Creo que es mayor de lo que parece, pero tiene una figura estupenda. Y estaba, de alguna forma... viva. No puedo explicarlo. Me encantaba oír la tocar. Intentaba que Ray me pusiera en la barra de atrás, siempre me estaba tomando el pelo con eso. Pero la barra de delante se llenaba tanto que, de todas formas, nunca paraba de correr.

Tenía una voz ronca cuando cantaba. Y era una guitarrista estupenda. Pero ella solía decir, escuchad a Segovia. No le gustaba tanto lo que tocaba para los turistas, lo hacía sólo porque era bueno para el negocio. Una vez dijo que tenía que acordarse de no lavarse los pies.

Quizá ya ha terminado. Las... bombas. Por favor, Dios, que haya terminado. Quizá podamos volver, nos dejarán volver a todos. No me importa si el país está... ocupado, o lo que sea. Yo nunca...

Supongo que, en realidad, es culpa mía. Lo que sucedió. Bueno, en parte...

Siempre supe que le gustaba. No sé cómo lo noté. Lo percibía cuando estaba en el pub, siempre podía advertir si estaba allí. Unas veces lo sentía más que otras, una... brisa, o un hormigueo. Me preguntaba si era algo que ella provocara. Como encender algo. Pensaba que, a lo mejor, estaba enamorada de ella. Pero eso era una tontería. Quiero decir que una no va por ahí enamorándose. Al menos, no desde la escuela.

El día después de la playa fue el peor. Ése fue el día que me puse el bikini nuevo. Martin dijo que el primer bikini empezó todos los demás. No sé qué quiso decir; algo sobre una bomba...

Quería un bañador nuevo, de todas formas. Y éste tenía un color precioso, una especie de marrón apagado. El poco tejido que tenía. La chica dijo que estaba bien, que todos eran así ese año. Yo dije, bueno, si es el único de ese color.

No quiero mentir. Ya no. Quería que ella me viese, quería... presumir, supongo. Era como... bueno, ser admirada.

Después, cuando ella vino, yo no estaba vestida. Esa noche estaba ayudando en la barra, Ray estaba en Bournemouth, en el cricket, y Penny no entraba hasta la siete. Le dije que entrase. Quiero decir que no me importaba. No con otra mujer. Y en esa época me sentía un poco maternal con ella.

Me sentí... bueno, me temblaban las rodillas. Ella no hizo nada, sólo estaba ahí sentada, fumando un cigarrillo y hablando. Luego, en el bar, ella tuvo que inclinarse por donde yo estaba para coger una botella, y me puso una mano en la cadera. Sin apretar, sólo para no perder el equilibrio. Pensé que iba a desmayarme, no sé qué me pasaba. Quería... no sé, desnudarme, hacer alguna locura, sólo para que ella volviese a mirarme.

Ella se fue cuando llegó Ray, dijo que tenía que ver a alguien. Luego me sentí triste. Quería... algo, pero no había nada que hacer. Nada. Pensé, no sé, si fuese un hombre... Pero tampoco era eso. No quería que ella fuera ninguna otra cosa. Sólo lo que era...

Nunca me cayó muy bien Martin. Era demasiado... Bueno, para empezar, era un auténtico lameculos. Ese acento; y nunca se había acercado a un colegio privado, me lo dijo él mismo. Nunca supe de dónde sacaba el dinero, no daba ni golpe. Pero solía decir que quien empezaba a trabajar estaba perdido, porque trabajaría el resto de su vida. Pasaba mucho tiempo en Bournemouth, decía que si se pasaba el tiempo suficiente donde había dinero, se pegaba un poco. Había sido... oh, camarero de un trasatlántico, miles de cosas. Nunca pude decidir cuánto de aquello era cierto.

Decía que conocía a las mujeres. Me imagino que sí. Desde luego, hizo lo que quiso conmigo. Pero mira qué rápido: esa primera vez que no estuvimos ni cinco minutos en el coche...

Una vez me puse furiosa. Me preguntó si tenía esas... cosas. Directamente, como suena. Dijo que ésa era la única forma en que

valía la pena hacerlo. Le pregunté que quién creía que era yo, o sea, una no lleva esas cosas en el bolso todo el rato, es como llevar encima una pistola cargada. Le dije que para las estadounidenses podía estar bien, pero no para mí. En todo caso, después de eso, él las llevaba siempre. No sé de dónde las sacaba. No puedo imaginármelo comprándolas en una farmacia. Supongo que sí lo hacía.

Sólo fui con el porque... bueno, supongo que quería demostrar que era... normal y todo eso, que no era lo que ella pensaba. Pero luego, la cara que puso esa noche. No creía que se lo fuera a tomar así. Dijo que estaba enferma, pero no era eso, había estado llorando. No pretendía hacerle daño, no de esa forma. Bueno, supongo que estaba enamorada de ella. En cierta forma. Pero estaba tan liada...

No habría ido hasta allí. Hasta ese lugar. Y con él, entre todas las personas. Pero Maggie quería, y ella también venía. Dijo... oh, miles de cosas. Todo tenía sentido en aquel momento. O lo parecía. No sabía lo que quería hacer, estaba tan asustada, estaba asustada desde hacía días. Pensé que estaría a salvo con ella.

Y entonces Martin apareció allí, nunca pensé... no creía que fuera a verlo jamás, no quería verlo jamás. No podía pensar. Y la primera noche dijo algo... bueno, algo sucio sobre ella. Me enfadé mucho, intenté levantarme una y otra vez pero él me agarraba y, cuando más enfadada me sentía, más se reía él. Le parecía que todo era divertido, la guerra, yo, todo. Luego, esos disparos, sé que eran disparos. Sonaron muy fuertes, pero distantes, se oía el eco por los acantilados. Pensé que iba a volver trastabillando y cubierto de sangre o algo así, no podía soportarlo, ya no podía soportar nada de aquello. Así que... bueno, empecé a andar. No sabía adónde iba, no podía pensar. Entonces ella me alcanzó y me obligó a esperar, dijo que al menos tenía que llevarme un abrigo. Dijo que vendría conmigo, si yo... confiaba en ella. Comencé a sentirme tensa de nuevo, pensaba que ella me odiaría de alguna forma a causa de Martin. Pero yo... quería estar con ella, quería que ella viniera, ya no tenía miedo. No hasta que las bombas...

Después no podía dejar de temblar. Pero ella estuvo estupenda. Me dijo... adónde pensaba que debíamos ir, y que no nos pasaría nada. Entonces me cogió de la mano. Me pareció... bueno, adecuado, me sentía como si tuviera seis años. No dejaba de pensar en las bombas, y en cómo se había encendido el mar. Sonó como si la

región se estuviera partiendo en dos.

Dijo que habría... gente en la casa. Pero no la había. Dimos toda la vuelta, en la niebla. Era enorme, con grandes torres circulares a ambos lados y todas esas hileras de ventanas... Luego dijo que tendríamos que meternos dentro porque yo tenía frío, y tenía que entrar en calor. Encontró una palanca de hierro y la usó con las contraventanas, cuando consiguió abrirlas tuvimos que romper el cristal. Volví a sentir miedo. Es decir, no se puede ir por ahí haciendo esas cosas. No dejaba de pensar que vendría alguien, nos meterían a las dos en la cárcel. Ella dijo que no había nadie, que de lo contrario, al menos, habríamos oído a algún perro. Pero sólo había silencio.

Al fin consiguió abrir la ventana, se metió y me ayudó a entrar. Entonces... es ridículo, pero nos echamos a reír. Porque, veréis, estábamos en un enorme cuarto de baño. Y quiero decir enorme, era una habitación alta y amplia de unos doce metros de largo, con una enorme puerta de madera y un pequeño pedestal en medio de la pared. La cañería recorría como un kilómetro, toda cubierta de fieltro y aislante; entonces ella dijo algo sobre que los caballeros se sentaban allí para practicar puntería y me partí de risa, creía que no podría parar. De repente, dejó de hacerme gracia porque estábamos en una casa grande y vacía y se podía oír el silencio, como si nos agobiara. El caso es que me volvió a coger de la mano y abrió la puerta, y comenzamos a explorar todas las habitaciones. Se portó estupendamente. También debía de tener miedo, pero no se notaba. Tenía la palanca de hierro y decía todo el rato:

—No pasa nada, no hay nadie. Como ves, no hay nadie.

Además, era una casa preciosa, todos los cuartos amplios y blancos y llenos de muebles maravillosos.

Había una cosa que no me gustó. En una de las grandes habitaciones circulares, las habitaciones de las torres, había una caja de muñecas. Muñecas de cera, nunca las había visto antes. Al menos, no de cerca. Casi todas eran niñas, pero había una de una anciana vestida de negro. Al menos, creo que era una anciana, era muy vieja, la cara estaba toda amarilla y arrugada. Tenía los brazos abiertos en dirección a las ventanas y la niebla plateada, lo único que se podía ver era la niebla y sólo un poco de hierba a uno o dos metros de la casa. Empecé a temblar de nuevo, y Maggie me llevó de vuelta, atravesando una gran cocina. Allí había una despensa con

estanterías llenas de cosas y un horno de gas, cuando giró las llaves, los quemadores se encendieron. Eso sólo quería decir que quedaba gas en las cañerías o que aún no habían cortado el suministro, pero, de alguna forma, me animó. Luego abrió el agua, eso también funcionaba, aunque no había electricidad. Ella dijo que debían de haberse olvidado del gas pero que no importaba, había un Aga en la esquina y luego lo pondría en marcha. Encendimos una chimenea y luego encontró una gran caja de velas, dijo que era una suerte que hubiera habido tantos apagones.

Me sentí mejor cuando entré en calor. Ella preparó una sopa, yo pensaba que no tendría hambre porque había vomitado por el camino, pero cuando se estaba calentando olía tan bien. Luego volvimos arriba, dijo que me iba a preparar un dormitorio. Yo quería quedarme en la cocina, pero ella dijo que no había motivo para que no durmiera en una cama de verdad.

Escogió un cuarto al final de un largo pasillo. Estaba en la otra punta de la casa; pero la mayoría de los dormitorios estaban desnudos, éste tenía cortinas para tapar las ventanas. Encendió otra chimenea, hacía mucho frío para ser agosto, y puso las velas alrededor. Incluso aireó unas sábanas. Dijo que podría bañarme por la mañana, habría agua caliente cuando hubiera arreglado el Aga.

Cuando terminamos era de noche, no me había dado cuenta de que se había hecho tan tarde. Le pregunté si no iba a dormir, pero dijo que no, que iría abajo a montar guardia. Había encontrado una escopeta, dijo que era lo mejor que podíamos tener, mejor que un rifle, nadie se atrevería con una escopeta. Dijo que, en todo caso, todas las puertas estaban atrancadas, nada podía entrar. Dijo que yo era... una niña grande, y que las bombas se habían terminado, no habría más. Esperó hasta que me metí en la cama, luego me besó y me dijo que durmiera bien. Después bajó.

Habían pasado tantas cosas que estaba realmente cansada. Me quedé tumbada un rato, mirando las velas. Era todo tan cálido y cómodo, era maravilloso estar ahí tumbada, creía que íbamos a morir o algo así. Pensé en ella, abajo, y me pregunté qué estaría haciendo, si estaría dormida o no. Entonces empezó a soplar el viento, sonando en rachas alrededor de la casa, y me pregunté si despejaría la niebla. También se oía el mar. Las llamas de las velas se movían, muy ligeramente, con la corriente.

Ella conocía la casa de antes, la abrían a veces. Por eso sabía lo

del hueco entre los árboles y los contrabandistas. Sentí que me hubiera contado aquello, aunque sé que no quería preocuparme, porque el mar fue lo último en lo que pensé antes de quedarme dormida.

Tuve un sueño. No sé dónde estaba, pero podía ver la muesca entre los árboles y el mar al otro lado. El mar era de un azul vívido, nunca había visto un azul tan intenso. Se podía ver que algunos de los árboles, sus ramas y troncos, parecían encendidos por el azul. Como si fuera luminoso.

Me quedé allí un rato, mirando. Luego me di cuenta, no sé cómo, de que había un camino que subía desde el agua, al otro lado de la colina, y que alguien venía por él. Me asusté. No sé por qué, pero sabía que no quería verlo, que no debía verlo. Empecé a intentar correr pero no podía moverme bastante deprisa, no me funcionaban las piernas. Miré hacia atrás y le vi abrirse paso por el hueco. Entonces estaba junto a mí. Su cara estaba toda roída, roída hasta quedar plana, se podían ver todos los agujeros, los conductos y las venas, algunos se abrían y se cerraban al respirar. Supe que me quería a mí, estaba enfadado conmigo porque había hecho que le matasen. Me incorporé en la cama, gritando. Entonces sonaron todos esos golpes y porrazos, parecía que era la puerta. Supe que estaba en la casa. Luego oí a Maggie, que me llamaba, tenía que llegar hasta ella y avisarla, decirle que él estaba aquí. Intenté abrir la puerta, pero el cerrojo estaba echado o estaba atascado, no se movía. Entonces ya no supe dónde me encontraba, creía que él estaba en el cuarto conmigo, y no podía escapar.

No sé qué pasó después. Creo que ella me pegó una bofetada, no puedo recordarlo. Me hizo volver a entrar, llevaba la escopeta, recorrió toda la habitación, pero no había nada. Abrió las cortinas, la niebla seguía siendo espesa. Dijo que el ruido no era nada, lo había oído antes, pero nunca tan cerca. Dijo que tenía que ver con las bombas, que era un fenómeno meteorológico, como los truenos, algo llamado «cañones de Barisal». No sé por qué, pero eso volvió a asustarme. Para entonces sabía que había tenido una pesadilla, pero no quería que ella se marchase. Dijo que no pasaba nada, que no volvería a irse. Echó el cerrojo de la puerta y se sentó largo rato en la cama. Todavía tenía la escopeta en las manos.

Cálida y segura...

Fue como si una parte de mi mente se hubiese detenido. Una parte decía «bien» y «mal», pero yo ya no podía entenderla. No podía entender lo que estaba diciendo, lo que significaban las palabras. Luego fue como si Martin me estuviera amando y yo le estuviera amando a él; pero mejor de como había sido, mejor que lo que había sido nunca. Luego pareció... que ella había cambiado, o que yo había cambiado, podía besarla en la boca, todos los sueños se hacían realidad. Luego, las cosas empezaron a girar en mi cabeza; los salientes de Baile y el estanque, el bungalow, los barcos del mar, el pub, las rocas blancas y calientes bajo el sol. Luego fue como si estuviera de nuevo en el partido de cricket y hubiera pasado algo estupendo, y Ray estaba riéndose, y toda la gente que conocía, también; Penny y John y Andrew y Richard y el viejo Ted. Y yo me esforzaba por acercarme, nunca estaba lo bastante cerca, quería hacerlo todo con ella, subir al castillo y pasear, y correr y nadar y conducir; todo, y al mismo tiempo. Y nunca volver a sentir miedo.

Pensé que la mañana siguiente iba a ser terrible. Pero no lo fue. Ella estaba abajo, preparando el desayuno. Había encontrado una lata de salchichas y había gallinas en el patio, había salido y había recogido unos huevos. Me acerqué a ella y la besé. No me pareció nada raro hacerlo.

Ella se acercó al fregadero y empezó a limpiar los platos. Cuando se dio la vuelta, vi que había llorado. Pero no habló de ello. Ninguna de las dos habló de ello; no durante el resto del día.

La niebla no desapareció. Pensé que estaría allí para siempre.

Como nos quedaba poca leña, volvimos a coger madera de la playa. Había bastante. No pensé en Martin. Ya no. Luego subimos la colina y llegamos al pueblo. Había una estafeta de correos que también había sido una tienda. Creo que nos habíamos acostumbrado a entrar en los sitios por la fuerza.

Volvimos con tantas cosas que nos llevó casi todo el día transportarlas. Volver a la casa fue casi como volver al hogar.

Me habría encantado vivir en un sitio como ése. No sé de qué época sería. Del siglo XVIII, supongo. Podía imaginarme a Maggie como dama del siglo XVIII. Ya sabéis, maquillándose y poniéndose

esos lunares tan atractivos que llevaban. En otro momento, pensé que debíamos haber sido pescaderas. Todas pobres y harapientas. Creo que entre las dos vivimos en todas las épocas.

Había vacas en uno de los prados, tras la casa. Una mañana, todas empezaron a mugir. Pensé que estarían enfermas, pero ella dijo que necesitaban que las ordeñasen. No sé si lo había hecho antes, pero lo hizo muy bien. Dijo que debían de pasarlo muy mal. Como si alguien tuviera que ir al servicio seis veces de golpe.

Teníamos tanta leche que no sabíamos qué hacer con ella. Al principio la hervimos toda, por la tuberculosis. Después dejamos de molestarnos.

Luego, ella me enseñó a usar las escopetas. Es fácil, sólo hay que abrir el pestillo, meter los cartuchos, y listo. Y siempre se dispone de otro disparo si falla el primero. Me hizo prometer que nunca llevaría una escopeta cerrada. Me mostró lo que podría pasar si lo hacía. Había una liebre muerta en el prado, le disparó y fue horrible. No quedó nada...

Hay un pequeño búnker en la bahía, creo que es un resto de la guerra. Una vez hicimos el amor allí dentro. Cerca había un montón de trampas para langostas, encontramos una barca varada y la metimos en el mar para dejar las trampas en la bahía. No capturamos nada durante una semana, pero ella dijo que siguiéramos intentándolo, que no habíamos encontrado el lugar adecuado.

Recuerdo la primera que capturamos. Era enorme; y aquí son muy oscuras, por las rocas de color negro. No quería matarla, no creo que ella quisiera, tampoco. Pero dijo que era ella o nosotras y, en todo caso, no era diferente de comer carne.

Era tan hermosa cuando estuvo cocinada. No podía creerlo. Y en la huerta había lechugas, bastantes para hacer una ensalada. Ella preparó una salsa maravillosa, con ketchup y nata, y me dio la carne de la pinza, me la puso en la boca. Creo que fue la comida más sexual de mi vida.

Sólo sucedió una cosa mala. Un día volví a ver a ese tipo, Stan Potts.

No podía creerlo. Estaba bajando a la playa, sin prestar mucha atención. Y allí estaba él, con su horroroso impermeable viejo. Estaba mirando hacia arriba, hacia la casa, pensé que me habría visto u oído. Pero creo que no.

Me escabullí tras una roca. Cerré la escopeta, haciendo el mí-

nimo ruido. Pensé: «Si comienza a subir, si comienza a subir...». Sabía lo que pasaría si disparaba, pero creo que aun así le habría pegado un tiro. Creo que me convertí en una especie de animalito. Lo que teníamos era tan bueno que no iba a dejar que nadie nos lo quitase.

En todo caso, no subió. Se quedó allí con aspecto triste, como si hubiera perdido algo y lo estuviera buscando. Finalmente se alejó caminando.

Le seguí un trecho. Entre la niebla. Siguió andando a lo largo de la bahía. Le dejé cuando se acercó al acantilado del lado oeste. Supongo que volvía a la casa de labranza. No había pensado que aún estaría allí.

No se lo conté a Maggie. Quizá habría debido, pero no lo hice. Era sólo que... no quería que nada lo estropease. Ni siquiera una minucia.

Otra noche se oyeron disparos. Parecían cercanos. Nos quedamos despiertas toda la noche, escuchando, pero nadie se acercó.

Me dijo que llevase siempre una escopeta encima. Fuera adonde fuera, incluso si era cerca.

Debería haberlo hecho. Debería haberla escuchado. Pero nadie venía nunca. Salvo esa única vez. Era como si la gente ya no existiera y tuviéramos ese lugar sólo para nosotras, para siempre.

Había bajado a la costa para sacar las trampas. Ella seguía dormida, y no quise despertarla. Me olvidé; de verdad. Me acordé cuando ya estaba en el patio. Pero sólo iba a salir un ratito, remar hasta las trampas sólo llevaba unos minutos. No merecía la pena volver.

La niebla era espesa. Creo que nunca se despejará. Había metido la barca en el agua y me estaba subiendo. Entonces oí el roce de un guijarro.

Levanté la vista. Apenas podía verle. Pensé durante un momento que era otra vez Stan Potts. Pero era demasiado alto.

Supongo que me entró el pánico. Si me hubiera metido en la barca, no habría podido seguirme. Podría haber desembarcado en cualquier parte y haber vuelto a la casa corriendo...

En vez de eso, di media vuelta. Por la playa. No dije nada. Sólo podía pensar en que no llevaba la escopeta.

—No pasa nada. No te vayas... —dijo. Pero eché a correr. Oí que me seguía.

Estaba entre la casa y yo. No podía ir por ahí. Entonces tropecé y caí en unos arbustos. Pensé que me atraparía, pero me escapé justo a tiempo.

Aún seguía tras de mí. Yo no podía gritar, no serviría de nada. Ella no me habría oído, estaba demasiado lejos.

No sabía lo que él quería. Me llamaba una y otra vez, pero yo no respondía. Estaba subiendo lo más silenciosamente que podía. Pero él sabía de todas formas dónde estaba.

Hay otro sendero que sube junto al búnker. Cruza un arroyo y sube por donde los acantilados son menos altos. Como grandes escalones, todo hierba y barro. Creo que le despisté; pero resbalé y me localizó de nuevo. Pensé que, quizá, las bombas le habían vuelto loco. Estaba segura de que estaba loco, no sé por qué. Pensaba todo el rato en lo preocupada que iba a estar ella. Lloraba, detestaba pensar que se preocuparía tanto. Todo era culpa mía por no haberme llevado la escopeta.

—Este sitio es mío —me gritó él—. ¿Quién eres? —Pero yo no le creí.

Había un lugar en el que el sendero subía entre dos montículos de roca. Me encaramé a uno de ellos antes de pensarlo y me dejé caer, jadeando. Había una gran piedra; la cogí. Sabía que no podría verme contra la roca.

La luz era más brillante. Casi como si el sol se estuviera abriendo paso. Esperé. Cuando viniera, le iba a pegar con la piedra. Entonces oí sus pasos justo debajo, en el sendero. Estaba más cerca de lo que había pensado.

RICHARD

Recordando las tardes en el bungalow. La calva del césped, bajo el ciprés, hasta el jardincito rocoso. Los macizos de flores moradas y amarillas, el camino hundido, más allá. El baño para pájaros, el conejo de piedra con manchas de liquen. La sombra del pedestal se extiende sobre la hierba. En mis cuadros podía resolver una ecuación como ésa.

Recuerdo haber hecho series en las que sólo salía el liquen. Una capa fina de naranja sobre verde oliva; asomaban los viejos rostros de las colinas.

El castillo se veía desde las ventanas del cuarto de estar. Una cáscara de piedra dispuesta sobre el valle, abierta al aire y la luz. El nido del sol salvaje. La vista enmarcada con barrotes blancos brillantes. Una casa blanca, con olor a 1935. Me hacía sentirme más cerca de él. Fase media antes de Junkers, los soles ondulantes.

Una pena lo de Maggie. No vivía aquí. No sé si ha vivido en ningún sitio. Hablamos mucho sobre la escuela. Una imagen furiosa, como un avispero. Ya desaparecido. El plan instantáneo de derribo de barrios bajos.

Me alegro de que el castillo siga ahí. Me preguntó cuánto durará. No puedo imaginar que se disuelva. Pero no puedo imaginar que nada se disuelva. El último día puse música. Reger, Buxtehude. Leí los textos de las cubiertas. Tercia, armónica, registro. *Rohr Gedacht*. Se necesitaría un libro entero para describir la muerte de un solo órgano de iglesia.

Recuerdo el resto de la habitación. La alfombrilla lanuda en forma de media luna frente al hogar, las esterillas sobre el suelo de madera, el arcón español forrado de cuero en la esquina. La plata en el aparador, el cisne blanco de porcelana. Una pintura al pastel enmarcada, una cabeza de saluki. El whisky en el armario lateral, como ayuda para la concentración. Un perchero suizo tallado ante la puerta, la familia de osos escaladores.

La recuerdo a ella sobre la cama. El sol de la tarde en las persianas. La luz lo inunda todo de verde dorado. Recuerdo las mantas apartadas, los encantadores planos del cuerpo. La cadera alzada, la sábana enredada, metida entre los muslos. Lorelei, o Jennifer. Debería haberla pintado. Pero no soy Picasso. No sé pintar lágrimas.

Podría haberlo hecho con ella. Pero si me acostaba con ella, las relaciones espaciales se destruirían. Era fundamental preservar la imagen del castillo, el cisne de porcelana. Más vale usar la mano.

Recuerdo el piso de Cheltenham. Intenté trabajar allí pero me sentía sofocado. Hay una relación entre la creatividad y el follar. Vicky entendía lo último pero no captaba lo primero mejor que los demás. Quizá la procreación sea una gran forma de arte. En cuyo caso, toda la pintura es sexo frustrado.

Definición de filosofía. Pasatiempo inapropiado para hombres mayores.

Recuerdo la ira ante la negativa a pedir el divorcio. Creo que

ella solía ir a la ciudad a encontrarse con el marido. Le pasaba una bonita paga; su reticencia era comprensible. Que ella viniera aquí fue mala suerte para los dos. Pero, también, comprensible. Tenía que ser el ejército o la iglesia. Encerrada para siempre en lóbrego claustro.

Intenté desarrollar una filosofía de la mezquindad. La avaricia, la indiferencia, etcétera, serían enteramente admirables, la integridad sería el único crimen. Pero el nuevo orden desarrollaría su propia integridad y, por tanto, fracasaría. Nunca pude entender la implicación parcial. Como Vicky. Emoción encerrada tras hierro forjado. La pasión puede domesticarse como un árbol frutal.

Potts es un gran artista creativo. Disparar la pistola, una gran acción surrealista. Mucho más silencioso y barato haberle arrojado sencillamente por el acantilado.

He visto la pistola. Luger. La guarda en el saco de dormir. Pasa horas limpiándola, etcétera. El olor del aceite diluible es característico. Me pregunto qué diría el Líder para sacar de sus casillas al pobre cabrón. No consigo sentirlo demasiado por Jones. Un saco de mierda como los demás.

No consigo sentir demasiado nada. Recuerdo la discusión con Maggie. El desván repleto, etcétera. Quizá es cierto.

Maggie es una mujer interesante. Su vida había fracasado socialmente, no tuvo más remedio que ser inteligente. Me gustaban sus ideas sobre el sentido moral. Desafortunadamente, sólo eran aplicables en bajos niveles culturales. Una tabla de afinidades como producto final de la necesidad de regular la tasa de nacimientos, el matrimonio sagrado, útil para generar vírgenes. Quizá tenga su oportunidad en los próximos cien años.

No tengo ninguna objeción intrínseca contra el lesbianismo. El acto sólo es desagradable cuando las participantes son feas o gordas. Coito entre reinas de la belleza dispuestas. Tengo el mismo punto de vista sobre la pederastía, pero creo que no me creyó. Espero que se hiciera a Martine. Me habría gustado ser una mosca en el techo y gritar yupi.

Martine es una chica muy apetitosa. No me habría importado un revolcón más convencional con ella. Pero no lo intenté. Pues a quien no tiene se le quitará aun lo que tiene.

Debe de ser algo del aire marino. Recuerdo haber identificado el castillo como motivo lingam-yoni. Un pilar masculino que sos-

tiene una copa bañada por el sol. Había estado leyendo las notas del programa de *Parsifal*. Intenté pintar, pero creo que no salió. Se lo di a Maggie para el cuarto de estar. Le gustó.

No soy simbolista. Además, Miró y Munch suponen un cruce estéril.

Echo de menos esas tardes. Me vendrían bien las opiniones sobre la relación actual con Vicky. Ésa sí que es una broma jodidamente buena.

Una semana tranquila, tras las bombas. Pesqué, fui a buscar madera de la playa. Una pena que tirase también la carretilla. Una vez oí un avión, sobre la niebla. Estuvo zumbando por aquí durante medio día. Me pregunté para qué exploraba el terreno. Lo supe después.

Me desperté con el ruido de los motores y el estruendo de las orugas. Todo estaba temblando, y me pregunté qué coño pasaba.

El desembarco duró tres horas. La niebla era densa, apenas podía ver las hileras de anfibios. Tanques pesados, con torretas de ciento veinte milímetros. Los distintivos fueron una sorpresa. Cada uno de ellos dio la vuelta de forma atronadora por la playa, bajo la casa de labranza, y se abrió paso hasta perderse en la niebla. Los movimientos de los vehículos de orugas son extrañamente primitivos. Deben de haber visto la casa; pero afortunadamente ha preservado su aspecto deshabitado.

No parecían contar con apoyo de infantería. Buena suerte para nosotros, mala para ellos.

Los disparos empezaron justo antes del amanecer. Cañonazos esporádicos al principio y luego continuos, que atronaban entre la niebla. Los acantilados del anfiteatro resonaban en la oscuridad. La última y peculiar batalla de occidente.

No sé adónde se fue Potts. Creo que se ocultó. Caminé hasta donde podía ver los destellos de las armas de mano, puntos naranja que chispeaban en la niebla. Los nuestros se desplegaron ante una elevación, donde el camino se encuentra con la vieja carretera de montaña. Un tanque estaba ardiendo. Recordé la chimenea de una fundición vista al atardecer. La portilla abierta tenía el mismo aspecto.

En el prado, bajando el camino, cuatro tanques se mantenían a cubierto. Otros se movían por el bosquecillo a la izquierda, intentando flanquear. Me quedé mirando un rato. Apeataba a cordita, el

suelo se estremecía con el ruido del cañón. Entonces, las balas empezaron a sonar en la hierba, junto a mí, con un silbido y un chasquido. Me eché al suelo, y permanecí así. Me escabullí en cuanto pude y volví a la casa.

Oí voces en la playa durante el día. Pero nadie se acercó. Maldije la niebla. Ahora la bendigo. Después del mediodía no se oyeron más disparos desde la colina. Oí cañonazos más hacia el oeste. Parecían proceder del brezal.

Volví a subir por la tarde. Había un tanque inclinado entre los alambres frente a una vieja casa solariega. La oruga sobresalía como un gusano, algo, en el costado de la torreta, parecía un trapo rojo oscuro. No lo examiné muy de cerca. Había otros en el campo. Exoesqueletos de hierro, como antiguas bestias acorazadas. Pero ahora silenciosas. Todas muertas. Alcé la vista al cielo y sólo vi la niebla.

Me habría gustado ser artista de guerra. Pero no tendría sentido en esta época. No habría quien comprase el resultado.

Es poético que haya un superviviente. Sólo uno. Pero no Medraut.

Tenía un gran charco de sangre en el hombro y la manga. No era suya. Su cara estaba chupada, y caminaba con indiferencia. No parecía importarle adónde iba.

—No había nada que pudiéramos hacer —dijo.

No recuerdo haberme sorprendido de verla.

La peste de los tanques quemados me daba náuseas. Me la llevé camino abajo, hasta la casa. Dijo que Birmingham y Glasgow habían desaparecido.

Le hice quitarse la chaqueta del uniforme. Su camisa también parecía empapada. Miró la sangre sin curiosidad. Como si acabase de reparar en ella.

Es raro lo de la sangre. Nunca pude soportarla. Ni las lombrices, ni los árboles gigantes. Si la hemoglobina fuera verde, no me importaría. Debería haber ido al psiquiatra cuando tenía la posibilidad.

Ella comenzó a temblar. Le di un whisky y agua caliente. Solía ofrecerle whisky en el apartamento. Los días malos. Gracias a Dios que nos trajimos varias cajas del pub. Me mantiene en marcha.

Se tomó el ponche cuando lo preparé. Se incorporó y sostuvo

la taza. Yo cerré las contraventanas y encendí la chimenea. Ella no quería comer. Una vez le dije:

—¿Qué vas a hacer? —Pero no hubo respuesta. Siempre decía que se le daba mal tomar decisiones.

Su pelo tenía la misma longitud que antes. Una vez dijo que no se lo volvería a cortar.

La ayudé a soltárselo. Era como lo recordaba: trenzas de diversos colores: doradas, castañas, rojas, blancas. Le preparé otra copa. Entonces dijo que quería salir. No pensé que fuera a volver. Pero volvió.

Potts había entrado. No dijo gran cosa. Sólo la miró con una sonrisita extraña y avergonzada. Me pregunté qué estaría pensando. Si es que pensaba en algo. No habla demasiado. Ya no.

Dispuse el saco de dormir para ella. Se sentó y se quedó mirándolo. Me pregunté si estaría pensando en Maggie. Pero no hizo preguntas.

Me metí en el saco con ella, para calentarla. La abracé. Era extraño volver a sentirla. Pero mis manos no necesitaban sus pechos. Ya habíamos pasado por eso.

Recuerdo que me resultaba insoportable estar lejos de ella. Ella decía que le pasaba lo mismo. Me hacía prometer que dormiría sobre el costado izquierdo. Ella dormía sobre el derecho y fingía que yo estaba allí, lo llamábamos Izquierdas y Derechas.

Quizá eso era lo que estaba mal. Volver de esa forma, entorpecer el recuerdo.

Ponía un brazo bajo la almohada, para sostenerla y no liarme con su pelo. Volví a hacer lo mismo. Los hábitos tardan en morir.

Me desperté más tarde. La noté cálida. Entré en ella lentamente. Comenzó a mover las caderas. Casi como en los viejos tiempos.

Por la mañana me preguntó si había pintado algo más. Eso también fue como en los viejos tiempos. Le dije que había ido tirando. Sabía que no querría los detalles. Siempre le gustaron mucho mis cuadros, cuando ya estaban colgados. El resto le gustaba menos. Pero nunca había estado con un artista hasta entonces; claro. Iba a ser todo parto sin dolor.

Aún quedaba mucho pescado. Nos lo comimos. No había nada más que hacer. Me imaginaba a veces que pasaba un contador géiger sobre ellos y oía los chasquidos atronadores. Soñaba con eso.

Soñaba a menudo. La vi una vez peinándose el cabello. Se lo arrancaba con cada pasada, a trozos y tiras. Le grité que parase, pero no me hizo caso. Decía una y otra vez que estaría mejor sin él. Cuando me desperté, estaba muy enfadado con ella. En cierto modo, parecía algo que ella sería capaz de hacer.

Como con la sangre. No parecía importarle si estaba empapada en ella o no. Así que no había cambiado.

Nunca conocí a una mujer tan considerada. Recuerdo un día, en Cheltenham, cuando se le cayó un plato de pírex. Aún tiene la cicatriz blanquecina en la muñeca. Cuando llegué estaba ahí, de pie, dejando que la sangre manase por la ventana abierta. No quería manchar el suelo.

—No debería haber intentado cogerlo —dijo—. La próxima vez lo dejaré caer.

Se puso una venda cuando hubo fluido lo suficiente. La llevé a que le dieran unos puntos. En urgencias, con cara de criminales. Pero ella parecía pensar que todo el asunto era de risa.

Me preguntaba si aún tendría las otras hemorragias. Quizá los exámenes médicos del ejército no son tan exhaustivos como pensaba. Decía que era cáncer. Eso era en los días malos. Lo que yo pensara no importa. Ya no.

Creía que estaba harto de ella cuando me fui de Cheltenham. Ella era la diosa, por supuesto, todos encontramos la nuestra. Incluso Potts, el pobre mamón. Pero la mía sangraba por el trasero.

Creo que fue la inactividad lo que causó las primeras discusiones. Sentados día tras día en la niebla, esperando lo que tuviera que venir.

No podíamos salir de la playa. Dijo que habían establecido una barrera en las elevaciones. No podían cubrir toda la costa, pero cualquier cosa que se acercase desde el mar sería eliminada. No había forma de saber si las tropas seguían en sus puestos. No nos apetecía averiguarlo por las malas. En vez de eso, nos acercamos a Kimmeridge, el pequeño pueblo. No sirvió de gran cosa. Sólo una tienda, que ya había sido esquilmada. Lo que demostraba que aún había gente en alguna parte. Pero nadie se acercó nunca a nosotros.

A veces estaba casi seguro de que no había nada allá arriba. Tanques muertos, casas muertas, colinas muertas. Otras veces me preguntaba si yo mismo habría muerto, el día que destruyeron Birmingham e incendiaron el Canal. Y el tráfico había sido inten-

so, de forma que a los funcionarios les llevaba tiempo convocarme al Juicio.

Me preguntaba adónde habría ido Potts. Solía vagabundear entre la niebla, con su viejo impermeable sucio. A veces desaparecía todo el día. Nunca se llevaba la pistola, ya no. Una vez tuve la sensación de que no volvería.

Ella decía que pensaba mucho en él. Pero eso también venía de viejo. Como los vagabundos. Nunca pudo resistirse a los vagabundos, cuanto más sucios, mejor. Solía darles de comer e intentar que subieran al piso. Juraba que era por su educación hospitalaria. Pero nunca hizo una buena obra que fuera discreta. Solían llamarlas penitencias con ganchos.

Nunca entendió mi pintura. Y eso que estuve más cerca de ella que de ninguna otra mujer. No puede haber muchas decepciones como ésa en una vida.

Una vez dijo que lo sentía por mí, porque los hombres nunca podrían tener hijos. Quizá ella estaba igual de decepcionada conmigo.

El tema de Potts fue lo que causó la discusión definitiva. Ella dijo que lo sentía por él, que, por la forma en que la miraba, podía entender que se sentía solo, que nunca había tenido a nadie a quien amar. Que el amor era la experiencia más importante, etcétera. Dijo que yo siempre había estado muy ocupado autocompadeciéndome. En todo caso, ya había visto su compasión una o dos veces. Otro árbol frutal domesticado. Una cosa llevó a la otra, Dios sabe por qué. Probablemente, los dos estábamos agotados. Dijo que, en definitiva, no quería estar con ella, nunca había querido. Dijo que dormiría con él, que él, al menos, mostraría un poco de gratitud. Le dije que vale, que estupendo, que adelante con ello, y entonces tuve que agarrarla para impedir que se levantara. Ése fue siempre su problema. No tenía sentido de lo grotesco.

Por la mañana tenía mala cara, dijo que no se encontraba bien. Le dije que descansara el resto del día, pero eso tampoco estaba bien. Dijo que no importaba cómo se sintiera, que siempre había trabajado. Me harté de todo aquello y bajé a la barca. Mientras la metía en el agua, la oí cruzar el patio y cerrar de un portazo la puerta de la casa. Empezó a quitarse el enfado cortando leña.

Estuve fuera la mayor parte del día. Pesqué media docena de timalos, más de lo que necesitábamos. No me apetecía volver, así que seguí remando hacia el oeste, pensé que podría ver si encontraba un poco de buena madera. Encendí una hoguera en una grieta, entre las rocas, por una vez me hice la comida. No me gustó. Me dieron todos los cambios de ánimo que me solían dar cada vez que me alejaba de ella. De entrada me enfadaba mucho, me decía que de todas formas me estaba viniendo abajo, que estábamos mejor separados. También otra cosa insidiosa, que yo era cómodo como amante pero inadecuado como pareja. Recordaba su cara entonces, la mirada tranquila e inexpresiva que siempre usaba cuando se sentía herida. Quería volver corriendo como un jodido idiota, o encontrar un teléfono. Luego me volvía a enfadar porque también conocía esa mirada, era una parte habitual de sus defensas. Luego recordaba las cosas que habíamos hecho juntos. Como la primera semana de acampada en Purbeck, abriendo cangrejos con un martillo de levantar tiendas de campaña, bebiendo vino blanco a la luz de la luna. Y todo volvía a empezar.

La marea estaba bajando cuando emprendí el camino de vuelta. Hacía que remar fuera más difícil. Se hacía de noche cuando llegué a la playa. Me acerqué a la casa de labranza con la convicción de que algo iba mal.

El farol estaba encendido y ella había preparado una buena comida con los restos que teníamos. Estaba sentada en una esquina, junto al fuego. Envuelta en una manta, aunque parecía muy pálida. Dijo que estaba bien, perfectamente. Había un olor en el aire, como de hospital. Aun así, no caí en la cuenta.

Llevé un plato al fregadero que habíamos apañado. Casi vomité. El fondo del fregadero era un gran charco de sangre.

Corrí hacia ella; le tomé la mano. La había estado ocultando. La venda que se había puesto estaba empapada, pero pude ver hasta dónde llegaba.

No creo que haya estado nunca tan furioso. Por supuesto, tuve miedo cuando me di cuenta de lo que había hecho. Ahora tenía una diosa con un dedo menos. Luego había preparado la comida. Lo había hecho especialmente bien, supongo que mientras chorreaba sangre.

No estaba furioso con ella, estaba furioso por ella. Le pregunté como un idiota si seguía sangrando, si había algo que pudiera

hacer. Ella comenzó a quitarse la venda del muñón; dijo que no, pero que suponía que me gustaría verlo. Le di un buen tortazo en plena cara.

Se sobrepuso. Se quedó ahí, mirándome. Con marcas blancas en la mejilla. Luego dijo que, si no había nada más, se iba a la cama. Me preguntó si no me importaba.

La arropé con las mantas. No se resistió, sólo se quedó ahí tumbada y aferrando la pobre mano enrojecida. Aticé el fuego y le pregunté si quería whisky. No respondió. Limpié el fregadero, no podía dejarlo así. Tomé el farol de repuesto, fui a la habitación de Martine. El saco de dormir seguía allí, sus cosas dispersas por todas partes. El aire parecía el de una tumba, pero una vez dentro del saco no se estaba tan mal. Tardé mucho en dormirme. Tenía el estómago revuelto, y estaba temblando.

Por la mañana se había ido. No parecía posible al principio, pero supongo que debería habérmelo esperado. Nos tropezamos el uno con el otro mucho tiempo antes, y cada uno había tomado lo que el otro tenía que dar. Cuando corté la primera vez pensé que nada podía volver a ser tan malo. Pero me equivocaba. Cuando también se acaba el fantasma no queda nada en absoluto.

No intenté buscarla. En vez de eso, empecé con el whisky. No sé lo que estaba celebrando. Quizá el triunfo de la muerte.

No sé lo que me sucedió después. Había pasado por todos los sentimientos; no me quedaban emociones. Así que no sé por qué estaba a cuatro patas frente a la puerta, por qué las lágrimas corrían por mi cara. Registré la gravilla, centímetro a centímetro. Entonces me di cuenta de que estaba buscando en el lugar equivocado. Creo que el whisky había podido conmigo.

Fui al cobertizo. Había sangre en el suelo y en el volante del coche de Maggie. Pero seguía sin ver lo que estaba buscando.

No pude creerlo cuando lo encontré. No creo que hasta entonces asumiera que todo era real. Lo había envuelto en un pañuelo. Luego se me nubló la vista. Me di cuenta de que había tomado todo lo que ella podía dar y luego había pedido más. Así que ella empezó a darme trozos de su cuerpo. No le quedaba otra cosa.

Potts volvió a media mañana. Dio vueltas y asomó la cabeza por la puerta del cobertizo. Preguntó que qué pasaba y luego dijo que lo sentía. El jodido idiota parecía sincero. Comencé a reírme entonces, no podía parar. Le aparté y salí, corriendo entre la nie-

bla. Me dirigí al camino. Sabía que habría tomado esa dirección. Ahora veía su cara como era antes, la frente y la firme boca de gata, los grandes ojos azules y tranquilos. Tenía que encontrarla y explicárselo. Sabía que, si la encontraba, todo se arreglaría. Nunca volvería a sentir dolor ni soledad.

Alcancé el pueblo muerto antes de darme cuenta. El tanque seguía allí, metido en una zanja. Más allá podía ver los troncos de los árboles bordeando la carretera principal.

No podía creerlo. Me di cuenta de que la niebla se despejaba, de que la luz se acentuaba a mi alrededor. Volví a correr, hacia la carretera. Cielo azul pálido; luz del sol, óxido dorado en las ruinas, la colina ante mí con hierba dorada. Aire fresco; y abajo, la niebla se extendía como un mar.

La curiosa convicción de que la tierra estaba totalmente vacía. Pero volví a correr, en dirección a la colina.

El crepúsculo ha caído, el largo y azul crepúsculo del verano; y Potts está solo. Parece una pena...

Está tumbado en su cuarto, al final del pasillo en ruinas. Lleva su viejo impermeable; su espalda descansa contra la piedra fría de la pared, su cabeza, inclinada sobre su pecho. Se siente vacío por dentro, tan vacío como la casa de labranza. Ha intentado tomárselo con ironía. Pero está demasiado cansado.

Hay un ruido en alguna parte, un crujido o un roce. Como pies que se arrastran. Intenta imaginarse cómo sería si la puerta se abriera lentamente y ella estuviera allí, si hubiera vuelto. Sólo ella, sin nadie más. Pero la imagen no aparece. No aparece porque sabe que las cosas no funcionan así. La gente nunca vuelve.

El ruido no era nada, claro. Lo había imaginado. O quizá era una rata.

De alguna forma, parece imposible que la vida pudiera estar tan vacía; que la casa de labranza pudiera estar vacía, y los acantilados. No sólo mal, imposible. Tantea donde había dejado la pistola. Quiere meterse el cañón en la boca y apretar el gatillo, detener todo ese vacío para siempre. Pero no se atreve. A pesar de todo, aún tiene demasiado miedo. Eso es casi lo peor de todo.

La luz casi se ha desvanecido; y seguramente se trataba de ella: ella habría pisado un guijarro justo fuera y él había oído el roce. La llama, tan alto como puede, pero nada responde. Se vuelve a tumbar; y, esta vez, sus ojos permanecen cerrados.

Frunce el ceño. Por fin hay sonidos, los sonidos que estaba esperando; un ruido de pisadas y algo más. Un chirrido agudo; errático, como... ¡sí, la rueda de una carretilla!

Está seguro de que no sueña; se incorpora, y casi al instante, una curiosa compañía salta ante su vista. Durante un momento, se siente decepcionado. Casi había pensado... pero no importa lo que pensara. Algo extraño está sucediendo, algo sin duda muy extraño.

Se queda mirando con atención. De qué puede ser este nuevo punto de vista suyo, no está seguro; pero no importa. En el mejor de los casos, los puntos de vista son algo subjetivo...

Tres Mono y Pru y Sal

A Mono, el movimiento del sol en el cielo siempre le había parecido fundamentalmente una cuestión lateral. Fue esta sensación innata —de la sangre más que del intelecto— la que le ayudó en sus primeros e inseguros intentos de interpretación de mapas. Durante años, los mapas que poseía no habían tenido ningún sentido para él. Los sacaba del hueco de madera en el que se guardaban, sosteniéndose para no caer con los tumbos que daba Carro, y los plegaba y desplegab, admirando el vivo celeste de sus bordes, las manchas verdes y marrones sobre las que se cruzaban delicadas redes de marcas y líneas. Y parpadeaba y fruncía el ceño, esforzándose por entender algo más nebuloso que un recuerdo.

El mar le proporcionó la primera pista válida; su gran presencia azul, amenazadora y deslumbrante entre las lomas de las colinas vigilantes. Cómo fue que Carro, en su carrera errática, llegó ante el panorama del agua, nunca podrá saberse; pero Mono gorjeó de placer, alzando hacia aquel brillo sus dedos negruzcos y pegajosos. Luego se quedó muy callado.

Permaneció callado un día entero, una noche y parte de otro día. En todo ese tiempo, Carro traqueteaba de un lado para otro, siempre a la vista de aquella vastedad. Entonces un árbol derribado, extendido de forma grotesca sobre la carretera, hizo que Pru y Sal virasen hacia un lado. Huían, con la espalda encogida, de las ramas blanqueadas que parecían querer atraparlas; y Mono se quedó pensativo, reflexivamente abstraído, chupándose los dedos. Al cabo, se adormiló. Soñó con siluetas informes que flotaban irritantemente fuera de su alcance. Cuando volvió a abrir los ojos, Carro estaba pasando por un camino estrecho hundido en la tierra. A

ambos lados pasaban a trompicones paredes de roca marrón rojiza, cubiertas aquí y allá por las hojas verdes y traslúcidas de los helechos. Sobre él, el follaje de los árboles que cubrían el camino brillaba dorado a la luz del sol.

Aún aturdido, Mono estaba tumbado, contemplando el verde y el marrón y el azul; y de repente fue como si una gran idea, ya formada en algún lugar de su cerebro, se hubiese propulsado hacia la consciencia. Dejó de chuparse el dedo gordo, sacó de nuevo las hojas preciosas y mugrientas; y la verdad estalló ante él. Voceó lo más alto que pudo, haciendo que Carro se detuviese precipitadamente; se incorporó gorjeando y babeando, con un mapa aferrado destructivamente en un gran puño. Agitó los brazos, sacando a Pru y a Sal de su indiferencia inmemorial; y Carro giró, obediente a trompicones, finalmente bajo control.

Mono, con nuevas ideas bullendo en su mente, detuvo a Carro cuando el azul apareció de nuevo ante la vista. Se quedó sentando largo rato con el ceño fruncido, entrecerrando los ojos para protegerlos del destello de kilómetros de largo; luego, sin estar seguro, indicó la derecha un gesto. Aunque «derecha», en aquel momento, era un concepto que escapaba a su comprensión; más bien, dirigió su destino en dirección a los cinco dedos. A su izquierda, o en dirección a los tres dedos, estaba el agua; en su mano, aún prieta y suciamente aferrado, estaba el mapa. Su intención era tan irrevocable como extraña. Quería seguir, o hacer que Carro siguiera, la orilla del mar.

A lo largo del día, y durante la noche, Pru y Sal mantuvieron un ritmo constante. Durante un tiempo, Mono yació inquieto; finalmente su batir constante le calmó y se durmió. La luz del amanecer le despertó, cayendo sobre el alto toldo de lona de Carro. Se incorporó, con la mente llena al instante de su gran plan. Las mirillas de Carro, delante y a ambos lados, sólo permitían ver unas franjas muy estrechas. Se levantó a duras penas hasta erguirse, aferrando el borde de la capota desgastada de Carro; y gorjeó de nuevo, con maravilla y placer, ante lo que vio.

Estaba detenido en la cima de una gran loma. Ante él, la carretera continuaba, con su superficie agrietada y rota, erizada de malas hierbas. Cruzada sobre ella se veía la sombra angulosa de Carro, coronada por la pequeña protuberancia que era la cabeza de Mono. Más allá, hasta perderse de vista, la tierra parecía hincharse,

una cresta tras otra, deteniéndose y formando un borde de sierra que caía hasta el mar indefinido. Por debajo, y a una gran distancia, Mono vio la línea curva de una inmensa playa, más allá del mar. Las olas espumeaban y rompían en ella; sobre ella había motas flotantes, pájaros, tan blancos como la espuma. El ruido del agua le llegó apagado, como la respiración de un gigante.

Se vino abajo de golpe, y se refugió de nuevo en la oscuridad y la calidez del interior de Carro. Más tarde, recobrando el valor, siguió con un dedo la pequeña línea verde que era la imagen del poder. Se incorporó entonces con orgullo, apoyando la barbilla en el puño, dueño de todo lo que divisaba.

A mediodía, la gran playa seguía extendiéndose ante él. Tras la larga elevación de guijarros había lagunas de superficie rizada y azules como el cielo, punteadas con las motas oscilantes de aves. Mono encontró también las lagunas en el mapa, y se abrazó a sí mismo presa de una emoción inexpresable.

Su buen ánimo se vio atemperado durante los días que siguieron. Siempre, incansablemente, urgía a Carro a seguir adelante hacia el sol poniente; siempre, al amanecer, miraba hacia delante con ansiedad, esperando ver el estrechamiento de la tierra, el brillo azul del mar en dirección cinco dedos. Pero la tierra proseguía interminablemente, alzándose y ondulando; y vio su fe duramente puesta a prueba. Para Mono, la idea de la escala era tan difícil de entender como la idea de Dios. Sintió, por primera vez, la frustración de la impotencia. Sus pensamientos, rápidos como el rayo, superaban el trote estólido de Pru y Sal. A veces urgía a sus compañeras con gritos sonoros y cascados; pero ellas no le hacían caso, y continuaban tozudamente a su paso.

Una mañana gris de llovizna, Mono llegó al fin del mundo. El mar, gris como el cielo, estaba corroído con crestas largas y blancas; un viento zumbante soplaba desde él, haciendo caer agua pulverizada como granizo sobre la capota impermeable de Carro. Mono, despierto tras un duermevela inquieto, se incorporó semidormido, se arrastró hacia la mirilla delantera y exclamó triunfante. La tierra sobre la que se encontraba Carro seguía, estrechándose por fin, hasta el océano; el agua había girado en dirección cinco dedos, impidiendo seguir el camino. Mono gorjeó y aulló, saltando arriba y abajo hasta que Carro se estremeció sobre sus altos muelles; porque, después de todo, la gran idea era cierta. Había enten-

dido un Misterio.

El norte, o la dirección cabeza, era un concepto ya relegado al estado de las cosas conocidas. Y hacia la cabeza giró Carro, y luego en dirección cinco dedos hacia el sol y de nuevo en dirección tres dedos. Durante su primer gran viaje se le había ocurrido también a Mono la idea del contorno; estudió los mapas, encajando cada uno meticulosamente con el siguiente, y en lo profundo del invierno no se sintió inquieto al ver, alzándose ante él, las siluetas de unas colinas mayores y más terribles que ninguna que hubiera conocido. Pru y Sal se detuvieron al verlas, chasqueando la lengua y pateando el suelo alarmadas; pero él no hizo ningún gesto para que siguieran adelante. Durante un tiempo, Carro vagó como siempre había vagado, sin rumbo; y Mono estaba satisfecho. Llegó la nieve, y el largo aullido del viento. Con el tiempo, la nieve desapareció. El cielo volvió a ser azul, aparecieron los brotes, verdes contra los tallos rígidos de los árboles. Entonces sacó de nuevo los mapas; y, de nuevo, Carro emprendió un viaje.

De esta forma llegó Mono a entender la tierra en la que vivía. El concepto de «isla», aunque se adivinaba en los mapas, fue más difícil de entender. Las múltiples hojas, colocadas esquina contra esquina, le alarmaron con sus indicios de inmensidad en dirección cabeza. Al principio, a Mono le daba vueltas la cabeza; con el tiempo se sintió más seguro. Ahora llevaba la cuenta de sus viajes, rascando los días con cuidado en los laterales de madera grasienta de Carro. Pronto se dio cuenta de que la cabeza podía decirle, casi sin pensar, el tiempo de viaje entre dos puntos cualesquiera de los mapas. Los propios dibujos vieron añadidas también otras marcas, hechas por Mono con el palo de pintar amarillo que constituía su mayor tesoro. Anotó dónde crecía el trigo silvestre, y dónde era buena la tierra para cazar; y Pru y Sal, aunque externamente no demostraron ningún agradecimiento, se volvieron lustrosas y bien alimentadas. La despensa de Carro fue aprovisionada hasta colmarse; y Mono, como suele suceder con los hombres, miró a su alrededor buscando nuevos mundos que conquistar.

La aventura que decidió acometer casi supuso su fin. Hizo girar a Carro en dirección cabeza, o norte, decidido a viajar lo más lejos que pudiera en aquella dirección aún inexplorada; aunque ya no albergaba ilusiones acerca de la magnitud del viaje. Pru y Sal marchaban regularmente, un día tras otro, indiferentes como de

costumbre; y un día tras otro, Mono se agachaba sobre sus pequeños talones gomosos, mirando por la mirilla delantera y esperando maravillas ansiosamente. Las líneas de las cuentas volvieron a crecer, recorriendo temblorosamente los laterales de madera oscura de Carro; aparecieron colinas obedientemente a ambos lados, cada una en su puesto asignado. Mono las reconocía ahora con sólo verlas, pues leía sus huellas marrones en los mapas. Durante un tiempo, todo fue bien; entonces empezaron las dificultades.

La primera tuvo que ver con ciertas áreas de los mapas donde las carreteras convergían en revoltijos cada vez mayores. Mono quiso dirigirse a uno de estos líos, curioso por ver qué podía significar esta extraña disposición; pero, un día entero antes de llegar a su destino, Pru y Sal se detuvieron de repente, pateando el suelo y temblando, y emitiendo pequeños gritos de ansiedad. Mono, irritado, las urgió a seguir; pero sus aullidos y golpes no obtuvieron respuesta. Pru y Sal se removieron con inquietud, agitando la cabeza y resoplando; entonces, de repente, se desbocaron. Carro, obligado a girar, saltaba y chocaba contra el suelo mientras que Mono se aferraba firmemente, rodando de un lado a otro en una confusión de piernas, brazos y mapas. El crepúsculo caía cuando cesó la loca huida; las cuentas ya no servían de nada y Mono estaba perdido.

Estuvo tumbado un día o dos en un estupor sordo de ira antes de recobrar los ánimos. Como siempre, el movimiento lateral del sol le animó; abrió los mapas de nuevo, mientras Carro avanzaba lentamente entre colinas ondulantes y cubiertas de bosques. Al fin, una columna más alta, que se alzaba oscura contra el sol poniente, le dio una referencia. Su buen humor volvió; pues Pru y Sal marchaban sumisamente, y las cuentas no se habían echado a perder del todo. El desvío lateral o en dirección tres dedos al que se había visto sujeto durante su huida no contaba demasiado; marcó el mapa, usando el palo de pintar, e hizo girar a Carro en la dirección correcta.

En otras dos ocasiones, Pru y Sal evitaron las extrañas confluencias; en esos momentos, Mono, preparado para su desertión, pudo controlar su rumbo más fácilmente. Fuera lo que fuera lo que había en los misteriosos cruces debía, al parecer, ser evitado; por el momento, acataba lo que no podía cambiar.

Durante otros cinco días, el viaje prosiguió sin contratiempos;

entonces vino la mayor sorpresa de todas. Con mucho adelanto — apenas había completado la mitad de la cuenta —, Mono se encontró con que el camino estaba completamente obstaculizado. Por delante, y a ambos lados, se extendía el mar.

El golpe para sus nervios hipersensibilizados fue considerable. Durante un rato, estúpidamente, urgió a Carro a seguir, como si se negase a aceptar la imposibilidad; el agua siseaba entre los ejes, y Pru y Sal chillaban lúgubrementes, antes de que recuperase el sentido común. Se quedó sentado un día entero, mirando con resentimiento y moviéndose inquieto, examinando el mapa y de nuevo a la gran barrera azul. Entonces hizo girar a Carro en dirección tres dedos. Pasaron dos días antes de que el mar diese la vuelta de nuevo para obstaculizar su camino; el auténtico mar esta vez, en su lugar previsto. Mono dio la vuelta, y con cada hora aumentaba su alarma. El verde y marrón, verde y marrón del mapa proseguía; y sin embargo, la tierra mentirosa y falsa bajaba hasta el mar y se perdía entre las olas. La cuenta volvió a crecer, ahora sin sentido y salvaje. Mono aullaba y sollozaba, y se metía el dedo en la nariz con rabia; pero las cositas saladas no le consolaban. Se agitó con impotencia, hasta que los muelles de Carro gimieron y crujieron y Pru y Sal se alzaron chasqueando la lengua, con la voz endurecida por la preocupación. Pero Mono estaba inconsolable. Su mundo nuevo y brillante se había hecho pedazos.

Sintió que perdía el control. Sus manos y miembros, inseguros en el mejor de los casos, se negaban a obedecerle. Sus noches eran intranquilas; se mojaba sin poder evitarlo, hasta que Carro rezumó una peste viva y acre y medio mapa se estropeó del todo. La locura, si le hubiera sobrevenido, habría sido una liberación piadosa; pero fue salvado, finalmente, por una curiosa visión.

Durante un día o más el terreno había ido elevándose continuamente; ahora, justo después de amanecer, Mono vio ante sí la cresta de un gran acantilado. La tierra, perdida su suavidad, se desgarraba en un barranco de peñascos y arcilla alrededor del cual espumeaba y silbaba el mar, arrojando gallardetes de espuma hacia las alturas. Mono se encogió, indicando a Carro que prosiguiera, deseando alejarse de aquel lugar; pero en lo más alto de la cuesta empezó a chirriar y vibrar. Pru y Sal se detuvieron con indiferencia, con el pelo batiendo en torno a la cabeza, y los dedos curvados y endurecidos aferrados a la manilla de Carro. El viento silbaba en

la hierba; las nubes navegaban por el cielo temprano e intenso; pero Mono sólo tenía ojos para la carretera.

Había sido una gran carretera, la más ancha y perfecta que hubiese visto. Llegaba como una flecha desde lejos, sus dos carriles gemelos de color azul oscuro, agrietados y orgullosos. Se alzaba hasta el borde del acantilado; y en el borde, en el mismo final, se detenía.

Mono se levantó con cuidado; entonces golpeó el lateral de Carro, ordenándole moverse. Pru y Sal avanzaron lentamente, poco dispuestas, esforzándose por no acercarse al borde del acantilado; pero el miedo de Mono había desaparecido. Vio ahora que la carretera terminaba de forma terrible en un abrupto borde serrado. Abajo, los pájaros blancos cabalgaban el viento, diminutos como trozos de papel. El mar batía y se movía; y Mono, entrecerrando los ojos, vio lo que, en su tristeza, no había notado antes. Muy lejos, al otro lado del agua, apenas perceptible en la distancia pero inconfundible, el verde y marrón, verde y marrón volvía a comenzar, siguiendo hasta perderse de vista.

Se dejó caer; y el alivio fue como un bálsamo. Una vez más, lo había entendido; y el segundo Misterio era más extraño que el primero. La tierra había cambiado después de que los mapas fueran fabricados.

Los mapas vivían a la derecha de Carro, en su estrecho compartimiento. Cada parte de Carro, cada fragmento del diminuto espacio interior, estaba asignado con idéntico cuidado. A la izquierda de Mono estaba la zona designada, al menos en los últimos tiempos, Accesorios de Garaje. Los Accesorios en sí no eran gran cosa. Había una lata de aceite roja y brillante; junto a ella, bien encajado para evitar traqueteos indeseados, había un trapo con el que Mono pulía el metal para que estuviera brillante. Junto a la lata de aceite vivía una lata de grasa espesa y marrón, con la que Mono ungía los ejes de Carro cuando los elementos conspiraban para arrancarles chirridos agudos e irritantes. Otros Accesorios eran menos impresionantes aún. Estaba el clavo de acero inoxidable con el que Mono abría la tapa de la lata (dedicado últimamente a la importante función de marcar los viajes); una llave inglesa pequeña y oxidada que no encajaba con ninguna parte de Carro pero que

Mono guardaba de todas formas, e incluso un fetiche aún más curioso: una pequeña rueda amarilla, hecha de alguna sustancia que se doblaba ligeramente al tacto y que era agradable de tocar y chupar. Como la llave inglesa, no cumplía ninguna función aparente, pero Mono se resistía igualmente a tirarla.

—Nunca se sabe —gritaba a veces ante las cabezas de Pru y Sal, que no le respondían— cuándo puede Venir Bien.

A los pies de Mono, un armario cerrado por un pasador metálico y oxidado constituía la Despensa. Allí guardaba los pasteles de trigo planos y grises de los que se alimentaba, y sus botellas y botes de agua de manantial. Más jirones de tela, encajados con cuidado entre los recipientes, impedían que tintineasen de forma molesta. Junto a Despensa, un compartimiento de la esquina estaba repleto de trapos de repuesto, mantas y una funda de almohada de encaje ennegrecido. También albergaba un trozo de espejo roto, cuidadosamente envuelto y guardado. Una vez, Mono se había hecho un profundo corte con él; ahora no lo usaba nunca.

A ambos lados de su cabeza, cuando estaba tumbado, se encontraban Maletín de Herramientas y Biblioteca. Maletín de Herramientas contenía un sacacorchos, tres tubos vacíos de cartón y un rollo de resistente bramante verde. Biblioteca estaba llena hasta rebosar, tan llena que apenas se podía cerrar su tapa. A veces Mono sacaba los libros de más arriba y se tumbaba a pasar las páginas ociosamente, maravillándose ante la interminable repetición de diminutas marcas negras. Las marcas no tenían ningún sentido para él; pero los libros siempre habían estado allí, así que eran aceptados y respetados. Como Carro, formaban parte de su vida.

Entre los diversos compartimientos, Carro estaba provisto de una variedad de agujeros, todos al parecer inherentes a la estructura. Las mirillas, cubiertas cuando no se usaban mediante unas solapas de cuero, permitían que Mono viese por los lados y hacia delante. Bajo él, escondido por una trampilla de madera con bisagras, estaba Retrete; a ambos lados había aberturas más pequeñas, los Agujeros de las Migas, que le permitían limpiar de vez en cuando el interior atestado de Carro. Pasaba una hora o más reuniendo el lío de migas de pastel de trigo, ramitas y relleno de manta, y echando los fragmentos uno a uno por los agujeros. Esa actividad le había alegrado muchas tardes grises que, de lo contrario, no habrían servido para nada; le animaba, dándole la sensación de te-

ner un objetivo.

Pru y Sal formaban los otros componentes principales del mundo móvil de Mono. Cómo habían llegado hasta él, o él hasta ellas, no era nada seguro. Ciertamente, había habido una época — la recordaba de vez en cuando en fragmentos vagos y oníricos — en la que Pru y Sal no existían. Y, estaba casi seguro, tampoco Carro. Recordaba la luz del fuego y el calor, y estar en una cama que no estaba rodeada de altas paredes de madera. Recordaba manos que tocaban, una voz que canturreaba y gritaba. También recordaba una época triste de llantos y preocupación. Las figuras se alzaban en torno a él, indistinguibles y enormes como árboles; había otras voces más graves, y manos más duras. Estaba seguro de que una de esas manos le había metido por primera vez dentro de Carro. Recordaba unas palabras, aunque no tenían mucho sentido.

— Acuéstate aquí, Mono. Ahora estás conmigo. Pobre pequeño Mono ensangrentado. Estás conmigo...

No le gustaba tener ese sueño demasiado a menudo. Se despertaba solo en Carro, triste y con frío, llorando por las manos y las voces que ya no estaban.

Quizá Pru y Sal le habían robado, mientras yacía tumbado en su Carro nuevo y brillante. Nadie más lo sabría nunca; y ellas, quizá, ya no lo recordaban ni les importaba. Ellas también se habían convertido en parte de su vida. Siempre, mientras él estaba tumbado meditando tristemente o dormitando satisfecho, sus hombros y cabezas eran visibles, recortados contra el cielo. Sus manos curtidas y delgadas estaban cerradas, al parecer eternamente, sobre la ancha manilla de Carro; sus pies andaban pesada o sorprendamente a lo largo de los años.

En apariencia, Pru y Sal no eran muy distintas. Su cabello largo, raído y blanqueado por el sol, colgaba tieso de sus pequeños cráneos redondos. Su piel, bronceada por el viento, había adoptado el aspecto de la madera bien curada. Sus ojos eran pequeños como ranuras e inexpresivos; sus rostros, no perturbados por pensamiento alguno, carecían de edad y eran suaves. Sus dedos, al cabo de los años, se habían vuelto curvados y duros; buenos para matar, pero inútiles para las manipulaciones más delicadas que Mono sabía hacer tan bien. Se vestían igual, con faldas gruesas de tono indeterminado; y sus voces, cuando se molestaban en usarlas, también eran iguales, tan duras y graznantes como las voces de los

pájaros.

Para Mono, seguro en su hogar eternamente errante, las estaciones pasaban agradablemente. Pru y Sal, a su apática manera, le cuidaban bien. En los días de lluvia, y en la época oscura y fría del invierno, cubrían la capota abierta de Carro con un toldo alto de lona gris y gruesa. Entonces Mono se introducía a gatas en la cálida oscuridad, invisible, chupando y riendo entre dientes, tanteando las migas de Despensa, entrechocando sus botes de bebida fría como el hielo, mientras los pies de Pru y Sal caminaban pesadamente hasta perder la sensibilidad por senderos y caminos no vistos. Aquéllos, quizá, eran los mejores momentos de todos; cuando la nieve giraba oscura contra la tira plumiza del cielo, y el hielo salpicaba la alta capota de Carro, y los lobos aullaban perdidos y a lo lejos.

A veces entraban en Carro los copos de nieve, pequeñas estrellas sin derretir del aire exterior; y hacían hogueras en los claros y las cavernas desconocidas. Por las mañanas, Pru y Sal debían romper a golpes el hielo de los arroyos mientras el viento soplaba entre la fina hierba muerta.

Aunque las primaveras también eran buenas. La brisa se movía suave y cálida, cargada de nuevos olores; el cielo se volvía más brillante, llenándose de los cantos de los pájaros. Pru y Sal, chasqueando la lengua y murmurando, recogían la cubierta de lona, permitiendo que el aire con aroma a queso emanara alegremente de Carro; y Mono se incorporaba, riendo entre dientes, y sentía el nuevo calor en su gran rostro imberbe y lleno de erupciones. En verano se tumbaba desnudo, frotándose con placer el vientre abultado mientras la lluvia tibia caía crepitando sobre su carne caliente. Por la noche, las estrellas colgaban bajas y brillantes, y los árboles eran montículos silenciosos de terciopelo.

Pero los mapas cambiaron, durante un tiempo, la vida de Mono. Cuando terminó la gran aventura, pareció que en su mente se formaba un vacío. Ciertamente, estaba satisfecho con su isla conquistada; y no precisamente indiferente ante el descubrimiento de su estado truncado. Nuevas vistas y sonidos se presentaban cada día; una cascada, un bosque, un ave, un lago. Pero incluso las novedades pueden cansar. Mono, murmurando y frunciendo el ceño, añorando no sabía qué, comenzó, irritado, a ordenar formalmente a Carro. Cada objeto que encontraba, tan conocido, antes amado,

ahora sólo parecía aumentar su frustración. Su rueda, su palo de pintar, su llave inglesa, quedaron apartados. Los ejes de Carro comenzaron a chirriar intermitentemente, pero Mono se limitó a burlarse. Ordenó la Despensa y el Almacén de Mantas, e inspeccionó sumariamente los Accesorios de Garaje. Nada le satisfacía. Por último, se dirigió a la Biblioteca.

Casi enseguida descubrió algo curioso. El armario era más profundo de lo que siempre había parecido. El bloqueo estaba causado por unos libros que se habían hinchado con la humedad, apretando sus cubiertas firmemente contra la piel de madera de Carro. Mono resopló y tiró, usando músculos poco acostumbrados al esfuerzo. Finalmente, los obstáculos fueron retirados. Vacío el compartimiento hasta el fondo y se volvió a sentar, rodeado de libros que nunca había visto antes. Abrió uno al azar y frunció el ceño instantáneamente, sintiendo una chispa de emoción por primera vez desde hacía semanas.

El libro era diferente de los otros en un aspecto fundamental. Mono se acurrucó más cerca de la luz, gorjeando y babeando, pasando las páginas con cuidado. Algunas se habían quedado pegadas por la humedad y eran irrecuperables; en otras vio, junto a las marcas garabateadas, ciertos dibujos. Eran detallados y complejos, muchos de ellos en color; no tuvo dificultad en reconocer flores y árboles. Mono, que había inventado el dibujo, se sintió momentáneamente avergonzado; pero el nacimiento de una nueva idea pronto le libró de la inseguridad. Pasó la vista de los dibujos a las pequeñas marcas, y de éstas a aquéllos. Incluyó la cabeza, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Dejó el libro, lo cogió, lo volvió a abrir. Luego se quedó una hora o más mirando por encima del lateral de Carro, observando el suelo pedregoso pasar y saltar por debajo. Al cabo se sintió bastante mareado. Cerró los ojos, abrió la boca, puso las encías contra el duro borde de madera. Los pequeños golpes de las ruedas y los muelles se transmitieron a su cráneo.

De toda esta reflexión surgió una idea. Abrió otra vez el nuevo libro, estudió las flores y los árboles. Después de un rato abrió un segundo libro junto a él. Distinguió ahora ciertas similitudes entre las pequeñas marcas negras. Algunas de ellas, según vio, se alzaban sobre sus compañeras, como altos arbustos entre otros menores. Algo en su cerebro llamó a eso «cabeza», o «norte». Era la primera clave para un nuevo Misterio. Aunque era analfabeto,

Mono había adivinado por qué lado se mira una página impresa.

Durante una estación, y otra, y parte de una tercera, Carro chirrió y traqueteó sin rumbo mientras Mono yacía abstraído. Todo el tinglado podría haberse perdido para siempre si no fuera porque los nervios de Pru y Sal recordaban lo que sus cerebros quemados eran incapaces de retener. Siguieron fielmente su rumbo de años anteriores. Cosecharon el trigo, molieron y desvainaron el cereal, hornearon los pasteles planos y duros; cazaron conejos y ciervos, comieron, bebieron y durmieron. Al fin volvieron al Nuevo Mar y a la carretera quebrada; y allí, triunfante, Mono añadió su propia llamada de gaviota a los pájaros que revoloteaban. Las palabras flotaron, jactanciosas y claras, hasta perderse en el rugido del agua.

—¡Aun así, nuestras casas, nuestros hijos y nosotros hemos perdido, o nunca hemos aprendido por falta de tiempo, las ciencias que convendrían a nuestro país...!

Nunca podrá explicarse del todo cómo había sucedido tal maravilla. Era un logro comparable al primer uso del fuego o a la invención de la rueda; pero Mono nunca se dio cuenta de esto. Ciertamente, el concepto de mapa le ayudó en sus primeros pasos hacia la alfabetización. Nunca puso en duda que los libros que tenía a su cuidado eran mapas de una clase curiosa; aunque era absolutamente incapaz de definir lo que expresaban. Era consciente de una entidad, o de un cuerpo de consciencia; algo que, aunque era vástamente significativo, quedaba, sin embargo, en sombras, y la mente era incapaz de aprehenderlo por completo. Luchó con ello a pesar de todo mientras sus huesos —los huesos del genio— adivinaban los misterios interiores del sustantivo, el adjetivo y el verbo. Fue un trabajo lento, muy lento; «árbol», por ejemplo, era muy sencillo, pero «roble», «fresno» y «espino» le desconcertaron durante meses. «Árbol verde» era, igualmente, un concepto plagado de dificultades, aunque finalmente lo dominó añadiéndolo a los árboles rojos, azules y violetas de su mente. Los ruidos que emitía, asociando por primera vez aliento y cifras, eran menos comprensibles que las exclamaciones de Pru y Sal. Lo que se necesitaba era paciencia; paciencia, y trabajo interminable y tenaz.

Carro siguió su camino mientras Mono balaba y gañía. Las estaciones, las horas, los estados de ánimo, todos propiciaban ahora una observación. A Pru, que se chupaba una costra de la pierna, le

confió la opinión de que «las violetas que se pudren huelen mucho peor que las malas hierbas». Sal, mientras meaba en un profundo arroyo verde, provocó un pensamiento igualmente solemne.

—En tiempos como éstos —reflexionó Mono—, no es habitual que cada hermosa ofensa traiga su comentario.

Mirar una puesta de sol entre las hojas le recordó el rebaño mugiente, mientras que la visión del mar le evocó recuerdos de las Luces de la Costa.

—Avisamos a los lentos cargueros de Bremen, Leith y Hull —expuso seriamente.

Sin embargo, pese a todo su aprendizaje, seguía esencialmente perplejo; pues, a pesar de Kipling, no veía barcos, a pesar de Shakespeare, no encontró a ningún gran rey. En el comienzo, era posible que Dios hubiera creado el cielo y la tierra; pero Dios, al parecer, ya no estaba en activo. No había espíritus que cantasen en las cimas cubiertas de cardos, en directa contradicción con Tennyson; y aunque los ruiseñores de Keats aún cantaban, sin lugar a dudas, Ruth ya no caminaba.

Mono se encontró de nuevo hundido en el abatimiento. Los libros que poseía ya los había leído, desde el principio hasta el final; y sin embargo la comprensión parecía tan lejana como siempre. Pru y Sal corrían como siempre habían corrido; el sol salía y se ponía, llegaba la lluvia, y el viento, y la niebla, y la nieve. El mar espumeaba y batía; pero la mente de Mono estaba tan rodeada de rocas como las costas. En ninguna parte, en ningún libro, había encontrado ninguna descripción que se pareciera remotamente a Carro, o a él, o a Pru y Sal; mientras que todas esas cosas en las que a los libros les encantaba detenerse —ejércitos y legiones, pintores y poetas, reinas y reyes— parecían perdidas para siempre.

—De ellos no ha quedado ni el polvo —murmuró Mono siniestramente.

Estaba tumbado, chupando su rueda y meditando tristemente. En alguna parte, al parecer, se le había escapado una importante pista. Los libros mostraban un mundo inalcanzable, pero dulcemente deseable. Como los mapas le habían mostrado un mundo, incomprensible al principio, que ahora se extendía en torno a él.

Frunció el ceño, reflexionando. Entonces, por primera vez en muchos meses, sacó los mapas de su compartimiento. Los abrió y siguió las confluencias de las carreteras, los extraños nudos que

nunca se le había permitido explorar. Su significado estaba claro ahora. Eran, por supuesto, ciudades; sus nombres constaban claramente. Se quedó pensando y se le ocurrió una idea completamente nueva. ¿Y si todas esas cosas maravillosas sobre las que había leído —los barcos y los reyes, los castillos, los palacios y la gente— aún existieran? ¿Y si, todo ese tiempo, hubieran estado esperándole en las ciudades nunca visitadas? Esa noche tardó mucho en dormirse, dándole vueltas a esa idea tan brillante y perturbadora. A su alrededor se abrían perspectivas seductoras; y cuando, finalmente, se adormiló, fue visitado por un sueño espléndido. Le pareció estar fuera de su cuerpo, y fuera de Carro; y Carro rodaba sin conductor por una amplia carretera. A ambos lados, medio perdidos en un fulgor dorado, se alzaban torres y campanarios; y por todas partes, según avanzaba Carro, parecía alzarse un gran grito ondulante. Era como si todas las personas del mundo —la maravillosa y refulgente multitud de los libros— se hubieran reunido para darle la bienvenida; y había manos y ojos; alabanzas y risas, voces y la calidez que había conocido tan escasamente.

Se incorporó, atisbando desde el interior de Carro. El amanecer agrisaba el cielo; sobre él trinaba un pájaro solitario. La exclamación de triunfo lo espantó de su rama.

—¡Partimos hacia Salisbury! —gritó a la tierra dormida—. Mientras nos afanamos aquí, una batalla de reyes puede ganarse o perderse...

La intención, una vez creada, era irrevocable; pero, al principio, las dificultades prácticas parecieron imposibles de superar. A pesar de su obediencia impasible, Pru y Sal se mostraban firmes en una cuestión; ni las amenazas ni la marrullería podrían conseguir que se acercasen a una ciudad. Mono hizo el experimento varias veces más, siempre con el mismo resultado. Cuando Carro se acercaba a un objetivo se movían cada vez más lentamente, ululando y gimiendo de angustia; y acababan deteniéndose por completo, o huían como ciervas asustadas. Al final, Mono se vio obligado a aceptar lo evidente. Lo que hubiera que hacer, debía hacerlo con sus propios esfuerzos.

Durante varios días más se quedó reflexionando, dando vueltas al problema. Al fin tomó una decisión y se puso a trabajar.

Lo que imaginó —una modificación de la propia estructura de Carro— parecía un sacrilegio al principio. Al final superó sus re-

servas. Ciertas medidas, tomadas en su mayoría durante la noche, confirmaron que su plan era realizable. Trabajó cuidadosamente con su palo de pintar, dibujando dos amplios círculos en los laterales de Carro. Cuando el trabajo estuvo marcado, tomó el sacacorchos. Con él agujereó cuidadosamente las tablas siguiendo la circunferencia de uno de los círculos. Cuando hubo unido media docena de agujeros pudo insertar la punta de la pequeña sierra. El trabajo era lento y aburrido; más difícil, se imaginaba, que aprender a leer. A sus manos, desacostumbradas a tal ejercicio, les salieron ampollas que reventaron y se multiplicaron; aguantó el dolor y siguió tozudamente con su tarea. Finalmente lo consiguió. Un círculo de madera se separó del lateral; al otro lado, a unos cinco centímetros, giraba el canto gastado y oxidado de una de las ruedas de Carro.

Se quedó un rato mirándola, fascinado por la nueva visión; luego se puso con el otro lateral. El segundo trabajo fue concluido más rápidamente que el primero; la madera estaba aquí parcialmente podrida, lo que ayudaba a aserrar. Los nuevos agujeros permitían la entrada de una notable cantidad de viento y humedad; pero Mono estaba satisfecho. Era un pequeño precio que estaba dispuesto a pagar.

La siguiente fase de su plan era aún más difícil. Con mimos y halagos, usando toda su habilidad, convenció a Pru y a Sal para que se acercaran cada vez más a la ciudad de su elección. La había seleccionado sobre todo porque el terreno que la rodeaba era llano; consideraba que ése era un factor esencial para su posible éxito. La última etapa del acercamiento era la más delicada de todas. Pru y Sal pateaban el suelo y temblaban; el menor error podría hacer que se lanzaran a la carrera en dirección contraria, y todo el valioso terreno ganado se perdería. Cuando se hizo evidente que no querían ir más allá, Mono les permitió acampar en un bosquecillo junto a la carretera. Se acostó en silencio pero con el corazón desbocado, esperando a la noche y el comienzo de su mayor aventura.

La vigilia pareció interminable; pero, finalmente, la luz se desvaneció del cielo. Una hora después salió la luna, iluminando de nuevo la tierra. Con mucho cuidado, Mono se incorporó. Los muelles y los ejes de Carro, bien engrasados el día anterior, no le traicionaron con ningún chirrido. Se movió poco a poco hacia de-

lante. Su altura, cuando estaba completamente erguido, no era de más de un metro; pero sus brazos eran de una longitud mayor que la natural. Acucillado en Carro, en la parte delantera de la capota, podía alcanzar fácilmente, a través de los nuevos agujeros que había hecho, los cantos de las ruedas con sus grandes manos llenas de costras.

Empujó, primero de forma tentativa. Para su placer, Carro se movió un metro o más. Pru y Sal yacían quietas, con la boca ampliamente abierta. Un empujón más, y Carro atravesó toda la distancia desde el pequeño campamento hasta la carretera. Sin volver la vista atrás, Mono se dispuso a dirigir su torpe vehículo hacia la distante ciudad.

Una hora después estaba jadeando y cubierto de sudor, mientras que cada músculo de su cuerpo parecía arder. Sus manos estaban cubiertas de rozaduras y sangraban por el contacto con los cantos oxidados; se había visto forzado a parar para atarse trapos en torno las palmas. Pero había avanzado mucho. Arrastrándose hasta la mirilla —la mirilla trasera ahora, pues, técnicamente, Carro avanzaba marcha atrás— vio que el soto donde seguían tumbadas Pru y Sal no era más que una mancha indefinida en el horizonte. Ante él, ya muy cerca, se encontraba el objeto de sus sueños.

Al amanecer, Carro rodaba alegre y temblequeante por una lisa carretera pavimentada. A ambos lados, polvorientos y grises, se alzaban restos de edificios, con los tejados y muros mordidos y roídos hasta desaparecer. Entre los adoquines crecían la hierba y los matorrales, y aquí y allá, árboles deformes de aspecto enfermizo. La visión horrorizó y fascinó a Mono. Empujó los cantos de las ruedas con más fuerza que antes, mirando a su alrededor con ansiedad por si había señales de vida; pero un silencio completo se extendía sobre hectárea tras hectárea de ruinas. Aparte del traqueteo de las ruedas de Carro, no había ningún sonido; incluso el viento se había detenido, y no cantaba ningún pájaro.

La salida del sol fue la perdición de Mono. Su vista, débil en las mejores ocasiones, se vio deslumbrada por la luz; no pudo ver ni actuar en consecuencia cuando el terreno comenzó a descender en un ángulo cada vez más pronunciado. Carro se movía con facilidad, sin esfuerzo aparente, aumentando poco a poco su velocidad. Cuando entendió lo que sucedía era demasiado tarde. Mono

gimió desesperado, aferrando los cantos de las ruedas; pero el hierro veloz rasgó los trapos y surcó la piel de sus palmas arrancando anchos fragmentos blancos. Chilló, retirando las manos; y al momento, Carro estuvo fuera de control. El murmullo de las ruedas se convirtió en un rugido; Mono, aullando de dolor y miedo, se sintió zarandeado y contusionado antes de que, con una horripilante sacudida, Carro se detuviese de golpe. Mono fue propulsado, como por una catapulta, trazando un arco. La carretera borrosa se alzó a su encuentro; hubo un impacto, y el inesperado retorno de la noche.

Se despertó, confuso, mucho tiempo después. Durante un momento, aún no lo entendió; entonces se dio cuenta, y se apoderó de él un terror ciego. El sol golpeaba la carretera blanca y caliente; tras él, aparentemente a una gran distancia, Carro estaba volcado sobre un montón de escombros, como un barquito naufragado.

El pánico hizo que Mono se pusiera en pie. Tambaleándose violentamente, dio los tres primeros pasos de su vida, tropezó y cayó. Gateó el resto del camino, raspándose las rodillas contra la áspera superficie de la carretera; pero cuando por fin se aferró a los altos radios de una rueda con sus manos heridas, la cordura volvió a él en alguna medida. Una ola de mareo le embargó, y luego pasó. Mono yació jadeando, mirando en torno a sí la pavorosa desolación.

Desde su bajo punto de vista se podía ver poco más que las bases de los muros en ruinas. Alzó la cabeza, entornando los ojos. Le pareció que a lo lejos se alzaban unas ruinas más altas. Creyó ver el destello del sol sobre piedra alta y blanca; pero la cabeza le volvía a dar vueltas, y con los ojos anegados por las lágrimas, no podía estar seguro. Se quedó quieto, reuniendo fuerzas; luego, con gran esfuerzo, se levantó.

Carro no parecía haber sufrido daños, aunque el choque había desordenado fatalmente los armarios y su contenido. Había libros y mantas esparcidos por doquier en el interior, mezclados y confundidos con los restos de Despensa. Revolviendo, Mono consiguió recuperar unos cuantos trapos y una botella de agua intacta. Se dejó caer de nuevo a la sombra, respirando con dificultad; pero el líquido, aunque tibio, le permitió recuperar un poco el sentido. Con los trapos se hizo vendas, tan prietas como pudo, para las

palmas de las manos. Descansó durante una hora o más; luego, dolorosamente pero con tenaz determinación, se puso a cuatro patas. Comenzó a gatear, alejándose lentamente de Carro y entrando en la ciudad en ruinas.

Unas horas después, un observador situado junto a la carretera quebrada habría presenciado una curiosa visión. La noche era negra como el carbón, sin luna ni estrellas visibles; pero, a pesar de las nubes, la carretera no estaba en absoluto oscura. Estaba iluminada, en algunos lugares de forma muy brillante, por un destello azulado y fluctuante que parecía proceder de las cáscaras en ruinas de los edificios. A su luz, un pequeño carro de madera avanzaba a trompicones. Su método de propulsión era curioso. De un agujero, en la parte trasera del vehículo, salían dos largas varas pulidas. Por turnos, con un acompañamiento de gruñidos y aspiraciones trabajosas, cada una tanteaba la superficie quebrada, hallaba un punto de apoyo y empujaba. Carro, bajo la influencia de este nuevo impulso, se estremecía y giraba. En ocasiones, como si su ocupante estuviera muy, muy cansado, se quedaba parado durante largos periodos; pero siempre reanudaba el movimiento ascendente. Al cabo, la cuesta se suavizó; y se podría haber oído, saliendo del pequeño vehículo desgarrado, un estribillo desentonado pero triunfante:

*El río silencioso fluye para siempre,
Cantad, hermanos, ia ia ho*

Pru y Sal esperaban al borde de los árboles.

Durante un rato, mientras Carro se acercaba laboriosamente a ellas, parecieron dispuestas a echar a correr. El saludo de Mono, y sus exhortaciones a gritos, las tranquilizaron. La cara de él, ennegrecida y pelada, se alzaba como la luna sobre un montículo de papel desgarrado y amarillento; sus brazos terminaban en bolas de trapos de color rojo oscuro; pero era Mono, indudablemente y desafiantemente Mono, el que se dirigía a ellas.

Corrieron hacia Carro con gritos secos y atropellados, tomaron la manilla a la que estaban tan acostumbradas y huyeron. Sus

pies brincaban, colina arriba y valle abajo, alejándose de la siniestra ciudad brillante; y mientras corrían, Mono, cuyo cerebro ardía con las visiones más extrañas, las deleitó con noticias del mundo.

—Las llamadas desde el automóvil de los abonados se controlan con medidores idénticos a los de las llamadas locales —cantó—. Estos medidores son extremadamente fiables y se comprueban regularmente. —Arrojó el folleto y tomó otro. Su vista bailaba; fieras y agudas punzadas asaetearon de pronto su cabeza—. Cómo cuidar de su nueva casa —gritó—. Grifos y válvulas, zanjas y desagües. Senderos y caminos... —Pru y Sal le respondieron con chillidos; pero la voz de Mono resonaba triunfalmente, superponiéndose a las suyas—. ¿Qué es el encogimiento? —gritó astutamente—. ¿Una imperfección es un defecto?

Carro perdió el equilibrio, golpeó una piedra y se enderezó. Mono hojeaba los papeles deshechos.

—¡Éstos son los organismos de servicios! —entonó—. ¡El Departamento de Contribuciones, la Compañía de Suministro de Agua, la Compañía de Suministro de Gas, la Compañía de Suministro de Electricidad! —Tomó otro papel de su botín—. Nunca quise ser una estrella —clamó. Y luego, pasando dos páginas a la vez—: Accesorios que triunfan en tu armario...

Carro se detuvo por fin, bajo las sombras tachonadas de luz de un bosque moteado donde un camino pasaba entre la hierba.

Mono ya no se sentía tan bien. Tragó saliva y parpadeó, luchando contra el aumento de un súbito dolor.

—Adiós —dijo con tristeza— a la chica con bikini de 1975. El año próximo estará de moda taparse... —El dolor se centró en un agudo punto, en la garganta; y Mono eructó. El eructo era rojo y brillante, y le corrió por la barbilla. Gimió y volvió a eructar. El segundo fue peor que el primero. Se tocó la humedad con las manos y comenzó a chillar.

Esto llamó la atención de Pru y Sal. Se irguieron, mirándole y murmurando. Sus manos, duras como el hierro y engarfiadas, le rascaron con preocupación; y las mejillas de Mono se desprendieron enteras de su rostro, cayendo sobre las almohadas tan brillantes como pétalos de flores.

Una máscara, sea de sangre o de otra sustancia, es una forma que despersonaliza. Ahora, nuevos estímulos entraron en acción en los curiosos cerebros de Pru y Sal. La cosa roja que se agitaba y

gemía ya no era Mono, sino un desconocido que había ocupado su lugar. Lo agarraron enseguida, chillando de rabia, y lo arrojaron al suelo. Aún lloraba y gemía, y su olor a miedo estimuló el deseo de matar. Pru y Sal aporrearon y saltaron, bramando, con sus pechos secos e inútiles agitándose bajo la camisa. Al fin, los sonidos se detuvieron, y lo que había en el camino quedó inmóvil. Entonces tomaron las manillas del Carro vacío y huyeron, con la espalda encogida y las rodillas alzándose regularmente como pistones. Cuando se hubieron ido, el bosque quedó en silencio.

El día era cálido y tranquilo. Las moscas zumbaron, eternas y familiares, durante la tarde. Hacia el crepúsculo, una criatura salvaje encontró en el sendero algo de su gusto. Durante un tiempo masticó y musitó; entonces, las sombras de las hojas, movidas por un viento súbito, la asustaron. Se retiró a su madriguera, bajo las raíces de un viejo roble; allí se limpió el pelaje, se lamió el morro y las zarpas, y murió.

Las nubes se agruparon en el cielo, de un color gris ambarino en la penumbra. Por encima, las hojas de los árboles brillaban pálidamente contra las masas tronantes de vapor. Las primeras gotas de lluvia cayeron, pesadas y solitarias, golpeando las hojas que cedían a su paso; y la tormenta descargó con un estruendo. Al cabo pasó, retumbado, hacia el este. Tras ella dejó, en el camino nuevamente limpio, el olor a tierra y a hojas verdes y húmedas.

Stan está profundamente preocupado. Ya sabe que la tierra está vacía; todos esos kilómetros ondulantes que se extienden más allá de la pequeña cala. Lo ha visto con sus propios ojos; y ella se ha ido para siempre.

En cierto modo, es como si todo fuera culpa suya. Quizá si no hubiera ido hasta allí, si no hubiera pensado... lo que había pensado, nada de aquello habría sucedido. Ni las bombas ni nada. Si lo hubiera sabido, si se hubiera dado cuenta a tiempo. Lo habría regalado todo, la pistola y el Champ, todo; se habría sentado y se habría sentido satisfecho de ser lo que era y de saber que ella era feliz, aunque no fuera con él. Siente que querría llorar; pero tiene los ojos tan pegajosos que casi no puede abrirlos.

Lo consigue frotándose con los dedos. La habitación es la misma de siempre, ve una caja de embalaje con vasos y platos de plástico encima, y el hornillo y sus cosas dispersas alrededor. La luz es azulada y tenue; está anocheciendo o amaneciendo. Pero ver es realmente un esfuerzo demasiado grande; al cabo de un rato, sus ojos se le vuelven a cerrar solos.

¡Pero escuchad! ¿Será posible? En la oscuridad, tras los párpados, hay nuevos sonidos. Muchos sonidos. La penumbra se desvanece; y se siente asombrado. Durante ese minuto —no pudo ser mucho más— han brotado bosques enteros; y hay hombres de nuevo. Hombres de verdad, y también mujeres. Hay pueblos protegidos con empalizadas; hay campos de cebada y trigo, ve animales pastando, carros traqueteando por pistas blancas de tierra. Piensa en todo lo que se ha perdido; no puede permitirse tal falta de atención, tal ingratitud, de nuevo. Ahora siente haber llegado a pensar en quitarse de enmedio.

Su punto de vista se altera. Ve una colina, una colina especial. En la cima yace la figura diminuta de una chica.

Parece que se acerca más. Ve los arbustos que cubren la cues-

ta, las briznas de hierba; entonces se queda sin aliento. No puede creerlo; pero tampoco puede confundirla con otra. Ha sucedido, tras un tiempo sin cuenta; su plegaria ha sido atendida. ¡Hay un Dios, y es sabio y justo!

Cuatro La Casa del Dios

I

Si hubieras estado tumbado como Mata, con los brazos y las piernas abiertos sobre la hierba áspera, y hubieras apretado la oreja contra el suelo, habrías oído, a mucha distancia, el ruido rítmico producido por la marcha de muchos pies. Si hubieras levantado la cabeza, como hacía ella entonces, habrías percibido, llevados por la brisa inconstante y olorosa de comienzos de primavera, los batires y redobles de tambores como latidos de corazones. Desde el amanecer, la Gran Procesión había estado recorriendo su lento camino desde el mar; ahora casi había llegado allí.

Se incorporó rápidamente, apartándose el pelo negro y enredado de los ojos; una chica de ojos oscuros y piel morena de quizá trece veranos. Su única prenda, de suave piel de venado, dejaba los brazos y las piernas al descubierto; su cintura estaba rodeada por una correa de cuero, en la que le gustaba llevar una pequeña daga, dentro de una vaina de madera pintada. En torno al cuello llevaba un amuleto de refulgentes piedras rojas y negras; pues Mata era hija de jefe.

El valle sobre el que se encontraba abría su extensión verde al mar distante. Tras ella, coronando la altura más próxima, había una aldea de chozas de paja y barro, rodeadas por una empalizada de troncos terminados en puntas afiladas. Enfrente, alzando sus contornos agudos contra el cielo, estaba el Monte Sagrado, al que debía llegar la Procesión. Allí habían vivido los Gigantes, en épocas anteriores a la memoria del hombre; y allí habían alzado en tiempos la gran mansión. La cima del Monte estaba aún rodeada

de trozos y fragmentos de piedra, medio hundidos entre los arbustos y las malas hierbas que habían crecido a lo largo de los años; pero ya nadie, salvo los sacerdotes de la aldea, se atrevía a aventurarse en la cima. Los Gigantes habían sido todopoderosos; sus fantasmas eran también terribles, y debían ser temidos. En una ocasión, siendo muy niña, Mata se había atrevido a subir por la ladera inclinada del Monte hacia donde Cha'Acta, el sacerdote jefe, guardaba su fortuna en forma de cabras; pero el silbido del viento en la larga hierba amarilla, los matorrales que parecían querer atraparla con sus dedos sarmentosos, las puntas y las masas de altas rocas grises entrevistas más allá de la cumbre, la habían hecho volverse corriendo muerta de miedo. No se lo había contado a nadie, lo cual había sido probablemente apropiado; y desde aquel día, nunca se había acercado a la cima prohibida.

El sonido de los tambores le llegó repentina y claramente. La cabecera de la Procesión se acercaba a la hendidura de caliza; en cualquier momento se haría visible. Mata frunció el ceño y miró hacia la aldea, mordiéndose el labio. Las otras niñas, puestas a su cuidado, habían sido abandonadas a su suerte entre el humo y las cenizas de la choza familiar; por mucho que fuera hija de jefe, ciertamente le darían una paliza si la descubrían allí.

No muy lejos, una hilera rizada de zarzas y tojos ofrecía un lugar donde esconderse. Se escabulló hasta ella y se quedó tumbada en su blanda humedad; sintió que la vista se le iba, involuntariamente, al Monte Sagrado.

En su punto más alto, nítida y clara a la luz del mediodía, se extendía la Casa del Dios; techada con cañas, sus muros sin marcas y de un blanco reluciente, su único umbral bajo que observaba como un lejano ojo oscuro. A su alrededor, los fragmentos de piedra vieja se agrupaban abundantemente. Por encima, dispuestas sobre los hastiales, se alzaban unas formas fantásticas de juncos trenzados; los Espíritus Campestres, dispuestos para guardar la Casa del Dios de todo daño. Mata se estremeció, medio de aprensión, medio de otra emoción más difícilmente identificable, y volvió su mirada de nuevo hacia la hierba.

Su corazón se desbocó dolorosamente, y luego volvió a latir con normalidad. En aquel momento la Procesión había quedado al descubierto, saliendo del paso entre las colinas. Vio las antenas amarillas y los látigos que agitaban los Fantasmas del Trigo, los

más temidos de todos los espíritus; tras ellos las túnicas vívidas y brillantes de los sacerdotes exorcistas, con Cha'Acta entre ellos con su extravagante máscara verde. Tras ellos venían los hombres de los címbalos y los tambores, los hombres de las astas, que hacían cabriolas con sus trajes abigarrados; y detrás, la gran masa del pueblo, cantando y caminando, con el aspecto de una serpiente marrón y negra de muchas piernas. No les dedicó más que una mirada; toda su atención se centraba en la cabecera de la columna.

Se escabulló hacia delante de nuevo, olvidando el peligro de ser descubierta. Ahora podía ver claramente a Choele. ¡Qué delgada parecía, y qué blanco relucía su cuerpo contra la hierba! ¡Con qué rigidez caminaba! Su pelo, largo y ondulado, tan dorado como moreno era el de Mata, había sido coronado con guirnaldas de hojas y flores tempranas; mantenía la cabeza alta, con ojos inexpresivos que no veían, pues estaban ya perdidos en la contemplación del Dios. Tenía los brazos cruzados rígidamente frente al pecho; y desde las guirnaldas de la cabeza hasta las plantas de los pies, sólo ella estaba desnuda. Muy, muy desnuda.

La Procesión entera estaba ya más cerca. Los Fantasma del Trigo corrían, alborotando a ambos lados, dando grandes saltos, azotando con sus látigos los arbustos y la hierba seca; los bailarines disfrazados de animales hacían cabriolas, con la cornamenta brillando al sol. Mata retrocedió, de repente llena de pánico, hacia el refugio de los matorrales, y vio entre los tallos que Choele, sorda y ciega, guiaba sin equivocarse a la multitud. Su silueta, altiva y pálida, se perdió entre los matorrales y los árboles bajos que bordeaban la base del Monte Sagrado. La gente se arremolinó tras ella, exaltada; los tambores resonaron con más fuerza aún; luego, un repentino silencio, escalofriante y completo, cayó sobre la hierba. Mata, entrecerrando los ojos, vio la pequeña silueta de su amiga detenerse en la calzada que llevaba hasta el Monte. Durante un momento pareció que Choele se giraba, mirando tras de sí y hacia abajo; luego siguió caminando decididamente, hasta perderse de vista tras las primeras piedras alzadas.

La gente ya se estaba dispersando, y volvía formando una corriente que subía colina arriba. Mata se levantó a su pesar. Su padre tendría hambre; como los demás habitantes de la aldea, había ayunado desde el amanecer. Recordó los cuencos de caldo que había dejado descuidadamente sobre el fuego de la choza, y aceleró el

paso. Se detuvo ante las puertas de la empalizada. Más abajo, algunos se esforzaban cuesta arriba; otros seguían quietos, formando una media luna negra, y levantaban la vista hacia el Monte. Los sacerdotes, con sus hábitos, se concentraban en la calzada, diminutos y brillantes como joyas. Desde esa altura, la Casa del Dios, con su largo tejado verde grisáceo, se apreciaba claramente; Mata, protegiéndose los ojos con la mano, vio una figura diminuta detenerse ante el umbral del santuario. Esperó un momento; luego se deslizó en su interior, silenciosa y veloz como una polilla, y se perdió de vista. Un instante después oyó un grito ululante que se alzaba de todas las gargantas.

Una vez más, la Novia del Dios había entrado en presencia de su amo.

Mata se fue corriendo a su choza, pisando con fuerza, sin sentir la dureza de la calle de tierra compacta bajo sus pies. El fuego casi se había apagado; sopló y jadeó, alimentando los rescoldos con hierba seca y manojos de palitos, y entre tanto, el calor y el esfuerzo alejaron de su mente lo que había contemplado.

Los tambores sonaron de nuevo a altas horas de la noche. Grandes hogueras ardían en la plaza ante la Cabaña del Consejo; los jóvenes y los hombres, fieramente enmascarados, corrían empuñando antorchas y entraban y salían de las sombras de las chozas; las muchachas se mecían al ritmo lento de una danza que incitaba al sueño. En la empalizada y las atalayas ardían más antorchas con una luz anaranjada y parpadeante. Los ancianos y las viejas cojeaban entre las chozas, tomando y llevando, abriendo un barril tras otro de cerveza negra de trigo. Las demás niñas ya estaban dormidas, pese al estruendo; sólo Mata permanecía con los ojos abiertos y atenta, mirando por la puerta abierta de la choza, viendo sin ver las sombras grotescas y saltarinas que se alzaban y caían.

Todos los años, desde que las propias colinas eran jóvenes y los Gigantes caminaban sobre la tierra, su pueblo había celebrado de esta manera el retorno de la primavera. Esperaban, llenos de temor, a que los sonoros vientos invernales dejaran de soplar, a que la nieve se derritiese, a que la tierra se mostrase a trozos y marañas marrones y húmedas bajo la hierba marchita. Poco a poco, según avanzaba el año, el sol cobraba fuerzas; poco a poco, el vigor volvía a fluir por los árboles y los campos, aparecían los brotes y mostraban bocas diminutas de un verde vívido. Hasta que final-

mente —y sólo Cha'Acta y sus ayudantes podían decir exactamente cuándo— la larga lucha concluía, y el Dios del Trigo, el mayor de los dioses, renacía en virilidad y hermosura. Entonces el pueblo de la colina daba gracias al ser que era al mismo tiempo semilla y luz del sol, que había acudido a habitar entre ellos otra estación más. Se elegía una Novia para él, para que viviera con él en la Casa del Dios durante tanto tiempo como él desease; y se formaba la Gran Procesión, apiñándose en torno a las Carpas del Dios en la costa distante.

Choele era una estación mayor que Mata, y había sido su amiga especial. Sus miembros eran rectos y suaves como varillas de sauce desprovistas de corteza, su pelo, una vaporosa nube amarilla como el sol. A su amiga más joven le había confiado su seguridad, más de un año antes, de que ella sería la Novia elegida la siguiente primavera.

Mata se había encogido de hombros, apartándose su propia cabellera morena. No estaba bien hablar con ligereza de ningún dios, y mucho menos del gran Dios del Trigo, cuyos ojos ven los movimientos de los escarabajos y los ratones, cuyos oídos perciben el susurro de cada tallo de hierba. Pero Choele había insistido.

—Mira, Mata; ven y siéntate a la sombra conmigo, y te enseñaré cómo lo sé.

Mata se quedó mirando un rato hacia otro lado, de mal humor, encajando la mandíbula y frunciendo el ceño; pero finalmente la curiosidad fue más fuerte. Se acurrucó junto a la otra muchacha y se quedó tumbada, aspirando perezosamente el dulce olor de la larga hierba al sol. Las cabras que les habían ordenado cuidar ramoneaban despreocupadamente, sacudiendo la cabeza, mirando con sus ojos amarillos, entrechocando y haciendo sonar sus toscos cencerros de madera.

—Es de necios decir esas cosas, Choele, incluso a mí —dijo Mata—. Quizá el Dios las oirá y te castigará.

Choele se rió.

—No me castigará —dijo. Se había desatado las correas que ataban la parte superior de su vestido; estaba tumbada y sonreía de forma enigmática mientras apartaba el fino tejido hacia abajo—. Mira, Mata, cómo he crecido. Pon los dedos aquí, y tócame. Ya casi soy una mujer.

—Prefiero no hacerlo —dijo Mata fríamente. Se dejó caer so-

bre la espalda, sintiendo el calor del sol contra los párpados cerrados; pero Choele insistió hasta que abrió los ojos y vio la cercanía de sus pechos, que se habían vuelto voluminosos y redondeados. Acarició los pezones ociosamente, maravillándose en secreto de su firmeza; luego, Choele le enseñó otra cosa, y aunque jugó en la oscuridad hasta quedar cubierta de sudor, no pudo lograr que su cuerpo hiciese lo mismo. Así que por fin lloró, con amargura, porque Choele había dicho la verdad; pronto se apartaría de ella, y no había otra a quien prefiriese como amiga. Durante un año, cada Novia vivía con el Dios; pero ninguna había hablado jamás del Misterio, y todas evitaban luego a sus antiguas amigas, y caminaban en su mayoría solas y con la mirada baja.

Pero al día siguiente Choele se mostró más amable.

—Eso no nos pasará a nosotras —dijo—. Durante un tiempo viviré en la Casa del Dios, ciertamente; pero después volveremos a ser amigas, Mata, y te contaré cómo es ser amada por un dios. Ven ahora entre los arbustos y vamos a jugar; pues ya soy una mujer y conozco más formas que antes para hacerte feliz.

Los tambores seguían sonando; pero las hogueras, que habían ardido tan altas, estaban apagándose. Los Fantasmas del Trigo estaban muertos, expulsados de los campos por la magia de Cha'Acta; sus viejas cáscaras reseca, vacías como caparazones de langosta, ya habían sido quemadas ritualmente. En el invierno que vendría, las ancianas, que habían visto pasar muchas Procesiones del Trigo, trenzarían nuevas figuras; pues al año siguiente, el Dios necesitaría de nuevo una Novia.

Mata tragó saliva y reprimió otra idea a medio formar.

Se escabulló fuera de la choza, moviéndose en silencio para no molestar a las pequeñas. Desde la Cabaña del Consejo, plantada sólidamente al final de la única calle de la aldea, aún se alzaban sonidos de fiesta; por el momento, estaba a salvo. Se internó en las sombras, entre las chozas, alejándose de los lugares donde las hogueras seguían latiendo y parpadeando. Junto a la empalizada, el aire del exterior le pareció helado. Subió por los bastos escalones de madera hasta una atalaya. Tal como había esperado, la alta plataforma estaba desierta. Temblando un poco, se quedó contemplando la noche a sus pies.

La luna se hundía en el borde de las colinas. Abajo, lejano y diminuto a sus pies, el Monte Sagrado estaba bañado en un brillo

plateado. Al otro lado de su cumbre, negra y abultada, se hallaba la Casa del Dios. Estaba en silencio y parecía deshabitada; pero Mata sabía que no era así.

Intentó obligar a su mente a salir de su cuerpo, enviarla por los aires como el espíritu de Cha'Acta. Oyó a un búho cazador que llamaba a su pareja; y le pareció que volaba con el ave, en silencio, a través del amplio espacio bañado por la luna. Luego fue como si, durante un instante, su espíritu se uniese al de Choele, que yacía esperando en silencio sobre la gran cama de broza. Oyó un ratón que correteaba por el suelo y pensó que eran los arañazos del Dios; y sintió un mareo que la hizo tambalearse y aferrar la madera de la atalaya para apoyarse. Luego, tan velozmente como antes, se encontró de vuelta en su cuerpo; y el miedo del Dios estaba en ella, de tal forma que se estremeció con más violencia que nunca. Se cerró el manto con fuerza en torno al cuello y miró a su alrededor con culpabilidad; pero nadie la había visto, puesto que nadie había. Se quedó largo rato agachada, sin deseos de abandonar ese lugar privilegiado, mientras las hogueras, en la calle, quedaban reducidas a ascuas y la luna se hundía bajo una paciente colina. Su sombra se aproximó, veloz y enorme, apenas vista; y la Casa del Dios desapareció, sumergida en la más negra oscuridad.

Se pasó la lengua por los labios y se dio la vuelta, tanteando con los pies descalzos para encontrar el borde de los escalones de madera.

El Dios, como siempre, estuvo satisfecho con su Novia. Cha'Acta lo anunció ante todo el pueblo; y de nuevo, las trompas sonaron; los tambores atronaron; las cubas de cerveza de trigo fueron abiertas y vaciadas. Cada día el sol ganaba fuerzas visiblemente, las horas de luz se alargaban. Una marea floreciente de verdor recorrió la tierra, pasando por las copas de los bosques, en los valles, y por los pequeños campos de cultivo donde el trigo brotaba del suelo en pequeñas lanzas cargadas de savia. El tiempo de la cría llegó y pasó; las barquillas de cuero se aventuraron más allá de las costas, trayendo de vuelta cosechas repiqueteantes de cosas marinas, langostas y cangrejos. Los aldeanos, desde el cacique y los sacerdotes hasta el más humilde leñador, se pusieron lustrosos y se sintieron satisfechos. El pleno verano llegó, con sus largos días azules y su calor soporífero; y sólo Mata seguía lamentándose. A veces, mientras cuidaba de las cabras de su padre, se hacía guirnal-

das de rosas para el pelo; a veces se sumaba a los juegos y las risas de los niños; pero sus pensamientos volvían siempre a la gran casa de la colina, a Choele y a su señor.

Por las mañanas se despertaba antes de que hubiera luz, con los primeros y dulces trinos de los pájaros. El Monte Sagrado la atraía siempre de forma irresistible. Se quedaba sentada y triste en alguna hondonada de la colina cubierta de hierba, mirando a sus pies el largo tejado de la Casa del Dios, tranquila a la nueva y perlada luz; o corría sola sin que nadie la viese hasta el arroyo que serpenteaba bajo el Monte. Los árboles se arqueaban sobre él, tapando la luz, con raíces que aferraban las orillas a ambos lados; entre ellos, el agua corría clara, brillante y fría. Cuando caminaba, sus tobillos removían sedimentos grisáceos que se desplazaban con la corriente como pequeñas nubes de humo. La frialdad tocó primero las pantorrillas y las rodillas, y después los muslos; luego, cuando se sumergió, estremeciéndose, la tocó entera. A ratos alzaba la vista, involuntariamente, hacia el alto lomo de la colina, y veía los trozos y puntas de piedra que le devolvían la mirada, y salía corriendo a recoger su ropa y se la ponía aunque estuviera mojada y se le quedara pegada. Entonces echaba a correr desde el lugar secreto hasta la alta loma amarilla de la colina bajo la aldea; sólo allí se atrevía a volverse, y mirar jadeando el Monte y la Casa del Dios, minúsculos en la distancia e inofensivos como juguetes. Y en una ocasión, sobre la alta colina, un susurro de viento fresco la alcanzó, le tocó la frente caliente y siguió su camino en la distancia, hacia campos lejanos y los hogares de otros hombres. Entonces se sentó, insegura; pues le pareció que el Dios había pasado, riéndose y alegre, para jugar como un niño entre las colinas distantes. Una alegría la llenó también a ella, de forma que se levantó y alzó los brazos; pues el Señor habla sólo a sus elegidos. Se volvió, emocionada, hacia la aldea, sacudida por dentro con pensamientos que aún no se había confesado.

Más adelante le fue concedida una prueba más convincente.

Hacia el final del verano se le ordenó que recogiera juncos; los aldeanos los usaban en grandes cantidades para techar tanto sus propias casas como la Casa del Dios. Sólo la choza sagrada, entre todos los edificios, era renovada cada año. Dada su gran anchura,

sólo servían los juncos más selectos y largos; así que Mata, en su búsqueda, se alejó cada vez más, esperando en secreto que su cosecha adornase el hogar del Dios, y que él lo supiera y se sintiera complacido. La tarde era cálida y tranquila; un día intenso, azul y dorado, que olía a tiempo y a hojas quemadas. Trabajaba hundida hasta las rodillas la mayor parte del tiempo, escondida entre los grandes y altos tallos, cortándolos con un cuchillo de hoja curva y afilada y arrojando los juncos en manojos sobre la orilla para que los carros los recogiesen. Con el paso del tiempo, el panorama interminable del verde luminoso y las puntas plumosas que se arqueaban por encima ejercieron sobre ella una curiosa impresión. Le pareció estar al borde de una experiencia definitiva; era casi como si una presencia, vasta pero casi tangible, permease la tarde cálida y despreocupada. Los tallos de los juncos la rozaban y se apretaban contra ella, sibilantes; el agua gorjeaba y restallaba cuando ella pisaba. Se encontró parada sin haberlo pensado, con la hoja del cuchillo presta, esperando no sabía qué. De nuevo sin pensarlo, y luego con un extraño arrebató, se internó más profundamente en la ciénaga. El agua, agria y olorosa, refrescó sus piernas; el barro acarició sus tobillos. El propio lodo parecía cálido y suave; escarbó con los dedos de los pies, sintiendo que se deslizaban entre las texturas resbaladizas de las raíces, deseando hundirse. Pronto tuvo que subir la falda por los muslos; y luego, impulsivamente, hasta la cintura. Se sintió presa de las más extrañas sensaciones, ambiguamente placenteras; y la hierba mágica la llamaba y susurraba aún, y aún se sentía atraída a seguir adelante.

Oía al viento soplar, un gran susurro veloz a su alrededor; pero su visión se limitaba a los tallos pardos y amarillos que se alzaban ante sus ojos. Su mano libre estaba ahora bajo el agua; y en su delirio le pareció que una gran verdad la alcanzaba. Las hierbas, en sus verdes millares, eran el cuerpo del Señor del Trigo; y su cuerpo, místicamente, era las hierbas. Gritó; luego, su propio cuerpo pareció abrirse y supo que la Cosa Mágica había sucedido por fin. Se apretó frenética contra los tallos de los juncos, manipulando torpemente el cuchillo, sorbiendo con la boca; y la vida terminó en un maravilloso alzar el vuelo.

El mundo volvió con un parpadeo. Abrió la boca para aspirar, y entró agua. Se agitó y se debatió, pues el miedo del lodo profundo cegaba su razón. Lejanamente, sintió dolor; entonces dejó caer

el cuchillo que llevaba y se acercó a la orilla. Se tambaleó y tropezó, se aferró a ella, rodó sobre sí misma y se quedó inmóvil.

El sol había bajado cuando volvió a abrir los ojos. Se quedó un momento quieta, sin pensar; entonces volvieron los recuerdos. Se incorporó a medias, apoyando en los codos el peso del malestar. En alguna parte se oían voces. Vio una carreta que avanzaba a lo largo de la orilla del río. Marchaba lentamente, con un hombre que guiaba al buey, y otro que se agachaba para arrojar los manojos de juncos sobre el montón, que ya era bastante grande.

Le dolía el pecho. Miró hacia abajo, frunciendo el ceño. Tenía el vestido pegado al cuerpo, encolado con algo rojo oscuro; el resto estaba cubierto de barro y al aire.

Los carreteros la habían visto. Pareció que se quedaban mirando largo rato; entonces se adelantaron con cuidado, adelantando un pie y después el otro. Uno de ellos dijo en voz baja:

—Es la hija del cacique. Aquélla a la que mandaron a cortar juncos.

Ella se rió de ellos, o les mostró los dientes.

—He recogido algo más que juncos. El Dios ha venido a mí, y ha sido muy apasionado.

Se recostó con los ojos soñolientos, observando cómo se acercaban. Manipularon torpemente su vestido, causándole más dolor. Por fin, la tela se desprendió; y los aldeanos se echaron atrás sobrecogidos. El pecho de Mata estaba cruzado por cortes profundos y curvos; las marcas que el Señor del Trigo le había hecho con las uñas.

Las heridas sanaron rápidamente; pero el espíritu sombrío que le había inducido la visita del Dios tardó más tiempo en dispersarse. Durante muchos días, Mata yació en la choza familiar, sin moverse, bebiendo y comiendo muy poco; mientras toda la aldea, al parecer, acudía a picotear y cloquear al exterior, mirando con curiosidad a través de las jambas al interior oscuro. Mientras tanto, se sabía constantemente de prodigios y maravillas. Magan, el padre de Mata, vio con sus propios ojos formarse una gran nube sobre la Casa del Dios, una nube que tomó la funesta forma de una garra; las ciénagas brillaban de noche con luces misteriosas, y suspiros y susurros del aire delataban el paso de monstruos.

Finalmente, Cha'Acta se presentó. Llegó con cierta pompa, atendido por tres de sus sacerdotes; vestía su túnica oficial, con el

blasón de la lanza verde del Señor del Trigo, y en cuanto lo vio agacharse para pasar el dintel, Mata se arrebujo en la esquina más lejana de la cama de broza. Cha'Acta nunca había reparado en su existencia; ahora le pareció terrible, y muy alto.

Se llevaron faroles, y se mandó fuera a las otras niñas; y el sumo sacerdote comenzó su examen. Las heridas fueron sometidas al mayor escrutinio; luego Mata contó su historia una y otra vez, con ojos enormes a la luz de los faroles, y la voz que se ahogaba y ceceaba. El rostro delgado de Cha'Acta permaneció impasible; sus ojos oscuros y serios la miraban desde arriba mientras hablaba. Pero nadie pudo decir, cuando se levantó para marcharse, qué decisión había tomado, ni cuáles habían sido sus pensamientos. Sin embargo, más tarde hizo que llevasen regalos a la choza; leche recién ordeñada, huevos y frutas, y una túnica para reemplazar la que el Dios había destrozado. Todos sabían, quizá, lo que el portento quería decir; sólo Mata, al parecer, no podía creerlo. Yacía hasta altas horas de la noche, con los ojos mirando sin ver en la oscuridad, aferrando la tela suave contra su pecho; pero todavía su mente se negaba a pronunciar las palabras.

El otoño ya había pasado cuando volvieron sus fuerzas; la cosecha había sido recogida, y los animales estaban guardados en sus rediles. Alrededor de la aldea, los campos y las colinas majestuosas se extendían marrones y secos, barridos por un viento frío. Todos los ojos la seguían cuando pasaba por la calle de la aldea, con el manto bien cerrado en torno a ella para protegerse del frío. Se sonrojaba al darse cuenta; pero mantenía la cabeza alta y orgullosa, y no miraba a un lado ni a otro. Subió a la empalizada y miró abajo, a la Casa del Dios, en el Monte. Las nubes se movían rápidamente sobre ella; el paso entre las colinas parecía desolado y triste, gris ante la llegada del invierno.

Habitualmente, la Casa del Dios estaba vacía mucho antes de esa época, con las puertas abiertas de nuevo y sus paredes perforadas ritualmente. Pero Cha'Acta permanecía en silencio, y no se había visto a Choele. La aldea murmuraba con curiosidad; hasta que finalmente llegó la noticia de que el Señor del Trigo había vuelto a abandonar el hogar de su valle. Los hombres de la aldea se apresuraron a acercarse al Monte, temerosos y furtivos, arrastrando tras ellos los largos manojos grises de paja. A lo largo de los días más cortos trabajaron renovando el gran tejado y su estructura

de troncos y varas. Las paredes de la Casa del Dios fueron reparadas y blanqueadas, y sus suelos batidos y barridos para que estuvieran listos la próxima primavera. Mata, que ya no hacía casi ninguna tarea doméstica, lo observó todo desde la muralla de la pequeña ciudad. Vio cómo sacaban a los Espíritus Campestres por la calle, y cómo los alzaban en la distancia hasta sus lugares; dos días después, vio a Choele que caminaba sola por la aldea.

Corrió hacia ella con alegría; pero se detuvo a diez pasos. Pues el rostro de su amiga estaba blanco y envejecido, y los ojos que alzó hacia ella estaban ojerosos y muertos. Y Mata supo con seguridad que, a pesar de la promesa de Choele, el Misterio se había interpuesto entre ellas, tan impenetrable como una pared.

Desolada, corrió hacia la choza de su padre. Durante una hora o más yació en el jergón, derramando lágrimas cálidas; luego se levantó, se limpió la cara y se dedicó a las tareas del hogar. Una decisión se había formado, fría e irrevocable; y por fin los pensamientos prohibidos fueron libremente admitidos. Al año siguiente, la propia Mata sería Reina del Trigo. Después, cuando también ella conociera el Misterio, volvería con Choele; y entre ellas todo sería como había sido antes.

En los días cada vez más luminosos que siguieron, se vio a menudo a Mata por la aldea. Tomó la costumbre de situarse, consciente o inconscientemente, en el camino de Cha'Acta. Se movía siempre con la modestia apropiada; pero sus ojos bajos no perdían detalle de nada. Unas veces, abstraído en una conversación o dedicado a sus propios asuntos, el sacerdote jefe parecía no advertir su presencia; otras se volvía hacia ella, observándola moverse mientras hacía sus recados, y Mata sentía la mirada aguda e impenetrable quemando su cuello y su espalda.

Finalmente, su padre la mandó llamar una noche. Estaba sentado con cierta pompa en la Cabaña del Consejo, con una jarra de cerveza de trigo a su lado. Cha'Acta también estaba presente, y los ancianos y los sacerdotes. Mata permaneció de pie con la cabeza gacha bajo la luz humeante de las antorchas mientras su padre hablaba, al parecer con tristeza, pronunciando las palabras imposibles; y más tarde, cuando ella se fue, era como si no hubiera tierra bajo sus pies. Sentía ya que estaba separada de las cosas normales, y era la elegida del Señor.

Yació sin dormir hasta el amanecer, mirando brillar las ascuas

en su reborde de arcilla, escuchando la respiración de sus hermanas y los ronquidos resonantes de su madre. Una y otra vez, cuando pensaba en lo que iba a suceder, su corazón se agitaba y latía con fuerza, intentando al parecer salirse de su cuerpo. Al fin llegó el amanecer ansiado, indistinto y gris; se levantó y se vistió, y fue a buscar una choza en el extremo más alejado de la aldea. En ella vivía Meril, la anciana que instruía a las Novias del Dios y que durante muchos años había guardado sus Misterios.

Mata permaneció un mes con la vieja, aprendiendo muchas cosas que eran nuevas y no del todo agradables. Choele, ciertamente, la había llevado a menudo a las colinas con propósitos no muy diferentes. Pero los dedos de Choele estaban bronceados y eran dulces como la miel; los de Meril eran viejos y encallecidos, y olían agriamente. La dejaban con una sensación de suciedad. Mata se estremecía y se ponía rígida, sudando; pero lo aguantó todo, en nombre de Choele y en nombre del Dios.

Ya no veía a Cha'Acta más que en raras ocasiones. Todavía quedaba mucho que hacer; semillas que debían prepararse para la siembra, cerveza que debía ser elaborada, rediles y empalizadas que debían ser reparados, las Carpas del Dios, y toda la parafernalia de la Gran Procesión, que debían ser dispuestas de nuevo. En la mayoría de estas cosas, si no en todas, el sacerdote jefe debía participar. Mientras tanto, los brotes crecieron ostensiblemente. Cayó la lluvia, despertando a la nueva hierba; y finalmente llegó una época de sol claro y brillante. Los cielos se vieron moteados de nubes blancas, veloces y algodonosas; el viento llegó soplando cálido, levantando el polvo de las colinas y los campos ondulantes, y Mata supo que su espera casi había concluido.

Entonces llegó la tragedia, espantosa e inesperada. Choele desapareció de la aldea. Durante varios días, bandas de hombres mal dispuestos registraron esporádicamente las colinas y los campos adyacentes; y una mañana un viejales llegó hablando atropelladamente y jadeando colina arriba, gritando sus noticias incoherentes a los guardias somnolientos de la puerta. En el arroyo que corría bajo el Monte, el arroyo gris y frío donde Mata se había bañado una vez, flotaba un fardo empapado de tela y pelo; todo lo que quedaba de la Novia del Señor del Trigo.

El mal presagio creó una gran conmoción en la aldea. Los tambores batieron ante la Cabaña del Consejo, donde Cha'Acta y

sus sacerdotes rezaron e hicieron sacrificios para desviar la indudable ira del Dios. Los hombres se levantaban con miedo, alzando la vista al cielo despejado; pero, extrañamente, el clima siguió siendo bueno; la tierra siguió sonriendo. De tal forma que para la semana de la Gran Procesión la muerta estaba casi olvidada; sólo Mata sentía dentro de sí un pequeño espacio vacío, que ahora nunca quedaría lleno.

Ya conocía sus deberes y las muchas formas que existían de complacer a un dios. Lo que quedaba por saber tras la dura instrucción de Meril le había sido impartido por Cha'Acta con su voz severa y monótona. Ayunó durante dos días antes del gran acontecimiento, sin beber otra cosa que la más clara agua de manantial, purgando su cuerpo de toda escoria. El día anterior a la ceremonia se despidió formalmente de su familia. Una carreta la esperaba, engalanada con cintas y tirada por los bueyes blancos de Cha'Acta; montó en ella, y permaneció mirando rígidamente hacia delante mientras el carro se zarandeaba y atravesaba las amplias puertas de la empalizada. Los guardias alzaron sus lanzas, entrechocándolas para saludarla; y luego la aldea se perdió a su espalda, mientras la ruedas rebotaban y golpeaban la áspera hierba de la colina.

Cada año, como decía la letanía, el Dios llegaba desde el sur, atraído por las oraciones a través del infinito mar azul. El pequeño campamento que los sacerdotes habían montado junto a la costa ya hormigueaba de actividad. Las tiendas de piel habían sido alzadas; sobre la grande colgaba de una pequeña vara el largo signo verde del Dios. Allí pasaría la noche Mata. A cierta distancia las insignias oscilantes del sacerdote jefe marcaban dónde descansaría Cha'Acta en esa víspera tan importante; junto a sus aposentos, las carretas descargaron más pellejos, y los palos y varillas con los que serían estirados. El resto del equipaje fue amontonado o esparcido; Mata vio la ropa abigarrada de los hombres de las astas, las cornamentas y las máscaras de pellejo, y junto a ellas los caparazones verdes de langosta que por la mañana se convertirían en los Fantasmas del Trigo, y tembló con una mezcla de emociones.

Le resultaba difícil ahora conservar siquiera el recuerdo de Choele. Su carpa estaba preparada, con sus faroles encendidos, y la hierba del interior cubierta de la preciada agua comprada a gran coste a los mercaderes que a veces recorrían la costa. La bañaron y la volvieron a bañar; luego estuvo una hora tumbada, paciente-

mente, mientras le afeitaban con conchas afiladas el vello suave que había empezado a crecer en su cuerpo. Le pintaron los pezones con un tinte brillante, le peinaron, le cardaron y le volvieron a peinar el cabello; y finalmente la dejaron dormir.

Curiosamente, durmió como un leño, agotada por el periodo de ayuno y preparación; la despertó sin miramientos la vieja Meril, sacudiéndole el hombro. Le echaron un manto por encima; salió de la carpa a la primera luz del amanecer. El mar parecía frío y plano; un viento zumbante soplabá desde él, cargado del agudo y extraño olor de la sal.

Las Carpas del Dios eran triangulares y negras, y no estaban construidas con pellejos sino con fieltro grueso e impenetrable. La entrada de la más cercana estaba abierta para ella; entró, temblando, sabiendo ya lo que iba a encontrar.

En el suelo, dentro de la pequeña tienda, se había dispuesto un gran cuenco de cobre. En él se quemaban carbones y las semillas mágicas de ciertas plantas. El pequeño espacio ya estaba repleto de un humo acre y picante; tosió, conteniendo la respiración, e inclinó la cabeza sobre el cuenco como le habían enseñado. Al instante oyó el susurro de los fuelles, manejados desde el exterior por un sacerdote asistente, que proyectaban el aire sobre la masa ardiente, haciéndola brillar.

El humo quemó sus pulmones; tuvo una arcada y habría vomitado si no hubiera tenido el estómago vacío. Inhaló como era su obligación, cerrando los ojos anegados de lágrimas; y al cabo le pareció que los humos se volvían menos intensos. Entonces empezaron a suceder cosas extrañas: estaba segura de que su cuerpo había empezado a flotar, lejos del contacto de la tierra; tanteó torpemente, aferrándose al duro suelo para sostenerse. Entonces el cuenco y su contenido parecieron expandirse hasta que sintió que caía de cabeza y a gran velocidad hacia un mundo entero de fuego. El interior de la tienda, tan pequeño que podía tocar los lados extendiendo los brazos, se amplió de la misma forma hasta convertirse en un vacío negro y silencioso, infinito como el cielo nocturno. En él ardían chispas y centelleos; había estrellas y lunas y soles, cometas y frutos dorados, figuras divinas que pasaban tan veloces como vastas. Abrió los ojos y los volvió a cerrar; las formas seguían nadando en la oscuridad tras los párpados.

Por último le pareció que ella misma había crecido hasta al-

canzar una inmensa estatura; sintió que podía tocar con los brazos los promontorios que cerraban la bahía, inclinarse para atrapar las siluetas de los hombres que corrían como hormigas o granos de arena. Se alzó lentamente, oscilando, y sabiendo que estaba lista.

En el exterior de la carpa, la luz se había intensificado. Sintió apenas la presencia de la gente; oyó el grito cuando el manto, que ya no era necesario, le fue retirado. Unos dedos amables la tocaron, trenzando las guirnaldas verdes en su cabello; y ya se estaba alejando, moviendo con dificultad sus larguísimos brazos y piernas, subiendo por el sendero rocoso que se alejaba de la bahía. Tras ella, la Procesión se dispuso en orden; los címbalos resonaron, las trompas tronaron, los tambores comenzaron su batir insistente. Sus oídos percibían los sonidos; pero de forma inconexa, en estallidos y fragmentos, mezclados con un rugido como la voz del mar.

El viento soplaba, constante y tibio, arrojando como un guante su cuerpo estirado; mientras que desde su gran altura veía, con maravillosa precisión, los detalles más diminutos de la tierra por la que pasaba. Guijarros y briznas de hierba, húmedos con el rocío del mar, saltaron bajo ella tan brillantes como joyas. Percibió, con sus sentidos aumentados, el surgimiento de poderosas verdades que se perdían en cuanto tomaban forma, verdades que, sin embargo, su cuerpo entendía, de forma que se reía mientras se movía, exultante; mientras que al caminar tan alto por encima del suelo una parte de su mente se maravillaba de no caer.

Los Fantasmas del Trigo brincaban, restallando sus látigos, espantando a sus víctimas medio aterrorizadas del camino. Los sacerdotes entonaban cánticos; Cha'Acta, con los ojos implacables bajo su máscara verde brillante, bendecía la tierra, arrojando cucharones de semillas a ambos lados. El sol, al aparecer entre el alto velo de la niebla, arrojó la larga sombra de Mata sobre la hierba. Ella miró hacia abajo, a lo largo de su cuerpo inmenso, hacia las lejanas y olvidadas puntas blancas de sus pies. La visión era perturbadora; volvió a alzar la vista y la dejó reposar en la línea distante del horizonte.

Parecía imposible, pero ya veía ante ella el alto paso entre las colinas. A la derecha estaba la aldea con su empalizada; a la izquierda, cercanos y amenazadores, el Monte Sagrado y la Casa del Dios que la esperaba. Ahora podía sentir, débilmente, la textura de

la hierba y la tierra bajo sus pies; pero la claridad intensa de su vista no disminuyó: vio las flores diminutas abriéndose en la hierba, e insectos, palillos, broza y paja seca. La senda se hizo más empinada, junto al arroyo de Choele; siguió adelante, apresurándose los últimos metros. Y aquí estaba la calzada, pavimentada con piedra antigua; más allá, el Monte Sagrado, vacío, desolado y vasto.

Nunca había llegado tan arriba. Había esperado que la hierba y los arbustos, las propias piedras, fueran sutilmente distintas allí, tan cerca del hogar del Dios; pero incluso para sus sentidos aumentados parecían idénticas. En la calzada recordó que debía volverse y mostrarse de nuevo a la gente. La oyó gritar, sintió sus miradas puestas en ella como un viento cosquilleante; luego se quedó sola, abriéndose paso entre las puntas de piedra.

Ahora subía con ansiedad, usando las manos para apoyarse. Rodeó un contrafuerte cubierto de liquen, atravesó un espacio abierto donde matas de hierba seca rozaron sus muslos; y la Casa del Dios estuvo ante ella, pavorosa y cercana. Entonces dudó, llevándose las manos a la garganta; los recuerdos inundaron su cerebro embotado y deseó durante un momento de angustia estar de vuelta en el hogar de su padre, sucia y desconocida, y deshacer todo lo que había hecho. Entonces el tiempo volvió a transcurrir: se detuvo una vez más para saludar, oyó los gritos dispersos desde la colina y penetró en el interior, a la oscuridad y el silencio.

El silencio, al principio, fue lo más opresivo; un silencio zumbante, ampliado por el sonido de la sangre en los oídos. Permaneció de pie, quieta, abrazándose los hombros, intentando reducirse a un tamaño diminuto. La larga casa estaba vacía y casi sin muebles. El suelo, barrido meticulosamente, tenía un brillo gris parduzco; las paredes se alzaban, toscas y pedregosas, hasta la altura del hombro; la larga viga central se extendía muy por encima, con varillas pálidas que se mostraban a intervalos regulares. Entre ellas, las cañas yacían bien dispuestas y apretadas, llenando el lugar con un olor a hierba y estanque.

Caminó hacia delante lentamente, con los brazos aún cruzados ante ella. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra vio que lo que había tomado por la pared de enfrente era en realidad una pantalla de zarzas abierta, atravesada por una estrecha entrada. Pasó por ella. Al otro lado, a la distancia de un brazo extendido, había una segunda pantalla, también perforada. Las entradas,

entendió, no estaban alineadas, de forma que obstaculizaban la vista desde la gran puerta exterior. Al otro lado de la segunda pantalla había una cámara pequeña, cuadrada y oscura. Vio un diván de broza apilada; junto a él, un jarro de agua y un cazo, dispuestos sobre el suave suelo batido.

Y eso era todo.

Sus piernas se estremecieron de repente. Se quitó las guirnaldas del pelo con torpeza, las tiró al suelo sin prestarles atención. Se arrodilló junto al jarro, metió el cazo y sacó agua. Era clara y dulce, y estaba muy fría. Bebió hasta saciarse; luego se dejó caer sobre la cama de broza. Ahora era consciente de un cansancio cada vez mayor; dejó flojos los miembros, relajándose, y cerró los ojos. Al cabo, el zumbido de sus oídos se desvaneció hasta desaparecer.

Se despertó en la oscuridad. La pequeña cámara estaba negra como el carbón; giró la cabeza, lentamente, y vio el espacio entre las pantallas de zarzas iluminado por un brillo gris plateado. Durante un momento, se volvió a sentir confusa; entonces se dio cuenta de que había debido de dormir durante horas. La luz metálica y fría era la luna.

Los efectos del humo de semillas habían desaparecido por completo. Tembló y deseó tener una manta; pero no había nada en la choza. Entonces recordó que no había ido allí a dormir.

Tragó saliva. Algo había debido de despertarla. Prestó atención, concentrando toda su consciencia. El viento soplabla sobre el Monte, removiendo la hierba y los matorrales. Un leño crujió, en algún lugar de la gran choza. Le pareció que su corazón saltaba hasta salirsele por la garganta; pero no se oyó nada más. La Casa del Dios estaba tan silenciosa como antes.

Frunció el ceño, pensando con tristeza. ¿Eran falsas todas las leyendas y las historias? Su entrenamiento, aunque había sido exhaustivo, no llegaba a tanto. ¿Qué pasaría si, en realidad, ningún dios acudía nunca a vivir en la casa de la colina? ¿Y qué pasaría si —una terrible idea— el Señor del Trigo la había rechazado? ¿Y si ya había llegado, en la oscuridad y el silencio, la había encontrado desagradable como Novia y había pasado de largo? Entonces abandonaría el valle para siempre; y los brotes de trigo se pudrirían en el suelo, y la gente se moriría de hambre. La apedrearían, la repudiarían... Apretó los puños, sintiendo que los ojos empezaban a picarle. El repudio sería el menor de sus dolores.

Se obligó a quedarse quieta de nuevo. Él llegaría en el momento y en la forma que eligiese; pues, ¿quién, después de todo, podía dar órdenes a un dios? Ya la había visitado una vez entre los juncos; ¿qué más prueba necesitaba? Había sido una marca de su favor como nadie más, según podía recordar, había recibido. Llegaría; porque siempre llegaba, y porque la había elegido.

Este pensamiento llegó acompañado de nuevos miedos. ¿Cómo sería cuando llegase? Quizá sería tan caliente que quemaría, y terrible de contemplar. Quizá sus ojos serían como los ojos de una bestia... Con un esfuerzo de voluntad se obligó a dejar de pensar esas cosas. Era duro el periodo de espera. Deseó disponer de nuevo del humo mágico y de la fuerza que daba, de los grandes pensamientos que por la mañana habían parecido tan claros. Al cabo se deslizó, contra su voluntad, en un duermevela.

La luna había subido cuando se volvió a despertar; y esta vez supo sin ninguna duda que había sido despertada por algo más corpóreo que el viento. Se quedó quieta, temblando, esforzándose por oír. Estuvo a punto de gritar; pero la idea de que su voz resonara en la penumbra de la choza ahogó el sonido en su garganta. Entonces las oyó; las pisadas sigilosas y sordas, que atravesaban la oscuridad iluminada por la luna hacia ella.

Se dio la vuelta, revolviendo la broza. Su visión osciló y chispeó. Un atisbo de movimiento, sentido más que visto; y una silueta entró en la cámara. Se quedó agazapada y quieta, alzando la vista. La luna, tocando las pantallas de zarzas, proporcionaba una luz escasa y difusa. Para su ojos, acostumbrados a la oscuridad, era suficiente; ahora podía ver cada detalle terrible.

La criatura que había ante ella estaba desnuda, y parecía más alta que un hombre. En torno a las pantorrillas y los muslos corrían líneas delicadas y retorcidas de tatuajes; sobre los muslos se alzaba su virilidad, una gran columna que sobresalía hacia delante. Otros tatuajes marcaban el pecho; mientras que en una mano la figura empuñaba la Vara de Poder, rematada con el Signo del Señor del Trigo. Sólo su cabeza era invisible, cubierta por una gran máscara fantástica; negra a esa luz, pero verde, supo ella, verde como la hierba recién brotada. Entonces gritó, con voz alta y aguda; y la criatura gruñó con impaciencia.

—Silencio, pequeña estúpida —dijo—. El Dios está aquí.

La forma era divina; pero la voz, aunque oscurecida por la

máscara, le resultaba muy conocida. Era la voz de Cha'Acta.

Sus miembros, que habían permanecido rígidos por el miedo, se activaron. Intentó llegar a la puerta, agachándose para esquivar los brazos que la buscaban; pero el sumo sacerdote la atrapó por el pelo y la arrojó con fuerza al diván. Se quedó tendida y jadeando, e intento echarse a un lado. Él se alzó sobre ella; la máscara la golpeó en la mejilla. Ella la empujó, mordiendo y arañando; y la cosa cayó por completo, mostrándole los rasgos transformados de Cha'Acta. Entonces se arrojó contra él, golpeándole con los puños; pero él cogió sus muñecas y cubrió su cuerpo de golpes. Ella se hizo un ovillo, gimiendo, envuelta en torno a una brillante bola de dolor; se vio alzada, arrojada a la cama y alzada de nuevo. La luz giraba ante sus ojos, como las luces mágicas del humo de semillas. Cuando la paliza hubo terminado ya no podía ver; y su boca parecía suelta y le dolía. Se quedó quieta, incapaz de resistirse, sintiendo el gran peso de Cha'Acta sobre ella. Después de aquello, el sueño o la pesadilla se repitió muchas veces, hasta que sólo sentía un gran dolor abrasador en la parte central del cuerpo; pero hacia el amanecer, el sumo sacerdote la dejó por fin.

II

Se movió lentamente, a la fría luz gris, dejando caer su cabello enredado. Se dio la vuelta, tanteó con los pies para alcanzar el suelo duro de tierra. El movimiento la hizo marearse, y se sintió muy mal; agachó de nuevo la cabeza e intentó vomitar, pero no salió nada.

Al cabo, las náuseas se atenuaron un poco. Abrió los ojos legñosos y miró hacia abajo. Su cuerpo, que había sido de un blanco uniforme, estaba ahora afeado con golpes, marcado con sangre seca. Jadeó, alzando las manos ante su cara. También estaban cubiertas de suciedad.

Apretó los dientes y se acucilló junto al jarro. El agua, rociada por los hombros y la cabeza, la hizo sentirse un poco mejor. Se aplicó torpemente a frotarse hasta quedar limpia. Por último bebió, limpiando el gusto metálico de su boca.

Tirada sobre la cama había una túnica de buen lino blanqueado, decorada en el pecho con el motivo del Dios. Se quedó mirán-

dola un rato y luego se puso de pie y se la pasó dolorosamente por la cabeza. Atisbó entre las pantallas de zarzas. La luz del amanecer le mostró una figura acurrucada junto a la puerta exterior. Comenzó a acercarse sigilosamente a ella, poco a poco, pisando sin hacer ruido.

Un sexto sentido despertó a Cha'Acta. Se incorporó, alzando un brazo; y la gran máscara del Dios chocó contra su cráneo. Gimió, aferrando con las manos los tobillos de la Novia. Mata volvió a golpearle, enfurecida, haciendo caer la máscara. Los ojos de Cha'Acta se pusieron en blanco. El sumo sacerdote arqueó el cuerpo, con el aliento silbando por su nariz; pero sus dedos no aflojaban la presa. El tercer golpe abrió la piel de su cabeza en una media luna blanca que se llenó al instante de sangre. Se desvaneció, con la cabeza contra la tosca pared blanca; y Mata echó a correr.

El miedo le dio alas. Sólo cuando hubo llegado al pie del Monte se detuvo, doblándose en dos, con las manos cerradas en puños bajo la falda. El espasmo pasó; levantó la vista con miedo, segura de haber sido vista. Pero la aldea y la alta ladera de hierba estaban desiertas.

Se puso en marcha de nuevo, caminando y corriendo alternativamente, frotándose el costado para aliviar los calambres. Durante un rato siguió, más o menos a ciegas, el camino de la Gran Procesión. Una vez que estuvo fuera de la vista del paso y del Monte Sagrado, el instinto la hizo girar a un lado. En el terreno bajo, entre las colinas y el mar, un brazo de bosque se alzaba negro y sesgado a la luz temprana. Su gente nunca se aventuraba allí; pues el bosque era morada de lobos y osos, gatos monteses y fantasmas salvajes, y era evitado por todos los habitantes sensatos de la caliza. A media mañana se había internado profundamente entre los árboles, a salvo por el momento de ser detectada.

El ayuno y el terror de la noche le pasaron factura rápidamente. Se caía a menudo, tropezando con enredaderas y tocones ocultos. Cada vez transcurría más tiempo antes de que volviera a levantarse. Por fin se detuvo, mirando temerosa a su alrededor. En torno a ella, los árboles eran ahora más altos; sus vastas formas, negras y amenazadoras, impedían prácticamente el paso de toda la luz. Entre los troncos retorcidos, el terreno era irregular, tapizado con viejas zarzas; las ramas y ramitas colgaban sin agitarse, y no había sonidos de pájaros.

Se pasó la mano por la cara húmeda, y volvió a caminar con dificultad. Su ciega carrera la llevó finalmente a la cima de un pequeño risco. Lo vio demasiado tarde; la pendiente de hierba tupida, el brillo de agua y barro tres metros más abajo. Aterrizó pesadamente, con un golpe y un chapoteo. El terreno blando evitó al menos que se rompiera algún hueso; gateó un metro, luego dos, y se quedó tumbada pensando que nunca se volvería a levantar.

El viento sopló entonces, removiendo por fin las copas de los árboles, susurrando entre la maleza enredada.

Levantó la cabeza, frunciendo el ceño, e intentó que su mente funcionase. La brisa volvió a soplar; y le pareció ver, con gran claridad, las laderas amarillas de las colinas que había abandonado para siempre.

Se levantó, gimiendo. Allí, entre los árboles donde nada se acercaba salvo los demonios, ningún dios buscaría sus huesos. Sus miembros se agitaron como los de un títere, fuera de su control; sus ojos se inundaron de lágrimas; pero su boca se movió, susurrando una oración. Al Señor del Trigo, el Verde, Aquél que Despierta la Semilla.

El camino pasaba por una ciénaga poco profunda, cuya superficie estaba recorrida por bandas de porquería amarronada. La cruzó, hundiéndose. El sol ya estaba más alto; su mente registró, débilmente, el impacto del calor en la espalda y los brazos. En la otra orilla volvió a descansar, medio oculta a la vista bajo una mañana de zarzas. Más allá, el terreno se elevaba suavemente; y le parecía que su señor la llamaba desde más adelante, cada vez más fuerte y claramente. Avanzó trabajosamente, sintiendo que los árboles clareaban. Finalmente salió de la franja de broza, tropezó y cayó de rodillas, aturdida.

Ante ella, brillante a la luz del sol, se extendía un largo y suave risco de caliza. Atravesándolo, y rodeando la linde del bosque antes de lanzarse a subir la pendiente, corría un sendero hecho de roderas; y coronando el risco en su extremo más lejano había una aldea, rodeada de atalayas y empalizadas. En un lugar idéntico había nacido y crecido; pero éste no era su hogar. Nunca lo había visto hasta entonces.

Se quedó un rato tendida donde había caído, con la cara contra la hierba corta y suave. La despertó un cencerreo de guarniciones, un rodar pesado de ruedas. Se incorporó, agradecida. Por el

sendero, corriendo serenamente, se movía un amplio carro de dos ruedas, cargado hasta arriba de haces de leña. Su conductor tiró de las riendas cuando la vio; y ella forzó sus labios amoratados a formar palabras.

—Llévame ante tu cacique —dijo—. Y mi Dios te recompensará, concediéndote gran fortuna.

El conductor se acercó con cautela y se inclinó sobre ella. Ella alzó la vista, intentando sonreír; y por primera vez vio sus ojos.

Gohm, el leñador, nunca había tenido gran cosa en la mollera; se mordió una uña rota, frunciendo el ceño, devanándose sus lentos sesos.

—¿Quién eres? —dijo lentamente, con su voz torpe—. ¿Un espíritu del bosque, caído del árbol? —Le dio la vuelta sin miramientos; luego aferró la punta de la túnica mugrienta. La tela se rasgó; miró lo que había quedado al descubierto y soltó una risita—. Un espíritu no. O si lo eres, no tienes poder aquí.

Le metió dos dedos encallecidos bajo la falda; y entonces, como ella gritó, le dio una patada en la boca. Después de esto hizo varias cosas más antes de echarla en el carro y cubrirla apenas con manojos de la carga.

—Ciertamente —dijo—, los dioses han favorecido a Gohm. —Sacudió las riendas; el carro se puso en marcha, rodando por la empinada cuesta hacia la aldea.

Al final de la calle enlodada, el leñador tiró de las riendas.

—Mujer —voceó—, mira lo que nos han enviado los dioses. Una esclava para fregar tus cacharros y encender el fuego; y para mí, algo aún mejor.

La mujer que atisbaba desde el portal de la choza era tan gris y llena de arrugas, tan delgada y veloz cual lagarto como él era lento y semejante a un oso.

—¿Qué estás barboteando, viejo idiota? —gruñó ella, apresurándose a acercarse a la parte trasera del carro. Echó los haces a un lado; entonces se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos, y la mano cubriéndole la boca. Gohm también se quedó parado, y su interés vagabundo se vio atraído con fuerza, para variar; pues el saco de huesos y sangre que había cargado sobre sí aún poseía dos ojos blancos y centelleantes, fijos ahora en él con una mirada de una intensidad terrible.

—Éste es el día de tu perdición, Gohm Cortaleña —susurró—

. Esos dedos, prestos a profanar, no cortarán más madera; ni sacarán agua para ti, porque yacerás muriéndote.

Y con eso la figura se vino abajo de golpe, quedando tan inmóvil como si estuviera muerta; y la mujer acercó sus dedos finos a la tela manchada de barro de la túnica, y recorrió con ellos bajo la mugre la marca del Señor.

Para Mata la existencia era un vacío incoloro e inarticulado, atravesado por centelleos de los dolores mayores. Estaba alojada en una choza recién barrida, y había mujeres encargadas de lavar y curar su cuerpo y atender sus necesidades; pero de esto no era consciente, ni lo fue durante los muchos días que siguieron. Mientras tanto, el destino que había proclamado para Gohm se desarrolló con rapidez. Apenas una semana después, mientras recogía madera junto al bosque, se hizo dos profundos tajos en los dedos con su garfio. Las heridas, en lugar de cerrarse, se ensancharon, amarillearon y comenzaron a apestar; mientras que el dolor que le producían se hizo tan agudo que le volvió loco. Un día tomó un hacha y, retirándose tras la choza, se cortó los dedos infectados; pero esta salvaje cirugía no sirvió para mejorar su estado. Comenzó a vagabundear solo, con la cara pálida y murmurando, y no fue una sorpresa cuando encontraron su cuerpo entre los árboles. El cadáver estaba muy desfigurado, como si lo hubieran desgarrado los osos, y la cara estaba casi completamente devorada. Esto sucedió antes de que hubiese pasado un mes de la llegada de Mata desde el bosque; y la aldea que la había acogido se volvió silenciosa y llena de miedo. Los hombres se acercaban sigilosamente a la choza donde yacía, evitando pisar su sombra, para dejarle regalos; de manera que cuando finalmente se despertó se encontró rodeada de pompa.

Al principio, las noticias no significaron mucho para ella. Se quedaba en la choza, rodeada de sus mujeres, comiendo un poco, mirando las nubes que navegaban por el cielo, el intenso verde ondulante de los árboles. El verano había llegado de nuevo; el Dios del Trigo, aunque privado de su Novia, había, sin embargo, cumplido su promesa. Frunció el ceño al pensarlo, dando vueltas a muchas ideas; luego se levantó y pidió audiencia con el cacique.

Éste la recibió en la Choza del Consejo; y era muy parecida a la Cabaña en la que su padre se sentaba. Junto a él estaba su sacer-

dote jefe, y Mata se quedó mirándole incómodamente un largo rato. Finalmente se volvió, ladeando la cabeza.

—Jefe —dijo—, ¿qué deseas de mí?

El cacique alzó las manos, con aspecto alarmado. La historia de Gohm no le había pasado desapercibida; esta niña pálida de ojos brillantes le hacía sentirse incómodo en el trono de su cargo.

—Nuestro deseo —dijo con humildad—, el deseo de todo mi pueblo, es que te quedes con nosotros y nos permitas honrarte. Si además hablas bien de nosotros a tu señor, nuestras cosechas crecerán altas y rectas.

El sacerdote jefe había empezado a mostrar su contrariedad; Mata desplazó hacia él su mirada inquietante.

—Me agrada oír eso —dijo cuidadosamente—, y también agrada al Dios. Pero he oído de otros pueblos donde, aunque se dicen hermosas palabras, éstas no se apoyan en hechos.

El cacique estalló en protestas locuaces, y Mata se sintió complacida al ver que se había formado sudor en su frente.

—Vigila, entonces, que así sea —dijo—. Pues mi señor me ama mucho y me ha dado grandes fuerzas. Mi contacto trae la muerte y cosas peores; o placer y gran alegría, para los hombres. —Extendió el brazo, y se sintió secretamente divertida al ver que el otro se apartaba—. Éste es el deseo del Dios: construiréis, en la colina junto al pueblo, una gran casa. Su longitud será de treinta pasos, medidos por un hombre alto y fuerte, su anchura, de cinco, y su altura... —Continuó, tomando de la memoria la descripción de la Casa del Dios de Cha'Acta—. En ella viviré con mi señor, y con las mujeres que elija para reunir las e instruirlas. —Vio por el rabillo de ojo el ceño cada vez más fruncido del sacerdote jefe, y volvió a hablar rápidamente—. A ella acudirá también vuestro sagrado sacerdote, y muchos bienes se verterán sobre él. También debe bendecir las obras y supervisar cada etapa de la construcción; pues es amado del Dios y un gran hombre de vuestra tierra. —Se arrodilló ante el sacerdote y vio que su expresión cambiaba del odio a la sospecha interrogante.

Así fue construida una nueva Casa del Dios; y allí vivió Mata, con cierto lujo. Tomó como compañera de cama a una delgada niña morena, Alissa; y la adoctrinó meticulosamente, instruyéndola en Misterios y en cómo complacer a los dioses y a otros. También allí, cuando le apetecía, convocaba a Cha'Ilgo, el sacerdote jefe; y

se volvió, al cabo, deliciosamente agradable para él.

Fueron buenos días, en la casa larga de la cima de la colina; pero todos los veranos han de terminar. Las hojas del bosque se volvían rojas y doradas cuando Mata, una vez más, llamó ante sí al sacerdote y al cacique.

—Ahora debo dejaros —dijo sin preámbulos—. Pues anoche mi Dios vino a mí en la oscuridad, mientras toda la aldea dormía. Su cabello era amarillo como el sol, rozando las vigas al situarse junto a mi cama; su carne era verde como los tallos del trigo recién brotado, su miembro, mayor que el de un toro y maravilloso de contemplar. Me contó muchos Misterios, y entre ellos éste: que por amor a vosotros debo dejar a Alissa, que me es tan querida como la vida, para que sea vuestra nueva Reina del Trigo. De esta forma seréis felices cuando yo me haya ido; la cebada brotará y tendréis toda la cerveza, el queso y las buenas cosas que deseéis.

Escucharon sus palabras con una mezcla de emociones. Cha'Ilgo, al menos, había llegado a tener su presencia en alta estima; sin embargo sintió cierto alivio al ver su litera atravesar, por última vez, las puertas fortificadas del pueblo. Había llegado sin amigos y sola; se fue entre pompa y lujo, con trompeteros y flautistas ante ella y una compañía de lanceros. Su falda era blanca como la nieve; collares de guijarros y ámbar adornaban su cuello, en torno a sus finos tobillos había anillos de piedra negra y brillante. Tras ella marchaban otras literas con sus tesoros y regalos de despedida; semillas de cereal y armas, jarros de miel y cerveza; palitos de dinero hechos de hierro gris. Y más atrás iban ovejas y bueyes, y una gran muchedumbre de aldeanos.

Cha'Acta supo que ella se acercaba gracias a las trompas y a los tambores batientes. Se acercó a las puertas de la aldea para verlo con sus propios ojos, mientras que el pueblo de Mata se disponía en la empalizada con sus lanzas, mordiéndose las barbas en su inseguridad. Magan, el cacique, fue el primero en reconocer a su hija; se apresuró a darle la bienvenida con regocijo, maravillado por su retorno de entre los muertos. Las puertas se abrieron de par en par, y la compañía entró caminando pesadamente; y fue un momento de gran regocijo. Pues la Novia del Trigo había renacido; los dioses podían sonreír de nuevo sobre la aldea en el empinado paso de caliza.

Durante un tiempo, Cha'Acta y sus sacerdotes se mantuvie-

ron aparte, cobijándose en la Cabaña del Consejo mientras hablaban y conspiraban; hasta que las miradas de enfado de los aldeanos, y una sugerencia más directa de Magan, les obligaron a enfrentarse a los hechos. El sumo sacerdote entró en la choza donde se alojaba Mata lleno de sospecha, dejando un puñado de seguidores armados a la puerta; pero ella corrió hacia él con gritos de alegría. Le llevó cerveza, sirviéndole con sus propias manos; y luego se arrodilló ante él, rogándole que la perdonase y llamándole su señor.

—Mis ojos estaban cegados, de forma que no podía ver la verdad —dijo—. Veía a Cha'Acta, pero no podía ver al Dios; aunque resplandecía en su interior de la forma más espléndida.

Le sirvió más cerveza, y todavía más, hasta que los ojos de él perdieron su suspicacia, y se mostró algo más amable con ella. Su frente estaba travesada por una profunda cicatriz diagonal, la marca que ella le había hecho con la máscara; ella la tocó tiernamente y sonrió.

—Por esto fui castigada, y merecidamente —dijo. Le mostró la media luna blanca en la barbilla, donde la bota de Gohm le había rasgado el labio, los moratones cruzados en piernas y muslos de su carrera alocada por el bosque—. Además —dijo, levantando aún más su falda—, mira cómo he crecido, mi sacerdote Cha'Acta. Ahora el Dios me ha ordenado que vuelva, para amarte mejor que antes.

Entonces, contra su voluntad, la virilidad de Cha'Acta se alzó, de forma que la tomó varias veces esa misma noche, encontrándola dulce más allá de toda su experiencia habitual.

—El Dios entró en mí por primera vez cuando estaba cortando sus juncos —dijo ella después—. Ahora vuelve a mí de nuevo, en ti. Que sea así para siempre, señor.

Los árboles se llenaron de color, y luego perdieron poco a poco sus hojas. Durante un tiempo, el aire siguió siendo cálido; pero cuando las primeras heladas cayeron sobre la tierra, blanqueando las largas laderas de los campos, llegaron noticias que perturbaron la renovada tranquilidad de la tribu. Aparecieron forasteros en el valle, refugiados de las tierras desconocidas que se extendían más allá de Gran Brezal. Traían consigo historias increíbles de un nuevo pueblo, una raza de guerreros que no vivían del pacífico cultivo del campo sino del botín, el fuego y la espada. Algunos decían que

venían del Mar Interior, otros, que del propio Infierno, navegando por los mares más encrespados en sus barcos rápidos y largos. Cada guerrero, al parecer, era rey por derecho propio, y declaraba su parentesco con ciertos dioses; dioses salvajes, duros y sanguinarios y oscuros, cuyos mismos nombres producían escalofríos a quienes narraban las historias cuando los pronunciaban. Había historias de aldeas enteras destruidas, y poblaciones eliminadas; pues los invasores se aprovechaban de la tierra como un enjambre de insectos, dejándola desnuda y arruinada tras ellos. Los ancianos sacudían la cabeza al oír las historias. Nada como aquello había llegado nunca hasta ellos; pero no parecía haber gran cosa que hacer, y con las primeras auténticas nieves, el goteo de refugiados se detuvo. Durante un tiempo, no se oyó nada más.

Mata no prestó mucha atención a las historias. Su poder sobre el pueblo había aumentado; pues sus vagabundeos le habían enseñado muy bien cómo ganarse el respeto. Ahora siempre estaba junto a Cha'Acta; y siempre tras ella estaba el gran Señor del Trigo, calentándola con su presencia. Le llevaban crios y niños de pecho; pues se creía que en su toque moraba la magia y que los pequeños que bendijera crecerían sanos y fuertes. Aun así, siempre ponía cuidado de acatar la opinión de Cha'Acta, de forma que el sacerdote jefe no tuviera ningún motivo de queja. Todas las noches acudía a ella en la Casa del Dios; pues la niña que una vez había demostrado ser una alumna aventajada era ahora una maestra bien dispuesta. Tan deliciosa era ella para él que, cuando el tiempo de la siembra llegó de nuevo y los arados salieron a arañar la fina capa de tierra de los campos, no se había suscitado todavía la cuestión de una nueva Novia para el Dios.

Fue Cha'Acta quien abordó el tema una noche. La niebla marina cubría fría y húmeda la colina, eclipsando las antorchas en las atalayas de la aldea, girando en torno al fuego que ardía en la gran choza. Mata le escuchó durante un rato; luego se levantó con impaciencia, se echó un pesado chal sobre los hombros y se acercó a la puerta de la choza. Se quedó mirando el vacío, sintiendo que el frío avanzaba sobre su estómago y sus muslos. Al cabo le habló.

—¿Dónde encontrará el Dios una Novia que iguale a la que pierde? —preguntó con aire divertido—. ¿Puede otra hacer la Cosa Mágica que tanto gusta a Cha'Acta? ¿Será otra tan amable y cálida? ¿Acaso brotará mejor la cebada por ella que por mí?

El sumo sacerdote esperó, pensando con cuidado; pues conocía su poder. Además, no le agradaba la idea de perderla. No respondió; y ella se dio la vuelta, caminó balanceándose hacia él, con ojos oscuros y enormes.

—Además —dijo—, ¿qué sería de mí? ¿Me encontrarían también un día boca abajo en un estanque, con los peces del arroyo mordisqueándome?

Él se agitó con impaciencia.

—No hablemos más de esto —dijo—. A pesar de tu belleza eres todavía una niña, Mata. No entiendes todos los Misterios.

Ella sintió al Dios dentro de sí, dándole fuerzas. Dio una patada al fuego con su pie descalzo, lanzando una lluvia de chispas.

—Esto lo entiendo —dijo—. Que hay Misterios que es mejor que no se cuenten, sacerdote Cha'Acta; o se alzarían lanzas, y seguramente las mancharía la sangre sagrada.

Cha'Acta se levantó, con los ojos ardiendo de ira. Avanzó hacia ella, alzando las manos; pero ella permaneció donde estaba, se quitó el chal de los hombros y se rió.

—Mira, Cha'Acta —dijo—. Mira antes de descargar tu golpe, y contempla la Cosa Mágica.

Él se quedó un rato mirando con los ojos desorbitados. Sería tan fácil estrangularla y rasgarla, y mostrar lo que quedase diciendo que era el resultado del ataque de alguna bestia salvaje... El sudor perló su frente; luego se echó atrás, meciéndose y gruñendo.

—No te mofes de mí, Mata —dijo con voz ronca—. No deseo hacerte daño.

Su oportunidad había pasado; y ambos lo sabían. Ella se quedó un rato más de pie, sonriendo para sí; luego se arrodilló junto a él. Él la aferró, jadeando; y ella fue muy cariñosa con él. Yacieron toda la noche a la luz del fuego, y Mata no le permitió descansar; hasta que, hacia el amanecer, él se durmió como un leño. En su momento ella le despertó, dándole caldo y cerveza; luego se vistió, se acercó y se sentó obediente a sus pies.

—Mi señor —dijo—, cuéntame ahora esos pensamientos de que yo debo marcharme y otra debe ocupar mi lugar.

Él negó con la cabeza, con los párpados pesados.

—Nadie ocupará tu lugar, Mata —dijo—. Lo sabes muy bien. Ella insistió con suavidad.

—Pero, mi señor, el pueblo lo querrá.

—El pueblo puede ser persuadido.

—No quiero causar pena a mi señor Cha'Acta.

—Tú puedes convencerles, Mata —dijo desesperado—. Y nadie más.

Le miró desde detrás de sus cejas, con los ojos iluminados.

—Entonces, ¿me permites marchar?

Él golpeó los puños contra las rodillas, y se los apretó contra la frente.

—Haz lo que quieras —dijo—. Toma lo que desees, habla como te sugiera el Señor; pero por mi bien, sigue siendo su Novia.

Ella se sentó, palmeando encantada.

—Entonces que Cha'Acta jure también su fidelidad —dijo—. Por el gran Dios, que está sobre su hombro como está sobre el mío. Pues le he visto muchas veces, mi señor; su verga es larga como un hato de juncos, e igual de verde y dura.

Él volvió a gemir al oír eso; pues ella conocía la forma de excitarle con palabras incluso cuando su cuerpo estaba inmóvil.

—Lo juro —dijo finalmente—. En la propia Casa del Dios, donde él puede escucharlo.

Así fue que entre ellos se forjó un pacto; y Cha'Acta se dio cuenta de que no podía romper los lazos invisibles con los que ella le había atado.

A comienzos del verano, el pueblo había comenzado a murmurar abiertamente, pues el trigo plantado estaba brotando y aún no se había organizado la Procesión ni se había elegido una nueva Novia para el Dios. La propia Mata los tranquilizó, hablándoles desde el umbral de la Cabaña del Consejo; algo que jamás había hecho antes una niña o una mujer.

—Ahora os digo —dijo— que la Procesión tendrá lugar, como siempre ha sido. También que el Dios, hablando a través de Cha'Acta, ha dado a conocer su elección. Es ésta: que yo, y no otra, guiaré a sus sacerdotes, como Novia de un segundo verano.

Hubo murmullos de sorpresa ante eso, y se alzaron algunos puños. Ella sofocó el alboroto al instante.

—Escuchadme de nuevo —dijo. Alzó su voz por encima de las demás—. En otro lugar, un hombre me puso la mano encima; y la carne se desprendió rápidamente de sus huesos. Mi señor, que es veloz en la bendición, es aún más veloz en el castigo; pues su voz es el trueno del cielo, su furia, el rayo que parte los árboles más

fuertes.

Los aldeanos seguían gruñendo con inseguridad. Los hombres se miraban unos a otros, aferrando las empuñaduras de sus dagas y tirándose de las barbas.

—Escuchad algo más —dijo Mata. Hablaba ahora más bajo; poco a poco, la multitud volvió a callarse—. Vuestro cereal crecerá más alto y más fuerte que antes. Vuestros animales prosperarán, y vosotros os enriqueceréis. Ningún mal vendrá durante la estación mientras yo gobierne en la Casa del Dios. Y si miento, os digo esto: podéis arrojarme desde el Monte y romper mis huesos.

No dijo más, sino que sólo se dio la vuelta, abriéndose paso entre la multitud. Ésta se dividió ante ella, intrigada; y ningún hombre alzó la voz cuando ella se hubo ido.

Sus palabras habían sido osadas; pero cuando Cha'Acta se las censuró ella se limitó a sonreír.

—El Dios me ha dicho la verdad —dijo serenamente—. Como podrás ver.

El verano fue tal como el valle nunca había conocido. Las espigas se alzaban más altas de lo que el aldeano más anciano podía recordar, cimbreándose doradas y cargadas de cereal. No hubo ningún viento ni lluvia que estropease la cosecha, de forma que los fosos de almacenaje se llenaron hasta el borde y hubo que cavar más, recubiertos de mimbre y arcilla. El ganado y las ovejas engordaron con los pastos del valle, las fiestas de la cosecha fueron las mejores que jamás se habían celebrado; y después de aquello todos abrían paso a Mata cuando caminaba, manteniéndose respetuosamente lejos de su sombra.

A Cha'Acta también le parecía que estaba poseída. Ella había comenzado a inhalar de nuevo las semillas mágicas; las usaba constantemente, explicando que le proporcionaban una visión más clara. Ahora tenía a menudo visiones del Dios. También venía a ella con más frecuencia, y una vez la tomó ante la vista de todo el pueblo, de forma que ella yació arqueando la espalda y gritando, y la saliva le cubrió la barbilla. Ante eso, incluso el sacerdote jefe huyó de ella, con un asombro que era más que religioso.

Entonces empezaron a aparecer más signos de los saqueadores.

De nuevo, bandas de vagabundos comenzaron a filtrarse por el valle. Todos estaban harapientos; muchos tenían heridas abier-

tas. Los aldeanos los alimentaron con sus propias provisiones, volviendo los ojos preocupados hacia el norte. Ahora, algunas noches el horizonte brillaba con un rojo furioso, como si pueblos enteros estuvieran ardiendo lejos, al otro lado de la Llanura. En una ocasión, un grupo bajo las órdenes de Magan, se aventuró en esa dirección, viajando durante varios días; volvieron hablando de campos quemados, de ruinas ennegrecidas donde antes se habían alzado pacíficas chozas. Al oír eso, Cha'Acta convocó el consejo de los sacerdotes y ancianos de la tribu; un consejo largo y solemne que duró todo el día y toda la noche. Mata asistió un rato, pero el humo que llenaba la gran Cabaña la molestaba, haciendo que sus ojos llorasen, mientras que el parloteo de tantas voces confundía su cerebro. Se escapó a su propia gran casa sobre el Monte, y se quedó toda la noche soñando y mirando las estrellas. Al día siguiente inhaló de nuevo el humo mágico y recibió una visión tan espléndida que corrió gritando hacia la aldea mientras el sol aún seguía rojo sobre las colinas, arrojando su larga sombra ondulante sobre la hierba. Las noticias que contó hicieron que los hombres salieran, primero con inseguridad y luego ansiosamente, hacia el Monte Sagrado. Ese día, proclamó, el Dios abría su casa; y la gente marchó tras ella, no sin algunos temblores supersticiosos. Cha'Acta, emergiendo con sus seguidores, se encontró con que las atalayas estaban vacías, y la calle, desierta salvo por los locos y los muy ancianos; mientras que la cima del Monte Sagrado estaba repleta de gente. No le quedó más remedio que seguirla, bufando.

La gente se había congregado en un gran semicírculo sobre la ladera del Monte que daba hacia la aldea; el espacio ante la Casa del Dios estaba lleno. Mata estaba de pie ante ellos, recortada claramente contra el cielo brillante. A sus pies, una escarpada pared de roca caía hacia el acantilado amarillo de hierba; más allá, diminutas y lejanas, se alzaban las copas bermejas de los árboles que rodeaban el arroyo.

Cha'Acta, jadeando por el esfuerzo de subir la última cuesta a la cabeza de su grupo, llegó a tiempo para oír sus últimas palabras.

—Y así, por este medio, seremos salvados; pues nadie osará levantar la mano contra nosotros mientras el propio Dios vigila desde la colina y sus miembros estén limpios y brillantes. Será una obra como ninguna otra en todo el mundo. Por su ayuda, y por la protección de mi señor, os haréis famosos y más ricos que antes;

pues los hombres de otras tribus viajarán durante muchos días para verlo.

Cha'Acta había oído suficiente. Marchó al centro del círculo bajo la pared, alzando los brazos para pedir silencio. Con su túnica de sacerdote, con el blasón de la marca del Dios, constituía una figura impresionante. El murmullo que se había alzado cesó; sólo Mata siguió sonriendo, con las manos en las caderas. Le miró con indiferencia desde su muro, con el largo pelo negro ondeando ante su cara.

—Baja de ahí —dijo el sacerdote jefe ásperamente—. Y oídme todos. Lo que habéis hecho es una cosa malvada.

Los aldeanos murmuraron furiosos; él se volvió, con la manga de su túnica sacudiéndose al viento.

—Éste no es momento para juegos —dijo—. Al norte, a menos de cinco días de viaje, hay muchos guerreros; más guerreros de los que vosotros o yo, o cualquiera de nosotros, haya visto jamás. De dónde vienen, nadie puede decirlo; pero traen con ellos muerte y fuego, y eso lo sabéis perfectamente, como lo sé yo. Durante una noche y un día nos hemos reunido en la Cabaña del Consejo, debatiendo muchas cosas, siempre con la seguridad del pueblo en nuestros corazones. Durante un tiempo, estuvimos inseguros; entonces vino entre nosotros un dios que era verde y alto...

—Pues sí que es raro —trinó un hombre viejo de barbas grises—. El Dios estaba con su Novia, con Mata. De sus propios labios lo hemos sabido.

Cha'Acta no se había visto contradecir por un plebeyo en toda su vida; su frente se puso roja de rabia, y durante un momento pensó en derribar al viejo de un golpe. Tragó saliva y se obligó a mantener la calma.

—Yo soy el sumo sacerdote del Dios —dijo fríamente—. Te olvidas de tu lugar; agradece al Dios que en su misericordia te permita conservar la lengua. —Volvió a alzar los brazos—. Soy vuestro sacerdote —dijo—. ¿Acaso no os he aconsejado sabiamente y os he llevado a la prosperidad? ¿Acaso no es verdad?

Un rugido le interrumpió de golpe. Una voces se elevaron por encima del estruendo.

—Mata... Mata nos ha guiado...

Cha'Acta sintió el sudor que corría bajo su túnica. La muchedumbre se adelantó; la obligó a detenerse con un gesto arrogante.

—Escuchadme —dijo—. Escuchadme, por vuestras vidas. Las gentes del norte nos han dicho, y algunos de vosotros lo habéis visto, que una empalizada no sirve de defensa contra estos guerreros. Pues la asaltan en tan gran número, cortando y apuñalando con sus espadas, y la valla más resistente es derribada. Lo que debemos hacer es lo siguiente. Debemos rodear la aldea, por su lado más vulnerable, con un gran terraplén y un foso. Apilaremos grandes montones de piedras de caliza, de forma que queden empinados y sean difíciles de escalar; y en el foso, plantados muy juntos, pondremos bosques de estacas afiladas. La empalizada la llenaremos con nuestros mejores honderos y arqueros, y mantendremos al enemigo a distancia hasta que se canse. Esto es lo que me ha revelado el Dios; y esto es lo que debemos hacer enseguida.

—Y esto es lo que el Dios me ha revelado a mí —gritó Mata. Se inclinó y tomó algo que yacía a sus pies, y lo levantó para que lo vieran todos; un pellejo de cabra, curado hasta hacerse flexible, sobre el que había pintada con amplios trazos de carbón la figura de un hombre. Llevaba un garrote que blandía fieramente sobre su cabeza; sus ojos brillaban feroces; su gran miembro se alzaba orgulosamente, elevándose hasta su pecho—. Contemplad la imagen del Dios —dijo Mata—. Pues así se me apareció hace menos de dos horas, mientras estaba sentada en la hierba. Mientras tus viejos y tú, Cha'Acta, agitabais vuestras tontas cabezas en la Cabaña del Consejo y hablabais con largas y estúpidas palabras.

Ante esto, la sangre pareció escapar del rostro y los brazos de Cha'Acta, dejándole frío como el hielo.

—Mata, Novia del Dios —dijo—, mientes...

Los ojos de Mata echaban chispas por fin, brillantes de odio.

—Mientes tú, sagrado sacerdote —gritó—. Ante el pueblo, y a la vista del Dios. —Bailó en lo alto del muro, arrancándose el cuello de la túnica—. Entre los juncos, antes de tomarme como esposa, el Señor del Trigo puso su marca sobre mí. Éste es un gran Misterio; mayor que el de Cha'Acta...

La muchedumbre bramó; y el sacerdote jefe, con el rostro pálido, habló roncamente.

—Mata, por el amor que sientes por mí...

—¿El amor que siento por ti? —chilló ella—. Para esto he esperado, Cha'Acta, muchas lunas, y he soportado tu peso sobre mí... —Alzó un brazo acusador—. El sacerdote Cha'Acta —dijo—

me tomó contra mi voluntad, forzándome en la Casa Sagrada cuando yo era la prometida del Dios. Y Cha'Acta tomó a la Novia Choele, y luego la mató para sellar sus labios...

Cha'Acta no esperó más. Atravesó la hierba con sorprendente velocidad, subiendo la elevación de terreno hasta la pared. En su mano centelleaba un cuchillo corto y curvo. Mata no se movió; se quedó parada despectivamente, con los pies plantados en el muro, y el pelo azotando sus hombros blancos y desnudos. Él estaba a diez pasos de ella, cuatro, tres; y algo parpadeó en la luz alta y cálida. Pocos vieron el vuelo de la lanza; pero todos oyeron el ruido cuando dio en el blanco, de lleno entre los omoplatos del sumo sacerdote.

Cha'Acta había alcanzado la base del muro. Se quedó rígido un momento, con los ojos muy abiertos, y la cara cenicienta vuelta hacia la chica. Tenía una mano en el pecho; entre los dedos, donde la punta de hierro del arma atravesaba la carne, corría un chorrito fino y brillante de sangre. Alzó el cuchillo, inseguro; entonces, sus piernas perdieron fuerza. Su cuerpo cayó, chocando contra los arbustos, bajo el muro; entonces empezó a rebotar, cada vez más deprisa, por la empinada pendiente de hierba. Los aldeanos, apresurándose hacia delante, vieron que caía hasta la base del Monte y volaba desmadejado por el aire. Un fuerte árbol se estremeció hasta la copa, y se oyó un chapoteo; entonces desapareció, y la corriente se lo llevó consigo.

Durante un momento más la multitud se quedó mirando, pálida y sorprendida, apartándose de donde Magan estaba con los ojos muy abiertos, mirándose los dedos que habían arrojado la lanza. Entonces Mata alzó los brazos.

—¡Construid al Dios...!

El grito se extendió al instante; ella fue tomada y pasada de mano en mano, llevada por la muchedumbre regocijada por la larga pendiente del Monte.

A lo largo del resto del día los aldeanos corrieron por la ladera de la gran colina, disponiendo cuerdas en una cuadrícula de doscientos pasos de alto y casi ciento cincuenta de ancho. Por la noche surgieron hogueras en una docena de puntos a su alrededor. El trabajo continuó durante las horas de oscuridad; mujeres y niños

subían y bajaban por la pendiente, cargando combustible para las almenaras. Con las primeras luces, Mata, que no había dormido, comenzó su parte. Los hombres la siguieron, intrigados. Llevaba el dibujo de lo que debían construir; sobre él, según vieron, había trazado una pauta de las mismas líneas cruzadas. Trabajó metódicamente, con muchas pausas y comprobaciones, clavando hileras de estacas blancas en el suelo; hacia el mediodía, casi la mitad del Gigante era visible, y el trabajo había empezado con la excavación de la cabeza. Unos hombres atacaban la hierba con machetes y picos de asta; otros se arrastraban de un lado a otro de la colina, encorvados bajo el peso de las cestas de escombros de caliza que se vaciaban fuera de la vista entre los matorrales del Monte. En la aldea, los hogares estaban casi apagados, los bebés lloraban sin que nadie los alimentase mientras hileras de mujeres viejas y jóvenes se apresuraban por la colina para llevar a los trabajadores bandejas de pescado y carne, y jarras de leche y cerveza. Por la noche, Mata dejó las marcas para supervisar las excavaciones de los hombros. Las zanjas, proclamó, eran demasiado estrechas; ordenó que las ensancharan hasta la longitud del brazo de un hombre alto y las profundizaran un pie o más. Nuevos equipos de trabajadores se pusieron a la tarea; y cuando llegó el segundo amanecer, la cabeza y los hombros estaban terminados.

Con el amanecer llegó un pequeño grupo de forasteros. Se quedaron lejos, por debajo del Monte Sagrado, a una distancia superior a la de un tiro con arco, y miraron hacia la colina. Magan los contempló con preocupación, protegiéndose los ojos con las manos. Estaban demasiado lejos para que se pudieran apreciar los detalles; pero sus ropas no parecían ser la vestimenta de los habitantes de la caliza, y en sus cabezas pudo ver el brillo del hierro. También vio que todos iban a caballo, algo casi nunca visto; podía distinguir a los animales pastando más abajo. Un grupo fue enviado a investigar; pero mucho antes de que pudiera alcanzarlos, los forasteros dieron la vuelta a sus monturas y se alejaron al trote.

Mata, con ojeras oscuras de cansancio, aún seguía yendo de un lado a otro, dirigiendo cada detalle de la obra; y lentamente el Gigante creció, de un blanco deslumbrante. Sus brazos culminaron en manos, de las manos brotaron dedos; luego, el gran garrote cobró existencia, jactancioso sobre la hierba. Pero a mediodía la parte baja del valle estaba otra vez atestada de refugiados. Se arrastraban

en grupos y se quedaban mirando maravillados a los aldeanos laboriosos; uno de ellos los llamó a gritos.

—¿Qué estáis haciendo, idiotas que vivís en la caliza? —dijo—. ¿Creéis que los guerreros de los caballos van a asustarse con vuestro dibujito? ¿Que van a echar a correr con las manos sobre la cabeza y gritando «oh»?

Magan, apostado en una ligera prominencia con las lanzas de sus guardias agrupadas en torno a él, le respondió con altanería.

—Vete al mar, viejo, y no nos molestes con tu charla. Éste es un trabajo del Dios, y una cosa mágica.

Pero mientras hablaba, el cacique levantaba los ojos con preocupación, observado las siluetas vacías de las colinas.

Hacia la tercera tarde, la corriente de refugiados había vuelto a disminuir; pero había hogueras que ardían a poca distancia, reflejándose fieramente en las nubes. También, llevado por el viento, llegaba el latido sordo de los tambores; y por primera vez la gente detuvo su trabajo, inquieta, y se miró interrogativamente. Entonces Magan buscó a su hija, pero ella le apartó a un lado.

—Silencio, padre —dijo—. Ya has matado a un sacerdote jefe; mantente tranquilo, o quizá el Dios te matará también a ti.

Hacia el cuarto amanecer, la gran verga del Gigante yacía orgullosa y brillante sobre la colina, y los cavadores trabajaban en sus pies y pantorrillas. Los tambores habían batido durante la noche; ahora cayeron en un ominoso silencio. Un explorador, apostado por Magan a un kilómetro o más brezal adentro, volvió jurando que había visto el destello de hombres que marchaban con armaduras; los otros no volvieron en absoluto.

Entonces Magan frunció el ceño, viendo adónde les había conducido la fe; pero no quedaba tiempo para más reflexiones. Desde el horizonte, más allá del Monte Sagrado, galopaba una columna de jinetes. Se acercaban a una velocidad terrorífica, abriéndose en abanico sobre la hierba, con banderas y estandartes al viento; de ellos, según se acercaban, se alzó un rugido áspero emitido por muchas gargantas.

Magan, llamando a gritos desesperados sus lanceros, corrió colina abajo, haciendo girar la espada sobre su cabeza. A su alrededor, los hombres arrojaron sus azadones y tomaron sus armas. Se formó una hilera, apretada a empujones. Contuvo la carga, aunque el peso y la velocidad de los jinetes abrieron grandes hue-

cos entre las filas de los aldeanos. Los guerreros, buenos luchadores, se reagruparon; y comenzó una retirada desesperada, subiendo la cuesta de hierba hasta las puertas de la empalizada. Tras los combatientes, las mujeres y los ancianos corrían por la colina, arrojando las cestas de escombros en su carrera. Mata, atacando con violencia la hierba, alzó la vista para encontrarse casi sola. El Gigante estaba casi completo, sólo quedaba por concluir parte de un pie, pero su voz, aguda como la de un ave, ya no fue escuchada.

Magan, luchando con tanta fuerza como podía, oyó tras sí el sonido de un nuevo desastre. Echó un vistazo a su espalda, desolado; y dejó escapar un gemido. Por encima de la empalizada, un humo negro ascendía al cielo, bordeado en su base por lenguas saltarinas de llamas; en las murallas se balanceaban figuras diminutas, enzarzadas en un combate mortal. El ataque, después de todo, había sido doble; la segunda columna de jinetes se había acercado sin ser vista, y ya había tomado la aldea casi desierta e incendiado las chozas.

La esperanza había desaparecido; ahora sólo quedaba una cosa. El cacique alzó su voz en un gran grito.

—El Gigante... Luchad hasta el Gigante, y aguantad.

Las filas se movieron, encajadas y jadeantes; se formó un semicírculo de combatientes que se retiraban paso a paso por la hierba. Los jinetes cargaron una y otra vez, con temeraria habilidad. Por todas partes caían hombres, y yacían derribados en montones indecorosos, entrevistados a través del humo. Magan abrió la boca para gritar de nuevo; y una lanza, perversamente serrada, le dio en la garganta, y emergió de su cabeza cubierta de escarlata.

Tras los hombres que luchaban, casi entre las patas de los caballos, un grupito febril aún atacaba la hierba. El sudor corría, cegador, y se metía en los ojos de Mata; el pelo le colgaba sobre la cara; y de forma aparentemente arbitraria, dos zanjas se unieron. El Dios estaba terminado.

Se volvió, con un alarido desafiante, y envió su azadón dando vueltas contra el rostro de un hombre montado. Echó a correr hacia arriba, en diagonal por la colina. Su pelo volaba a su alrededor; sus pechos, descubiertos, oscilaban y saltaban sobre su vestido. La hierba, a poca distancia de sus ojos, pasaba velozmente y saltaba; pero la fiebre de su cerebro la cegaba a todo lo demás. Al llegar a la cabeza del Gigante se volvió, chillando de triunfo, mi-

rando desde arriba a la gran cosa que Cha'Acta no había vivido para ver, y la fila, bajo ella, se rompió, con los últimos hombres de la aldea cayendo en un montón de miembros retorcidos.

Algo zumbó al pasar junto a ella, una y otra vez. Volvió a correr, encorvada como una liebre; pues sólo su pueblo usaba la honda. Junto a ella, una mujer tropezó en medio de la carrera, girándose para mostrar su frente destrozada. Mata alzó la vista, a la empalizada y la atalaya; y vio el borrón oscuro de algo que era lanzado hacia ella. Durante un momento, mientras conservó el sentido, se preguntó cómo podía el cielo haber hecho un puño, y haberla golpeado tan terriblemente en la boca; entonces, sus piernas fallaron, y rodó pendiente abajo. Se detuvo, finalmente, a los pies del Gigante; tras ella, sobre la hierba se extendían grandes manchas rojas.

Él llegó flotando por fin, entre la agonía y la oscuridad, más brillante y hermoso de lo que ella lo había visto nunca. Se inclinó sobre ella, con el ceño fruncido, sus grandes ojos dorados llenos de compasión. Ella se estremeció, agitando su cuerpo quebrado. Le pareció que alzaba los brazos; y su entrada fue el mayor dolor que ella había conocido, y luego la mayor paz. Suspiró, entregándose; y el Señor del Trigo la alzo de la tierra, y voló con ella a un lugar lejano lleno de delicias.

Los invasores estuvieron muy satisfechos. Los fosos de almacenaje de la aldea, intactos a pesar de las llamas, contenían suficiente cereal para una estación entera; el valle estaba resguardado, abierto al sur; y en toda la tierra no quedaban enemigos. Sus jefes se pavonearon, haciendo entrechocar las baratijas que habían robado a los muertos; mientras que aquéllos que extraían otros placeres de la destrucción de la colina encontraron que muchos de los cuerpos estaban aún calientes.

Potts ha tenido un sueño de lo más desagradable. En él — podría tratarse de un dibujo que vio una vez — había una rueda. Una gran rueda dorada que rodaba sobre las colinas, lanzando rayos como luz del sol o cereal amarillo. Pensó en lo hermosa que parecía, lanzada contra el cielo azul brillante, y la hierba y los arbustos oscilaban al viento que producía. Entonces, de repente, se giró y se dirigió rugiendo hacia él, todo el peso y la enormidad; y cuando la llama dorada hubo pasado, ella yacía allí, rota y ensangrentada como una muñeca; apenas pudo creerlo cuando la vio.

Se ha despertado en la oscuridad. En la oscuridad oye el sonido del mar. También le parece que un pájaro chilla en alguna parte. Pero eso no es posible; así que el ruido debe de estar en su cabeza.

Quiere moverse, pero no puede. Sus brazos le parecen pesados, como plomo; y siente un dolor agudo en el pecho, que le hace difícil respirar. Cuando tose hay chispas de color tras sus párpados, y el dolor empeora. Así que las cosas van mal de nuevo.

Piensa que si pudiera incorporarse podría respirar mejor. Intenta apoyarse en los talones y las palmas contra el suelo. Es difícil; pero merecerá la pena. Cualquier cosa merecerá la pena si detiene el dolor.

Ya está, lo ha conseguido. Y ahora respira mejor, mucho mejor; ha sido una buena idea cambiar de posición. Aunque la pared es incómoda: se le clava en los hombros y la nuca. Lo que estaría bien sería tener una almohada. Una de las mantas serviría, enrollada; pero por el momento, no. Primero necesita recuperar la respiración.

Ahora se siente culpable; el dolor le hizo olvidar la rueda, y lo que sucedió con ella. Se siente mal por todo ello, naturalmente; pero también está desconcertado. Está seguro de que esta vez no ha sido culpa suya. No tenía nada que ver con él; simplemente ha sucedido, de repente. No hay nada que nadie pudiera haber hecho.

En un momento se pondrá la almohada. Ahora mismo está sudando. Curioso, porque estaba temblando de frío al despertarse. Abre la boca, aspirando profundamente; pero el propio aire parece caliente. Y hay un rugido en sus oídos. Como de truenos.

Cinco El Hermoso

Hacía ya semanas que el calor no cesaba. Día tras día, el cielo caía pesadamente sobre las suaves colinas de caliza; las hojas de los árboles colgaban lánguidas y secas, el cereal amarilleaba, los ríos y las ruinas reflejaban espejismos trémulamente. Las noches apenas eran más frescas. Los hombres se agitaban y gruñían en los pueblos rodeados de empalizadas, los perros corrían mordiendo y arrojando espuma por la boca. En momentos como ése estalla el mal genio; y el carácter de los guerreros de los caballos era, en el mejor de los casos, imprevisible.

Hacia el final de uno de esos días sofocantes, una columna de carretas y jinetes rodaba firmemente entre las colinas de hierba parda y corta. A la cabeza de la caravana iba una tropa de guerreros, sus pieles tostadas, sus barbas y pelo morenos al viento. Portaban arcos y lanzas; y cada hombre llevaba un casquete de acero pulido. Tras ellos se movía a sacudidas una máquina de asedio cubierta de adornos, con la punta de ariete tallada para asemejarse a una gran cabeza de caballo. En la retaguardia iban más guerreros, conduciendo a una pequeña chusma de mujeres que gemían. Las nubes se habían reunido poco a poco durante el día, atrapando el calor en la tierra. El trueno resonaba y gruñía en las alturas; de vez en cuando, los hombres miraban inquietos hacia arriba, o a sus espaldas, hacia el horizonte, donde aparecían la empalizada y las atalayas en ruinas de una aldea. Las llamas las lamían, brillantes en la penumbra; una nube de humo aterciopelado se elevaba de ellas y se desplazaba lentamente hacia el sur.

Tras la última carreta caminaba a trompicones media docena de hombres. Estaban desnudos, o casi, y cubiertos de polvo y san-

gre. Sus manos estaban atadas; cuerdas de pellejo trenzado pasaban en torno a sus cuellos y los ataban al vehículo. Otros dos desgraciados se habían rendido en la lucha desigual; los cadáveres arrastrados saltaban sobre los rebordes y cantos del camino.

Unos gritos procedentes de la parte delantera hicieron que la columna se detuviese. El polvo pálido dio vueltas, asentándose sobre los hombres y los caballos; los prisioneros cayeron de rodillas, gimiendo y manoteando sus nudos corredizos. Un grupo de hombres pasaron a caballo por la hilera de carretas y tiraron de las riendas. Iban ricamente vestidos con pantalones de tartán y túnicas de seda; y cada uno llevaba una máscara de hierba trenzada, rodeada de semillas de cebada verde. Su cabecilla llevaba una Vara de Poder dorada; sobre su pecho ostentaba como orgulloso blasón la gran lanza del Señor del Trigo.

Seramente, hizo un gesto con la cabeza al jinete que iba a su lado.

—Habéis hecho bien —dijo—. El botín de la primera carreta, las semillas y las ropas sin blanquear pertenecen a mi Dios. También uno de cada diez animales de tiro, y cuantas ovejas y cabras encontréis en las colinas. —Alzó las manos, con los dedos extendidos—. El resto, el Dios os lo devuelve, para que hagáis con ello lo que os plazca. Esto es lo que me ha ordenado decir la Renacida; ¿es satisfactorio para vosotros?

El otro enseñó los dientes.

—Cha'Ensil —dijo—, será como desea tu señora. Los guerreros de los caballos sabemos ser generosos.

Pero el otro se había puesto rígido, con los ojos brillantes tras la máscara.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo.

El jinete se encogió de hombros.

—Prisioneros, para los sacrificios —dijo. Miró al cielo cada vez más bajo—. Nuestro Dios se vuelve impaciente cuando las noches son sofocantes. ¿Acaso no has oído sus cascos resonando entre las nubes?

—He oído al Señor del Trigo riendo entre dientes mientras duerme —dijo el sacerdote enfáticamente. Señaló con la vara—. Muéstrame a éste. Levántale la cara.

El guerrero gruñó, haciendo un gesto con la mano. Un hombre desmontó y se acercó al prisionero. Tomó su pelo enmarañado

y dio un tirón. El sacerdote contuvo el aliento; luego alzó la mano lentamente para quitarse la máscara.

—Más cerca —dijo—. Traedlo aquí.

La víctima fue arrastrada hasta él. Cha'Ensil le miró; luego se inclinó para tocar con sus fuertes dedos la mandíbula del otro. Los pómulos eran agudos y de formas delicadas, la nariz, respingona y corta. Los ojos entre verde y gris, nublados ahora por el dolor, estaban rodeados de negro. Había sangre seca en su cara y su cuello; los labios abiertos mostraban dientes blancos y regulares.

Hubo una pausa, mientras los bueyes eructaban y gruñían y los caballos mordían sus bocados. Entonces, el sacerdote se volvió.

—Es poco más que un niño —dijo—. No será agradable para tu Dios. —Volvió a inclinarse para aferrar el lazo de cuero—. El Señor del Trigo lo reclama. Metedlo en la carreta.

El jinete le miró furioso, con la mano en el puño de la espada y el rostro rojo de ira; y Cha'Ensil alzó la brillante vara al nivel de sus ojos.

—Ésta es la voluntad del Dios —dijo—. Un pequeño precio que pagar por sus muchas bendiciones.

Hubo otra pausa, mientras el hombre se tiraba de la barba. Estaba dispuesto a desafiar al sacerdote; pero tras él se encontraba alguien a quien no se podía contrariar a la ligera. El trueno volvió a resonar; y se encogió de hombros y dio la vuelta a su caballo.

—Tómalo —dijo sarcásticamente—, puesto que tu Dios obtiene tal placer con los mozuelos. El resto servirá para nuestros propósitos.

El sacerdote se le quedó mirando, con una expresión que no era amable; luego se volvió, haciendo de nuevo un gesto con la vara. Un cuchillo relumbró, cortando el lazo. Liberado, el prisionero se tambaleó; se le llevó hacia delante sin formalidades y se le arrojó al primer carro. La portezuela fue cerrada; y Cha'Ensil se alzó sobre los estribos con un largo grito. Los látigos chasquearon; la carreta salió entre sacudidas de la hilera, rodando hacia el sur.

Con las últimas luces, el vehículo y su escolta llegaron a un paso entre altas colinas de caliza. La cubierta de nubes, que arrastraba bancos de niebla, mostraba y ocultaba alternativamente las altas laderas, cruzadas por cañadas y pobladas de macizos de matorrales oscuros. En la cima más cercana, manchas y protuberancias negras marcaban los restos de una aldea. En las laderas, bajo

ella, se extendía una gran figura de caliza, mientras que, sólidamente afianzado en el paso, se alzaba un empinado montículo de hierba. En su cima, revelado por los destellos del cielo, se curvaba el largo filo de un tejado; a su alrededor, entre puntas y fragmentos de piedra, se reunía una masa de edificios secundarios, con muros pálidos de argamasa y techumbres de paja verde grisácea. Había una empalizada, rematada con pinchos destripadores; y un portón ante el que se extendía un profundo foso y que estaba flanqueado por vastos fustes de piedra, inclinados hasta que las troneras que antes daban al valle miraban ahora sin ver a la jungla verde a sus pies. Entre ellos pasó el grupo, rodeado de cencerreos y estruendo. Se reclamaron antorchas y una litera, el portón se cerró; y Cha'Ensil subió por la cuesta del recinto inferior. El viento se alzó, jugando con su manto, azotando los hatos de piñas hasta convertirlos en rugientes barbas de llamas.

La pequeña cámara no tenía ventanas, era cálida y estaba llena de un humo azul con aroma a amapola. La luz de las antorchas brilló sobre las paredes blancas y el bajo techo gris, y centelleó sobre la cara del sacerdote jefe mientras éste miraba sin expresión hacia abajo. Finalmente asintió.

— Está bien — dijo —. Preparadle. Limpiad la porquería.

Hubo un susurro de faldas, un rumor de pies sobre el suelo desnudo de tierra; el resonar metálico de un lujoso cuenco de cobre. Los miembros del chico dormido fueron lavados; su pecho y su vientre, cubiertos de agua aromatizada. Por último, sus harapos manchados fueron retirados.

El sacerdote aspiró entre dientes.

— Las manos y los pies — dijo —. No dejéis de usar ninguna habilidad.

Las uñas del durmiente fueron limpiadas con palitos afilados, el vello de sus axilas fue afeitado. Se levantó su cabeza, se empapó su pelo, se peinó con peines de hueso y se empapó de nuevo. El trueno resonaba a poca distancia sobre el tejado; y Cha'Ensil apretó su vara hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

— Preparad su rostro — dijo —. Usad todas vuestras artes.

Se quitaron los tapones de frascos de cristal tallado; las mujeres, trabajando con delicadeza, realzaron los párpados con un atis-

bo de verde oscuro, redibujaron las cejas espesas en una curva más suave. Las pestañas, ya lustrosas, fueron ennegrecidas con un cepillo diminuto. El durmiente suspiró y sonrió.

—Y ahora —dijo Cha'Ensil—. Las partes que le convierten en semejante a un Dios.

Los pezones del chico fueron pintados con un tinte brillante; y el propio sacerdote puso sus dedos en la entrepierna, apretando y acariciando hasta que el miembro se alzó y se afirmó. El vientre y los muslos fueron cubiertos con un fino polvo rojo; y Cha'Ensil dio un paso atrás.

—Ponedle el gran collar —dijo—. Y pulseras en los brazos.

El durmiente fue incorporado, y se le echó un manto de buena lana sobre los hombros. Las mujeres quedaron en actitud expectante; y Cha'Ensil volvió a tomar la barbilla del chico, volviendo su rostro hasta que los ojos brillantes y drogados le miraron.

—Estabas muerto —murmuró— y has sido resucitado. La sangre se vertía de tu cuerpo; y fue restañada. El barro te manchaba; fue limpiado. Ahora eres como un Dios. Marcha por la Vara y la Lanza; y que la fuerza del Dios esté contigo. —Se dio la vuelta bruscamente—. Llévadle a la Casa Larga. Dejadle en el lugar adecuado y volved a mí. Debemos rezar.

El estruendo se intensificó, hasta que pareció que había peñascos y grandes piedras que rodaban entrechocando por el cielo. El relámpago, centelleando de nube en nube, mostraba las puntas de la hierba en constante movimiento, descubría colinas y árboles en destellos de luz gris. La luz relucía muy lejos mar adentro, tocando la inquieta llanura de agua; entonces la noche se partió en dos.

Con el estallido de la tormenta llegó la lluvia. No caía como suele caer la lluvia, sino en masas y barras; de forma que los hombres de las aldeas lejanas, despertados por el rugido sobre sus tejados, veían lo que parecían lanzas de plata que se clavaban en la tierra. El polvo seco saltaba y temblaba. Espumeaban riachuelos en las laderas erosionadas de las colinas; los tallos y las hojas verdes fueron arrancados de los árboles más altos. En el paso de caliza, el arroyo que rodeaba la base del Monte corrió más rápido sobre su lecho profundo; pero hacia el amanecer cesó paulatinamente la violencia. Un viento matutino recorrió las colinas, cortante y frío

como un cuchillo; consigo llevó un intenso y dulce olor de hojas y tierra húmeda.

Con las primeras luces, dos siluetas recorrieron el Monte de un lado a otro, moviéndose entre los dedos y las protuberancias de piedra. Ambas vestían mantos y estaban enmascaradas. Una vez se giraron, mirando al parecer a la ladera, las ruinas y el coloso de caliza que brillaba en la hierba; y la más alta inclinó la cabeza.

—Mi señora —dijo con voz recia y musical—, ¿cuándo te he causado daño, o traicionado? ¿Cuándo no se han hecho realidad las palabras que te he dicho?

La voz de la mujer, al responder, era severa.

—Cha'Ensíl —dijo—, ambos somos personas mayores; quizá mayores que nuestros años por el servicio al Dios. Así que guarda tus historias para las nuevas sacerdotisas; sus labios saben más dulces cuando tienen miedo. O cuéntaselas a los jinetes, que también son niños pequeños. Quizá hubo un Grande en la tierra, hace mucho tiempo; pero nos dejó, en una época que más vale olvidar, y no es probable que vuelva ahora. No está bien bromear sobre tales cosas; y conmigo menos que con nadie.

Habían llegado al portón de la gran choza que coronaba el Monte. Por encima, demonios verdes de caña contemplaban sin ojos el brezal distante. A ambos lados había dispuestos hatos de juncos, cada uno mayor que un hombre; los signos del Dios. El sacerdote puso su mano en el más cercano, sonriendo sin humor.

—Señora —dijo— eres ciertamente sabia, y en muchas cosas más sabia que cualquier hombre. Sin embargo, esto es lo que digo. El Dios tiene muchas formas, y vive hasta cierto punto en cada uno de nosotros. En la mayoría de los hombres está escondido; pero le he visto brillar en toda su gloria. Ahora te digo que le he encontrado, atado a la carreta de un jinete. Le reconocí por la sangre que derramó, antes de ver su cara; pues todos los dioses sangran, como penitencia por sus pueblos. Le resucité con estas manos, y le deposité donde te espera. Como podrás ver.

Ella levantó la vista hacia él.

—En un tiempo —dijo fríamente—, una niña vino aquí, hambrienta por encontrar a un dios así. Ahora te digo esto, Cha'Ensíl: yo te he elevado, y lo que se eleva puede ser derribado de nuevo. Si bromeas conmigo, te arrepentirás.

Él abrió los brazos.

—Señora —dijo humildemente—, mis manos están a tu servicio, y mi corazón. Si debo entregar mi cabeza, la daré; y gustosamente. —Se inclinó, entrando antes que ella a la oscuridad de la choza.

Ella se detuvo, como siempre, a la vista del lugar de sus recuerdos. Vio el suelo de tierra batida y barrida, el brillo de las vigas en la penumbra; olió el intenso olor a estanque de la paja. En las pantallas de zarzas que separaban el final de la larga cámara se volvió a detener, insegura; y la mano de él tocó su brazo.

—Contempla al Dios —dijo suavemente.

El muchacho yacía inmóvil sobre la cama de broza del interior; su respiración, regular y profunda. Un chal de lana le cubría parcialmente; el sacerdote lo apartó a un lado, y oyó que ella contenía el aliento.

—Si me he equivocado —dijo él—, culpa a mi edad de la debilidad de mis ojos.

Ella le tomó por la muñeca, sin mirarle.

—Sacerdote —dijo roncamente—, hay sabiduría en ti. Sabiduría y mucho amor, que hace que me duela lo que te he dicho. —Se desató el manto y lo dejó a un lado—. Esperaré con él, y estaré aquí cuando despierte. Que nadie más se acerque. —Se sentó en silencio al borde de la cama, con las manos en el regazo; y Cha'Ensil se inclinó, y luego salió sin hacer ruido de la habitación.

Más allá de la linde de los árboles, la ladera se extendía amplia y brillante a la luz del sol. Sobre el muchacho tumbado, las puntas de hierba se arqueaban y susurraban, cada una cargada con su propia porción de motas doradas. Entre los tallos podía ver el valle y el río rodeado de árboles, los lechos de juncos donde las libélulas revoloteaban a lo largo de las tardes tranquilas. Al otro lado del río, las colinas de caliza volvían a elevarse, distantes y enormes. Sobre el horizonte, apenas visible desde donde estaba, se encontraban la empalizada y la atalaya de su aldea.

Su justillo estaba abierto; se movió agradablemente, sintiendo el frescor de la hierba que le acariciaba el vientre y el pecho. Arrancó un tallo, y se recostó chupando y mordisqueando su dulzura. Cerró los ojos; el zumbido veraniego se desvaneció y volvió a sonar más cerca, cargado del latido de mareas distantes. Por de-

bajo de él, las ovejas pastaban en la ladera como gordos gusanos lanudos; y el carnero se movía inquieto, haciendo sonar su cencerro de madera, mirando con sus ojillos amarillos.

Los ojos del muchacho se abrieron de repente y se achicaron.

Ella subía lentamente, cruzando la falda de la colina por debajo, aferrando matas de hierba para sostenerse en la empinada ladera. En cierto momento se incorporó, y pareció mirar directamente adonde él estaba; y él frunció el ceño y miró tras de sí, como pensando en retirarse más lejos. Ella se quedó con las manos en las caderas, inspeccionando la ladera de la colina; luego se dio la vuelta y continuó la larga subida hasta la cima. En el horizonte se volvió a girar; una muchacha alta de piel tostada, cuyo pelo moreno se agitaba en torno a su cara y su cuello. Luego siguió adelante, y los macizos de arbustos la ocultaron de la vista.

Él gruñó, como había gruñido antes; un sonido extraño y ronco, entre quejido y gemido. Se mordió el labio, distraído; pero la sangre ya latía en sus oídos. Miró ferozmente, sintiéndose culpable, a las ovejas indiferentes, y luego de nuevo al horizonte; entonces se puso de pie de repente, y se alejó corriendo del refugio de los árboles. Bajo la cima se detuvo, cayendo a cuatro patas. Se contorsionó a lo largo del camino, y atisbó hacia abajo. La hierba de la ladera era frondosa y larga, moteada con las brillantes copas de las flores. La entrevió brevemente, a unos cien pasos; se agachó, esperó, y se apresuró en su persecución.

Había un vallecito al que ella solía ir, según sabía bien; un lugar privado, oculto con arbustos rizados, y protegido del sol por una enorme haya de tronco pálido. Llegó a él jadeando, y gateó hasta donde pudiera verla de nuevo.

Ella estaba tumbada bajo el árbol, con las manos tras la cabeza, y las piernas extendidas. Sus pies estaban descalzos, y sucios en los tobillos; su falda estaba levantada, mostrando sus largos muslos morenos. Él se acercó más, apartando la hierba, gruñendo de nuevo. Durante largo rato ella yació tan quieta como si durmiera; entonces empezó. Se incorporó, pasándose las manos por los pechos, apretándolos bajo la túnica. Luego tiró de los lazos; agitó la cabeza hasta que el cabello cayó en cascada sobre su rostro, y se dio la vuelta una y otra vez, mostrando su vientre, la gran mancha oscura que significaba que ahora era una mujer.

Todo el ser de él parecía concentrado en sus ojos; sus ojos y la

punta caliente que se apretaba contra el suelo. Vio el santuario, inalcanzable; vio los dedos de ella ir hasta él y apretar; vio el cuerpo de ella arquearse, la hierba vívida. Entonces el sol y las hojas se precipitaron sobre él, la ladera desapareció en un parpadeo; y yació jadeando, con los dedos húmedos, oyendo el eco de un grito que parecía tan penetrante como el largo grito de un ave. Después volvió en sí, corrió lleno de terror, como había corrido antes, con el justillo abierto, hacia el valle y los árboles y las seguras ovejas que pacían. Más tarde sollozó a causa de las noches y los días vacíos. El cuello le quemaba, y las mejillas; le pidió perdón a ella, que no podía oírle, Dareen, cuyo padre era rico, propietario de cincuenta cabras y dos veces ese número de ovejas; Dareen, cuyos ojos ya nunca podría cruzar con los suyos, nunca, en la calle de la aldea.

El sueño le perturbó. Se agitó inquieto, deseando que terminase; y al cabo pareció que su deseo fue respondido. Una nube de humo acre quemó sus pulmones; unas voces parlotearon; sintió unas manos sobre él, que apretaban. Le pareció que había descendido a uno de los Infiernos, donde todo es estruendo y luz misteriosa. Luchó contra las manos, intentando alzarse con toda su fuerza; y le pusieron un cuenco contra la cara. En él ardían brasas; su fiero aliento le quemó la garganta. Se agitó de nuevo, intentado apartar la cabeza; pero le tenían cogido por el pelo. Las brasas se acercaron amenazadoramente y luego parecieron retirarse, hasta que se asemejaron a un pueblo entero ardiendo a lo lejos en la noche. Después, el duro suelo ya no se apretaba contra sus rodillas. Le pareció que era un pájaro, que volaba sin esfuerzo hacia arriba por regiones de luz cada vez más intensa. Entonces supo que no era un pájaro, sino un dios. Y Dareen vino a él, después de todos aquellos años; se hundió en ella, gozando por fin, y se sintió satisfecho.

Al principio fue consciente del aire fresco sobre la piel. Se dio la vuelta, murmurando. El tiempo de los sueños, aunque era espléndido, había terminado; pronto debería levantarse y vestirse, y comenzar sus tareas matutinas. Había que rascar los cazos de sopa, alimentar el fuego; había leños que cortar, y dos vacas flacas que ordeñar. Se preguntó por qué no oía los ronquidos de su padre

desde la otra esquina de la choza. Un gallo cantó, en algún lugar cercano; y abrió los ojos.

Al principio, las formas oscuras a su alrededor no tuvieron sentido; luego, casi al instante, todos sus recuerdos volvieron. Saltó, con todos los miembros temblorosos, hasta la esquina más lejana de la cama de broza. Su movimiento despertó a la mujer que estaba tumbada a su lado.

Su cuerpo era moreno; tan moreno como el cuerpo de Dareen en su recuerdo, y sus brazos y piernas estaban rodeados de bandas de oro. Salvo por los anillos, no llevaba nada más que una máscara de color azul turquesa, a través de la cual sus ojos oscuros brillaban con terror en la mirada; pero su voz, cuando habló, era suave y musical.

—No tengas miedo —dijo—. No tengas miedo, mi señor. Nadie te hará daño aquí. —Extendió un brazo hacia él; y él se encogió aún más en el ángulo de la pared, apretando los omoplatos contra la basta zarza a su espalda. Ella rió entre dientes al ver eso y dijo de nuevo—: Mi señor... —Tiró del chal que él mantenía cerrado. Él se resistió, apretando los puños; y le pareció que, tras la máscara, ella sonreía—. Vaya, eres orgulloso y tímido, y así debe ser. Pero el Dios ya ha entrado en ti una vez, y ha sido maravilloso. —Se dedicó a acariciar su pantorrilla y su muslo, moviendo sus dedos frescos aquí y allá; y al cabo de un rato el temblor del cuerpo de él cesó—. Tiéndete y deja que te abrace; pues eres muy hermoso.

Ciertamente, parecía que los efectos del humo mágico no habían cesado por completo; pues a pesar de su miedo sentía que le pesaban los párpados. Ella atrajo su rostro hacia sus pechos, arrullándole y acunándole; y yacer con ella era como yacer con un gran pájaro emplumado.

El sol estaba alto cuando volvió a abrir los ojos, y la cámara estaba vacía. Se incorporó viendo la luz que pasaba por las aberturas de las pantallas de zarzas. Salió de la cama temblando, mirando el oro que rodeaba su cuerpo, y el gran collar en su pecho. Siguiendo un impulso, se quitó el adorno del cuello, y sostuvo el metal reflectante a la altura de los ojos. El rostro de un desconocido o de una muchacha le devolvió la mirada. Dejó aquella cosa a un lado, frunciendo el ceño, y caminó poco a poco hasta la puerta de la choza. Volvió a entrar asustado, sintiendo una nueva oleada

de terror; pues sabía en qué clase de lugar se encontraba. Después de eso tuvo necesidad de orinar; y lo hizo, temblando, contra la pantalla de zarzas. Había una jarra de arcilla con agua junto a la cama; bebió hasta saciar su sed. Luego se puso el chal por encima y se sentó, apoyando la cabeza sobre las manos, en el borde de la cama, intentando pensar en lo que podía hacer.

Ella llegó a él a mediodía, con comida y bebida. Le ayudó a vestirse, ungiéndole con aceite perfumado, introduciendo su gloria en unas ropas de lana blanca y suave. Aunque al principio se encogió, las manos de ella eran amables; de tal forma que prácticamente superó el miedo que le tenía. Comió vorazmente las frutas y el pan; la bebida la escupió, pues había esperado encontrar el sabor de la cerveza, y ella se rió y le dijo que era vino del Mar Interior. La cabeza volvió a darle vueltas, pues nadie en la aldea había probado jamás algo así, ni siquiera T'Sagro, que era el padre de Dareen y que poseía cincuenta cabras. Volvió a beber, y el segundo sorbo fue mejor; de forma que vació la copa y se sirvió más, después de lo cual la cabeza le dio vueltas como cuando había inhalado el humo mágico. El vino le volvió también más osado, de forma que dijo:

—¿Por qué estoy aquí? —Fueron las primeras palabras que pronunciaba.

Ella se lo quedó mirando antes de responderle.

—Porque eres un dios —le dijo.

Él frunció el ceño ante esto y preguntó:

—¿Por qué soy un dios?

Y ella se lo dijo con términos más directos de lo que nunca había escuchado, y mucho menos viniendo de una mujer. Además, ella usaba trucos para hablar de forma que las palabras entraban en su cuerpo, endureciéndolo y encendiendo su deseo. Cuando ella se hubo ido él se quedó tumbado en la cama y pensó que dormiría; pero las palabras de ella volvían hasta que apartó la tela y se miró a sí mismo, preguntándose si podría ser tan hermoso como ella había dicho. Entonces recordó a su padre y a su madre y cómo habían muerto, y lloró. Hacia el anochecer se sentó a la puerta de la choza y vio muy a lo lejos, bajo la gran ladera de la colina, una columna de humo que se alzaba desde un lugar donde quizá los jinetes quemaban otra aldea que se había negado a pagar tributo, y se sintió más solo que nunca en su vida. Entonces le embargó tal

cansancio que se volvió a acostar y se durmió. Ella volvió a la luz de la luna, revoloteando como una polilla; él se despertó sintiéndola apretarse fresca contra su costado, con manos que abrían sus ropas. Hizo como había hecho en el sueño, entrando con fuerza en ella, haciendo que gritase de placer; hasta que ella hubo tomado su fuerza, y él durmió como un tronco.

Después, cuando le llevó la comida, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y ella dijo en voz baja:

—La Renacida.

Ante eso, volvió a sentir miedo; pero la noche, de nuevo, le trajo la paz.

Los días pasaron, cada uno fundiéndose con el siguiente; y aunque no se atrevía a vagar lejos de la choza se encontró anticipando las visitas de la mujer con más ganas que antes. Además, ningún miedo puede mantenerse por sí solo; dormía más serenamente, y el color volvió a sus mejillas. Ella le llevó un escudo pulido en el que podía ver su reflejo, y adoptó la costumbre de posar en secreto ante él, admirando la esbelta fuerza de su cuerpo, los salvajes ojos pintados que le devolvían la mirada. En esos momentos crecía al pensar en ella, y se dedicaba a idear nuevos medios de complacerla. También se preguntó mucho sobre la edad de ella; pues a veces parecía tan vieja como una colina o los grandes dioses de la caliza, y otras, tan joven y frágil como una niña. Pensaba en lo fácil que sería, un día, quitarle la máscara; pero su mano se detenía siempre. Ahora él hablaba, a cada visita de ella, con mayor libertad; hasta que un día, con gran atrevimiento, le confesó su deseo de que ella se quedase siempre con él en la choza. Ante eso ella se rió, un sonido grave y sonoro de alegría, y dio palmas; después de aquello, ella estuvo constantemente a su lado, y un sacerdote con una máscara verde o una muchacha les llevaba la comida, llamando a las jambas y esperando humildemente al sol. Ella le habló largamente de toda clase de cosas, y él a ella; le contó sobre su vida, y cómo había cuidado ovejas, y cómo era vivir en una aldea y ser el hijo de un campesino.

—Lo sé —dijo ella. Estaba sentada a la puerta de la choza; era por la tarde, y la hierba y las piedras derribadas de la colina brillaban doradas a la luz oblicua. Las cabras balaban en las laderas del gran Monte; y el aire estaba muy quieto.

Él puso la cabeza en su regazo; ella le acarició un rato, y luego levantó la cabeza. Él se incorporó, con la intención de hablar por fin de la máscara; y ella se levantó, y se quedó con los brazos cruzados mirando más allá de la colina. Al cabo de un rato ella habló, dándole la espalda.

— Altrin — dijo —, ¿me quieres de verdad?

Él asintió, levantando la vista hacia ella, a la expectativa.

— Entonces — dijo ella — te contaré una historia. Érase una vez una niña; más joven que tu hermana, cuando la amabas y le acariciabas el pelo. Ella, además, estaba enamorada de cierto dios. Él vino a ella en la noche, prometiéndole muchas cosas; y así fue que, como una estúpida, decidió que quería ser su Novia.

Se giró apenas; él vio moverse los largos músculos de su cuello cuando ella tragó saliva.

— Acudió a una determinada Casa. Permaneció tumbada en esa Casa, pero no había ningún dios. Así que huyó. Se hizo rica y poderosa. Cuando volvió tenía oro y palitos de dinero, y sus propios soldados. A causa de su riqueza, el pueblo la amó; y a causa de su amor, ella le dio un símbolo. — Hizo un gesto con la cabeza hacia la ladera, hacia el extenso gigante con su poderosa verga —. Mientras el símbolo permaneciese sobre la colina, su pueblo estaría a salvo. Esto fue lo que prometió el Señor; y sin embargo nos dio la espalda. Los guerreros de los caballos vinieron; el pueblo fue exterminado, la aldea fue incendiada. La sirviente del Dios fue asesinada allí, en la colina.

Él se quedó mirándola, tragando a su vez saliva; y la choza pareció quedar en absoluto silencio.

— Yo era esa niña — dijo ella —. Yo soy la Renacida.

Se alejó de él. Su voz sonó distante y muy fría.

— Yací en la colina — dijo —. El Dios me tomó, y fue maravilloso. Luego, cuando se hubo cansado, me devolvió a la vida. Era de noche, y había muchos muertos. Yo era uno de ellos; y sin embargo comencé a moverme. Gateé durante una noche y parte de un día. No sabía dónde estaba, ni qué había pasado conmigo. No podía ver, y había muchas moscas. Me tumbé junto a un río y bebí su agua. Luego comí bayas y hojas. No sabía qué me había pasado. Un día tomé una decisión. Me arrastré hasta el río y miré en él, por encima de la orilla. El sol estaba alto, y pude verme con claridad. — Se estremeció, y su mano se alzó hacia la máscara —. Supe en-

tonces que debía volver a morir. Llevaba un pequeño cuchillo; pero me faltaron las fuerzas para clavármelo. Me metí en el agua, pensando que me ahogaría; pero el dolor era, de nuevo, demasiado fuerte. Yací un día y una noche intentado morir de hambre; luego pensé que mi corazón se detendría si lo deseaba. Pero el Dios se negó a tomar mi vida, atándome con fuerza a la tierra. Comí bayas y frutos; y mis fuerzas volvieron.

El muchacho frunció el ceño, jugueteando con un collar que ella le había dado; abejas doradas unidas por pequeñas cuentas azules. Alargó la mano, intentando tocarle el tobillo; pero ella se alejó.

—¿Puedes imaginarte cómo fue? —dijo con amargura—. Yo había sido hermosa; ahora, los dioses me habían quitado la cara.

Él se estremeció un poco; luego volvió a tocarse el collar, frunciendo el ceño.

—Pensé entonces en cómo podría vengarme de los hombres —dijo ella—. Pues habían sido los hombres los que me habían conducido a aquello. Entonces, un día, el Dios vino a mí, agitando sólo un poco. Me había olvidado de mi cuerpo, que era tan hermoso como siempre. Además, no me decidía a odiarle, a pesar de que es el más poderoso de los hombres. Di palmas; y él me envió otra señal. Un martín pescador pasó volando y dejó caer una pluma en el agua. La tomé en la mano, y vi cómo brillaba. Supe cómo podía volver a ser hermosa. —Entrelazó los dedos, mirando todo el rato a la gran figura de la colina—. Me hice una máscara con hierba que el sol había secado, y una corona de flores para el cabello. Me bañé en el río, y lavé mi ropa. Caminé hasta donde había antes chozas y campos; pero estaban quemados. Así que caminé hacia otros poblados que los jinetes aún no hubieran destruido. Cerca de uno de ellos vi a una niña cuidando gansos. Deja tu bandada, le dije, y ven conmigo. Soy la Renacida, y el Dios está conmigo.

»Y ciertamente lo estaba; pues ella vino. Yacimos juntas, y me complació. Sus dedos eran tímidos, como flores. Por la mañana me trajo alimento. Vi a un joven que sembraba trigo de invierno. Soy la Renacida, le dije. Ven a mí, pues el Dios está conmigo.

»Así llegamos a donde se había alzado una aldea, en un paso de caliza junto al mar. Los guerreros de los caballos la habían quemado; pero al ser un pueblo sencillo no se habían atrevido con

mi Mansión. En las cercanías habían levantado su campamento; pues hasta entonces no habían construido ciudad alguna. Fui hasta donde estaban. El trueno me seguía, y los dragones de fuego celestiales. Deponed las armas, dije. Soy la Renacida, y el Dios está conmigo. Tomé de ellos el oro que habían robado, y tela del País Amarillo para vestir a mis sacerdotes. Y así llegué a casa; en una litera, como antaño, con trompeteros ante mí y mi propia gente rodeándome. Sin embargo, no había nadie para darme la bienvenida. En su lugar había muchos fantasmas; Cha'Acta, a quien maté, y Magan, a quien maté, y muchos más. No querían dejarme en paz.

»Los jinetes vinieron, preguntando qué tributo deseaba el Dios. Les hice traerme plumas de martín pescador. El sembrador de trigo vino a mí. Le pregunté cómo se llamaba. Ensil, dijo, para complacer a mi señora. Entonces eres Cha'Ensil, le dije, y un poderoso sacerdote. Sé fiel, y llegarás a ser aún más poderoso.

»Sin embargo, mi Mansión estaba vacía; aquél al que yo había conocido había desaparecido. El trigo brotó verde y alto; de mí no brotaron más que lágrimas. Los jinetes me trajeron tributos; y sin embargo yo me lamentaba. Entonces, un día, Cha'Ensil vino de nuevo a mí. Me dijo que había encontrado al Dios. No le creí. Me trajo a esta casa; y allí estaba, joven y hermoso, sin ropa que le cubriese. —Se dio la vuelta de repente, emitiendo una especie de sollozo, cayó de rodillas y apretó su cara contra los muslos de él—. No me abandones nunca. No te vayas nunca.

Él le acarició el cabello espeso y brillante, frunciendo el ceño y mirando a través del portal de la choza, con los ojos puestos en la lejanía.

El largo verano estaba terminando; las mañanas se cubrían de neblina y un frío intenso comenzó a entrar por las noches en la Casa del Dios. Se trajeron y amontonaron haces de ramas, se encendió una gran hoguera sobre el duro suelo de tierra de la choza. Algunos días, ella apenas le permitía levantarse del diván. En muchas ocasiones, cuando él estaba cansado, ella le excitaba mostrándole una Cosa Mágica que su cuerpo podía hacer; cuando todo lo demás fallaba estaba el humo de semillas, y el vino amarillo. Ella le lavaba, acariciando y peinando sus cabellos; eran desordenados y largos, y le caían sobre los hombros como seda. Finalmente, esas cosas empezaron a aburrirle. El invierno estaba sobre la tierra; los campos reposaban secos y blancos, y los vientos fríos zumbaban a

través de la Casa del Dios, hallando cada hueco de las pantallas de zarzas. Él refunfuñaba, temblando un poco junto al fuego; y así llegó a una decisión. La familiaridad le había hecho conocer la forma de ser de ella; abordó el tema con delicadeza, como convenía a su posición.

—A veces —dijo—, como sabrás mejor que yo, incluso los dioses desean salir a cabalgar y ver algo del país que poseen. Tengo tal deseo; quizá el Dios que dices que hay en mí me está haciendo saber sus deseos.

Ella pareció complacida.

—Eso es bueno —dijo—. Cuando la gente te vea se alegrará, al saber que el Dios está con ella. Cabalgaré contigo; debemos hablar con mi sacerdote.

En los meses que habían transcurrido, él apenas había visto a Cha'Ensil; ahora el sacerdote fue convocado a toda prisa. Llegó rodeado de pompa, resplandeciente con su túnica de seda con dibujos. Con él llevó a sus mujeres; pero ante eso la Renacida objetó:

—Yo prepararé al Dios —dijo—. Yo y nadie más; pues la suya no es una hermosura corriente.

Las manos de él, que habían estado encallecidas, se habían suavizado con la ociosidad. Ella le cortó y pulió las uñas, y le pintó las palmas y los pies con un tinte rojo oscuro. Su pelo lo recogió con delicadas hojas de plata, y se trajo ropa para él; un manto de seda cegadora, una túnica con el signo bordado del Señor del Trigo, botas de cuero suave que le llegaban hasta la rodilla. Por último le dio una robusta yegua blanca, tributo de un jefe del pueblo de los caballos. Se sentó sobre la criatura con precaución cuando llegó la hora, al estar más acostumbrado a los bueyes que tiraban del arado; pero era dócil, y nadie se dio cuenta de su falta de costumbre.

El grupo se puso en marcha; Cha'Ensil con sus sacerdotes y soldados, sus hombres con trompas y címbalos; el Hermoso sobre su espléndida montura; la Renacida y sus favoritas en literas tintineantes, llevadas a hombros por robustos portadores y haciendo oscilar los penachos dorados del Dios. Atravesaron el Gran Brezal hasta llegar a las aldeas de la Llanura, luego se desviaron hacia el norte y el oeste, casi hasta las tierras del pueblo de la Ciénaga, que no paga impuestos y realiza actos extraños para complacer a sus dioses. Por doquier los jinetes se arrodillaban, tocándose con ad-

miración las barbas; pues el Señor del Trigo era un espíritu poderoso, y su fama llegaba muy lejos. Para Altrin, cada día traía nuevas pruebas de su fuerza; y Mata le observaba con orgullo al ver al joven príncipe que había creado correr feliz como un cachorrillo y acudir a su llamada.

Jefe tras jefe se apresuraron a llevarles presentes; y el tributo de los toscos poblados de los jinetes era el más abundante. Las carretas del tesoro se fueron llenando cada vez más, mientras tras ella trotaba un rebaño de cabras balando. Los ojos del Hermoso se entrecerraron al ver esto, y su mente se concentró; hasta que convocó a Cha'Ensil, más bruscamente quizá de como se debería convocar a un sacerdote jefe, para pedirle cuentas de lo que se le debía al Dios.

Cha'Ensil frunció el ceño, mostrándole las varillas en las que hacía sus marcas; pero el príncipe las apartó a un lado despectivamente.

—A mi alrededor veo aldeas que son ricas —dijo—. Tanto los poblados de nuestra propia gente como los de los jinetes. Y sin embargo somos pobres, pues sólo tenemos quinientas cabras y apenas ese mismo número de ovejas. El Señor del Trigo trae esta prosperidad; que sus cuentas se incrementen.

Cha'Ensil apretó los labios.

—Eso debe decidirlo la Renacida, mi señor —dijo con suavidad—. Pues ella es tu señora, como es la mía.

Pero Altrin se limitó a reírse, arrojando el hueso de un ave a la hoguera en torno a la cual habían acampado.

—El deseo de ella es el mío —dijo—, y el mío es el suyo. Aumenta las cuentas; para el otoño quiero tener mil cabras.

El rostro de Cha'Ensil se había puesto pálido; y sin embargo habló con tranquilidad.

—Quizá —dijo— hasta los príncipes pueden abarcar más de lo que pueden poseer, mi señor. Además, los favores concedidos libremente pueden ser libremente retirados.

El muchacho escupió despectivamente.

—Sacerdote, te voy a proponer un acertijo —dijo—. Tengo una cosa que es larga y dura. Con ella defiende los favores que me pertenecen; y sin embargo no llevo espada alguna. ¿De qué crees que puede tratarse?

El otro se alejó, temblando y poniendo una cara muy extraña;

y por el momento no se dijo nada más.

Más tarde, Altrin tuvo una nueva idea. Primero amó a la Renacida con mayor fervor del habitual, haciéndola jadear de placer; luego se tumbó con la cabeza contra sus pechos, sintiendo bajó él el bulto de su vientre que era tan distinto del vientre de una muchacha.

—Mi señora —dijo—, me he dado cuenta de que has sido más que generosa con tus presentes. Sin embargo, hay una cosa que me falta, y la deseo más que nada.

Ella se rió, jugando con el cabello de él.

—El Dios es codicioso —dijo—. Pero así son los dioses; y por mi parte estoy muy contenta de ello. ¿Qué deseas?

Él dejó colgar el pelo por los pechos de ella, y sintió que se ponía tensa.

—Cha'Ensil, que es un sacerdote, tiene muchos soldados —dijo—. Le defienden, hacen sus recados, y están siempre listos para atenderle. Sin embargo, yo, en quien el propio Dios vive, no tengo ninguno. Supongo que mi condición debería ser igual a la suya, sobre todo si voy a cabalgar por mis tierras.

Durante un momento ella se quedó inmóvil, y él pensó que quizá fruncía el ceño. Finalmente negó con la cabeza.

—Un dios no necesita soldados —dijo—. Su fuerza está en él, y nadie se atreve a alzar la mano contra él. Los soldados son apropiados para las personas inferiores; además, Cha'Ensil es mi sirviente más antiguo. No deseo verle perjudicado.

Él sintió que pisaba terreno peligroso, y no siguió con el tema; pero más tarde se contuvo, buscando que se le hiciera una determinada promesa. Y ella se la concedió finalmente, una vez estuvo cansada y su cuerpo no pudo resistirse más. Durmió arropado por los brazos de ella, y muy satisfecho.

El grupo volvió a la alta casa sobre la caliza. En otra época sus paredes habrían sido perforadas ritualmente; pero aquello era en los viejos tiempos, que habían pasado hacía mucho. En todas las habitaciones del complejo se alzaban feroces hogueras, combatiendo el frío del invierno. Los días se nublaron, aullantes y amargos; y la nieve llegó, primero ligeramente y luego cayendo constantemente. Amplias capas se depositaron sobre los aleros de la Casa del Dios, cubriendo a los demonios que colgaban de ellos. Pero se dispusieron alfombras sobre las paredes de la cámara inter-

ior, y se encendió un segundo fuego ante las pantallas de zarzas; y la Renacida y su señor cenaron espléndidamente cada noche jabalí y vino. En ocasiones, los sacerdotes o sus mujeres organizaban entretenimientos; en la planificación de estos últimos el príncipe se mostraba más hábil de lo habitual, y en el corazón de su señora surgió quizá el primer débil atisbo de duda.

Con la primavera, Altrin volvió a recorrer el país. Llevó consigo una docena de hombres de su nueva guardia personal, y luego reclutó a otros tantos jinetes para su caravana. El grupo cabalgó hacia el este, donde las aldeas pesqueras se agrupaban en torno a una gran ensenada, y donde comenzaba la Roca Negra que nadie podía cruzar, fuera divino o no. Por todas partes, las gentes se sentían desfallecer ante el joven Dios de ojos fríos y hermosos; y todo aquello sobre lo que se posaban esos ojos lo tomaba para sí. Envío de vuelta cereal y cabras; y en una ocasión una niña para su señora, para que la instruyese en los ritos del Dios. Pasaron dos, tres semanas antes de que volviera al oeste. A los jinetes los licenció, pagándoles con cereal, pieles y oro de su propio tesoro; más tarde, ese mismo día, entró en la choza que se alzaba sobre el Monte Sagrado.

Ella le estaba esperando, con un nuevo vestido de gasa blanca y verde. La expresión de su rostro era imposible de adivinar; pero caminaba de un lado a otro por el suelo de tierra batida, con los brazos cruzados, y la barbilla contra el pecho. Él se apresuró a acercarse y la tomó de las manos; pero ella se apartó.

—¿Qué sucede? —dijo él, casi riéndose—. ¿No te alegras de verme?

Ella golpeó el suelo con su pie esbelto.

—¿Dónde has estado? —dijo— ¿En qué estabas pensando? Lloré por ti durante una semana. Luego me enfurecí, y luego volví a llorar. Ahora... ya no me importa si has vuelto o no.

Había un cuenco y una copa sobre una mesa taraceada, parte de su botín del invierno. Se sirvió vino, bebió y se limpió la boca.

—Te envié una bonita niña para que jugases con ella —dijo—. ¿No te parece suficiente?

—Y yo le ordené marcharse —dijo—. No la quería. ¿Para qué me sirven ahora las muchachas? Era a ti a quien deseaba. Oh...

Él arrojó la copa de vino, furioso.

—Me has dicho que soy un dios —dijo—. Visto las ropas de

un dios, vivo en la casa de un dios. Y sin embargo debo responder como un labrador por todo lo que hago.

—Un labrador no —dijo ella—, un pastor de ovejas. Eras un campesino y sigues siendo un campesino. Oh... —Él se había dado la vuelta; y ella se aferraba a él con fuerza nacida de la desesperación—. Te deseaba. Te deseaba, estaba tan sola... Quería volver a morir. Lo que dije no iba en serio, por favor, no te vayas. Haz lo que quieras; pero por favor, no te vayas...

Él bajo la vista sobre la mujer, sintiendo su poder. Como siempre, su cercanía le excitaba; y sin embargo, curiosamente, sentía la necesidad de hacerle daño. Sus dedos se cerraron sobre el borde de la máscara brillante; durante un momento pareció que iba a arrancarla, pero luego apartó la mano.

—Entra en nuestra cámara —dijo con frialdad—. Prepárate; quizá, si me recibes de forma más apropiada, iré a ti.

Cha'Ensil, entrando por la puerta de la choza, oyó estas palabras y los sollozos que las respondieron. Se quedó quieto un momento, con el rostro impasible; luego se dio la vuelta y volvió apresuradamente sobre sus pasos.

Unos días después, la cima de la colina comenzó a hormiguitar de actividad. Se estaba levantando una nueva Mansión, por debajo de la Casa del Dios y a unos cuarenta pasos de distancia; pues la Renacida había decretado que el viejo edificio era demasiado frío para que sirviera otro invierno más. Además, se necesitaba alojamiento adicional para los muchos candidatos que deseaban convertirse en sacerdotes. La fama del Dios se estaba extendiendo; todos se sentían ansiosos por compartir su buena suerte. El propio príncipe se interesó vivamente por los recién llegados, seleccionando, o así pareció, a las vírgenes más atractivas y a los hombres menos agradables a la vista; pero Cha'Ensil se mantuvo apartado de todo el asunto. Más tarde, el Hermoso cabalgó hacia el norte, una y otra vez. Se construyó un granero más, y una nueva hilera de establos; y las carretas de tributo seguían atravesando pesadamente la gran abertura de la caliza. Los jinetes se abatieron con ferocidad sobre la tierra; y allí donde iban, con ellos iban las enseñas del Dios. El humo se alzó desde una veintena de aldeas que ardían; y por fin llegó el momento, tan ansiado, de decir basta.

Cha'Ensil, buscando una audiencia con el príncipe, lo encontró en la Nueva Mansión, donde solía aposentarse a su satisfac-

ción. Estaba sobre un diván tapizado de seda amarilla, con una jarra de vino y una copa junto a él. Saludó a Cha'Ensil informalmente, indicándole que se sentase con un gesto de su mano cubierta de oro.

—Y bien, sacerdote —dijo—, di lo que tengas que decir rápidamente, y sal de aquí. Mi señora me espera; y esta noche la fuerza del Dios está más de lo normal en mí. La tomaré varias veces.

El sacerdote tragó saliva, pero se sentó tal como le indicaba, recogiendo la túnica a su alrededor.

—Príncipe mío —comenzó con toda convicción—: yo, que te alcé hasta tu condición, tengo todo el derecho a aconsejarte. Vivimos, como sabes, merced a la buena voluntad de los jinetes. Temen al Dios; pero son como niños, y la codicia puede superar al miedo. Este despliegue de magnificencia en el que pareces tan volcado acabará en la ruina; para ti y para todos nosotros.

El príncipe vació una copa y se sirvió otra.

—Este despliegue, que no es más que lo que merezco, te incomoda —dijo—. Yaces celoso en tu cama; y por más motivos que los que declaras. Escúchame ahora. Mi fuerza puede venir del Dios o no; personalmente creo que sí, pero eso no importa. Detrás de mí hay alguien cuya voluntad no se debe contrariar a la ligera; mientras la satisfaga, y creo que la satisfago, tu poder está acabado. Ahora sal de aquí. Quéjate a tus mujeres, si quieres; yo me canso fácilmente de la estupidez.

Cha'Ensil se levantó, con el rostro blanco de rabia.

—Pastorcillo —dijo—, te salvé para mi señora. Por ella te he soportado; ahora te digo esto. No veré cómo la destruyes, a ella y a su Casa. Te lo advierto...

Se detuvo de repente; pues Altrin se había levantado también, tambaleándose un poco a causa del vino. Un manto, ricamente bordado, le cubría los hombros; salvo por un pequeño paño, estaba desnudo.

—Y yo te digo esto, sembrador de trigo de invierno —dijo—. Que cuando mi fuerza se desvanezca, puede que caiga. Pero eso no es probable todavía. —Se apretó de forma insultante el gran bulto de la entrepierna, y luego tocó el paño sobre su cadera—. Sacerdote —se burló—, ¿quieres ver el poder del Dios?

Pero el otro, mascullando, había salido tropezando de la cámara. Tras sus pasos apresurados se alzó la risa burlona del Her-

moso.

El caballo batió el Brezal con sus cascos, alzando tras él un penacho traslúcido de polvo blanquecino. Su jinete, embozado y enmascarado, llevaba una gran Vara de Poder. Se mantenía encogido en la silla, espoleando los costados de la bestia con los talones para incitarla a correr aún más. Mientras la furia le poseyó, Cha'Ensil avanzó con rapidez; luego hizo que el cansado animal marchase al paso. El mediodía le encontró al otro lado del Gran Brezal; al atardecer se presentó ante las puertas de una ciudad de los jinetes, una fortaleza sólida y rodeada de pinchos situada sobre un espolón de caliza que dominaba un terreno boscoso y ondulado. Allí realizó ciertas averiguaciones; mientras que su condición, y el oro que portaba, le aseguraron un alojamiento para la noche junto con otros servicios que ansiaba aún más. Pues el sacerdote jefe no había malgastado en absoluto sus oportunidades desde que había entrado al servicio del Dios del gran paso de caliza. La mañana llevó respuestas a sus preguntas. Más oro cambió de manos; y Cha'Ensil cabalgó hacia el norte de nuevo, en una montura más resistente que aquélla sobre la que había llegado. A mitad del día se cruzó con una caravana de carretas; los conductores le hicieron señas para que siguiera adelante, señalando con sus látigos. Al anochecer, en la inmensidad de la Gran Llanura, alcanzó su destino; la capital del reino sureño de los jinetes, un lugar refulgente con atalayas y graneros, cuarteles y patios reales.

Allí, el poder del Señor del Trigo se dejaba sentir con menor intensidad. Cha'Ensil echó chispas ante las puertas durante una hora o más antes de que su bolsa, ya que no su señor, le permitiese entrar. Se abrió paso por calles de tierra llenas de baches hasta la casa de un mercader del Mar Interior, un traficante que gracias a sus singulares servicios era tolerado incluso por los jinetes. De nuevo, el oro le permitió entrar; y un esclavo con una antorcha le condujo hasta la cámara de su elección. Una pesada puerta fue abierta, las cadenas se retiraron; y el sacerdote entró, arrugando la nariz ante el olor que le asaltó. A ambos lados, en la penumbra, se extendían sucios jergones de paja. Todos estaban ocupados; algunos por mujeres, otros por jovencitos. El esclavo gruñó, haciendo un gesto con la antorcha; y el otro dio un agudo grito.

Nada.

Cha'Ensil volvió a hablar, y una voz le respondió hoscamente

desde las sombras más lejanas. Decía:

—¿Qué quieres de mí?

Tomó la antorcha, avanzó y se quedó mirando. Unos ojos perdidos, con ojeras, le miraron desde un rostro pálido. El cabello de la chica se extendía sin brillo sobre la paja; sobre ella había dispuesta una manta harapienta. Cha'Ensil alzó las cejas, hablando con suavidad; por toda respuesta, ella escupió y apartó la vista del resplandor.

El sacerdote se inclinó, con la boca torcida en un gesto de asco. La joven estaba desnuda bajo la manta; inspeccionó su cuerpo rápidamente en busca de señales de una determinada enfermedad. No había ninguna; y se incorporó con un suspiro.

—Levántate y búscate algo de ropa —dijo—. Soy tu amigo, y conocí bien a tu padre. He venido a sacarte de este lugar, a llevarte de vuelta a tu hogar.

Cha'Ensil volvió a la Casa del Dios solo unos días después, y se apresuró a ponerse al servicio de su señora; pero parecía que su ausencia no había sido muy conspicua. Sirvió bien a la Renacida en las semanas que siguieron, y se mostraba intachablemente cortés con Altrin cuando el azar situaba al Hermoso en su camino; pues su corazón estaba más tranquilo.

Transcurrieron dos meses, y tres; el verde del verano estaba cambiando a un dorado ostentoso cuando de nuevo salió a caballo del Monte Sagrado. Se dirigió al sur, a una aldea que le era muy familiar. Allí, en un promontorio que dominaba la centelleante extensión del mar, se alzaba una Mansión idéntica a la que había abandonado. Se presentó ante la empalizada, y fue recibido cortésmente. Luego fue conducido por un sendero tortuoso hasta una cala diminuta, cerrada a ambos lados por elevaciones de rocas desprendidas. Una docena de niños jugaban en el rompeolas, vigilados por un sacerdote y una mujer de rostro arrugado que era su institutriz de los Misterios. Una bolsa cambió de mano; y la mujer gritó con voz estridente.

Cha'Ensil miró, protegiéndose los ojos con la mano. Una muchacha ágil de piel morena salió del agua; se plantó ante él con descaro, pues no llevaba ni paño ni banda, y le devolvió su escrutinio con una lenta sonrisa. Él habló con inseguridad; por toda respuesta ella se arrodilló ante él, bajando los ojos como dictaba el ritual.

Él asintió, satisfecho.

—Has hecho un trabajo excelente, Cha’Ilgo —dijo—. Que el Dios te proteja y te conceda prosperidad. —Y a la mujer—: Encárgate de que la vistan y la preparen para el viaje. Nos vamos en menos de una hora.

Ese día, una nueva sacerdotisa llegó a la Mansión de la Renacida; y Cha’Ensil, cumpliendo con su obligación, la condujo ante la presencia con orgullo. Altrin, sentado elegantemente a un lado, no habló; pero sus ojos siguieron a la muchacha mientras cumplía los rituales de saludo, y Cha’Ensil, mirando de reojo, vio que fruncía el ceño.

La oportunidad que el sacerdote jefe había esperado no tardó en llegar. Se le mandó llamar, con cierta brusquedad; unos minutos después, con el rostro controlado, se inclinó ante la presencia de Altrin.

El Hermoso, al parecer, estaba algo más que un poco borracho. Miró a Cha’Ensil con hosquedad antes de hablar; y luego dijo con crudeza:

—¿Quién es ella, labriego?

Cha’Ensil sonrió para aplacarle.

—¿A quién se refiere mi señor?

El otro blasfemó, alargando la mano para tomar el cuenco de vino. Su contenido se derramó; el sacerdote jefe se apresuró a ayudarlo. La copa fue rellenada; Altrin, ruborizado, se sentó y eructó. Volvió a decir:

—¿Quién es?

Cha’Ensil sonrió de nuevo.

—La hija de algún granjero de una colina de caliza —dijo—. Una alumna aventajada, según me han dicho; sin duda será una interesante adición para la Casa.

—¿Quién es?

—Su nombre es Dareen —dijo el sacerdote jefe serenamente—. Hija de T’Sagro. El vecino de tu padre, príncipe.

El otro se le quedó mirando.

—¿Cómo es posible? —dijo roncamente.

—La hallé en cierto lugar —dijo Cha’Ensil—. La liberé, imaginando que tal sería tu voluntad. —Alzó las manos—. La enemistad entre nosotros ha terminado. Que su felicidad sea mi presente de paz para ti, mi señor.

Altrin se levantó, con las cejas contraídas hasta formar un ce-

ño.

—Tráela hasta mí —dijo.

Cha'Ensil bajó la vista.

—Mi señor, no me parece prudente...

—¡Tráela...!

El otro se inclinó.

—Se hará como mi señor desee —dijo.

La noche era ventosa; el conjunto creciente de edificios de madera gemía y se movía, avivado por crujidos y susurros. Las antorchas ardían en palmatorias; a su luz la pareja atravesó un pasillo en parte cavado en la caliza, y llamaron a una puerta. Hubo una respuesta sofocada: y el sacerdote jefe abrió el picaporte, empujando con suavidad a la muchacha.

—Mi señor —dijo—, la sacerdotisa Dareen.

Cerró la puerta y esperó un momento con la cabeza inclinada a un lado; luego se marchó sin hacer ruido.

Ella se encaró con él, que estaba al otro lado de la habitación.

—¿Por qué me has mandado llamar? —dijo en voz baja.

Él se adelantó, con aire confuso.

—¿Dareen? —dijo. Alargó la mano para abrir el manto que ella llevaba; y ella apartó su mano de un golpe.

—¡No me toques! —dijo con furia.

Ante eso él se sonrojó, con el vino zumbando en su cerebro.

—Toco a quien quiero —dijo con voz pastosa—. Doy órdenes a quien quiero. Soy el Dios.

Ella se lo quedó mirando con la boca abierta; entonces empezó a reírse.

—¿Tú? —dijo—. ¿Tú, un dios? ¿Tú, que cuidabas ovejas en la ladera de la colina, y que no te atrevías a mirarme directamente cuando me encontrabas en la calle? Ahora... un dios... Perdóname, mi señor pastor. Es demasiado repentino...

Él la miró con furia.

—No te miraba porque no quería —dijo—. No eras más que una niña.

Ella se burló de él.

—¡Que no querías...! —Tragó saliva, apretando los puños—. Día tras día iba caminando hasta donde estabas tú. Y día tras día me espiabas, como un niño tonto, y te tocabas sobre la hierba porque tenías miedo. Yo me humillaba ante tu vista; porque te desea-

ba, y quería que vinieras y me tomaras. Pero nunca viniste. Nunca viniste porque no te atrevías. Ahora déjame en paz. No eres lo bastante hombre para mí.

Él la agarró por el manto y tiró. Debajo, ella llevaba la ropa verde y dorada de una sacerdotisa. Su cintura estaba ceñida por un cinturón brillante; sus pechos resaltaban descaradamente contra la fina tela de su túnica. La atrapó; y ella le dio una bofetada con la mano abierta. El golpe resonó en la pequeña cámara; él usó el puño, con la vista borrosa, y ella cayó hacia atrás. Se hizo el silencio; ella se tocó un diente que se movía, se pasó la mano por los labios, y miró la mancha roja que se le quedó en el dorso. Entonces su boca partida sonrió.

—Ya veo —dijo—. Supongo que ahora me darás una paliza. Quizá me matarás. Qué valiente sería eso. —Ella le rodeó, mirándole—. Ahora eres un dios. ¿Y qué me sucedió a mí, mientras tú te convertías en dios? ¿Y a Tamlin, a Sirri, a Mirri, y a todos los demás? ¿Lo sabes? —Sus ojos echaban chispas—. Tamlin murió en un molino. Sirri fue vendida al rey de los jinetes, que le pegó hasta que le partió el espinazo. Mirri tiene la enfermedad que trae la gente del Mar Interior. Yo acabé en una casa de putas; mientras cierto dios, cuyo nombre no diré, se vestía con sedas y osaba llamarse hombre. —Volvió a limpiarse la boca—. Pégame; o llama a tus sacerdotes para que lo hagan por ti. Y luego podrás descansar en paz, con tu mujer vieja y gorda que no tiene cara.

No pudo continuar. Las manos de él buscaron su garganta; ella consiguió apartar un brazo y le volvió a pegar. Hubo un forcejeo; entonces la boca de él estuvo sobre la de ella. Ella tanteó, buscándole, tirando y arrancando su ropa.

Mucho después, cuando todo hubo acabado, él empezó a llorar. Ella le acunó en la oscuridad, apretándole contra su pecho, llamándole por el nombre que usaba su madre cuando era un niño muy pequeño.

Él despertó con la cabeza embotada, y ella se había alejado. Tanteó buscándola, necesitando su calidez tras tantos años. Ella le acarició con los labios, sonriendo y tocándole; y la puerta de la cámara se abrió lentamente.

Él se incorporó, consternado. Vio el mástil de azul brillante, con el sacerdote jefe a su lado. Se adelantó con un grito; pero era demasiado tarde. La puerta se cerró de un portazo; la volvió a

abrir de golpe, pero el pasillo estaba vacío. La Renacida y su servidor se habían marchado.

La luz creció sobre el Brezal. Por encima de él la alta colina y sus edificios parecían desiertos; y una llovizna caía, manando del vacío indistinto del cielo.

Se movía con una urgencia desesperada, inclinado, con los dedos aferrando la mano de la muchacha asustada. La empalizada estaba ante él, y las altas puertas desgastadas. Se apresuró a escalar, y alargó la mano para ayudarla. La falda de la mujer se rasgó; cayó junto a él con un golpe, y miró arriba y hacia atrás. La volvió a tomar de la mano, deslizándose entre la hierba en pendiente del foso, apartando las ramas empapadas de los árboles.

Desde una cámara, en lo alto del Monte, la Renacida miraba hacia abajo. Ni un temblor ni un movimiento traicionaban su respiración; junto a ella, el rostro de Cha'Ensil estaba como tallado en piedra. Los fugitivos desaparecieron, y reaparecieron en la ladera de enfrente. La mujer se puso rígida; el sacerdote se volvió hacia ella, con la cabeza gacha.

—¿Mi señora? —dijo.

Ella le dio la espalda, con las manos contra la máscara emplumada.

—Debe volver, Cha'Ensil —dijo.

Él esperó; y los hombros de Mata se estremecieron.

—¿Y si no quiere? —dijo suavemente.

Las palabras sofocadas parecieron salir con un esfuerzo.

—Entonces nadie se sentará junto a mí —dijo—. Nadie debe conocer nuestros secretos, sacerdote. O el poder que tenemos desaparecerá...

Luego, ella esperó; hasta que el picaporte repicó, y el ruido de los pasos del sacerdote se perdió. Cayó de rodillas y se arrastró hasta una esquina de la pequeña habitación. Se quitó la máscara de plumas y comenzó a sollozar.

Junto al gran montículo, el arroyo corría veloz y silencioso entre orillas cubiertas de helechos. Un árbol caído lo atravesaba, negro a la primera luz. Él lo cruzó torpemente y se volvió hacia la

muchacha. El sudor cubría su cara; miró hacía el Monte, y siguió adelante. Al otro lado del arroyo crecían macizos de hierba que le llegaban hasta la cintura. Tropezó entre ellos, con el agua parda de ciénaga rodeando sus pantorrillas. El terreno se elevó; cayó de rodillas, con la muchacha a su lado, agachó la cabeza y jadeó.

Una voz sonó claramente:

—¿Y ahora adónde, mi señor?

Alzó la cabeza lentamente. En torno a él un semicírculo de siluetas se alzaba gris contra el cielo. Unos pasos más allá, con su máscara y su manto, estaba el sacerdote. El Hermoso miró con ferocidad, pasándose la lengua por los labios, y levantó un dedo tembloroso.

—Eldron, Melgro, Baath —dijo—. Sois mis hombres. Salvadme de la traición...

El hombre llamado Eldron se adelanto y se quedó mirándole.

—Despierta al trueno, príncipe —murmuró. Hizo girar la pesada cachiporra que llevaba y le golpeó. El príncipe se vino abajo, emitiendo un grito ronco.

Melgro se pasó la mano por la cara.

—Haz que los árboles se inclinen, señor —dijo, y le golpeó a su vez.

Baath, sonriendo, sacó un pesado cuchillo.

—Convoca al rayo, labrador —dijo—, y te llamaré Dios. —Atacó con la hoja, y el pequeño grupo se cerró, golpeando en silencio. Brillaron gotas brillantes, manchando la hierba; los gritos se convirtieron en un chillido agudo que fue extinguido a su vez. El cuerpo rodó cuesta abajo, hasta el agua; se estremeció y se quedó inmóvil.

La muchacha se encogió donde había caído, sin moverse. Cuando el sacerdote se le acercó, ella levantó un rostro pálido como la cal bajo su piel morena.

—¿Por qué, sacerdote? —dijo con un hilo de voz—. ¿Por qué?

Cha'Ensil se inclinó sobre ella, sacando una pequeña daga de su cinturón.

—Yo también le quería —dijo.

Tiró bruscamente de la cabeza de ella hacia atrás, y usó el cuchillo.

Potts ha vuelto a soñar. Al principio le pareció que era otra vez un niño, de vuelta en casa y en su cama. Probablemente tenía asma; era algo que le pasaba con frecuencia. Sabía que era niño, desde luego, por el ritmo con el que su madre subía las escaleras. Ella corría así para llevarle té, un cuenco de macedonia de lata (con las dos guindas en su ración), pan con mantequilla en rebanadas finas y media pastilla de efedrina escondida en una cucharada de mermelada; aunque al cabo de los años, sus pasos se habían vuelto cada vez más lentos. Luego le pareció que estaba mejor porque su madre le dijo con toda su cruda jocosidad:

—Hala, para fuera entonces, que tú no tienes nada de nada.

Y él salió de la casa y fue hasta el coche —cómo volaban los años—, y el coche era el viejo MG que había tenido, no el Champ. Su primer motor, sí, señor. Adónde fue con él, no lo sabía; pero marchaba mejor que nunca, con el ruido del motor zumbando por pequeñas ciudades, la aguja del taquímetro oscilando mientras subía una colina tras otra, todas bañadas por el sol, y la palanca de cambios chasqueando suavemente, encajando adelante y atrás.

Ya se siente mejor acerca de aquella otra cosa. Ya podría haberse imaginado que ella no estaba muerta, por supuesto. Ahora el tiempo, que le había hecho sufrir tanto, había dejado de importar. Más allá de los mundos que había entrevisto se extendían muchos más; en uno de ellos, seguramente, verá la luz brillar en los ojos de ella, sentirá por fin sus brazos. Hasta entonces, se siente satisfecho.

Se lleva los dedos a la cara. Si ella entrase en ese momento, teme no tener muy buena pinta. Parece que le ha salido una erupción de granitos en torno a la boca; y su respiración suena extraña, burbujeante y pastosa. Además, al parecer se ha mojado durante la noche; pero está seguro de que ella lo entenderá. Tiene la almohada puesta ya bajo la espalda; y el dolor no parece tan fuerte.

No se va a preocupar más; hay demasiado que ver. Un nuevo color ha entrado ya en su mundo. Contempla la imagen que ha venido a él, la imagen de los barcos. Pronto, está seguro, volverá a verla; hasta ahora, ella ha atravesado todas las épocas a su lado.

Seis Rand, Rata y el Danzarín

I

Había llovido toda la noche y durante la mañana, de forma que largos charcos se extendían por todas partes en los muelles de Estrecho del Cangrejo, y la muchedumbre que se había congregado para ver partir a la nave larga chapoteaba hasta los tobillos en barro amarillo y pegajoso. Unos penachos de vapor ocultaban a la vista la hendidura cubierta por el mar en la que se hallaba el pueblo; por encima de las chozas y sus tejados de madera pintada se alzaba la mota del Cangrejo, una silueta pálida y severa. Más de uno de los curiosos frunció el ceño ante los presagios, haciendo por debajo del manto el signo contra la mala suerte.

La *Guardiana* estaba lista en su amarradero, como había estado toda la noche. Las rodas de proa y popa, altas y delicadamente talladas, estaban aparejadas, el gran velamen que era su fuerza, estirado hasta zumbar de lo tenso que estaba, la vela, colocada sobre el trípode que le servía de mástil. Era esbelta y hermosa, de escasa alzada y ancho bao, una nave de guerra tan espléndida como podía fabricarse en Tierra del Mar; pero los escudos que tenía colgados estaban pintados de blanco en señal de paz, y blancas telas cubrían sus costados y su cofa, de forma que parecía más bien una nave de los muertos. La muchedumbre murmuró, arrastrando los pies, volviéndose de vez en cuando para levantar la vista hacia la empalizada que rodeaba la mota.

Desde la empalizada salió la esperada procesión. Primero iba Matt el Navegante, fornido y barbado, con una piel de oso cubriendo sus hombros, que portaba la palanca curvada del timón

como si fuera una vara de mando. Tras él caminaba Egril el Patrón, el sirviente más anciano de la Casa del Cangrejo, y sus dos altos hijos. Luego iba Ranna, el sacerdote; a su lado caminaba un muchacho con un gallo enjaulado para la botadura. Seguían los cuarenta y tantos remeros y tripulantes, embozados y cubiertos contra el chaparrón. En último lugar iba Rand el Solitario, antiguo príncipe de la Tierra del Cangrejo, con Elgro el Danzarín a su lado.

Entre toda la compañía, sólo Rand iba con la cabeza descubierta; además, los curiosos vieron que no llevaba hacha ni espada. La lluvia le pegaba el largo cabello rubio al cráneo, y brillaba en sus pómulos y su garganta. Mantenía la cabeza erguida, y no daba muestras de percibir el chaparrón; sus ojos parecían grises e imprecisos como el cielo.

Los tambores batieron en el muelle. Matt se izó hasta la plataforma sobre el camarote de popa de la *Guardiana*, armó la palanca, metió las cuñas que la unían al gran fuste del timón. Desde el centro del barco se alzó un estruendo mientras los remeros ocupaban sus lugares y pasaban las palas de los largos remos por las portillas. La *Guardiana* se balanceaba suavemente, arrojando agua a chorros desde los toldillos dispuestos sobre su cubierta. Los hombres se apresuraban tropezando y resbalando; los remos tocaron el mar entre chapoteos.

Los tambores se detuvieron. Ranna, con un cuchillo en la mano, sostenía a un gallo que se debatía; y Rand habló deprisa desde la popa de la nave larga.

—Nada de sangre —dijo—. Vino, si los dioses lo quieren, o agua; pero no derrames sangre, Ranna. No lo deseo.

En el silencio, el siseo de la lluvia sonó claramente. La nave larga se movía y crujía, sintiendo ya el tirón del mar abierto. Una soga gimió, tensándose. Egril blasfemó, uniendo índice y pulgar bajo el manto; Elgro se encogió de hombros y escupió. El sacerdote volvió su cara enmascarada hacia la nave; y un grito de Matt hizo que los remos bajasen de golpe. Las últimas sogas se soltaron; las palas se alzaron una vez más como saludo, y se volvieron a sumergir. La *Guardiana* se equilibró y comenzó a ganar impulso, dejando tras de sí una estela grisácea. Lo último que los aldeanos vieron de ella fue el relucir rítmico de sus hileras de remos, lo último que oyeron, el batir de su tambor. Luego desapareció, desva-

necida como un espíritu en el mar en sombras.

Avanzó rápida y constantemente el resto del día, siguiendo el vago atisbo de la costa más cercana. Durante todo el día hasta la noche, la lluvia rugió incesante. La proa se alzaba y caía, cortando el mar; el agua pulverizada caía sobre los hombres en capas punzantes, mezclándose con la lluvia acumulada en la cubierta. El tambor batía, marcando el ritmo; los remeros apoyaban todo su peso hacia delante y hacia atrás, monótonamente, con los rostros inexpresivos. Nadie observó su paso; ninguna barca de pesca se atrevería a apartarse de la costa con un tiempo como ése, y ningún caudillo en su sano juicio abandonaría el refugio de su puerto.

Bajo la cubierta, el pequeño camarote apestaba a cuero y tela mojados. Rand gimió y se agitó, mientras la hamaca en la que estaba tumbado se balanceaba con el barco. Los tablones de la *Guardiana* crujieron y chirriaron y murmuraron; los golpes de tambor resonaban en el reducido espacio, convirtiéndose en el repique de un temible gong, el chocar de un ariete reforzado con hierro contra una puerta de roble. Masculló, se frotó la cara y se palpó hasta encontrar el amuleto que llevaba al cuello. Al cabo, la fiebre que le consumía desapareció; cayó en un sueño intranquilo.

Algo extraño sucedió. Parecía que los costados robustos de la *Guardiana* se volvían transparentes como el cristal, de forma que a través de ellos podía ver las olas y el cielo inquieto. Las olas lamían y siseaban, con espuma brillando en sus crestas; a través de ellas y por enmedio nadaba una pesadilla, arrastrando su cuerpo compesto, alzando largos brazos despellejados.

Su grito, resonando por el barco, sobresaltó a los remeros en sus bancos. Se incorporó convulsivamente, y se golpeó la cabeza brutalmente contra una viga de la cubierta. Unas manos tomaron sus brazos. Se agitó salvajemente; y la inteligencia volvió a sus ojos. Se quedó tumbado jadeando y sudando; y el Danzarín sonrió.

—Ha escampado, mi señor —dijo—. Hemos tenido una buena partida; ¿querrás marcar el rumbo?

La nave larga estaba parada en el agua, sostenida por los remos. Rand miró a su alrededor parpadeando, sintiendo que el aire de la tarde pasaba fresco sobre su piel. A popa, apenas visibles al atardecer, se hallaban las agrestes montañas de Tierra del Mar. Por delante, el borde de la capa de nubes se alzaba a poca distancia del

agua, con apariencia más sólida que la tierra. El sol se estaba poniendo en una caída de larga luz cobriza; el mar estaba en calma y vacío.

Se izó hasta el enrejado de proa y se quedó aferrado al mástil. Se pasó la mano por la cara y tragó saliva.

—Al sur —dijo—. Al sur y al oeste, Elgro. Llévame a las Islas de los Espíritus.

Los hombres se apresuraron a los aparejos de la *Guardiana*. Su vela, con la gran marca roja de la Casa, cayó y se hinchó; las sogas se estiraron y crujieron cuando la lona fue asegurada. El agua burbujeaba bajo su roda; y por fin los largos remos volvieron go-teando a bordo. La brisa soplaba continuamente; la nave aumentó su velocidad, rumbo a las Tierras de los Muertos.

Rand permaneció en la cofa, con las piernas abiertas, una mano aferrada al mástil y el viento en su cabello. El sol se hundió escarlata e iracundo, las montañas se velaron con la oscuridad. Los remeros prepararon la comida de la tarde, estiraron sus miembros cansados y se metieron bajo los bancos. Elgro llevó comida a su señor, un cuenco de sopa de aroma apetecible; pero Rand la rehusó con amabilidad y volvió los ojos hacia el mar. Elgro, maldiciendo por lo bajo, volvió sin hacer ruido por donde había venido; y oyó al marinero Dendril murmurando a su amigo Cultrinn el Calvo.

—Las noches están llenas de maravillas —decía— cuando los favoritos de los dioses se dedican a servir comidas. Quién sabe; cuando volvamos a Tierra del Mar, quizá hallemos que todas las nodrizas se han convertido en sacerdotisas.

Elgro tropezó con la punta de un remo mal colocado, arrojando el contenido del cuenco con cierta precisión sobre la cabeza del que hablaba. Dendril blasfemó, quitándose la porquería hirviente de la cara y la barba; cuando pudo ver de nuevo, los dedos fuertes como un torno de Elgro aferraban su hombro, y los ojos pálidos del Danzarín se clavaban en los suyos.

—He oído cómo maldecías por la sopa derramada, amigo, y nada más —dijo Elgro en voz baja—. Lo que resulta preferible para ti...

Los aparejos de la *Guardiana* crujían con el viento nocturno. Los remeros roncaban, envueltos en sus mantos de piel de foca; y el tambor ya no sonaba. Para Rand, el gran ariete había dejado de

chocar.

Los ojos de ella eran azules; un azul claro y luminoso como el horizonte del mar en verano. El pelo le llegaba hasta la cintura, pálido como la espuma, coronado con flores y bayas. Sus manos eran delgadas, sus caderas, anchas. Partió el pan para él, riéndose, tranquila en la casa fuerte de su marido, mientras los sirvientes del rey Engor roncaban con los perros en el suelo cubierto de esteras. La luz del fuego parpadeaba, tiñendo la piel de ella; su mano rozó el brazo de él, fresca y suave como una polilla. Levantó su copa para beber; formó con los labios el nombre de la mujer, Deandi.

Se agitó en la hamaca, mascullando.

Había sido príncipe del Cangrejo, en aquel tiempo distante; un joven alto, introvertido y poderoso, dado a extraños ataques de tristeza, a la caza y al vagabundeo solitario, a estar en escasa compañía. Los días de fiesta, cuando el hidromiel y la cerveza corrían como el agua, cuando la gran casa fuerte del Cangrejo brillaba roja y humeante con el resplandor de las antorchas y muchachas de grandes pechos saltaban y zangoloteaban sobre las mesas, Rand se sentaba aparte, escuchando disimuladamente las historias de los pescadores. Nunca se le había visto particularmente interesado por ninguna mujer, y mucho menos buscando la cama de una; de forma que su padre, el rey, le mostraba su desprecio, mofándose de su cobardía, llamándole poco hombre. Finalmente le envió a ocuparse de las ollas de cangrejos durante un mes, diciendo que éstos parecían ser su mayor amor; y la gente se rió disimuladamente al ver al príncipe con pantalones de tartán y delantal de pescador. Rand cumplió su deber seriamente, ni triste ni alegre, levantándose temprano las mañanas de niebla, remando en una barquilla de cuero prestada para recoger los bastos sedales negros y llenar las cubas con la pesca que coleaba. Las naves de guerra pasaban junto a él, en su camino hacia y desde Estrecho del Cangrejo. A veces sus tripulantes le saludaban, divirtiéndose mucho a su costa; pero Rand se limitaba a sonreír y devolvía el saludo, manteniendo el equilibrio en la barca insegura, mostrando sus dientes blancos y regulares. Sin duda era un joven muy extraño, particularmente en tanto que hijo de rey.

Cedda, aunque era poderoso, también era viejo, pues se acer-

caba a su sexagésimo año. Su salud ya no era la de antes; de forma que cuando sometió a asedio a la mota de su vecino Fenrick muchos sacudieron la cabeza, declarando que sería la última guerra que libraría. Y no se equivocaban; pues un mes después Cedda, maldiciendo débilmente, fue transportado en una gran litera desde la escena de sus afanes, con una fiebre pantanosa en los huesos. Vivió lo suficiente para ver que la fortaleza era capturada, sus defensores, pasados por la espada, y su ganado, conducido a nuevos campos; luego partió con los dioses, dejando a Rand como patrimonio un reino y una disputa de sangre, ninguno de los cuales parecía ser muy deseado por el joven. Pues el hermano de Fenrick era Engor el Lobo; y la esposa de Engor era Deandi, de brazos blancos y frescos.

La llamó desde la hamaca, una y otra vez, golpeando con los puños la pared de madera del camarote.

Abrió los ojos. La luz grisácea se filtraba en el pequeño espacio; en su boca había un gusto como de sangre. Puso los pies en el suelo y se incorporó, aferrándose a un montante. La *Guardiana* oscilaba levemente. La tensión del velamen estremecía la madera; los tablones crujían y se movían, susurrando.

Se puso el manto sobre los hombros y abrió la puerta del camarote. Entró en un mundo en sombras. El agua lamía y burbujaba; el cielo estaba gris como el hierro nuevo. Los remeros se agrupaban en los bancos, aún envueltos en los mantos; la vela resonaba ociosa contra el mástil. A popa, la tierra se había desvanecido; la *Guardiana* era un punto en la gran desolación del mar.

Siguió adelante, y se quedó temblando un poco y entrechocando las manos. Un toque en el brazo le hizo volverse; miró los ojos alargados del Danzarín y observó su extraña cabeza con rizos medio rojos, medio canosos.

—Buenos días, mi señor —dijo Elgro.

Él volvió a mirar el agua y sonrió.

—Es como el mundo congelado del que hablan los sacerdotes —dijo—, donde los hombres son tan viejos como las montañas. — Se recostó contra el mástil y levantó la vista hasta los largos puntales. Dejó que los ojos bajaran hasta el velamen y las largas varas de fresno que lo estiraban, los toldillos enrollados en torno a sus pa-

los, la complejidad abarrotada de la cubierta—. Elgro, ¿cuántos años tiene esta nave?

Elgro lo pensó, pasándose los dedos romos por el cabello.

—Tu padre la construyó cuando era joven —dijo— para librar una guerra. Aquello sucedió dos estaciones antes de la gran inundación, cuando el tejado fue arrancado de la mota y el monstruo marino salió del mar. Y cinco años antes de que ascendiera al trono y declarase la guerra a Dendril y a los hijos de Erol del Pantano. —Se encogió de hombros—. Muchos años, mi señor. Demasiados para contarlos con la cabeza.

Rand asintió lentamente. Su cráneo parecía hueco y vacío, como si hubiera estado bebiendo vino del Mar Interior. Cerró los ojos; y el balanceo de la nave pareció intensificarse.

—Todo vuelve a mí —dijo—. Volví a soñar anoche. Elgro, ¿fue apropiado? ¿Por un pecado tan pequeño?

El otro frunció los labios.

—Bailé para alejar a los espíritus la noche en que naciste. No me pidas que responda por los dioses.

Rand frunció el ceño, como si realizase un esfuerzo para recordar.

—Estamos muy cerca —dijo—, y sin embargo nos hallamos muy lejos el uno del otro. A veces me parece que me hallo lejos de todos los hombres. Otras... es como si nosotros mismos fuéramos espíritus. Gimiendo y balbuceando, sin poder escucharnos entre nosotros.

Elgro le observó impasible, sin responder. Se hizo el silencio; luego Rand suspiró.

—Recuerdo la primera vez que navegué con mi padre —dijo—. Tenía cinco años. Fuimos a Dominio de las Focas, donde estaba la mota de Tenril. ¿Te acuerdas?

El Danzarín asintió.

—Era verano, y el sol no se ponía nunca —dijo Rand—. Había una gran carpa en la costa. Se podían oír los gritos que salían de ella, y las campanas de los danzarines. Me senté y miré a las focas en las rocas. La luz era extraña. Era como si viniera de dentro de las cosas. De todas las cosas.

Elgro esperó.

—Luego, el mar se puso azul —dijo Rand—. Se podía oler la tierra, a mucha distancia mar adentro. Como heno y flores. Ésa fue

la noche en que ella vino conmigo.

—Mi señor, debes comer algo —dijo Elgro.

Rand negó con la cabeza, con la mirada perdida.

—Ella quería navegar hacia el norte, para siempre —dijo—. Para ver los gigantes de hielo, y encontrar la casa fuerte del rey oso. —Se dio la vuelta—. ¿Qué cuentan de estas Islas de los Espíritus? Dímelo otra vez.

Elgro se encogió de hombros.

—Dicen que los espíritus vuelan hasta allí, después de la muerte. Y que los acantilados están cubiertos de dioses gimientes, y de reyes de otras épocas tan numerosos como la hierba.

Rand volvió a sonreír.

—¿Y según tú?

Elgro negó con la cabeza.

—Yo digo que la mayoría de las tierras se parecen, mi señor. El sol se pone y sale, la gente se despierta y duerme. Algunos rascan el suelo, algunos pescan. Otros se dedican a la guerra.

—Y nosotros no hacemos ninguna de estas cosas —dijo Rand. Apoyó los codos en el costado curvado de la nave larga y miró al mar—. Cuando ella vino conmigo, todo era nuevo otra vez. Pensé que podría vivir para siempre.

A popa, el sol era como un ojo ciego y brillante. Los remeros se estiraron, rascándose. Alguien se rió; un tripulante fue hasta el costado de la nave para orinar en el mar. Rand se incorporó.

—Tales noches le hacen a uno rezar por el amanecer —dijo—. Elgro, dánzame un espíritu. Te daría la mitad del mundo.

El viento se levantó a lo largo del día. La *Guardiana* ganó velocidad, siseando camino del sur, dejando tras de sí una estela de espuma brillante. En una ocasión aparecieron montañas, altas y difusas, hacia el este; otra vez, el vigía avistó una vela desconocida. La nave larga se mantuvo a distancia. Al anochecer, el mar estaba vacío de nuevo. El viento seguía soplando desde el norte, fuerte y frío.

Una mezcla de sonidos sacó a Rand de su sueño. Las olas chocaban y silbaban, los tablones gemían, el agua pulverizada volaba resonando contra las planchas, sobre su cabeza. La *Guardiana* se movía salvajemente; alzándose, balanceándose, deslizándose de cabeza en las depresiones entre las olas. Se abrió paso hasta la cubierta y se mantuvo aferrado al mástil. Hacia el oeste se extendía

una costa recortada. Entrecerró los ojos, gritó una pregunta; a su lado Egril asintió sombríamente, con el largo cabello flotando en torno a su rostro.

—Las Islas de los Espíritus, mi señor. Pero no desembarcaremos aquí.

Hacia el mediodía el tiempo había empeorado. Cayó un chubasco tras otro; la nave larga se esforzó, sumergiendo los imbornales de sotavento, cayendo en un revoltijo blanco. Por dos veces Egril ordenó que los tripulantes subieran a recoger la vela. El viento chillaba en los aparejos, tirando de sus espaldas mientras subían. La *Guardiana* corría hacia el sur, bajo la lona destrozada; y el viento seguía aumentando. La verga fue asegurada, una y otra vez; pero la marea estaba fluyendo hacia la costa, llevando la nave hacia sotavento. Egril ordenó que sacaran los remos; y comenzó una lucha cansina. Rand se puso a remar con el resto, y el Danzarín a su lado.

El tambor latía con urgencia; dejó caer su peso hacia delante y hacia atrás, oyendo los martillazos bajo el casco, sintiendo cómo se estremecían las planchas bajo sus pies. En sus palmas se formaron ampollas que se rompieron; pero el dolor y el esfuerzo eran antidotos contra el recuerdo. Durante un rato, se sintió casi feliz.

A lo largo del día, el barco se mantuvo en su rumbo; pero hacia el anochecer el viento, con ráfagas tan violentas como siempre, viró al este. Matt y Egril se consultaron con preocupación, aferrados a sotavento de la popa que se agitaba salvajemente. Al sur, apenas visible a la luz menguante, se extendía una larga lengua de tierra. Más allá, si la *Guardiana* podía resistir hasta allí, se hallaba el profundo canal que separaba las Islas de los Espíritus del norte y del sur. Una vez lo hubiera pasado, un barco podía navegar durante días; hasta el borde del mundo, si era necesario.

Los tripulantes volvieron a moverse. La vela fue plegada, y la gran verga fue bajada poco a poco hasta la cubierta. Una vez se hubo conseguido esta hazaña, la *Guardiana* se movió un poco menos. Su velamen estaba estirado; y los remeros se inclinaron de nuevo, cansinamente, sobre su tarea.

Durante una hora o más, la cosa no estuvo clara. Sobre el mar, por encima de la mezcolanza de sonidos, se oía el rugir de las olas batientes. La luna, que se deslizaba entre las nubes rasgadas, permitía ver rocas cercanas. La *Guardiana* se hundía y cabeceaba, ca-

yendo en los huecos de las olas, alzándose entre revoltijos de agua pulverizada. Un golpe de mar se llevó la roda de popa, otro, la mitad de los escudos; las telas que cubrían la nave se habían convertido hacía mucho en jirones. Al cabo, el rugido a sotavento pareció menguar. Los remeros miraron, incapaces de creer al principio lo que les decían sus sentidos; y la tierra se estaba alejando, y por delante se veía una desolación de agua centelleante. La nave larga volvió a guiñar, arrastrada de lado por la furia de una enorme marea.

El respiro fue breve. El viento soplaba ahora justo desde la popa; y el canal se estaba estrechando. En un determinado momento un acantilado se alzó a babor, con la cumbre perdida en la oscuridad. Las olas chocaban contra su base, cubriéndola hasta dos o tres veces la altura del mástil de la *Guardiana*. El barco se agitó y estremeció, atrapado en el hervor, antes de que la resaca lo liberase. El canal volvió a ensancharse y, luego, a estrecharse. Los vigías se aferraban a la proa y al tope, con los ojos enrojecidos, atisbando en la oscuridad. La nave larga se bamboleó, con el agua entrando y salpicando en su cala. La tripulación, muerta de cansancio, perdió toda noción del tiempo; gemía y mascullaba, rezando por que llegara el amanecer.

El cielo se iluminó gradual e imperceptiblemente. El tope se hizo visible, negro contra un gris apenas más claro, y la extensión castigada de la cubierta. Los hombres se dejaron caer sobre los remos, jadeando con alivio. Elgro, con el pelo pegado y revuelto, apretó el hombro de su joven señor y sonrió; Egril, relajado por primera vez en muchas horas, se permitió el atisbo de una sonrisa. La extraña marea, que seguía fluyendo, llevaba a la nave larga sin esfuerzo hacia el oeste; era como si la tormenta, al soplar tanto tiempo y con tanta violencia, hubiera apilado masas ingentes de agua, que ahora debían volver a su lugar.

La voz del vigía del tope fue aguda y desesperada como el grito de un ave.

Ante ellos, apareciendo entre la oscuridad, se extendía una larga lengua de tierra elevada. En su base, el mar espumeaba entre dientes abruptos de roca; más allá, una playa de suave arena gris subía hasta culminar en unos acantilados poco elevados. La corriente, fluyendo por el canal, llevaba al barco hacia delante a la velocidad de un caballo al galope.

Una nave nueva, con una tripulación descansada, podría haber superado el peligro; pero los segundos que se perdieron mientras los remeros luchaban con los remos fueron irremplazables. Las palas se alzaron y relucieron; pero el impulso era débil. La *Guardiana* viró hacia un lado, recuperó el rumbo y volvió a virar. Entonces fue demasiado tarde; se deslizó hacia delante imparable, ya entre las rocas.

Un aullido de Egril hizo que los remos volviesen a bajar. Por todas partes salvo una, el arrecife sobresalía gris y húmedo, castigado por las olas. Matt echó su peso sobre el remo; la nave larga se enderezó, y se apresuró hacia el hueco.

Durante un momento pareció que la maniobra iba a funcionar. El agua negra pasó de largo, burbujeando; entonces, los remos de la fila de babor tocaron roca. Las puntas se deslizaron hacia delante sobre las bancadas repletas; un chillido al unísono, y los bancos quedaron vacíos. La *Guardiana* viró y chocó, con un rugido batiente.

Para Rand, fue como si el tiempo se hubiera detenido. El impacto le arrojó de cabeza por la cubierta; se aferró a una soga del aparejo mientras el agua subía en torno a su cintura. Algo le golpeó el muslo; la vara de un remo se alzó y siguió girando. El barco osciló, volvió a chocar. El velamen se dobló; y las largas varas que lo mantenían tirante se salieron de sus zócalos. Vio a un hombre arrojado hacia atrás, con pulpa roja donde había estado su cara; entonces las planchas de proa se curvaron y estallaron.

La desintegración de la nave larga fue extraña por lo repentino. Sin la tensión del velamen, el casco pareció estallar al instante en las partes que lo componían. Los mástiles y las perchas, arrancados por el estallido de los costados, cayeron al mar. Los remos, los bancos, los enrejados, los cierres de las escotillas, fueron sacudidos en una gran confusión. Una ola blanca se precipitó hacia delante, punteada con toneles, tablones y cabezas humanas que subían y bajaban. Un pájaro revoloteó, con la voz perdida entre el ruido del oleaje; la ola lamió el pie del acantilado y se deshizo en un reborde de encaje evanescente.

El agua entró en los pulmones del rey. Sus oídos rugieron; emergió debatiéndose y volvió a hundirse en la quietud. Percibió, lejanamente, unas manos que le tomaban los brazos; luego sus rodillas tocaron arena. Se tambaleó hacia delante, cayó cuan largo era

y se quedó tumbado, gimiendo y vomitando sal. Sobre él, con el pecho agitado, se alzaba el hombre de pelo rojo entrecano y piernas arqueadas que le había arrebatado de las manos de los dioses.

Los supervivientes se acurrucaron tristemente en la playa. De cuarenta hombres, sólo quedaban veintiuno; y entre ellos Cultrinn estaba agachado y gemía, apretando unos harapos ensangrentados contra el muñón de un brazo. Bajo el acantilado Egril yacía con el rostro grisáceo, tosiendo. Sus hijos se inclinaron sobre él; y a su lado se arrodillaron Rand y el Danzarín.

Dendril se acercó lentamente al grupo. Permaneció con las piernas abiertas y la mano en la empuñadura de su espada.

—Te consideran rey del Cangrejo —dijo, bajando la vista despectivamente—. Pero no veo aquí a ningún rey digno de ese nombre. —Alzó la voz—. Veo a un pescador. Que pescó demasiado tiempo y demasiado lejos, robando entre otras cosas las ollas de su vecino. Que, en su arrogancia, negó a los dioses lo que se les debe, y ahora espera que todos compartamos su castigo. La mitad de nosotros ya ha desaparecido; los que quedamos, ¿deseamos morir con él? Mejor será que le dejemos aquí para que lllore su pena, y yo os guiaré. Su sirviente puede traerle sopa.

Rand se volvió, sacudiendo la cabeza como si le doliera algo; y Elgro dio un paso adelante, sonriendo.

—Dendril —dijo—. Y todos los demás que habéis jurado seguir al Cangrejo. Una nueva melodía me ha venido a la cabeza. Siento que mis pies empiezan a desear moverse; ¿alguno de vosotros danzará conmigo? Pues los espíritus flotan justo por encima de nuestras cabezas; un sacrificio los calmará.

Se agachó, con los ojos enrojecidos por la sal, doblando los largos brazos. Se produjo un silencio; luego, uno de los remeros, un hombre robusto de barba rubia llamado Egrith, alzó la voz.

—Sabes bien que no tengo nada contra ti, Elgro —dijo—. También, que cumplo mis votos. Pero lo que digo es cierto. Partimos sin marca ni sacrificio, lo que es contrario a todas las leyes sacerdotales que jamás he conocido; y mira adónde nos ha conducido eso.

—Vaya, Egrith —dijo el Danzarín—, bien veo adónde os ha conducido; habéis atravesado un momento de peligro mortal hasta

llegar a una playa bienaventurada, donde enseguida secaremos nuestra ropa y conseguiremos comida, y nos comportaremos como hombres del mar y no como niños que se pelean. Si no estás satisfecho con esto, quizá deberías volver a adentrarte en el mar; o venir conmigo, y yo sujetaré tu cabeza bajo el agua hasta que tu honor se vea aplacado.

Alguien rió de repente; y la tensión se alivió. Dendril, volviéndose para incitar a los demás, vio que el apoyo que le brindaban se desvanecía. Apretó los puños con furia, y se alejó.

—Eso está mejor —dijo Elgro después de un momento—. El resto, recoged madera para encender una hoguera. Y Egrith, sube por el acantilado hasta donde llegues y vigila. Los espíritus me dicen que hay muchas tribus en esta tierra, y no todas son amigas.

El grupo se puso a trabajar. Había abundante madera del naufragio; se obtuvieron chispas del pedernal y el acero, y una llamada prendió en el refugio entre las rocas. Se había rescatado del agua un caldero de hierro; y Matt, entrando en el mar, había recuperado un barril de carne en salazón y otro de arenques de Tierra del Mar. Se recostaron sobre la playa más satisfechos mientras sus mantos de piel de foca, sostenidos con palos en torno al calor, soltaban vapor y apestaban. Pasó una hora; luego, Galbritt y Ensor les llamaron desde el pie del acantilado. Rand, apresurándose hasta donde estaban, vio que el Patrón se levantaba. Por dos veces intentó hablar, extendiendo el brazo; luego los tosidos le sacudieron de nuevo. Cayó de espaldas, con los ojos fijos e inexpresivos. Brotó sangre entre sus dientes, y murió.

—Esto es bueno también —dijo Elgro en voz baja—. Ahora le construiremos una sepultura de piedras aquí. Así yacerá a la vista del mar; y ningún zorro ni pájaro le visitará, turbando su sueño. Además, danzaré la danza más potente que conozco, para que su descanso sea más dulce. —Se volvió rápidamente hacia los hijos—. ¿Estaréis satisfechos con eso?

Se quedaron pensativos, tirándose del labio; y Galbritt, el mayor, respondió.

—Habló de cosas extrañas antes de morir —dijo—. No le entendimos. Había algo sobre brujería, y un hada que hechizó al rey; pero no reclamó sangre como venganza. Quedaremos satisfechos.

Los hombres del mar volvieron a desplegarse por la playa. Alzaron un montículo de rocas sobre el Patrón, de seis metros o más

de largo y dos metros de alto. En la cabecera colocaron el gran mástil de la *Guardiana*, que las olas habían arrojado a la playa. Elgro, inspeccionando la obra, declaró que era satisfactoria. Danzó una canción salvaje, pateando la arena adelante y atrás; cuando hubo terminado se acercó a Rand, que como siempre estaba un poco apartado, con la barbilla contra el pecho.

—Escucha, mi señor —dijo suavemente—. Tenemos veinte hombres, y nuestro ánimo ha mejorado; aunque uno de nosotros, ciertamente, estaría mejor en cualquier otro lugar. —Indicó con la cabeza hacia donde estaba sentado Dendril, ceñudo, junto a su amigo herido, mientras afilaba significativamente un cuchillo en su palma.

Rand le miró, y negó con la cabeza.

—Elgro —dijo—, conoces el voto que he hecho. He derramado suficiente sangre; y ahora hay más vidas sobre mi conciencia. Déjalo. —Cerró el manto en torno a sus hombros, y miró al mar—. Abandonaremos este lugar. Que los hombres tomen lo que puedan llevar del naufragio; puede que pase un tiempo antes de que encontremos refugio.

El grupo emprendió camino lentamente hacia arriba, con Rand en cabeza junto a los hijos de Egril. Matt le seguía, taciturno como siempre; luego iban los remeros, bien provistos de armas, y algunos con abultados sacos a la espalda. En la retaguardia, Cultrinn, con el rostro pálido y gimiendo, era medio llevado y medio arrastrado por el empinado sendero del acantilado.

El sol estaba alto cuando llegaron a la cima. Tras ellos el mar se extendía en la distancia, ahora tranquilo e irónicamente azul; hacia el sur, la tierra se abría abrupta y ondulante, una colina tras otra, punteadas de helechos y alfombradas de brezo. No se veía humo por ninguna parte; no había sonidos ni señales de poblaciones humanas.

Rand se protegió los ojos del sol, inseguro.

—Elgro, dependo de nuevo de tus consejos —dijo—. Conoces mi necesidad; ¿qué dirección debo tomar?

Elgro frunció el ceño.

—Conozco hasta cierto punto las costumbres de los espíritus —dijo—. Danzo por la vida y por la muerte. Pero tu tienes un asunto pendiente con los dioses. Para eso necesitas a los sacerdotes que dejamos atrás.

Rand le miró fijamente, y se encogió de hombros.

—En ese caso —dijo—, cualquier dirección es buena. —Comenzó a marchar sobre la hierba corta, con la cabeza inclinada, sin mirar atrás. Los hombres del mar le seguían, formando una hilera serpenteante.

A mediodía descansaron en una hondonada a cubierto, y comieron parte de los alimentos que habían llevado. Ahora Rand estaba impaciente por partir. Se levantaron sin quejas inapropiadas, y una vez más se echaron las cargas a la espalda.

El sol cayó hacia el oeste. Sus sombras crecieron; y seguía sin haber más que colinas vacías a ambos lados. El cielo estaba enrojeciendo cuando se tropezaron con una curiosa visión. En la cima de una extensión de pradera había una pequeña choza de piedra, que no se alzaba por encima de la cintura. A su alrededor, y a una distancia de veinte pasos más o menos había un círculo de piedras erectas. El viento había cesado a lo largo del día; ahora no se movía ni una hoja. El lugar estaba completamente silencioso.

Elgro se acercó olisqueando como un perro, como era su costumbre cuando estaba intrigado o suspicaz.

—Este lugar apesta a dioses —dijo finalmente—. De forma que algún tipo de gente vive en estas colinas. —Se aproximó con cuidado, poniendo un pie delante del otro, y se acuclilló a la entrada del santuario. Se quedó un rato mirando; luego se incorporó con una corta risa—. Un gran espíritu. Si es el más poderoso que la tierra puede ofrecer, creo que no nos pasará nada.

Rand, inclinándose, distinguió una imagen en las sombras. Unos ojos de piedra pulida le guiñaron; encima había dos altas orejas. Negó con la cabeza, frunciendo el ceño. Aunque la talla era basta y cruda, la figura era, sin duda, un conejo.

—Ciertamente —dijo Elgro—, un pueblo que adora a los conejos debe ser curioso de ver.

Al lado de Rand, Galbritt le tocó el brazo. Sacó la espada con un roce metálico.

Frente a ellos, a unos veinte pasos, donde un momento antes había sólo un brezal vacío, estaba un pequeño grupo de hombres. Eran bajos, pues apenas llegaban a los hombros de los hombres del mar, pero también robustos y de sólida constitución. Llevaban lanzas ligeras, de puntas tan finas como ramitas; y tres o cuatro portaban arcos listos para disparar.

Los hombres del mar se agruparon, murmurando; pero Rand alzó un brazo. Caminó hacia delante lentamente, con las manos abiertas.

—Somos navegantes, y hemos naufragado en vuestra costa —dijo—. Venimos en son de paz y sólo buscamos refugio para la noche. Además, uno de los nuestros está muy enfermo. Si vuestros sacerdotes pueden sanarle, os pagaremos con oro.

Los extraños le miraron con indiferencia; entonces uno, que parecía ser su cabecilla, gruñó.

—Esas espadas que veo en las manos de tu gente parecen muy pacíficas —dijo—. Y las hachas y lanzas, también. Además, habéis profanado un lugar sagrado, y el castigo por ello es la muerte.

—No teníamos intención de causar daño —dijo Rand pacíficamente—; nos acercamos sin saber que era la casa de un dios. Mostradnos cómo podemos complacerle, y realizaremos una expiación. Además, me sentaré ante vuestro fuego y hablaré, pues veo que sois un pueblo antiguo y muy sabio.

Los extraños gruñeron entre sí; luego, el líder volvió.

—Los hombres del mar que buscan la paz son gente maravillosa —dijo—. Ayer a mediodía el sol se congeló, y cubrió la tierra de carámbanos. Esta noche, sin duda, la luna se volverá verde.

Rand se volvió.

—Elgro, díles que envainen las espadas.

Enfundaron las armas a regañadientes. Las pequeñas gentes barbotearon de nuevo entre ellas; al cabo pareció que alcanzaban una decisión. Los arcos fueron bajados; y se formó una guardia, a una distancia circunspecta de los hombres del mar. El grupo se puso en marcha, siguiendo un sendero bien marcado por la loma de la colina.

La aldea a la que finalmente llegaron parecía extremadamente curiosa. No había espléndidos edificios, ni choza del jefe ni cabaña del sumo sacerdote; de hecho, desde lejos no se veía ningún alojamiento, pues sus tejados bajos, sobre los que crecían helechos y hierba, se camuflaban perfectamente con el terreno del valle en el que se encontraban. De aquí y de allí salía humo; en las puertas de las chozas ante las que pasaban había mujeres con bebés en las caderas que miraban hoscamente. Todas estaban desnudas desde la cintura, y eran tan regordetas y poco agraciadas como sus hombres.

Había una especie de choza del consejo; una estructura larga y baja tan cubierta de hierba como las demás. Ante ella los hombres del mar esperaron con desconfianza durante lo que les pareció un tiempo interminable. En el interior se oían voces que se alzaban en una discusión. Finalmente su guía volvió a salir.

—Yo, llamado Magro, os doy la bienvenida —dijo con aire importante—. Nuestro dios, que es muy sabio, os ha enviado evidentemente para que seáis sus invitados y le hagáis compañía. Dentro de una semana celebraremos el gran festival. Entonces le adoraréis, y vuestra promesa será cumplida.

Les condujo a una choza más alta y más larga que las otras, un poco apartada sobre un montículo que dominaba el arroyo poco profundo cuya agua bebía la aldea.

—Aquí descansaréis —dijo—. Se os traerá comida y bebida; pero no tenemos habilidades curativas. Hablaré de tu amigo a la Pies Veloces; después de eso, si muere será por la voluntad del dios.

Se les sirvió una especie de sopa, y jarras de una cerveza tibia y rancia. Elgro, sentado meditabundo en el portal de la choza, bebió un trago y lo escupió sobre la hierba.

—Bien, mi rey —dijo—. Espero que tu penitencia te haya traído alegría hasta ahora. Parece que nos ha costado un barco y media compañía, y por muy poco también nuestras vidas; y creo que otros de nosotros no viviremos para ver de nuevo Estrecho del Cangrejo. Por mi parte, trocaría el examen de conciencia por un trago de hidromiel de Tierra del Mar, bebido tranquilamente en nuestra propia casa fuerte, con gentes en las que podemos confiar a nuestra espalda y rodeados por el ruido del mar.

Rand no respondió; sólo apuñaló la hierba con un palo puntiagudo y frunció el ceño.

Más tarde, por la noche, buscaron a Magro en su choza. El pequeño jefe estaba sentado tomando cerveza frente a un fuego humeante, rodeado por sus mujeres. Frunció el ceño cuando los hombres del mar entraron, saludándoles con un eructo; pero Rand se acuclilló ante él sobre la ceniza humildemente.

—Aquí tienes oro —dijo—, pues mi gente te está agradecida. También un gran tesoro; una piedra mágica, con la cual cruzamos el mar. Señala siempre a nuestra patria, pues desea volar de vuelta hacia ella sobre el agua.

El jefe tomó la aguja en su fino hilo, la miró sin curiosidad y la arrojó a un lado.

—Nos quedaremos con el oro —dijo—. Las piedras mágicas no sirven de nada. Somos un pueblo antiguo, y demasiado sabios para molestarnos con juguetes. Puedes colgarla del cuello de uno de nuestros niños, o de una mujer.

Junto a Rand, Elgro siseó como una serpiente. El príncipe puso una mano en su brazo.

—Primero te contaré cómo naufragamos —dijo—. Partimos de Tierra del Mar con telas de paz en los costados; pues había oído que hay muchos dioses en este país. Yo soy rey en mi propia tierra; éste es mi Danzarín, amigo de los espíritus. Venimos a pedir os consejo.

—Entonces sois estúpidos —dijo el pequeño hombre con franqueza—. Como corresponde a los hombres del mar, y a los piratas. Existen tales dioses, como sé muy bien; pero su tierra está al sur, a muchos días de viaje de aquí. No viviréis para alcanzarla; si lo hacéis, será peor para vosotros. —Gritó estentóreamente; y se le llevó más cerveza—. Bebed. Somos un pueblo amable, pues respondemos con el bien al mal que se nos hace; sea esto o no lo que habéis oído.

Luego accedió a discutir el asunto de los dioses.

—Antes había muchos dioses, y también espíritus —dijo—. Algunos vivían en las rocas, otros, en los árboles y los ríos, otros, en hoyos en el suelo. Entonces éramos un solo pueblo a lo largo de todas las islas; vivíamos en paz, sin hacer daño a nadie, recordando la sabiduría de los Gigantes. —Sorbió por la nariz—. Entonces llegaron los guerreros de los caballos. De dónde, nadie lo sabe. Conquistaron la Tierra del Norte; nuestras ciudades, que eran maravillosas, fueron destruidas. Luego llegaron hasta aquí. Nuestras ciudades fueron destruidas. Algunos huimos hasta donde el pasto es escaso y el terreno es malo para el arado. Con nosotros trajimos a un dios, el más antiguo y fuerte de todos. —Alzó la figurilla que colgaba de su cuello, y estalló en un cántico infantil—. El Conejo no lucha contra nadie, pues es rápido y sabio. El Conejo destruye a sus enemigos, pues es astuto en la noche. El Conejo es señor de las colinas, y de los altos pastos junto al mar. —Tomó otro trago de cerveza—. Ahora llegan los hombres del mar a su vez. Luchan con los guerreros de los caballos en tierra, y acosan a sus barcos.

Como ellos, queman y matan. A vosotros, que sois hombres del mar, no tenemos motivos para amaros. Sin embargo, os hemos acogido y dado refugio. Aquí os quedaréis. Dentro de una semana es el festival de nuestro dios. Le adoraréis.

Rand frunció el ceño, dibujando con un dedo en la ceniza.

—Jefe —dijo—, ¿cómo será eso?

Pero Magro se limitó a eructar de nuevo, y se encogió de hombros.

—A vuestra manera —dijo—, le adoraréis.

Más tarde Elgro habló con amargura en la oscuridad de la choza comunal.

—Por lo que respecta a la sabiduría —dijo—, debí haber tomado el cuello de ese reptil retaco entre mis manos, para enseñarle, si no otra cosa, la sabiduría de la buena educación.

Rand yacía con los ojos abiertos, mirando la oscuridad.

—He venido en son de paz, no para matar, Elgro —dijo—. En son de paz.

Elgro bufó.

—Tu deseo de paz, sin duda, se verá satisfecho —dijo—. Pues terminará con la muerte de todos nosotros.

Rand se volvió, haciendo chasquear la cama de helechos. Se quedó quieto largo tiempo, oyendo la respiración constante de los remeros, los gemidos del herido. Hacia el amanecer, los sonidos cesaron. A la luz de la mañana vieron que el Conejo había dado su respuesta; Cultrinn estaba muerto.

En los días que siguieron, aprendieron las costumbres del pueblo de Magro y de su dios. Sus santuarios eran abundantes, dispersos por todas partes en las colinas circundantes. Desde árboles huecos, desde cuevas, desde las pequeñas chozas, la máscara diminuta guiñaba el ojo y brillaba a la luz. Era veloz, y débil, y estaba al acecho; y la tierra le pertenecía.

La cuarta mañana la gente de los campos cercanos comenzó a reunirse en el pequeño pueblo cubierto de musgo. Había muchas personas yendo y viniendo, y armando jaleo y chapoteando junto al arroyo. Los perros ladraban; las mujeres parloteaban, los niños chillaban. Se levantaron tiendas por docenas, bastas carpas de pellejos colgados sobre varas de sauce curvadas. Se cortaron y apilaron hatos de leña; y se preparó una gran hoguera en las afueras de la aldea. Elgro contempló los preparativos con creciente descon-

fianza.

—Respecto a ese asunto de la adoración —dijo—, creo que ya tenemos suficientes dioses. Además, la forma que adoptará el asunto no está lo suficientemente clara para mi gusto. Algunos modos de adoración pueden ser bastante incómodos; como tú, mi señor, sabes tan bien.

Pero Rand negó con la cabeza.

—Son gentes hospitalarias —dijo—. Sus modales no son tan buenos como sería de desear, pero no nos han amenazado. Seríamos groseros si nos vamos ahora, o si rehusamos ver los ritos de su dios. Además —sonrió, amable—, un Danzarín de Tierra del Mar tiene poco que temer, me imagino, de un Conejo.

Elgro frunció el ceño, y se encogió de hombros; pero durante el resto del día, y durante el día siguiente, procuró que se notara que iba bien armado.

Hacia la quinta mañana, las tiendas se extendían hasta el borde del valle; y al anochecer comenzó una extraña procesión. Por todas partes, las imágenes del Conejo eran retiradas de sus nichos. Llegaron cada vez más, cada una llevada en una litera de tela y varas de sauce, a cargo de un grupo de hombres con antorchas y flautas, que entonaban cánticos. La hoguera fue encendida; a su alrededor se arremolinó una congregación cada vez mayor, un mar de orejas alzadas y ojos amarillos que no parpadeaban. Los tambores comenzaron a batir; las jarras de cerveza empezaron a circular con liberalidad, y las danzas se iniciaron. Los sacerdotes, desnudos salvo por gorros de piel, giraban y chillaban; las muchachas que cantaban, con el símbolo del Conejo saltando entre sus pechos, pasaban entre la gente sentada, arrojando gotas de sangre y miel.

El ruido se acrecentó. El calor de la hoguera también; y Rand sintió que su propia cabeza comenzaba a latir. El ariete estaba golpeando de nuevo; tomó una cerveza, tragándola con prisa, ansioso por entumecer su mente. El sudor cubrió su cuerpo; los danzarines oscilaban, moviéndose adelante y atrás, con los cabellos sueltos, los rostros iluminados por el naranja de las llamas. Entonces le pareció que todo el mundo giraba. Se levantó con un grito; se lanzó hacia delante, y apenas sintió las manos que le arrastraban hasta la choza. Se derrumbó sobre la cama, estremeciéndose y gimiendo, con el ruido aún en sus oídos como un mar distante. Al cabo los sonidos se apagaron. La danza continuó toda la noche, hasta el

amanecer; pero él estaba muy lejos.

Le coronaron rey, en la gran casa fuerte del Cangrejo, colocándole sobre el trono de madera pintada. Durante un día y una noche permaneció sentado, con la espada de su padre en las rodillas, mientras a su alrededor proseguían las borracheras y los banquetes. Las naves largas crujían y se agitaban, agrupadas en el puerto y a lo largo de los muelles de Estrecho del Cangrejo; en la colina, la mota ardía con luz, mostrando que Rand el Solitario abría su casa al mundo entero. Hasta él llegaron mensajeros de todas las cortes de Tierra del Mar; desde Dominio de las Focas hasta Pantano Azul, desde Roca del Gusano hasta los dispersos Lagos del Oso. Todos juraron amistad según el antiguo ritual, con sangre y sal; él los recibió sonriendo, y entregó un anillo de oro a cada hombre. Pero con el transcurso de la noche sus ojos se volvían cada vez más hacia las ventanas dispuestas bajo los altos aleros. Una cuba tras otra fueron abiertas, y jarra tras jarra de vino del Mar Interior; y todavía, la voz que más deseaba oír estaba callada.

Llegaron con el amanecer; una docena de hombres de rostro severo, subiendo pesadamente desde el muelle para llamar a las puertas de la empalizada. Se mandó buscar cerveza e hidromiel, y los consejeros del rey fueron convocados o despertados violentamente de su roncar. Recibió a los mensajeros rodeado de pompa, sentado junto a Elgro y Ranna, el sumo sacerdote. Entraron a grandes zancadas orgullosas, con las armaduras tintineantes, sin mirar ni a izquierda ni a derecha; y el Cetro del Lobo fue plantado en el gran salón de Cedda.

Durante otro día y otra noche el rey se retiró, ordenando que se tratase a los forasteros con toda cortesía. Se sentaba en su alta cámara, mirando las figuras que el sol trazaba en los muros cubiertos de tapices, oyendo el clamor de los cubos de leche en los cobertizos, los gritos de los juegos de los niños. Al cabo tomó una decisión, y el consejo volvió a reunirse.

Los mensajeros decidieron oírle completamente armados, cada uno con un cabo de guerra rojo en el cinturón. Se alzó un rumor en el gran salón; el rey lo aplacó, alzando las manos.

—Seamos pacientes —dijo—. Se ha causado un perjuicio; la sangre no lavará la sangre. Ahora, que se acerquen nuestros amigos.

Miró a cada hombre reflexivamente antes de continuar.

—Oídmelo bien —dijo— y llevad con cuidado estas palabras a vuestro señor. Fenrick avergonzó a mi padre, el rey Cedda, al reclamar ciertas tierras de pasto, y derechos de caza en otras que pertenecen al Cangrejo. Por esto fuimos a la guerra, y la mota de Fenrick fue conquistada. Con Engor no tenemos disputas; ni buscamos tenerlas ahora. Sin embargo, se contrajo una deuda de sangre, que el Lobo tiene todo el derecho a reclamar.

Los murmullos volvieron a alzarse; de nuevo, los aplacó.

—Nos quedaremos la mota de Fenrick por derecho de conquista —dijo—. Esto es justo según todas las leyes de Tierra del Mar. También aquéllas de sus tierras que lindan con las nuestras, desde la mota hasta la Roca de Steffa. Trazaremos una línea entre estos puntos, y la marcaremos claramente con postes. Las tierras al otro lado, hasta sus propias fronteras, se las damos a nuestro hermano Engor. Que su pueblo las habite en paz. El ganado que tomamos no puedo devolverlo, pues es botín de guerra. Pero por mi parte... —Un gran escándalo sacudió el gran salón. Se levantó, y poco a poco lo calmó—. Por mí parte, os daré el botín de mi padre. La tela de las Tierras Amarillas, el vino del Mar Interior; el cofre de especias, y ocho lingotes de oro. También las armas de la armería, tanto hachas como espadas, y la nave larga *Serpiente de mar*, con sus escudos y aparejos de guerra. Todo esto lo pondré por escrito para vuestro rey. Las cosas menores podréis llevároslas con vosotros cuando os vayáis; prepararemos la *Serpiente de mar* para el viaje, y la aprovisionaremos para una semana de travesía. Si vuestro señor desea enviar una tripulación para ella, será honorablemente recibida. —Sonrió a los mensajeros—. ¿Será esto satisfactorio para el rey Engor?

Se miraron entre ellos, silenciosos y asombrados, y se encogieron de hombros.

Más tarde, desde el paseo de las murallas, el Danzarín observaba a la última de las carretas que salía camino del puerto. Entonces se volvió, mostrando los dientes.

—Mi señor —dijo—, recuerda mis palabras. La obra de este día se pagará muchas veces con sangre.

Rand negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Elgro —dijo—, ¿es que no podemos vivir en paz? El sol es gratis para todos; y las montañas, el verdor de la primavera, los peces del mar. He extendido la mano, algo que ningún rey hizo antes

que yo. Disfrutemos de estas cosas mientras podamos. Los días ya son lo bastante cortos para todos nosotros; y se oscurecen con las sombras, queramos o no.

Elgro se encogió de hombros y se fue, murmurando.

Para el pueblo de Rand fueron tiempos difíciles; pues la historia de su generosidad se extendió, desde las ciénagas del sur hasta la más fría mota del norte, donde la aurora resplandece y el pueblo del hielo acude a comerciar. Por todas partes los hombres sacudían la cabeza, y declaraban solemnemente que el rey del Cangrejo estaba loco. Pero los locos ricos son amigos útiles; y una delegación tras otra se presentó en la mota, armada con demandas de esto y lo otro. A veces Rand les reprendía y les mandaba de vuelta; pero normalmente, cedía. Envío tapices al príncipe del lago Oso Blanco, oro a Ulm de Pezgardia, una bailarina al señor de las Nueve Islas. Mientras tanto, se clavarón las estacas de la frontera. Engor ocupó las tierras cedidas, con una conspicua exhibición de fuerza. Dos días después llegaron noticias de que la valla había sido derribada y el estandarte del Lobo había avanzado hasta el mismísimo límite del territorio de Rand. Éste frunció el ceño, pero no realizó ninguna acción contra su vecino.

Los barcos de guerra se acostumbraron a navegar por Estrecho del Cangrejo a la luz del día, robando las capturas de los pescadores, añadiendo insultos a la afrenta del robo. Rand calmó la indignación de su pueblo de su propio bolsillo. Forasteros armados aparecieron en los pastos del Cangrejo, haciendo huir a los esclavos del campo, robando el ganado y pisoteando el trigo. A sus reyes, Rand les envió reconvenciones expresadas en los términos más suaves; y más regalos, para asegurar la paz que ansiaba. De esta manera transcurrió el incómodo verano. Las tempestades otoñales azotaron las costas de Tierra del Mar; y durante un tiempo, los reinos estuvieron tranquilos.

Con la primavera llegó el desastre que Elgro había predicho. Durante días, mientras el sol recobraba lentamente la fuerza, llegaron noticias de asaltos y pillajes, asesinatos de campesinos e incendios de chozas apartadas. Engor, recorriendo las fronteras de Rand con todas sus fuerzas, proclamó jactanciosamente que antes de que transcurriera otro invierno él mismo reinaría en la casa fuerte del Cangrejo. Rand pasó una noche en un consejo tormentoso. Ranna habló amarga y largamente; Elgro le reconvino; Egril pateó el sue-

lo del salón, jurando que antes de soportar más insultos vendería sus servicios a un señor extranjero. Nada de todo eso conmovió a Rand. Dominio del Lobo contenía todo lo que amaba; por Deandi no entraría en guerra con Engor.

El pueblo murmuraba oscuramente. Se hablaba de insurrección, de rebelión; incluso, al final, de nombrar a un nuevo rey. Entonces, una mañana, la situación llegó a su fin. Una banda de refugiados se presentó ante las puertas de Rand; mujeres y algunos hombres, ensangrentados y temiendo por sus vidas. La historia que contaron, de tortura, asesinatos y violaciones, hizo que Rand volviera tropezando y con el rostro ensombrecido a sus habitaciones, llamando a Elgro y a un escriba. Se envió un ultimátum mediante un mercader del Mar Interior, un hombrecillo moreno que parecía valorar el oro más de lo que temía por su vida. El pueblo junto a Estrecho del Cangrejo se acomodó inquieto a esperar la respuesta.

No tardó en llegar; pues Engor había acampado a apenas veinte kilómetros de la fortaleza de su enemigo. Esa misma noche se alzó un grito; y Elgro, con la cara muy seria, avisó al rey en sus habitaciones. Rand se levantó sin una palabra, y le siguió; por las retorcidas escaleras de madera, atravesando la casa fuerte hasta la empalizada.

Alrededor de las grandes puertas se encontraban, al parecer, todos los habitantes del pueblo. La multitud se abrió en silencio para que pasase el rey. Se quedó mirando, con el viento moviendo su cabello y su manto, mientras su piel se volvía tan blanca como una roca cubierta de sal.

A las puertas se hallaba un carro, tirado por una yunta de bueyes flacos. Sobre él se había erigido un recio poste de madera. La cosa atada a él estaba cubierta de rojo de la cabeza a los pies. Su túnica, empapada y atada por encima de la cintura, mostraba la entrepierna destrozada. Los ojos del mensajero miraban desolados desde una máscara de carne. Desde la máscara colgaba su virilidad, goteando.

Los tambores batieron en cada pueblo del Cangrejo. Ardieron las hogueras y las antorchas; a su luz los hombres pulían armaduras, afilaban hachas y espadas. Los mensajes volaron, a la Roca del Gusano y al lago del *Oso Blanco* y a las satrapías que se concentraban en torno al Pantano Largo. Naves de guerra navegaron por

los cayos del Cangrejo, patrullando la boca del estrecho. La tierra se agitaba como un caldero hirviendo. Día y noche llegaban soldados; y finalmente, Rand estuvo listo. Se mostró ante su pueblo; y la gente se maravilló, viendo a Cedda redivivo en su gloria juvenil. Luego las puertas crujieron y se abrieron, y el rey y su guardia salieron cabalgando. Tras ellos, un ejército partió hacia el norte, a la guerra.

El estruendo, los gritos y el chasquear de látigos, el crujir y rodar de ruedas, se desvanecieron. Alguien le sacudió el hombro, una y otra vez. Gimió, se dio la vuelta e intentó ponerse de pie.

Una luz grisácea cubría el cielo. En el exterior de la choza, en silencio, estaban los hombres del mar, con las espadas desnudas en las manos. Seis de ellos no volverían a levantarse; yacían rígidos bajo el amanecer, con los ojos en blanco. Junto a ellos estaba el cuerpo de un sacerdote. Aún aferraba una zarpa peluda, cuyas uñas estaban empapadas con una sustancia marrón. Largos rasguños en los rostros de los muertos mostraban dónde se había vengado el Conejo.

A su alrededor, la aldea dormía.

—Ahora —dijo Elgro— espero que tu sed de sabiduría esté saciada, mi señor. Antes de irnos, les mostraremos algunas de nuestras habilidades. Yo mismo hablaré con ese pequeño jefe.

En el cerebro de Rand aún giraban los vapores estupefacientes de la cerveza. Miró a su alrededor, a los ojos embotados y las manos temblorosas, y negó con la cabeza.

—Hazlo y estamos todos muertos, Elgro —dijo con amargura—. Lo único que podemos salvar es la vida.

El pequeño grupo abandonó la aldea con las primeras luces. No intercambiaron más palabras hasta que el valle quedó muy atrás. A mediodía se habían internado profundamente entre las colinas. Durante la última hora las nubes se habían estado agrupando en las laderas más altas; ahora se deslizaron hacia abajo, acompañadas de una lluvia fina y helada.

La niebla los salvó. Por dos veces oyeron las voces de los perseguidores tras ellos; por dos veces, los gritos, y el cascabeleo de las armas y los correajes, pasaron de largo. Aquella noche se acostaron bajo una roca, demasiado cansados para buscar un refugio

más adecuado. Al amanecer un sexto sentido despertó al Danzarín. Se levantó en silencio, entrecerrando los ojos. Un lugar en el brezo estaba vacío; Dendril se había ido.

El tiempo empeoró. La lluvia caía constantemente, un día tras otro. Por encima y a ambos lados sonaba el rugido de las cascadas, invisibles entre la lluvia torrencial. Los hombres del mar se movieron a ciegas hacia el sur, alimentándose como podían de peces de arroyo y huevos de pájaros. Se habrían muerto de hambre; pero a la cuarta mañana llegaron a las ruinas de una ciudad.

Había sido de tamaño considerable. Vagaron inquietos por calles pavimentadas y cubiertas de hierba, entre cáscaras de piedra quebrada. Las atalayas se alzaban severas y desoladas, y el cielo se veía a través de sus ventanas; a ambos lados, extendiéndose hasta perderse en la niebla, corrían un gran foso y un montículo, en tiempos coronado por una empalizada de estacas aguzadas. Era la mejor y más alta fortificación que habían visto; pero como la ciudad, había sido derrotada. Otras atalayas se habían dispuesto a intervalos en toda su longitud; ahora sus piedras yacían derribadas y ennegrecidas por el fuego, sobre la hierba.

A las afueras de aquel lugar Egrith realizó un descubrimiento: una pequeña extensión de curiosas plantas de tallos carnosos, con tubérculos que crecían en torno a sus raíces. Crudas, tenían un gusto dulce y terroso; cocidas estaban mejor. Con cierta dificultad se encendió una hoguera en uno de los edificios sin techo; los hombres del mar se pasaron el día entero cociendo una olla tras otra de los extraños frutos de tierra, quemándose los dedos y la boca en su prisa por engullirlos. Una vez aplacaron el hambre, volvieron a alimentar el fuego, haciendo turnos para secarse la ropa. Pasaron una noche intranquila en las ruinas, sobresaltándose ante el más mínimo sonido; el chapoteo y el goteo del agua, los gritos de los pájaros nocturnos. Aquel lugar desolado parecía repleto de espíritus; hasta el Danzarín estaba inquieto, con la espada desnuda a su lado, y una lanza al alcance de la mano.

La mañana trajo el brillo bienvenido del sol. Recogieron los últimos tubérculos, metiendo en sus sacos los que no pudieron comerse. Por fin parecía que su suerte cambiaba; pues salían de entre las colinas. Más allá de las ruinas el terreno descendía a una gran llanura verde. Sobre el horizonte había una extraña banda oscura; más allá, muy nítidos y claros, sobresalían picos, rodeados

por el ondulante azul y plata de las nubes. La visión les reconfortó aún más; y Elgro sonrió, tomando el brazo de Rand.

—Allí, mi señor —dijo, señalando—, hay un lugar tan bueno como cualquier otro para buscar a los dioses.

Comenzaron a bajar, de buen ánimo; pero la promesa de la mañana no se cumplió. Antes de que dejaran atrás las colinas, volvieron a aparecer nubes que oscurecían el sol. Las montañas distantes desaparecieron; y la lluvia comenzó a caer, tan intensa como antes. Siguieron marchando tercamente, deteniéndose sólo para comer. Poco después Matt, que iba en cabeza, se detuvo y señaló. Rand fue hasta donde estaba, y Egrith y el Danzarín. Se quedaron mirando, frunciendo el ceño ante la construcción que obstaculizaba su camino.

Parecía más que nada la cresta de una vasta ola congelada, de seis metros o más de alto y tan negra y brillante como el azabache pulido. Parecía que la tierra se alzaba hasta el borde del risco; en algunos lugares la roca de la que estaba compuesto sobresalía ligeramente, acrecentando su curiosa apariencia. Elgro, acercándose con cuidado, la golpeó con la punta de su lanza; primero suavemente, y luego con más fuerza. Saltaron esquirlas; tomó una, y se quedó dándole vueltas en la palma de la mano. Sus bordes eran tan afilados como la hoja de un cuchillo.

El grupo se movió hacia la derecha, buscando un lugar por donde rodear o superar el obstáculo. Un kilómetro más allá, el borde de acantilado estaba dividido por una serie de profundas grietas. Subieron con cuidado uno de los pequeños barrancos así creados, y se detuvieron de nuevo a mirar. En todas las direcciones salvo en aquélla de la que procedían, la roca estaba desnuda y brillante. No crecía ningún árbol, ni una brizna de hierba; el viento, soplando sobre el vacío, emitía un gemido agudo y persistente. Extendiéndose hasta perderse de vista había más de aquellas curiosas formas parecidas a olas, como ondas en un estanque gigantesco, cada cresta de la altura de un hombre. Era como si la propia tierra hubiera ardido, fluyendo desde un foco de calor indecible.

Rand se apartó el cabello mojado de los ojos y frunció el ceño.

—El rey del Conejo me dijo que antes había Gigantes —dijo lentamente—. Elgro, ¿podría ser así?

El Danzarín hizo una mueca.

—Eso no lo sé —dijo—. Pero si esto es obra suya, no me

habría gustado conocerlos.

El grupo marchó hacia el sur, a través del vacío gris de la lluvia que seguía cayendo.

El extraño lugar era más vasto de lo que habían pensado. El agua se había acumulado en cada hueco y hondonada de la roca; chapoteaban hasta las rodillas atravesando un estanque tras otro, algunos de ellos de decenas de pasos de ancho. La oscuridad les sorprendió lejos de cualquier refugio. Al carecer de combustible, no podían hacer una hoguera; se comieron los tubérculos restantes crudos, acurrucados tristemente al socaire de uno de los curiosos riscos. A su alrededor el viento aullaba y silbaba como una legión entera de espíritus.

Escampó hacia la mañana. El sol salió ciego y rojo, arrojando largas sombras puntiagudas sobre la roca. Al sur se alzaban los picos que se habían esforzado por alcanzar. Bebieron un poco de agua de las charcas, escurrieron los mantos lo mejor que pudieron y siguieron su camino.

Las horas que siguieron fueron una tortura distinta. El sol, cobrando fuerzas, hizo salir vapor hirviente de las rocas; el extraño paisaje se hizo borroso y temblaba, cubierto de neblina. Además, los riscos del sur eran más empinados que los que ya habían dejado atrás. El terreno se alzó en una elevación tras otra, todas terminadas en un pequeño precipicio de bordes serrados. Se desviaron y dieron rodeos cansinamente, tropezando y resbalando, hiriéndose las manos y las rodillas contra la dura piedra. El lugar, ciertamente, estaba maldito; pues por mucho que lo intentaban, las colinas no parecían estar más cerca.

Ya había pasado la medianoche cuando alcanzaron la última cresta; y pasó otra hora antes de que descubrieran una vía para descender con seguridad. Corrieron y saltaron los últimos metros, y rodaron jadeando sobre la increíble hierba. Permanecieron un rato tumbados observando la alta roca que habían abandonado y que cortaba el cielo como el filo de la noche; luego Elgro bufó asqueado, y ofreció su opinión.

—No puedo hablar de Gigantes, ni de dioses —dijo—. Pero he tenido alguna experiencia con los demonios. Y no cabe la menor duda de que fueron demonios los que moldearon ese lugar, para hacerlo suyo.

Más allá del lugar donde descansaban, un sendero conducía a

través de un bosquecillo. La hierba estaba moteada de campanillas. Era como si los troncos de los árboles se alzaran sobre un vívido lago; entre ellos brillaba el flanco iluminado por el sol de una colina. La subieron lentamente. En la cima se volvieron, y vieron el lugar que habían dejado, negro y brillante como una costra de brea de kilómetros de largo.

Esa noche se encontraron con un rebaño disperso de ovejas que pastaban sin que nadie las cuidase en la entrada de un valle cubierto de árboles. En la base de un promontorio rocoso se abrían las bocas de varias cuevas. Hicieron una hoguera en la más grande, y durmieron cómodamente por primera vez en semanas, y con la barriga llena.

Elgro despertó a su señor a la mañana siguiente, temprano. Rand se incorporó, gruñendo y frotándose la cara. Frente a la boca de la cueva, la luz del sol brillaba a través de un muro de hojas. La mañana era dorada y tranquila. En alguna parte piaba un pájaro; en las cercanías se oía el tintineo del agua. Rand se volvió, frunciendo el ceño; y el Danzarín inclinó la cabeza, llevándose un dedo a los labios. Lo oyó entonces, distante pero claro; una flauta aguda, mezclada con el batir regular de un tambor.

Los otros ya estaban despiertos; se levantaron frotándose las manos y frunciendo el ceño. El sonido se desvaneció, y luego surgió más cerca. El Danzarín se agachó bajo la boca de la cueva, y cuidadosamente separó los arbustos. Entonces se puso rígido y volvió gateando, haciendo gestos a los demás para que fueran con él.

Por la parte baja del valle se movía una extraña procesión. Primero iban los músicos, saltando y dando vueltas; luego un pequeño grupo de hombres con túnicas blancas; luego un carro tirado por bueyes, un vehículo elegante con finas ruedas doradas. Sobre él, atada de pie a un poste, estaba una chica de pelo moreno con las piernas desnudas y vestida con una corta túnica amarilla. Forcejeaba con las cuerdas que la ataban, e intentaba liberarse. La seguían hombres con címbalos, y más bailarines y sacerdotes; cerrando la retaguardia iba una procesión de gente con pantalones y túnicas multicolores, en su mayor parte armada con arcos o lanzas.

Los hombres del mar observaron en silencio. La procesión pasó a no mucho más de un tiro de piedra de distancia, y siguió subiéndola pequeña garganta. En la entrada del valle, el sendero se

hacía muy empinado. Se detuvo el carro, y se soltó a la chica. La transportaron con rudeza hacia delante; y el grupo completo de gente desapareció de la vista al otro lado del risco.

Rand, mirando fijamente, cruzó la mirada intrigada de Elgro. Corrió inclinado, a lo largo de la alta pared del valle, pasando con cuidado de roca en roca. Los otros le siguieron, manteniéndose por debajo del horizonte.

Al otro lado del risco el terreno bajaba con una inclinación inesperada. Las colinas rodeaban el horizonte, azul y enorme; a menos distancia, por debajo de su punto de vista, se hallaba una gran depresión en forma de lengua cuyos flancos estaban densamente cubiertos de maleza. En ella había un lago negro y completamente inmóvil.

La procesión se hizo visible de nuevo, descendiendo los últimos metros de un camino pedregoso. En la orilla del lago crecía un árbol robusto y retorcido. Los extranjeros se arremolinaron en torno a él, con mucho grito y gesticulación. Hubo una espera; y sonaron cuernos sobre el agua, con voces claras y brillantes. El grupo empezó a retirarse, con lo que parecía más prisa que dignidad; tras ellos, atada a la orilla del lago, dejaron a la muchacha. El carro fue girado, y se obligó a los bueyes a marchar al trote; y la procesión se dirigió por el camino por el que había venido, desvaneciéndose finalmente entre las lomas en pendiente de las colinas.

Elgro la observó partir, y se encogió de hombros.

—Esto —dijo— es extremadamente extraño. O esta gente está loca, que parece lo más probable, o los ojos me han estado engañando. —Se levantó, y desde abajo les llegó un único grito desgarrador—. Los ojos y los oídos a la vez —dijo secamente—. Eso sí que no puede ser. ¡Mi señor...!

Era demasiado tarde. Rand se había levantado sin decir una palabra, y había partido colina abajo corriendo rápidamente. Elgro blasfemó en voz alta y salió en su persecución, haciendo un gesto a los demás para que le siguieran.

Cuando llegaron al borde de la depresión su jefe estaba a medio camino del lago, corriendo a grandes saltos. Elgro se detuvo, jadeando; y Matt le tocó el hombro, y señaló en silencio. A través del agua, dirigiéndose velozmente hacia la orilla opuesta, corría una onda con forma de uve. Por un instante, habrían jurado que vieron una masa pálida tras ella; después desapareció. El agua for-

mó un torbellino, y luego se quedó tranquila de nuevo.

Elgro siguió bajando, con nuevas blasfemias. Cuando alcanzó el árbol, Rand ya había cortado las cuerdas. La muchacha cayó hacia delante, con las rodillas hundidas en el agua; el Danzarín la tomó con rudeza y la arrastró hacia la orilla.

—¿Cuál es tu tribu? —exigió—. Éste es mi señor Rand, rey de Tierra del Mar. ¿Cómo se llama este lugar?

Ella sólo podía temblar y gemir.

—Había algo en el fiordo —dijo Galbritt.

Miraron el agua, aferrando sus espadas. Los gusanos no eran desconocidos en Tierra del Mar.

—Quizá debimos dejarla donde estaba —dijo Egrith con aprensión—. El monstruo estará furioso.

Elgro bufó despectivamente.

—Los caballos de río no comen carne de doncella —dijo—. Comen salmones en su estación, y pastan entre las hierbas del fondo. Éste es un pueblo de idiotas. En todo caso, a esto se le puede dar mejor uso. —Levantó la falda de la muchacha con el pie, la miró apreciativamente y luego tiró de ella hasta ponerla de pie—. Para aliviar una enfermedad, todos estamos dispuestos a arriesgar mucho.

—¿Qué enfermedad, Danzarín? —dijo Galbritt, frunciendo el ceño.

Elgro ladeó la cabeza, y sonrió.

—La enfermedad de nuestro rey —dijo entre dientes.

Desde lo alto les llegó un grito agudo. Elgro levantó la vista de golpe; y algo brillante y veloz pasó por delante de sus ojos. Sonó un impacto; y Galbritt se tambaleó.

—Nuestro rey —dijo. Luego cayó de rodillas y hacia delante. De su cuello sobresalían quince centímetros de flecha emplumada de vivos colores.

Elgro tomó las muñecas de su cautiva y salió corriendo. Los proyectiles zumbaron a su alrededor. Otro hombre abrió los brazos con un chillido, y cayó en el lago.

Más adelante, el flanco del valle se hacía más empinado. Una gran roca sobresalía sobre el agua. El Danzarín se agachó debajo, con Rand a su lado. Detrás de ellos sonó un grito; los hombres del mar se volvieron, y miraron desolados.

La figura, aullando su desafío, corría velozmente por el cami-

no empinado hasta donde una hilera de cabezas, por encima del borde del valle, marcaban los ataques. Vieron cómo le acertaba una flecha, y otra. Se tambaleó; y una salva de flechas sisearon desde el risco. Ensor rodó y cayó de cabeza. El cuerpo golpeó el suelo inclinado tras el camino, y volvió a rodar agitando los brazos y las piernas, y luego se paró. Se hizo el silencio; y Egrith gimió, golpeando la roca con el puño.

—Rey Rand —dijo—, nos has matado a todos.

El camino se estaba llenando ya de hombres que se apelotonaban. Se veía a treinta o cuarenta, y había todavía más reunidos en la cima. Los hombres del mar retrocedieron, frunciendo el ceño; y Rand soltó una exclamación. Bajo la roca, lo que había parecido una densa sombra era en realidad la boca de una cueva de tamaño considerable. Rodó sobre sí mismo de lado; gateó; oyeron el ruido de su caída en el interior. Su voz sonó de nuevo, entre ecos, desde abajo.

Elgro le siguió, empujando a la muchacha ante sí. Los otros se apresuraron a seguirle, y se incorporaron mirando a su alrededor. Estaban en un tosco túnel. Se inclinaba hacia abajo profundamente, hasta perderse en la oscuridad. En algún lugar cercano sonaba el chapoteo del agua.

Había voces en la boca de la cueva. Retrocedieron instintivamente, internándose en la oscuridad. Las voces parloteaban excitadamente. Una lanza rebotó en la pared de roca; pero ninguno de los perseguidores intentó entrar.

La muchacha estaba intentando volver desesperadamente. Elgro le dio una sacudida, como haría un perro con una rata.

—Quieta, pequeña idiota —dijo—. O te clavaré la espada.

Rand frunció el ceño tras él, mirando la oscuridad.

—Elgro, ¿adónde puede llevar esto? —dijo.

Elgro volvió a sacudir a su víctima.

—A todos los infiernos, por lo que sé —dijo.

—No me gusta la idea de bajar al infierno —dijo Egrith entre temblores.

Elgro señaló con la cabeza a la boca de la cueva.

—Vuelve por donde viniste entonces —dijo— y toma el camino más corto. —Se agachó en la penumbra, arrastrando a la muchacha tras él.

El pasaje giraba y se retorció, y en algunos tramos no era más

ancho que un brazo. A cincuenta pasos de la entrada la oscuridad era completa; el aire estaba cargado con una intensa peste a pescado que llenó la garganta de Rand, haciéndole toser y provocándole arcadas. La muchacha gimió sin palabras.

Elgro gruñó, tanteando con la punta de la lanza, dando cada paso con cuidado. Durante un trecho, la roca descendía en la oscuridad; luego, el pasaje se ensanchó. Se incorporó, y parpadeó. De algún lugar ante él surgía una luz gris y fantasmal.

La luz aumentó. Emergieron en una pequeña cámara redonda, como una habitación tallada en la piedra. En la pared de enfrente el túnel volvía a bajar, abierto como una garganta; por encima se alzaba un pozo que llegaba hasta un círculo de cielo pálido. Rand, levantando la vista, vio frondas traslúcidas de helechos; mientras miraba, el risco fue eclipsado por un borde pasajero de blancura.

—Elgro, podríamos subir —dijo.

El Danzarín frunció el ceño, con las ventanas de la nariz dilatadas.

—Escuchad —dijo.

Al principio no había nada más que los omnipresentes chapoteos y goteos del agua. Entonces oyeron un lejano gorgoteo que terminó con un sonido como un gran jadeo aspirado. Volvió a sonar; y con él un deslizarse y un rozar, como de un gran peso moviéndose sobre roca. La muchacha gritó. En el espacio cerrado, el sonido fue ensordecedor.

Elgro tomó el hombro de Rand.

—Arriba... —dijo con urgencia.

A un metro o más por encima del suelo de la caverna había un reborde de roca, cubierto de algas verdes. El grupo subió rápidamente y se quedó tenso sobre el precario asiento; y Rand vio con la vista fija que el túnel de enfrente se llenaba e hinchaba. Una masa pálida se alzó entrando en la cámara, y de ella salió una punta brillante que ondeaba y tanteaba. Vio los anillos de músculo color sangre, y una boca carnosa que se abría y se cerraba.

Al instante, el lugar se llenó de ruido. La chica volvió a gritar, aferrándose a él. Cayeron escombros, chocando con estruendo; Egrith, perdiendo el equilibrio, se desvaneció con un aullido desesperado. La masa creció, hinchándose para llenar la cámara; y Elgro alzó su espada a dos manos y atacó.

El efecto fue tremendo. La aguda hoja, con toda la fuerza del

Danzarín tras ella, se abrió pasó limpiamente a través de aquel horror. La punta del cuerpo cayó, con la boca aún abriéndose y cerrándose. El monstruo se estremeció, arrojando espuma y sangre; luego, la masa entera se vino abajo. La cosa se extendió, oscilando con ciego dolor; y lentamente comenzó a fluir alejándose, metro a metro, tanteando por el túnel del que había salido. Se quedaron mirándola, con los ojos como platos, y reconocieron claramente lo que era. Era obsceno, gigantesco; y era un gusano.

Egrith estaba tumbado en el fondo del pozo. Elgro, con la cara deformada, bajó hasta él, y le dio la vuelta al cadáver con la punta de la lanza. La carne que había tocado la baba estaba blanca y quemada, como por agua hirviendo; la cabeza estaba grotescamente doblada hacia un lado. El Danzarín levantó la vista.

—Se ha roto el cuello —dijo.

Rand se volvió hacia la pared de roca, estremecido, y comenzó a subir.

Esa noche, mientras yacían sobre el brezo, el Danzarín gateó hasta donde estaba la muchacha acurrucada, y abrió con rudeza el manto que le habían dado. Ella comenzó a debatirse y maullar; y él le puso la mano con impaciencia sobre la boca.

—Estate quieta, pequeña rata —dijo—. Y en nombre de todos los dioses, cállate. No pretendo hacerte daño, sino sólo evitar que te enfríes. Ahora tumbate a mi lado y deja de lloriquear; pues eres para mi señor, el rey.

II

Sus sentidos de perro le despertaron a la primera luz. Frunció el ceño, olisqueó y en un momento estuvo despierto. Sus manos, tanteando junto a él, no tocaron nada más que hierba. Se incorporó con un juramento. No había rastro de ella. El vallecito en el que habían dormido estaba vacío y tranquilo, con jirones de niebla que flotaban entre los troncos de los árboles.

Miró a su alrededor, achicando los ojos; luego se levantó, cerrándose el cinturón de la espada. Un camino serpenteante atravesaba el bosquecillo; lo siguió, pisando en silencio, y se detuvo. En algún lugar, por delante de él, una ramita se partió; y otra.

Se apretó contra el tronco de un árbol, y se quedó esperando.

La figura se acercó con cuidado, embozada con un manto, una silueta a la luz temprana. Pasó por donde estaba Elgro; y éste atacó, cuchillo en mano. La hoja estaba presta a golpear cuando un chillido apagado detuvo su mano. Se contuvo y casi cayó por el impulso, gruñendo.

—Déjame, estúpido hombre del mar —dijo ella furiosamente—. Vas a conseguir que se me caigan los huevos.

—¿Eh? ¿Qué? —dijo Elgro.

—Éstos —dijo ella.

Bajo el manto llevaba una cesta de cañas. El Danzarín vio que estaba llena hasta arriba. Además de los huevos había una barra de pan, una jarra de leche, y una gran bola de queso. Frunció el ceño al verlo todo.

—¿De dónde lo has sacado?

Ella resopló, y dijo:

—Eso es asunto mío. En todo caso no son para ti. Son para el príncipe.

Él se puso a caminar a su lado.

—No es un príncipe —dijo—. Es el rey de la Tierra del Can- grejo.

Ellaladeó la cabeza.

—Si yo soy una rata, os llamaré como quiera —dijo—. ¿Eres su sirviente?

Elgro se irguió.

—Soy su Danzarín —dijo en voz baja.

Ella le miró con curiosidad, desde sus ojos castaños con ojeras.

—He oído hablar de tales personas —dijo—. ¿Puedes resucitar a los muertos?

—Si es necesario sí, niña —respondió él.

Ella volvió a resoplar.

—Lo dudo —dijo—. Si lo de anoche fue un buen ejemplo, no puedes ni resucitar a los vivos. Creía que los hombres del mar os enorgullecíais de vuestro valor.

Él se detuvo y se quedó mirándola; y ella levantó la vista, divertida.

—Vamos —dijo—. Ahora dame una paliza, para demostrar tu virilidad. Y haz que se me caiga el desayuno de tu señor.

—Anoche —dijo él severamente—, cuando gemías de miedo,

bien contenta que estabas con la compañía.

—Anoche —dijo ella— gemía a causa del frío. Necesitaba un hombre que me diese calor.

Él gruñó.

—Y te dieron calor —dijo.

—Sí —dijo ella sosegadamente—. Tu manto me dio calor.

Ella se volvió; y él la tomó del brazo.

—Éste es el camino por el que vinimos —dijo.

Ella se apartó, desdenosa.

—Y éste es el camino por el que me voy —dijo. Se rió—. Hombre del mar, si echara a correr, tú con tus grandes pies nunca podrías atraparme.

—¿Y por qué no lo haces? —dijo él ásperamente.

—Porque mi pueblo vive lejos de aquí —dijo ella—. Y tú al menos, por lo que he visto, sabes usar una espada. —Apartó una rama que colgaba sobre el camino, y dejó que saltara a su posición inicial. Él la atrapó, y blasfemó.

El camino serpenteaba hasta un pequeño claro, moteado con las flores azules. El sol, cayendo sobre los altos arbolitos que lo rodeaban, creaba bandas de luz en la neblina. Un arroyo canturreaba sobre las piedras, y corría claro y profundo entre altas orillas.

Ella le puso la cesta en las manos.

—Matagusanos —dijo—, con esa gran arma que tienes, ¿crees que puedes cuidarme los huevos? —Caminó hasta el centro de la corriente, se llevó las manos al cuello del vestido, y se lo subió rápidamente por encima de la cabeza—. Tengo un olor encima. Creo que es sudor de Tierra del Mar.

La túnica cayó en los brazos del Danzarín. Ella se adentró hasta donde el agua se hacía más profunda. Se arrodilló, jadeando, y comenzó a echarse agua encima vigorosamente.

—¿Por qué estáis tan lejos de vuestra patria? —dijo—. ¿Tu buen rey y tú?

Él la contempló. Su cuerpo era esbelto, con pechos altos y firmes. Bajo sus brazos había rizos crespos de vello negro.

Ella se volvió para mirar.

—Te he hecho una pregunta, Danzarín.

Él se encogió de hombros.

—Es una larga historia —dijo—. Y no la entenderías.

—¿Por qué estás tan seguro? —dijo ella severamente.

Él guardó silencio.

Ella metió la cabeza en el agua; luego se levantó, arrojando gotas de agua con el pelo.

—Si has visto lo suficiente —dijo—, vuelve a meterte los ojos en las cuencas y deshaz ese hatillo. Y devuélveme mi túnica.

El hatillo contenía unos pantalones de tartán y un justillo de lana; la ropa que podría usar un pastor allá en las colinas. La túnica la usó para secarse. Salió a la orilla, y se vistió rápidamente.

—¿En Tierra del Mar, las mujeres llevan ropa bonita? —dijo.

Él frunció el ceño, recordando a una determinada reina.

—A veces —dijo.

Ella se examinó con aire crítico.

—Pareces malhumorado. Creo que no estás contento —dijo.

Él sonrió, y no respondió.

En el claro, Rand estaba sentado tranquilamente en una roca. Junto a él estaba Matt. No había rastro de los demás.

Elgro corrió hasta él.

—¿Qué ha sucedido, mi señor? —dijo.

Rand apartó los ojos de la alta rama donde piaba un pájaro solitario.

—Me consideraron indigno de ser su rey. Así que les liberé de sus obligaciones.

Elgro se puso rojo, abriendo los labios y enseñando los dientes. En su furia corrió un trecho garganta arriba, y volvió.

—Si yo hubiera estado contigo, esto no habría pasado —dijo.

Rand negó con la cabeza, con un movimiento apenas perceptible.

—Era su elección. Además, me abordaron con honor, cuando podrían haberme matado mientras dormía. ¿Quién era yo para decirles que no?

Elgro bufó, y se volvió hacia el antiguo navegante.

—Podrías habérselo impedido.

Matt, que cortaba en pedazos un palito, alzó sus ojos pequeños y separados.

—Usa la cabeza, Danzarín —dijo tajantemente—. ¿Qué podía haber hecho contra seis? Tal como están las cosas, al menos salvé un par de manos para servir al rey.

Elgro se quedó mirando el flanco vacío de la colina, abriendo

y cerrando los puños; pero la muchacha se encogió de hombros.

—Bien —dijo—. Así tocaremos a más. Danzarín, si recojo algunas ramas, ¿tus poderes serán suficientes para encender una llama?

Elgro la miró oscuramente, tirándose del pelo entrecano; pero Rand sonrió.

—¿Acaso es ésta la cosita que le robamos al gusano?

Elgro gruñó.

—Así es —dijo brevemente.

Ella se acercó rápidamente al rey, se arrodilló con inesperada humildad y le tocó las muñecas.

—Estas manos me salvaron la vida —dijo—. Ahora es tuya, puedes hacer con ella lo que quieras.

Rand negó con la cabeza y le apartó el cabello con suavidad.

—Tu vida es tuya, niña —dijo—. Y el golpe lo asestó mi campeón, no yo. ¿Cómo te llamas?

Ella bajó la vista.

—Rata —dijo mansamente.

Él frunció el ceño, y se frotó la boca.

—Eso no es ningún nombre.

Ella se ruborizó.

—Si te place —dijo—, servirá, hasta que mi señor otorgue otro a su humilde sierva.

Rand levantó la cabeza, sorprendido.

—Habla bien, Elgro —dijo—. Y mira estas manos tan bien formadas. Es una hermosa niña; algún día será una buena esposa para alguien.

Pero el Danzarín estaba todavía demasiado enfadado para responder.

Se encendió una hoguera; y la muchacha preparó una comida, con rapidez y habilidad. Cuando hubieron comido, y los calderos fueron limpiados y guardados, se atrevió a hacer una pregunta. Elgro respondió secamente que habían llegado del norte, desde el país del pueblo del Conejo; y ella frunció el ceño.

—Entonces habéis cruzado la Roca Negra —dijo—. ¿Cuánto tiempo pasasteis en ella?

Elgro, más calmado por un buen desayuno de lo que le habría gustado admitir, se encogió de hombros.

—Una noche —dijo despreocupadamente—. Y parte de dos

días.

Ella volvió a fruncir el ceño, mordiéndose el labio.

—Eso estuvo mal —dijo—. Por el amor que le tienes a tu rey, no vuelvas a cometer esa estupidez. No me gustaría que los diablos le pudrieran los dientes.

Elgro bufó.

—No vimos diablos —dijo—. Y si los hubiéramos visto, tengo poder para dominarlos. No me dan miedo tus cuentos, niña; la Roca está vacía.

—¿Ah, sí? —dijo Rata, alzando su corta nariz—. Entonces vuelve allí, amigo de los espíritus, y pasa una semana con ellos. Volverás a mí ciego y sin pelo, y podrás volver a decirme estas cosas. —Le miró intensamente, con los ojos brillantes bajo las cejas espesas; y Elgro gruñó y se alejó, impresionado a su pesar.

Más tarde surgió la pregunta de qué dirección tomar. Rata volvió a mostrarse informativa.

—Toda esta tierra —dijo, haciendo un gesto con un brazo delgado—, la Tierra de los Cien Lagos, fue ocupada por los guerreros de los caballos en la época de mi abuelo. Su gran castillo se halla al sur. Más allá está el mar, y el país de mi padre. Donde la gente vive segura, y no sirve de alimento a los gusanos.

—¿Tenéis poderosos dioses? —dijo Rand rápidamente.

Ella se tiró del labio.

—Tenemos dioses —dijo—. Pero no puedo responder por su fuerza. Cada año nos oprimen más los guerreros de los caballos, atacándonos para conseguir esclavos y sacrificios. —Su mirada se alegró—. Pero tenemos un hombre sabio. Vive en una cueva en la montaña, y es más viejo que los árboles. Dice que recuerda los Gigantes de Fuego, y naves de guerra como islas de hierro. Si le place a mí señor, te llevaré hasta él.

Así quedó zanjada la cuestión; y el grupo disminuido se dirigió al sur, a través de una tierra de colinas color púrpura y aguas azules y amargas. Viajaban de noche, escondiéndose durante el día. Había muchas aldeas; y granjas y motas con empalizadas; y caminos de piedra que soportaban un tráfico de carros de bueyes bien cargados. Por todas partes, además, había soldados; hombres de tez morena con cascos metálicos que cabalgaban caballos altos y orgullosos. Por sí solos, los hombres del mar no habrían podido arreglárselas; pero todas las mañanas y todas las tardes la mucha-

cha salía corriendo, y volvía invariablemente cargada con provisiones. Llevaba pescado en salazón y harina, huevos, queso de cabra y leche. Ante las preguntas de Elgro, se limitaba a ladear la cabeza.

—Las ratas viven gracias a su sigilo —dijo—, y son expertas ladronas. No esperarías menos de mí.

A la cuarta mañana vieron en el horizonte una banda de luz perlada que les evocó recuerdos. Se apresuraron velozmente, cruzando grandes brezales, siempre a la vista del mar. La tarde los encontró una vez más lejos de las colinas; y hacia el anochecer habían llegado a la costa. El sol, hundiéndose entre llamas amarillas, mostraba los contornos de un enorme terraplén que extendía su joroba sobre un cabo en sombras. A menos distancia se hallaba una playa desolada. Las dunas estaban bordeadas de hierba resistente, a través de la cual cantaba el viento lúgubrementemente.

Rata caminó hasta la orilla del mar y señaló.

—Ése es el castillo del que os hablé —dijo—. El rey del lago habita aquí, con mil hombres para protegerle. Más allá se encuentra la Lengua Larga. —Se mordisqueó un nudillo, pensativa—. Yo fui capturada en una barca de pesca. Hay aldeas en alguna parte hacia el oeste. No somos suficientes para gobernar una nave de guerra, ni siquiera si pudiéramos robar una; tendrá que ser una barca de pesca. —Levantó la vista y miró a Elgro de reojo—. A menos que tu magia pueda hacer que nos crezcan aletas y cola, de forma que podamos nadar cómodamente hasta casa.

Caminaron un trecho hasta dar con señales de población. Las aldeas que encontraron finalmente estaban sucias y desvencijadas. Ciertamente, había barcas; pero todas estaban varadas, y en las cercanías ardían hogueras de guardia. Además, los perros formaban agudos coros ante la cercanía del grupo. Al final vieron lo que buscaban; una pequeña embarcación regordeta de aspecto incómodo, sola en una playa junto a unas salinas, a un kilómetro o así del montículo del castillo. Al lado, se elevaba el humo de una casucha baja construida con turba. No había más señales de vida.

Elgro se alejó describiendo un círculo, llevándose un dedo a los labios. Le vieron pasar rápidamente sobre el barro; momentos después, unos oídos atentos habrían podido captar un golpe sordo, y el más débil chapoteo. Luego, el Danzarín volvió. Se acuclilló y metió la hoja de su espada en la arena para limpiarla.

—Tiene vela y remos —dijo—, y agua en los barriles.

Botar la embarcación resultó estar casi más allá de sus fuerzas. Se esforzaron y chapotearon, jadeando. La marea les ayudó; al cabo, la barca se deslizó hacia el mar. Remaron cautelosamente durante media hora o más antes de largar la vela. Una brisa ligera soplabo rumbo al sur. Matt tomó la caña del timón; Lengua Larga, y el castillo con sus muros iluminados por antorchas, se desvanecieron en la penumbra a popa. La barca oscilaba, con el agua riendo y salpicando bajo su proa roma; y Elgro sintió que su ánimo mejoraba con el olor de la sal.

Estaba en la proa, embozado en su manto, con Rand a su lado.

—Mi señor —dijo con suavidad—, seguramente ya habrás podido ver cómo funciona el mundo. Las simientes brotan; los peces nadan en el mar, hay hombres y mujeres y pueblos. Como sucede en nuestro propio país, así sucede en éste; no existe la Tierra de los Espíritus. Además —señaló con la cabeza a la parte central de la nave, donde Rata se ocupaba aplicadamente de la vela—, has conseguido reemplazar, al menos a mis ojos, todo lo que perdiste. Alejémonos de la costa. Naves más pequeñas que ésta han navegado hasta Tierra del Mar.

Pero Rand le volvió una cara de asombro en la penumbra.

—Elgro, eso sería algo vergonzoso. No es más que una niña; además, mi palabra está dada. ¿Qué especie de hombres seríamos si la salvásemos de un gusano sólo para causarle más pesares?

Elgro abrió la boca de nuevo, y la cerró de golpe. Gimió para sí, y permaneció en silencio.

Navegaron velozmente. Al amanecer vieron, extendiéndose a la izquierda, un gran estuario azul metálico; y Rata, gorjeando, gritó a Matt que virase el rumbo hacia el oeste. Navegaron toda la mañana, acercándose poco a poco a tierra. A mediodía ella volvió a señalar. Tierra adentro se alzaban colinas azules; más allá, fantasmal y pálido contra el cielo, había un gran macizo.

—La Montaña Nevada —dijo—. La colina más alta de nuestro país. Mi señor, muy pronto estarás a salvo.

Rand se volvió distraídamente, y le apretó el hombro.

Se acercaron de nuevo a la costa. A la derecha y a la izquierda, los puntos oscilantes se convirtieron en barcas de pesca. La embarcación de Tierra de los Lagos espumeaba entre ellas, con Rata saltando y gritando a proa. Otros gritos le respondían desde cada

barquito.

Rodearon un gran promontorio con forma de serpiente. Más allá había un estuario que se estrechaba. Rata señaló emocionada.

—Los Antiguos tenían un castillo allí —dijo—. Entonces llegaron los Gigantes de Fuego y destruyeron la tierra. Sólo nosotros sobrevivimos. Somos el pueblo del Dragón, el más antiguo del mundo.

Pasaron ante las ruinas, que se alzaban entre una marea verde de árboles. Más allá había una ciudad bien construida. Un puerto guardado por atalayas y altas paredes de tierra; sobre él, en la colina, se alzaba una casa fuerte pintada de blanco. Había barcas atadas en los muelles, y naves largas de formas poco familiares. Elgro, frunciendo el ceño, tocó el brazo de su señor.

—No tienen velamen —dijo—. ¿Cómo es posible?

Ella se volvió hacia él, despectiva.

—Es nuestro secreto. Nuestros escribas escribieron muchos secretos, y los escondieron en cuevas mágicas. —Y le dijo a Matt— : Mantente en el centro del canal, hombre del mar; la profundidad del agua disminuye rápidamente por aquí.

La vela fue bajada. La embarcación oscilo y tocó contra el muelle. Se tiraron y amarraron sogas; y una corriente de hombres llegó corriendo, algunos con espadas, otros con lanzas. Elgro echó mano al cinturón, maldiciendo; pero Rata saltó a tierra, gritando con embeleso.

—Dyserth, Cilcain —dijo—. Guardad vuestras armas ya mismo y ayudad a mis amigos; o mi padre os cortará las orejas.

En el muelle cundió la consternación. Un hombre se puso de rodillas; otros saltaron para enderezar la barca. El ruido se extendió; se empezó a formar una multitud que se empujaba y removía. Elgro enfundó la espada y se quedó mirándola.

—Rata —dijo seriamente—, ¿quién puede ser tu padre?

Ella se volvió airosamente, con las manos en las caderas huedas.

—El rey Talsarno, señor de las Colinas Occidentales.

Hileras de antorchas iluminaban el gran salón con un cálido brillo anaranjado. La luz se reflejaba en la cristalería, los prendedores y la lujosa vajilla de plata. Una mesa tras otra fue cubierta de

exquisiteces; bandejas de carne con especias, pasteles, pescado recién cocido. Los lechones exhalaban vapor, rodeados de una guarnición de hierbas y manzanas; las langostas se alzaban rojas como la sangre, con las pinzas entrelazadas simulando un combate. Los músicos tocaban y cencerreaban en una galería elevada; los sirvientes se movían entre la multitud de invitados, rellenando cuernos y copas con jarra tras jarra de vino amarillo del Mar Interior. Juncos de olor agradable cubrían el suelo; en los muros había tapices, pesados por el hilo de oro empleado, que representaban perros y peces y dragones. Criaturas acuáticas y delfines nadaban; y el Gran Gusano alzaba su masa temible entre una lluvia de agua brillante.

Era un banquete como jamás habían visto los hombres del mar. Se repantigaron tranquilamente, con cuencos de vino en la mano, mientras que un juglar cantaba la historia de la gran lucha, ya repetida una docena de veces o más. Los hombres rugían su satisfacción, entrechocando las copas; pero Rand negaba con la cabeza.

—Era una criatura triste que vivía bajo tierra —dijo—. No creo que quisiera hacernos daño.

La canción concluyó, y Talsarno aplaudió. Estaba sentado en la cabecera de la gran mesa, con la Rata a su lado, vestida con un traje azul y verde, su pelo cubierto de flores e hilos plateados.

—Ahora, rey Rand —dijo—. Nombra el regalo que desees. Una mujer más o menos no importa demasiado; pero una hija es algo diferente, sobre todo cuando uno se va haciendo viejo.

Rand sonrió.

—Honra a mis hombres —dijo—, y quedaré complacido, mi señor. Fue Elgro quien dio el golpe; y el Navegante nos trajo aquí con seguridad a través de nuestros muchos problemas.

—Eso es cierto —dijo la Rata inmediatamente—. Además, el mago me protegió muy bien, tomándome bajo su manto para guardarme del frío. Y por el amor que tiene a nuestra Casa, no me causó daño alguno.

Rand jugueteó con su copa.

—No busco nada salvo sabiduría —dijo—. Entre los nuestros llamamos a estas tierras las Islas de los Espíritus. Si los muertos en su país pueden ser visitados, entonces debo viajar hasta allí; o no conoceré descanso.

El rey se tiró de la barba.

—Me appena oír tal deseo —dijo. Bajó la voz—. Si puedo ofrecerte el consejo de mi mayor edad, ya que no de mayor sabiduría, esto es lo que te digo; que las penas pasan. Todas las penas. Rey Rand, aún eres joven. Nada resiste el paso del tiempo.

—Esto sí lo resistirá —dijo Rand seriamente.

Talsarno se encogió de hombros, y vació su copa.

—No tengo habilidad en estas cuestiones —dijo—. Pero hay un hombre sabio, del que te habló mi hija. Durante cuarenta años o más se ha mantenido lejos de la luz, comunicándose sólo con los dioses. Ya era viejo en tiempos de mi padre; y de su padre antes que él, o eso dicen. Mi sello abrirá sus labios, si esto es realmente lo que deseas; pero mi espíritu me dice que no obtendrás ninguna alegría de ello. —Puso una mano seriamente en el brazo de Rand—. Mi señor, permite que equipe una nave larga que te transporte hasta tu patria. Puedes llevarte oro en cantidad, y vino y telas; una dote, por la vida de mi hija. Reinarás de nuevo en tu propia casa fuerte; y los años te traerán la paz.

Pero Rand permaneció en silencio, con la vista baja; y el otro suspiró.

—Más vino —dijo—. Por la mañana, mi hija te guiará hasta el sabio. Por lo demás, no tenemos motivos para amar a tu gente; pero entre mi Casa y el pueblo del Cangrejo habrá una amistad eterna. Esto escribirán mis escribas y esto juro; por la Colina Blanca y el Dragón, por Talgarrec y los Hijos de Osin, que fundaron este reino cuando los Gigantes murieron y el tiempo comenzó de nuevo.

El grupo fue alojado esa noche lujosamente; pero Rand se revolvía y se estremecía, esperando el amanecer. En otro lugar del edificio, Rata tampoco podía dormir, y mojaba con lágrimas las sábanas nuevas de seda.

El sendero subía por un valle verde, repleto de lilos y los altos tallos de la espuela de caballero. Más arriba, las lomas de la colina llameaban de aulagas y amapolas. Rata iba en cabeza, a horcadas sobre un pequeño pony peludo y de pies de cabra. Myrnith, el sacerdote jefe del Dragón, iba detrás; Rand y sus hombres del mar iban en la retaguardia, con una hilera de solados de Talsarno. De vez en cuando el Danzarín blasfemaba, dándose palmadas en los

brazos y el cuello. El calor era intenso; sobre cada jinete zumbaba una nube de mosquitos.

Pasado el límite de los árboles, el aire era más fresco. Cruzaron montones derrumbados de piedra gris y desnuda. El sol brillaba en un cielo azul oscuro; un águila ratonera giraba en lo alto, acechando a una liebre en la vastedad vacía. Más adelante había picos y muros de piedra bañados en luz. Soplaban una brisa que levantaba el cabello de Rand, cargada de los olores del verano de los fértiles valles que se extendían a sus pies.

La muchacha tiró de las riendas. Junto al sendero había un alto y sólido poste, extravagantemente tallado y pintado. El grupo se detuvo, inseguro; y Myrnith se volvió, con el rostro ovalado y moreno impasible.

—Tus hombres esperarán aquí —dijo, con su voz melodiosa—. El terreno a partir de aquí es sagrado; sólo pueden entrar los sacerdotes.

Elgro desmontó con cuidado, poniéndose el cinturón.

—Yo también soy sagrado —dijo—, pues he danzado espíritus mayores que ninguno de este país. Además, sirvo al rey. Donde él va, voy yo.

Los soldados murmuraron, frunciendo el ceño; y Myrnith negó con la cabeza.

—Está prohibido —dijo con voz pétrea—. Es la Ley del Dragón.

El Danzarín se llevó una mano al puño de la espada.

—Cuando una Ley se encuentra con otra —dijo afablemente—, se requiere una prueba de fuerza, ¿Quién de vosotros desea discutir sobre este asunto conmigo?

Hubo una pausa prolongada; luego, el sacerdote se encogió de hombros.

—Desafía a los dioses si así lo deseas —dijo—. Las consecuencias las padecerás tú, amigo.

Rata bajó del pony de un salto y ató las riendas al tótem.

—Yo también reclamo mi derecho —dijo—. Soy sacerdotisa por privilegio de nacimiento.

Myrnith bajó la vista hacia ella con seriedad.

—No te gustará lo que vas a ver —dijo.

Siguieron subiendo. El sendero se volvió más empinado, cruzando una gran ladera de granito. Sobre ellos, las cimas de las

montañas se alzaban en elevados contrafuertes. El sacerdote se acercó a la ladera del precipicio y alzó una mano.

—Esperad aquí —dijo—. Quizá el Anciano desee hablar, o quizá no. —Siguió adelante, y se desvaneció tras un saliente de roca. No volvió hasta pasado un buen rato—. Los dioses os favorecen —dijo al volver—. Además, conoce vuestra misión, gracias a una de sus habilidades. Escuchad, pero no hagáis preguntas. Si le hacéis preguntas, no os responderá.

Rand fue adelante, con la muchacha a su lado, y el Danzarín a pocos pasos por detrás. El saliente escondía una grieta en la roca aparentemente sólida. En su interior, el aire parecía helado. Las paredes del risco se acercaron, brillantes de humedad. Una docena de pasos después, el camino volvía a ensancharse. El rey se detuvo involuntariamente, con la muchacha aferrada a su brazo.

Era como si, en alguna época, fuerzas gigantescas hubieran partido en dos la montaña entera. Las paredes de la fisura en la que se encontraban subían hasta una altura imposible de determinar. Por encima, lo único que quedaba del cielo era un hilo plateado de bordes de sierra. La poca luz que llegaba al suelo era gris y escasa. El viento aulló sobre el pico distante; el abismo respondió, pronunciando una sola nota que estremeció la roca, y luego se hizo el silencio.

A unos cincuenta pasos por delante, las paredes de piedra se unían. Distinguió un tramo de escalones tallados crudamente, y cuencos repletos de ofrendas podridas. Por encima, la roca estaba perforada por un solo agujero, no más ancho que una mano. Un fuerte olor emanaba de él; a su alrededor, unos ladrillos bastamente unidos con argamasa mostraban el lugar donde el anacoreta había sido emparedado vivo. Estaban manchados y enrojecidos, como si a lo largo de los años aquella cosa se hubiera convertido en una sucia garganta.

Su estómago se rebeló, y se habría dado la vuelta; pero una voz surgió de la celda, aguda y atiplada como la de un espíritu.

—En los viejos tiempos —decía—, vinieron los Gigantes. Elwin Mydroylin era rey del oeste. Llegaron los barcos de guerra, los barcos de hierro flotante. En sus cubiertas crecían bosques. Otros navegaban bajo el agua, arrojando jabalinas que quemaban la tierra. Los cultivos se secaron, y los árboles en los pasos junto al mar. Las ciudades de los Gigantes fueron destruidas. Elwin My-

droylin cayó en la noche, y sus hijos, que mataron al dragón del lago de Brondin. El Vagabundo llegó a la Colina Blanca. Vio el amor de las mujeres, y era falso. Vio el amor de los hombres, y era falso. Los dragones llegaron al norte. Las colinas se estremecieron.

La voz de Elgro resonó en la grieta.

—Vidente, ¿dónde está la Tierra de los Espíritus?

Las paredes de roca tomaron las palabras, arrojándolas burlo-namente de un lugar a otro; y el viento rugió, tocando aquel lugar como un gigantesco caramillo.

El ruido se desvaneció. La voz continuó, inexorable.

—Elwin cayó en la noche. La Casa de Mydroylin se extinguió. Llegaron Haen, y Morfa, y Amlwych Penoleu. Los dragones combatían en el norte, y el mar anegó la tierra. Lo que era indivisible fue dividido.

El mal olor se acrecentó. Rand se tambaleó, sintiendo que un sudor frío le cubría. La voz volvió a sonar.

—El pueblo del lago tomó el sur, liberando a los Demonios del Pantano. Al otro lado, creció el bosque. Quien busque a los dioses debe atravesarlo. Nadie lo consigue. Tras el reino de los dioses, puede que se encuentren los espíritus.

Hubo una pausa; y un ruido de roces salió del agujero. Una mano apareció, y un brazo; cubierto de porquería y punteado de llagas brillantes. Las llagas se movían y latían. La voz se alzó en una risotada.

—Acércate, hombre del mar —dijo—. Recibe mi bendición.

La visión de Rand se apagó. Perdió pie, y sintió que el Danzarín le cogía los brazos. Se volvió, con las manos sobre la cara; cuando pudo ver de nuevo, el sol calentaba su espalda. Por encima se alzaba el risco; por debajo, a gran distancia, se encontraban los caballos y los hombres que esperaban. Jadeó, estremeciéndose; y Elgro le tocó los hombros.

—Ya hemos visto la sabiduría —dijo el Danzarín entre dientes—. ¿Y ahora adónde, mi señor?

El guía tiró de las riendas, señalando.

—Seguid el sendero —dijo—. El camino está despejado. Al otro lado de los bosques están las ciudades del pueblo del lago. Ningún kermi tiene tratos con ellos; son un pueblo celoso, y no se

debe confiar en ellos. Los guerreros de los caballos ocupan el sur, desde la Gran Llanura hasta el mar. Si debéis viajar por sus tierras, hacedlo de noche. No les gustan los forasteros. —Hizo que su caballo volviese la grupa—. Os he traído, como me ordenó el rey. Aquí termina la autoridad de Talsarno. No confiéis en ningún hombre del otro lado del bosque; y que los dioses sean con vosotros. —Levantó el brazo brevemente como saludo; y las varas del Dragón giraron, y la pequeña escolta volvió por el camino por el que había venido.

Rand azuzó a su montura, bajando por el sendero serpenteante. Matt le seguía, montado incómodamente en la silla pintada; Elgro, gruñendo, iba en retaguardia.

Ya salían de las altas colinas. Cruzaron largas laderas brillantes de verónica, moteada de matas de brezo y macizos de arándanos. Más allá se alzaban pinos entre matorrales de rododendros. No había señales visibles de vida; pero por dos veces Elgro se volvió, y se quedó mirando fijamente el horizonte a su espalda.

En el terreno de más abajo, los pinos fueron reemplazados por un denso bosque de hayas. Cabalgaron durante una hora o más a través de claros verdes e inclinados; la tarde había comenzado cuando alcanzaron la linde del bosque, y se detuvieron. Una última cuesta llevaba a un río poco profundo y serpenteante; al otro lado, una llanura azul se extendía hasta el horizonte.

Elgro alineó su caballo junto al de su señor. Rand se volvió, con gesto interrogativo; y el Danzarín sonrió.

—Deberíamos acampar aquí, junto al río —dijo, señalando. Se volvió una vez más para mirar a sus espaldas—. Por el camino he visto unas setas que servirán para preparar una cena sabrosa. Volveré dentro de un momento.

Clavó los talones en los costados de su pony y trotó de vuelta por donde había venido. Rand lo miró alejarse con ojos preocupados, pero no hizo ningún comentario. Hizo que su caballo marchase hacia el río.

El Danzarín esperó, con los ojos entrecerrados, hasta que sus compañeros se hubieron perdido de vista. Entonces hizo girar a su montura, salió del camino y se internó en la espesura.

El jinete llegó lentamente, dejando que el pony escogiera su propio camino. A ambos lados, el bosque era tranquilo y cálido; el sol de la tarde, entrando de lado entre las hojas, formaba un dosel

dorado.

En un punto determinado, el sendero describía una curva cerrada junto a un enorme y suave tronco. Una rama tan gruesa como el cuerpo de un hombre colgaba sobre el camino. El pony pasó por debajo; y una figura cayó con un rápido golpe. El animal relinchó, y se desbocó de miedo. Su jinete, expulsado de la silla, dio vueltas, agitándose. Intentó levantarse; pero el peso del atacante la mantuvo en el suelo. Se contorsionó, desesperada; y una daga de hoja ancha entró entre sus dientes.

—Respóndeme rápidamente —siseó Elgro—, y no me mientas. ¿Estás sola?

Ella asintió, gimiendo; y él le hundió los dedos en el corto cabello.

—Ahora debes saber —dijo— que las mujeres son mi ruina. Un hada maldijo a mi señor, convirtiéndole en el niño que ahora es. Por dos veces me has avergonzado, y muchas más te has burlado de mis palabras. Ahora, en tu estupidez, nos has vuelto a seguir. ¿Es para burlarte de nuevo?

Ella gimió, aterrorizada, e intentó negar con la cabeza.

—Ah, bien —dijo Elgro—. Eso es otra cosa. ¿Quién te ha enviado, Rata? ¿Ha sido tu padre, para espiar?

Un atisbo de negación. Ella cerró los ojos, jadeando.

—Vaya, entonces —dijo el Danzarín— quizá es que amas al rey. ¿Ése es el cuento?

Ella intentó toser, y se atragantó.

—Ya conozco este asunto del amor —dijo Elgro—. Y qué maldición y qué plaga es, cuando las mujeres le ponen las manos encima. El amor existe, como bien sabemos los magos; salta entre las estrellas, y hace moverse al verde mundo entero. Sin embargo, los hombres estúpidos suspiran por una cara o unos muslos, con huesos debajo que no son más hermosos que los suyos, jurando que si les faltan se apagará el sol; y esto lo sabéis muy bien. Así que os acercáis a uno y a otro, diciendo «Hola, contempladme y adoradme», o «Tú eres un rey, y éste es tu Danzarín; qué tipo tan curioso». —La tocó con su mano libre; y ella gimió—. Ahora escucha un Misterio. Que esto, y esto, y esto bajo tu falda, te fue dado por Dios. Sin embargo, las mujeres, que son sacos de sangre, se muestran presumidas como crías, y ponen precio a las formas que el Cielo sólo les prestó. Y así caen los reinos, y los hombres se

vuelven locos, porque os acucilláis para mear. —La hoja del cuchillo tembló—. Ningún hombre me ha seguido, en toda mi vida, y ha vivido para contarle. Sin embargo, por mi señor, te dejaré vivir. Quizá esto sea amor; y muy por encima de tu comprensión.

La arrojó lejos de sí con un fuerte empujón. Ella rodó sobre las hojas y se paró, temblando. Él enfundó la daga y se acercó hasta quedar junto a ella.

—Tú elegiste el camino —le dijo—. Ahora síguelo. Sé fiel a mi señor; o mi espíritu te encontrará, si yo no respiro ya.

Ella se puso de rodillas, con aire enfermo; bajó la vista, y vomitó. Cuando hubo terminado alzó un rostro ceniciento.

—Danzarín —dijo en voz baja—, ¿puedo coger ahora a mi caballo?

Él se apartó, impasible. Ella caminó hasta donde estaba el animal; montó y cabalgó con fría dignidad, bajando hasta la Llanura.

El sol salió, y se puso. Caminaban hacia el sur a buen paso. Rand iba en cabeza, con la barbilla contra el pecho; tras él iba Matt, trotando flemáticamente, aferrándose a la silla. La muchacha llevaba los caballos de carga; Elgro el Danzarín iba en retaguardia. Los patos y las garzas alzaban el vuelo a su paso, graznando y revoloteando. Vadearon ríos poco profundos, caminaron hora tras hora junto a pantanos desolados, moteados por todas partes con el blanco algodonoso de la hierba de ciénaga. A veces pasaban por delante de bastos asentamientos, y una vez vieron una ciudad lacustre entera, construida ante la costa sobre un bosque de pilotes. La población de la región era numerosa; pero ni se acercaron ni les amenazaron. Todos parecían satisfechos con observarles desde lejos, en grupitos hoscamente callados mientras los hombres del mar pasaban.

La muchacha cabalgaba casi todo el rato callada, soportando las incomodidades del viaje sin queja. Todas las noches hervía el agua potable del grupo y apartaba con cuidado las cantimploras para que se enfriasen. Un bolsillo de su cinturón contenía exquisitos anzuelos de hueso. Puso trampas para las aves acuáticas, atando los anzuelos cebados a maderas flotantes; y una vez robó unas cestitas de caña, y con ellas atrapó una anguila de un metro de lar-

go. Ninguno de los hombres del mar quiso tocarla; ella limpió el pescado y se comió una parte, sentada a cierta distancia, con los ojos oscuros fijos sobre Rand.

Al día siguiente llegaron a una antigua carretera, cuya superficie estaba agrietada y rota. En algunos lugares, ciertas partes habían sido levantadas completamente por el brote de matorrales y malas hierbas. Estaban hechas de trocitos de piedra encajados en un molde negro y alquitranado. Tales carreteras existían aquí y allá en Tierra del Mar, aunque el arte de su construcción se había perdido hacía mucho. A Rand le pareció extraño encontrarse una allí; pero se dirigía hacia el sur, recta como una flecha, hasta perderse de vista. Volvió la grupa de su caballo para entrar en ella, y llamó a los otros para que le siguieran.

La carretera subía y bajaba, inundada en gran parte de su extensión. Los caballos chapoteaban hundidos hasta las rodillas, resbalando y resoplando. Ante ellos, el lago se extendía hasta el horizonte, moteado por macizos de juncos e islas coronadas por árboles achaparrados de aspecto enfermizo. El grupo cabalgaba en silencio, con los ojos entrecerrados contra el destello del sol; hasta que, a mediodía, la muchacha tiró de las riendas. Rand, volviendo la vista, vio que estaba rígidamente montada en el pony, con la mirada baja.

Hizo que su montura se volviese, y miró a donde ella miraba. Junto a la carretera, el agua era cristalina. Dentro de ella, sujeto a la hierba sumergida, flotaba el cadáver de una joven. Estaba desnuda, y su carne era blanca como el mármol del Mar Interior. Tenía los ojos abiertos, y les miraba con curiosa intensidad; su pelo, largo y moreno, flotaba lentamente en torno a su cara, grácil como los helechos. En sus rodillas y sus codos se habían clavado horquillas para mantenerla inmóvil.

Por dos veces el rey le habló, con suavidad; pero Rata, al parecer, ya no podía oírle. Finalmente tomó las bridas del pony y la alejó de aquel lugar. Le siguió sin protestar, volviendo la vista al lugar del sacrificio mientras se perdía de vista. Él le habló otras dos veces, sin recibir respuesta. Negó con la cabeza, y la dejó en paz.

Acamparon tristemente en la parte más seca de una isleta pantanosa. Rata realizó sus tareas en silencio, limpiando y preparando la caza que habían llevado, y poniendo sus sedales con cebos. Más tarde se alejó sin hacer ruido, y caminó hasta la orilla. Se sentó un

rato, balanceándose sobre los talones, y mirando al norte mientras el crepúsculo llameaba y se extinguía. Entonces se llevó la mano al cinturón y sacó un pequeño cuchillo. Puso la mano en el suelo y, sin un gesto, apretó la hoja contra su palma y la arrastró brazo arriba.

Fue Rand quien la echó de menos. Caminó, frunciendo el ceño, hasta donde ella estaba sentada y acurrucada. Entonces se detuvo con un grito, e intentó tomar su brazo; pero ella se lo impidió.

—Déjame en paz —dijo insegura—. Es mi sangre; puedo derramarla donde quiera.

A pesar de su resistencia, la tomó en brazos y la llevó a cuestras llamando a gritos a Elgro y a Matt. Sacaron de uno de los sacos una camisa de lino, regalo de su padre, y la rasgaron en tiras para hacer vendas. Le lavó la larga herida con cuidado, y le vendó el brazo y la muñeca; cuando hubo terminado y la hoguera estaba bien alimentada y ardía, la miró severamente.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó—. ¿Nos hemos hecho tan insoportables para ti que tienes que escabullirte para quitarte la vida?

Ella estaba sentada y temblaba, envuelta en una manta.

—No era por mí —dijo amargamente—. Era para acallar a un espíritu. Myrnith habría sabido la forma correcta de hacerlo; pero lo único que yo tenía era la sangre.

—¿El espíritu de quién?

—De Bethan —dijo—. A quien se llevaron los dioses del pantano.

Él se quedó mirándola, con creciente comprensión.

—¿Esa joven era kermi?

Ella hizo una mueca, acunando su brazo herido.

—Jugábamos juntas —dijo—. Luego nos enamoramos. Desapareció hace un mes. Pensamos que habría sido un lobo. —Tragó saliva—. Hubo una tormenta. Yo tomé una barca. Esperaba ahogarme. Pero los dioses no lo quisieron. En vez de eso, me atraparon los guerreros de los caballos. —Miró al fuego—. Si vamos hacia el norte, nos capturan para alimentar a los gusanos. Si vamos al sur, el pantano siempre está hambriento. Los hombres del mar nos atacan desde el oeste, y la gente de la isla Verde, que bebe sangre de foca y se corta los dedos cuando mueren sus caciques. Y al

mismo tiempo los jinetes quieren nuestra tierra. Pronto, si mi padre no deja de cantar y ser sabio, no quedarán más kermi. El mundo volverá a estar en paz. —Se volvió para mirar a Elgro—. Ella no pidió que la clavarán a una ciénaga. Pero sin duda, como mujer, lo merecía.

Rand la miró frunciendo el ceño, y negó con la cabeza; y el Danzarín se levantó y desapareció en la oscuridad.

Esa noche ella se acostó junto al rey, envuelta en sus mantas. Por dos veces durante las horas tranquilas se despertó para oírla sollozar. Finalmente la atrajo hacia sí, acariciándole el pelo.

—No deberías habernos seguido —le dijo—. Tu deuda ya estaba pagada; yo me dirijo a la Tierra de los Espíritus, donde no hay más que pesares.

Al cabo, ella le apoyó la cabeza en el hombro. Se quedó quieto hasta el amanecer, viendo cómo subían las blancas nieblas, oyendo los suspiros y gorgoteos del pantano. Se adormiló a la primera luz, y se despertó ojeroso y abotargado. El grupo ensilló los caballos y montó, para dirigirse de nuevo hacia el sur. Rata parecía tan pálida como la chica del agua, mientras que el habitualmente callado Matt se quejaba de dolores de cabeza y espalda. Sólo el Danzarín, chapoteando seriamente en la retaguardia, no parecía afectado.

A última hora de la tarde habían salido del pantano; pero la salud del Navegante había empeorado. Cabalgaba con los ojos idos, vociferando y mascullando, estallando en trozos de canciones. Acamparon antes del anochecer, y le improvisaron una cama con los sacos y su contenido. La muchacha se sentó a su lado, levantándole la cabeza a cada rato para que bebiera. Gimió y gritó hasta altas horas de la noche, diciendo tonterías sobre la Tierra del Cangrejo, y la pesca, y el vino del Mar Interior. Llevaban un poquito de vino, que habían conservado desde la casa fuerte de Talsarno; se lo dieron, y así se adormiló por fin. Ante las ansiosas preguntas de Rand, la muchacha negó con la cabeza.

—Tiene la fiebre del pantano —dijo—. Le vi beber dos veces agua corrompida, a pesar de lo que os había advertido; éste es el resultado. —Se quedó mirando a Elgro con sus ojos perturbadores—. Ha llegado la hora de que demuestres tus habilidades, Danzarín. Tú, que conoces los secretos de las estrellas.

Pero Elgro se apartó, con el rostro sombrío. Luego, cuando la muchacha dormía, habló con amargura a Rand.

—En la Tierra del Cangrejo —dijo—, cuando yo servía a tu padre, dancé más fiebres que huesos hay en mi cuerpo. Dancé tu nacimiento, aunque las comadronas dudaban de que sobrevivieras. Ahora el poder ha desaparecido. Mis piernas ya no parecen pertenecerme, y veo las cosas una y otra vez. —Extendió las manos, y las contempló tristemente—. Los dioses hacen esto para avergonzarme, o para burlarse. O este asunto del encantamiento está más extendido de lo que pensaba. —Habló como para sí mismo, frunciendo el ceño ante el fuego—. Lo que dije es cierto. Y es cierto en todo el mundo. Y sin embargo, he pecado. ¿Cómo puede ser?

Rand alargó la mano y le tocó el hombro.

—Todo volverá —dijo—. Cuando hayamos salido de este lugar y respiremos de nuevo el aire limpio.

Pero Elgro negó con la cabeza, con los ojos inexpresivos.

—Los tiempos están cambiando —dijo—. Mi señor, tengo una idea extrañísima: que un día los hombres del mar también serán los dueños de este país. Entonces no habrá más espíritus, ni necesidad de danzarines. —Se frotó la cara cansinamente—. Es mi orgullo. Pensamos, cuando envejecemos, que el mundo envejece con nosotros. Descansa un poco, mi señor; yo haré guardia.

Por la mañana, Matt había caído en un sueño del que ninguno de sus esfuerzos pudo despertarlo. Hablaron entre ellos con preocupación; luego Elgro cortó dos arbolillos, los ató al arnés del caballo de carga, y tejió unas ramas para obtener una camilla improvisada. A ella se ató al Navegante, que seguía respirando entre estertores; y así continuó la grave marcha. Subieron constantemente, hasta ondulantes colinas verdes. A mediodía el enfermo había despertado, y se debatía contra las cuerdas que le sostenían, llamando a todo tipo de dioses y espíritus. Cuando se detuvieron para darle agua y dejar que los caballos recuperasen el aliento, apenas pudo reconocerles.

Una vez que se habían internado profundamente entre las colinas, volvieron a encontrarse con la Roca Negra.

Rand habría continuado cabalgando en esa dirección; pero la muchacha se aferró a su brazo.

—Mi señor —dijo—, allí nos espera la muerte. Nadie entra dos veces en la Roca y vive para contarlo. —Solicitó el acuerdo de Elgro—. Danzarín, esto no es por mí misma. Pero si sigues adelante, piensa entonces en la promesa que hiciste. Yo preferiría descan-

sar aquí y dormir que ver al rey con la carne desprendiéndose a jirones de sus huesos.

Elgro la miró durante un rato, encajando la mandíbula y tirándose del pelo; luego hizo que su caballo diese la vuelta.

—Mis espíritus me dicen que tiene razón, mi señor —dijo—. Muchos demonios viven en la Roca. Debemos evitarla.

Se desviaron hacia el este, pensando que ofrecía la ruta más cómoda. Durante la mayor parte del día la banda negra brilló en el horizonte. Finalmente se alejó trazando una curva, y terminó en una gran cresta recortada. Agradecidos, hicieron que los caballos se encaminasen al sur.

La tierra a la que habían llegado era la más extraña que habían visto. Kilómetro tras kilómetro, las pequeñas colinas estaba cubiertas de un verde febril. La hierba crecía lacia y brillante, los tallos pulposos, las briznas del ancho de una mano. Coronando las colinas había árboles de una enormidad proporcional. Sus formas eran extrañas. Algunos arrojaban sus ramas hacia el cielo rectas como lanzas, a treinta metros o más; otros se retorcían, brotando en grandes nudos y curvas, extendiendo puños de raíces donde quiera que tocasen el suelo. Los caballos bufaban intranquilos; y la Rata parecía preocupada.

—Creo —dijo— que deberíamos volver a dirigirnos al este, mi señor. Ésta es también una mala tierra; los vientos de la Roca Negra crean estas cosas. He oído decir que los hombres también se convierten en monstruos.

Pero Rand negó con la cabeza.

—Seguiremos en dirección al sur hasta el anochecer —dijo—. Si el mal está en el aire, como crees, entonces ya hemos respirado demasiado. No nos causará más daño.

Hacia la tarde, Matt, que se había tranquilizado, comenzó a cantar y gritar de nuevo. Sus berridos flotaban hacía el cielo, entre los sorprendentes troncos y las ramas; y el Danzarín se tiró del labio.

—Ojalá los dioses se lo llevaran con ellos —dijo con franqueza—. Al menos así podría descansar; aquí parece que vive en el infierno.

El sol cayó hacia el horizonte. Coronaron una colina y se juntaron instintivamente. Frente a ellos, al otro lado de la ladera que los separaba, se encontraba el monstruo más extraño de toda aque-

lla extraña tierra. Sus ramas, blancas como el hueso y desnudas, se debatían y avanzaban metro tras metro, inclinándose para rozar la hierba, y arrojando raíces más anchas que el cuerpo de un hombre. La luz pasaba a través del mar de ramas, con un efecto fantasmagórico; y Elgro sacó una mano de su manto, con los dedos formando el signo circular que protege de la muerte. Se quedaron sobre los caballos, mirando; y una voz tras ellos les hizo saltar del susto.

Era Matt. Estaba de pie, tambaleándose, con el rostro enrojecido.

—Contemplad el Árbol del Mundo, que se alza al final del Tiempo. Bajo sus raíces moran los Gusanos de Mar, y el Lobo que devorará el sol; y allí están los dioses todos en fila, con los ojos ardientes y sus vergas como el velamen de una nave larga. ¿Es que no podéis verlos?

Rata se estremeció, con las manos en la boca; y los otros se volvieron, bajando en silencio de sus caballos.

—Matt, viejo amigo —dijo Elgro son suavidad—, dejemos esos asuntos en paz. Ahora nos sentaremos y comeremos; pues estos dioses, a quienes veo muy claramente, están cansados y no desean charlar. Por la mañana podrás hablar con ellos; mientras tanto, cuéntame otra vez sobre la Gran Tormenta, cuando condujimos al rey Cedda a Pantano Azul y vimos la serpiente de mar. Ésa es una historia mejor. —Hizo un gesto con la cabeza a Rand, y los dos saltaron.

El otro encogió los hombros con sorprendente rapidez, y alzó los brazos. Siempre había sido notable por su fuerza; ahora parecía redoblada. Rand, a pesar de su peso, fue arrojado sobre la hierba; Elgro rodó blasfemando entre las patas de los caballos. Se levantó al momento, pero el Navegante fue más rápido; lanzó un grito, levantó los brazos, y salió corriendo hacia el monstruo aullando con toda la fuerza de sus pulmones. Corrieron tras él, consternados.

Las ramas se cernían sobre ellos, trazando curvas. Matt aulló contra el tronco, golpeándolo con los puños. Llegaron hasta donde estaba, y los volvió a apartar con fuerza. Ante él aparecieron marcas rojas sobre la madera blanca; luego cayó, arqueando el cuerpo. Lo agarraron, y de alguna forma consiguieron transportarlo sobre sus pasos. Lo acostaron sobre la hierba, e intentaron separarle las mandíbulas; pero era demasiado tarde. La lengua le había entrado en la garganta, y estaba muerto.

Rand se incorporó lentamente.

—Le volveremos a poner en el arnés —dijo—. No le dejaremos aquí; su espíritu no podría descansar.

Cabalaron en silencio, dando un amplio rodeo en torno al gran árbol. Con la última luz, la muchacha tiró de las riendas. Bajo los cascos del pony había hierba normal; habían salido del bosque.

Al día siguiente, el sol estaba escondido. Masas de nubes navegaban a baja altura sobre sus cabezas; parecía que atrapaban el calor junto a la tierra, de forma que sudaban mientras cabalgaban. El trueno sonó y murmuró, pero no llovió. Hacia la tarde alcanzaron el borde de una gran llanura. Se extendía ancha bajo la luz mortecina, con sus elevaciones coronadas por las copas de los árboles barridas por el viento. A derecha e izquierda había altos postes plantados en la hierba. Se acercaron al más cercano. Penachos de pelo moreno se movían al viento creciente; y en lo alto de aquella cosa había un gran cráneo blanqueado por el sol. El relámpago parpadeó sobre las nubes; y Rand se dio la vuelta.

—Éste es el lugar del que hablaban —dijo—. La linde de la tierra de los guerreros de los caballos. —Hizo avanzar a su montura hacia adelante, entrando en el vacío.

La tormenta estalló hacia el anochecer. La lluvia caía torrencialmente; los destellos y el estruendo eran continuos. Estaban lejos de cualquier cobijo; siguieron marchando con determinación, con los mantos aleteando, y el pelo y las polainas chorreando. Una hora después del anochecer llegaron a una aldea resguardada entre colinas. Era un lugar de aspecto misérrimo; pero aquí y allá ardían hogueras, y había una especie de atalaya. Se acercaron a la empalizada, demasiado cansados para pensar en el peligro. Aporrearon las puertas hasta que obtuvieron respuesta. Les gritaron preguntas, y las respondieron; las puertas se abrieron entre crujidos. Parecía que el nombre del Dragón tenía cierta fuerza, incluso en el sur.

Las chozas eran tristes apaños en su mayoría, meros agujeros cavados en la tierra y cubiertos con cañas. En una fueron alojados, y Rata comprobó que se ocuparan de los caballos. Se tumbaron inquietos, envueltos en los mantos húmedos, mientras la tormenta gruñía hasta callar. Al cabo Rand se adormiló, sólo para ser visitado por sueños monstruosos. Le parecía que la niña del gusano flotaba hasta él, una y otra vez, extendiendo sus brazos blancos. Él extendió sus propios brazos hacia ella; y la blancura se convirtió al

instante en otra cosa, que le despertó estremecido a la primera luz del alba.

Se levantó, y se quedó de pie tambaleándose. Los pechos de ella se alzaban y caían en la penumbra; las pestañas le rozaban las mejillas. Dormía tranquilamente, como si su espíritu no hubiera hecho ningún viaje. Junto a ella, el rostro del Danzarín parecía pálido y enjuto como el de un cadáver. Salió de la choza y caminó hasta la empalizada del sur. En el horizonte aparecían colinas; el aire era frío y agradable.

Más tarde acudieron a parlamentar con el cacique del lugar; una vieja criatura amargada de cabellos grises, frágil y muy encogida.

—Nos quedaremos con los caballos —dijo—. Y también con su carga, en pago por las molestias que nos habéis causado. A los jinetes no les gusta que los forasteros entren en su país; han rodado cabezas, y han ardido aldeas, por menos de lo que hemos hecho. Si vais hacia el sur, y en mi opinión estáis locos si pensáis hacerlo, debéis ir como esclavos; pues todos somos esclavos aquí. Los jinetes poseen la tierra.

—¿Qué sabes de sus dioses? —dijo Rand lentamente.

El otro escupió.

—Dioses, tienen de sobra —dijo—. Algunos piden cereales, así que nos roban las cosechas. Otros reclaman sangre, y entonces se llevan a nuestros hijos. Hay un gran dios en el sur, o eso he oído. Su sacerdotisa salió de entre nuestro pueblo; pero era tan sagrada que la dejaron en paz. Y una vez visitó la Tierra de los Espíritus, y vagó por ella un tiempo.

Rand le aferró el hombro.

—Jefe —dijo—, ¿es eso cierto?

El otro se encogió de hombros cansinamente.

—¿Qué sé yo de la verdad? —dijo—. Antes éramos libres, y cultivábamos el cereal y alimentábamos a nuestro ganado en los valles. Ahora somos esclavos, y besamos el suelo cuando aparece un jinete. Éstas son las verdades. Si existen los dioses, no nos dedican ningún pensamiento. Más que esto no sé ni quiero saber.

Se les buscaron ropas; pantalones y bastas túnicas de tela sin blanquear.

—Supongo que el deseo de tu corazón ya está satisfecho —dijo Elgro sombríamente al rey—. Tenías tierras, y han desapare-

cido. Una mota, que abandonaste; una nave, y hombres que te seguían. En nuestras alforjas llevábamos un rescate; y con él pagamos el alojamiento de una noche en un agujero húmedo en la tierra. Ahora debemos inclinar la cabeza, y vestir ropa que apesta a sudor de granjero. Si esto es la sabiduría, entonces el mundo está al revés; y ya es hora de que yo lo abandone. —Se quedó mirando el cinturón de su espada con afecto, y lo apartó. Se colgó el arma en torno al cuello, disponiendo los pliegues de su manto para esconder la hoja—. Un poco de suciedad en nuestros rostros supongo que no vendría mal. Y ahora que lo pienso, la nariz me dice que hay una piara de cerdos en las cercanías. Creo que iré a revolcarme en una de sus pocilgas; si debo interpretar un papel, debo interpretarlo bien.

Salieron de la aldea, caminando por un camino blanco y pedregoso. Una cuesta más allá, el lugar se perdió de vista. En la cima la muchacha se volvió, con lágrimas en el rostro. Rand, acercándose torpemente, le puso una mano en el hombro.

—¿Qué sucede? —dijo.

Ella se apartó, pasándose el dorso de la mano por las pestañas.

—No es nada —dijo—. Es sólo por mi pony. No podrán venderlo; sería peligroso.

Él frunció el ceño.

—¿Qué harán? —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Matarlo y comérselo, supongo —dijo—. Mi señor, debemos proseguir.

La tierra estaba muy poblada. Pasaron hileras de carros de bueyes, y una fila tras otra de los soldados de tez morena y cascos de hierro. Aquí y allá había aldeas desoladas como aquélla en la que se habían alojado, y campos divididos en pequeños cuadrados de cultivos. Entre ellos, pueblos con empalizadas se arremolinaban en torno a motas parecidas a los castillos de Tierra del Mar. Docenas de veces les miraron con desconfianza; pero siguieron su camino sin que nadie se lo impidiera. Al cabo de un tiempo las aldeas se hicieron menos frecuentes. El camino subió y siguió subiendo, cruzando la gran espina dorsal de caliza del país. En la tierra vacía se alzaban colinas, coronadas por las siluetas delgadas de las almenaras; las casas de labranza se cobijaban en los valles, donde animales del tamaño de juguetes pacían en la hierba escasa y gris. En

uno de esos lugares regatearon por su cena, pagándola con el último oro que quedaba en el cinturón de Rand. Pasaron la noche en un cobertizo lleno de paja susurrante. Por la mañana pasó una tropa de soldados, con una docena de carros bien cargados. Tras el portón del último se tambaleaban cuatro o cinco hombres de aspecto cansado. Rand, frunciendo el ceño, vio que uno de los prisioneros se caía. El carro siguió rodando indiferente, arrastrándole por el polvo.

Estaban acercándose al mar. Entraron en una zona de brezal, una extensión plana y áspera recorrida por pequeños cursos de agua y cubierta de ciénagas. Sobre las interminables matas de rododendros se alzaban pequeños grupos de pinos. A lo largo del horizonte se extendía una hilera curvada de colinas; más cerca, unos promontorios de caliza mostraban ríos erosionados de color blanco. Salieron del camino, marchando directamente a través del brezal.

El sol subió, aumentando su intensidad; el brezo rielaba y oscilaba. Descansaron durante la parte más cálida del día, arrastrándose al interior de uno de los grupos de árboles cubiertos de flores brillantes. Hacia la tarde volvieron a ponerse en marcha, alcanzando de nuevo el camino allí donde volvía a dirigirse hacia las colinas. Por él marcharon, sedientos y con los pies cansados, hasta que la muchacha se detuvo, aferrando el brazo de Rand. Junto al camino yacía el cuerpo de un hombre, uno de los prisioneros que habían visto pasar. En su espalda había una herida abierta; a su alrededor ya se afanaban las urracas, regañando y aleteando sobre la hierba manchada. Pasaron de largo con los rostros serios, y se apresuraron.

El sol estaba bajando cuando el Danzarín se volvió. Entrece rró los ojos, mirando el camino que acababan de recorrer. A su espalda galopaba una tropa de hombres. La luz arrebatava chispas de los arneses y las armas, y de los brillantes cascos de acero de los jinetes.

A ambos lados se extendía el brezal, vacío y liso; no había adónde huir. Se apartaron a un lado, humildemente, y esperaron con la cabeza gacha a que pasase la columna. En lugar de eso, se detuvo; y el cabecilla, un hombre robusto de nariz ganchuda con el pelo y la barba largos, se adelantó.

—Vosotros, creo, sois la gente que buscamos —dijo sin

preámbulos—. ¿Cuál de vosotros es el señor de Tierra del Mar?

Rand negó con la cabeza.

—No te entendemos, señor —dijo—. Vinimos desde la costa a las aldeas, junto a la Gran Llanura, para vender ovejas para nuestro amo. Ahora que nuestra tarea está hecha, nos dirigimos a casa. Por favor, permitidnos continuar; pues ya es tarde, y nos darán una paz.

Un hombre cabalgó hasta la cabecera de la columna, sonriendo. Llevaba un abrigo de alegres motivos; y su largo cabello rubio estaba cuidadosamente peinado y recogido.

—Bien dicho, rey del Cangrejo —dijo—. Pero por esta vez debes dejar de lado tu modestia. Aquí en el sur somos gente honrada, y estamos ansiosos por que seas nuestro invitado.

Las manos del Danzarín volaron hacia su cuello, pero por una vez fue demasiado lento; la punta de una espada ya se apretaba contra su garganta. El jinete habló guturalmente.

—Deja tu arma —dijo.

Hizo lo que le ordenaban lentamente, con los ojos grises duros como piedras.

—Vaya, Dendril —dijo—, que cosa tan curiosa. En la tierra de los lagos maté a un gusano; parece que uno menor se me escapó, para vestirse con buena ropa y hablar mal de sus superiores.

El hombre del mar bajó de su caballo, despreocupado.

—Cuando reine sobre el trono de la mota del Cangrejo —dijo—, con la ayuda de mis amigos que aquí veis, mi vestido será incluso más espléndido. Pero tú no estarás allí para verlo. —Se inclinó para recoger la espada, y se dio la vuelta—. Matadle. Los otros no nos darán problemas.

Rand se adelantó rápidamente.

—Escuchadme —dijo—. Hemos venido en son de paz, con telas blancas en nuestra nave. Habríamos navegado hasta vuestras grandes ciudades, portando presentes; pero nuestro barco naufragó, como puede atestiguar este amigo nuestro. No causamos ningún daño; hemos venido a adorar a vuestros dioses, y a aprender de la sabiduría de vuestros sacerdotes.

Dendril se acercó a él.

—¿Ningún daño? —dijo—. ¿Ningún daño? Entonces, ¿dónde está Cultrinn? ¿Dónde está Egril? ¿Dónde están Galbritt y Ensor y todos los demás? —Sopesó el arma, y golpeó con ella maligna-

mente. La empuñadura, pesada y basta, le dio a Rand en la sien. Estalló una luz dentro de su cabeza; cuando pudo ver de nuevo, estaba mirando a las patas de un caballo. Intentó levantarse; y el guerrero habló desde muy lejos.

—De rodillas ante un jinete, hombre del mar —dijo—. O te cortaré los tendones.

Se pasó una mano por la frente. Se manchó de roja humedad. Rata se arrodilló a su lado, y le puso un trozo de tela contra la cara.

Elgro se había acucillado, con los ojos ardiendo; ahora se relajó.

—Bien —dijo—, se acabaron los reyes. Cuando caen, ha llegado la hora de buscar nuevos señores. —Se volvió hacia los jinetes, abriendo los brazos—. Mis señores, no tenéis que preocuparos por mí. No tengo ningún deseo de morir antes de tiempo. Además, tengo poderes con los que no podéis ni soñar. En mi propia tierra, era un mago de cierta fama.

—Matadle —dijo Dendril sin quitarle el ojo de encima.

Una espada se alzó; pero Elgro levantó una mano.

—Espera —dijo. Se volvió al jefe de barba negra—. Mátame y cometerás un terrible error. Podría servirte bien. Cuando danzo los hombres crecen en vigor, toman veinte doncellas en una noche, y aún piden más. Otros se desvanecen y tropiezan, sintiendo grandes dolores. Mis enemigos se dejan caer y gimen, solicitando los servicios de un sacerdote. Todo esto lo consigo con pasos en el polvo.

—No confiéis en él —dijo Dendril.

Pero el jefe frunció el ceño, con los ojos estrechados por la curiosidad.

—He oído hablar de estos danzarines —dijo—. Deja que nos muestre su habilidad. —Miró a Elgro—. Danza dolor, pirata. Causalo a distancia, y quizá te dejaré vivir. Falla y morirás en este mismo instante.

Elgro bajó la vista.

—Señor —dijo humildemente—, se hará como desees.

Los jinetes formaron un círculo, sonriendo. Entró en el anillo que le habían preparado, y comenzó a danzar. Danzó una danza como nadie había visto nunca. Aulló y rugió, retorciendo su cuerpo flexible en una figura tras otra. Se dobló hasta que su frente to-

có el suelo entre sus talones; saltó, hizo cabriolas y dio volteretas laterales. El polvo se levantó a su alrededor; y las sonrisas de los jinetes se convirtieron en risas.

—Haz tu magia ya, hombre del mar —gritó el líder—. Estos saltos son cosa de niños.

Elgro llegó al climax de su actuación con una docena de saltos mortales. El último le llevó junto a la montura del jinete. A la altura de su rodilla colgaba una daga en una vaina decorada. El Danzarín la tomó, rápido como una serpiente, y la arrojó. Se oyó el impacto; y Dendril bajó la vista, consternado. Su rostro se puso gris, y luego de un blanco luminoso. Sus piernas cedieron; se sentó en el polvo, con las manos aferradas al estómago, y empezó a chillar.

Elgro se irguió, gruñendo.

—Ahí tienes tu dolor —dijo—. ¿No es suficiente, por una pequeña danza?

El tiempo se congeló un momento; luego, el anillo de jinetes se cerró sobre él.

La columna trotaba lentamente en el atardecer. Rand levantó la vista, tambaleándose de cansancio. Ante él, las colinas bajaban hasta un paso abierto en la caliza. En el paso se alzaba un gran montículo de flancos empinados, su cumbre coronada con puntas y fragmentos de piedra. En la parte más alta se alzaba una casa fuerte fantástica. Sus ventanas resplandecían con la luz; sobre los hastiales de su tejado, apenas visibles en el crepúsculo, trepaban y se erguían monstruosas formas tejidas con juncos. A su alrededor ardían antorchas, y muchas hogueras; los terraplenes estaban repletos de figuras con mantos y cuernos.

Había una casa de guardia construida con piedra quebradiza. El caballo al que estaba atado la atravesó. En el interior había más soldados. Se les dio el alto y se les permitió pasar. Tomaron las bridas, y cortaron las ataduras de sus tobillos. A su lado, la muchacha fue bajada de la silla; vio que arrojaban al Danzarín al suelo como un saco de semillas. Una mano le aferraron; dobló las piernas con torpeza, y la hierba se alzó para topar con sus rodillas. Rodó de lado, sintiendo que la colina oscilaba. Las manos volvieron, y las caras, hablando sin sonido y rojas a la luz del fuego. Cerró los ojos, y se hundió alejándose de ellas.

El estruendo y las sacudidas de las ruedas estremecían el suelo. La punta del gran ariete se balanceaba y avanzaba hacia delante; más allá, la fachada de la mota estaba llena de luces. Se alzaban llamas por encima de las murallas; vio flechas que volaban ardiendo, y que se clavaron en los muros de madera. Un hombre cayó, gritando. Arrojaron una cascada de agua; los puntos parpadeantes de luz se apagaron.

Las ruedas martilleaban. Apretó el pecho contra el eje, enterrando los pies en la tierra del complejo. Sonó un rugido procedente de los hombres del Cangrejo; y el ritmo se incrementó. Algo resonó contra su escudo y rebotó en la oscuridad. Frente a él, un hombre chilló y cayó, con las manos sobre el rostro. Tropezó con él y siguió corriendo.

Otro grito; y la máquina topó contra la puerta de la mota, con una sacudida que le hizo caer de rodillas. Sobre el techo de gruesas pieles cosidas llovían proyectiles; bajo éste, los hombres del mar, desnudos hasta la cintura, cortaban frenéticamente las ataduras del gran tronco. Miró a través de las ranuras de su casco de batalla. De nuevo silbaron las flechas sobre su cabeza. Sobre las murallas de Engor se desarrollaba una actividad frenética; y un colchón de cuero comenzó a sacudirse y agitarse al pie de la mota.

Los hombres se apresuraron a tomar el ariete. Algo chocó y se despedazó contra las pieles. El fuego se extendió; y los cánticos comenzaron. *Ea... y ho... Ea... y ho...* Hizo fuerza con todo su peso con los demás, y el ariete osciló. La cabeza, con forma de cuña y reforzada con hierro, golpeó la puerta con el sonido de un trueno; una y otra vez. Sonaron crujidos y ruidos de madera quebrándose; el colchón bailaba y saltaba.

La luz de las llamas apareció entre las grietas que se ensanchaban. Dejó el tronco y corrió, con la espada en la mano, y el escudo ladeado sobre la cabeza.

Ea... y ho... Ea... y ho...

La luz salía a borbotones de la mota. La puerta se quebró hacia dentro, sacada de sus goznes por la fuerza. El ariete osciló sin encontrar resistencia; él se agachó por debajo y saltó. Una lanza rebotó en la armadura de su hombro; tomó el fuste, cortó con la hoja, la recuperó, y volvió a atacar. Su voz rugía dentro de la más-

cara; tras él, los hombres del Cangrejo irrumpieron en la casa fuerte como una inundación.

Sonaron pasos sobre la madera. Saltó sobre ellos, y volvió a atacar con la espada. Un hombre chilló, y se derrumbó. Había una puerta que recordaba bien. La empujó con el hombro y el escudo; y el cierre se rompió. Al otro lado había mujeres sollozantes. Las apartó y entró a grandes pasos en el dormitorio. El diván estaba revuelto, y la habitación, vacía.

Había otra puerta. La acometió, y dio un paso atrás. El aire nocturno se movía sobre su piel; por debajo estaba el complejo iluminado por las llamas.

Le pareció que la pesadilla continuaba. Las máscaras se acercaron, empujándose; y las manos volvieron a tomarle, aferrándole por los brazos y los hombros. La cima de la colina era una gran masa confusa de edificios, con tejados y cámaras agrupados en torno a la alta casa fuerte del centro. Le arrastraron a lo largo de una habitación tras otra, iluminadas por el naranja de las antorchas, inundadas de un olor acre y dulzón que hizo que le diera vueltas la cabeza. Las máscaras giraban, subían y bajaban; máscaras de piedra y madera, máscaras de metal y hueso, máscaras de plumas brillando sobre muchachas que no vestían nada más. Las antorchas oscilaron; en alguna parte batían tambores, mezclándose con el tronar de sus oídos.

En la casa fuerte ardía una gran hoguera. Vio, entre atisbos y destellos, los caballetes dispuestos para un banquete, el suelo cubierto de cañas, los muros sobre los que colgaban los trofeos del dios; sus lanzas y cerbatanas y espadas; sus hachas y ruedas de carro y rollos de seda. Le dejaron en un asiento, y dejaron caer a la muchacha a su lado. En la cara y el cuello mostraba moratones. Las vendas le habían sido retiradas del brazo; los cortes habían vuelto a sangrar, salpicando su ropa.

Él tenía las muñecas atadas con una tira de cuero. Puso las manos sobre el caballete, con las palmas juntas; y le apretaron una copa contra los dientes. Bebió a la fuerza, sintiendo que la bebida le llenaba el pecho. El vino despertó nuevas imágenes ardientes; la larga habitación volvió a dar vueltas.

Sonaron trompas, muy cerca y muy alto. Las puertas se abrie-

ron; y una procesión desembocó en el salón. Primero llegaron los bailarines y los hombres de las trompas, y muchachas con címbalos y campanas; luego, criaturas con disfraces susurrantes de paja; y finalmente una silla cubierta vivamente adornada, llevada sobre los hombros por cuatro robustos sacerdotes. Sobre ella se alzaban cabezas oscilantes de maíz y trigo; y el signo del Dios, un falo de cañas verdes atadas. Las trompas resonaron; la silla fue depositada en el suelo y se hizo el silencio, sólo roto por los chasquidos de las llamas.

Una voz habló en tono quejumbroso tras las cortinas.

—Acercadme más —dijo—. ¿Cómo esperáis que les vea desde aquí?

Los portadores se apresuraron con deferencia. La silla fue levantada de nuevo, y sus cortinas se abrieron; y Rand miró, intentando que su cabeza dejase de dar vueltas. Vio lo que al principio no parecía ser más que un montón de plumas brillantes; luego la capa se movió, susurrando. Unos ojos negros brillaban a través de las ranuras de la máscara; y la voz volvió a hablar.

—¿Traes el toque que cura? Por esto te he salvado de mis jinetes.

Él tragó saliva, forzando a sus labios a pronunciar palabras.

—¿Dónde está mi Danzarín? —dijo—. ¿Está vivo o muerto?

La máscara tembló.

—¿Qué es la vida? —dijo—. ¿Qué es la muerte? Yo, que morí en la colina, he conocido ambas. —La voz se apagó, y pareció perder el hilo de sus pensamientos—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó quejosa—. ¿Dónde está el Dios? Durante siete veces siete años fui su Novia. Ni una sola vez me falló... Hombre del mar, ¿dónde están los años? ¿Puedes responderme?

Él bajó la vista.

—Vine esperando encontrar sabiduría, no para impartirla —dijo.

La máscara volvió a oscilar.

—¿Es ésta tu mujer? —dijo la vieja de repente.

Él negó con la cabeza, dolorido.

—No le hagas daño —dijo—. Su padre es rey en el oeste. Entregaré ricos presentes al Dios.

Pero ella no pareció oírle.

—Qué roja corre su sangre —dijo la sacerdotisa—. La sangre

de los jóvenes... Muéstramela, niña, no tengas vergüenza. Muéstramela y te contaré cómo vino conmigo el Dios, siete veces siete años... —La voz se hundió hasta no ser más que un murmullo, y luego volvió a subir—. ¿Dónde está el Dios? ¿Qué me ha sucedido? —Y luego, en un grito agudo—: Me quemó...

Rand gimió, golpeando la mesa con los puños.

—Madre —dijo—, así es la vejez...

—La Favorita no puede envejecer... —chilló ella. Aferró la máscara con una mano delgada y morena; y él apartó la vista. El rostro estaba marchito, colgando en torno a la nariz rota, la cicatriz de un gran corte—. Hemos buscado —dijo la criatura—. Primero buscamos el toque que cura todos los males; pero ningún hombre lo trajo a mi casa. Ahora volvemos a buscar. Pues el alma vive en la carne, como un gusano plateado. Quien encuentre ese gusano, y lo trague, será joven; pero es veloz y tímido. —Alzó la voz, agitando la capa emplumada; y una gran rueda de madera fue transportada al interior de la casa, y dispuesta.

El rey se levantó lentamente, con los brazos extendidos, y el rostro como el de un hombre que hubiera perdido la vista de repente. Se tambaleó; y entonces la cosa que había ante él habló. No quedaba mucho que demostrase que era Elgro; pero la voz era la del Danzarín.

—Mi señor —susurró lentamente—, creo que ahora tu penitencia está cumplida.

En la mota de Engor, el ruido había cesado. Corrió, batiendo los pies, y volvió por donde había venido. Tomó a una mujer por el cuello, preguntando a gritos por la reina; pero ella no hizo más que gemir. La arrojó lejos de sí, y volvió a correr.

En el gran salón, los muertos yacían por todas partes en montones. La sangre manchaba las banderas, trazando mapas brillantes. Había un hombre sentado al lado de la puerta, pacientemente, acunando los restos de una mano; más allá, en un semicírculo silencioso, estaban los hombres del Cangrejo. Entre ellos oscilaba el colchón de cuero, aún sostenido por la red de sogas. Estaba abultado y empapado; y su esquina, al moverse, trazaba un fino dibujo en el suelo.

No se dio cuenta de que atacaba y gritaba; pero el cuero se

abrió ante sus ojos. Se dio la vuelta, con las manos en la cabeza; pero no antes de haber visto, sobre el rojo y el blanco, los rizos de cabello pálido y ceniciento.

El grito que salió de él fue como el aullido de un lobo. Alzó los brazos, con los dedos doblados; y las cuerdas que le ataban saltaron. El caballete le obstaculizaba el camino; puso su gran mano sobre él y lo arrojó a un lado. Sonaron gritos; las máscaras giraron y cayeron. Tomó la rueda y la levantó, corriendo con ella, tambaleándose, hasta arrojarla a las llamas. Los troncos se dispersaron y rodaron; y el espíritu de Elgro escapó de él con un chillido. Una espada apareció en su mano. La espuma moteaba su boca; atacó, sin darse cuenta de que alzaba la hoja. Atacó por Egril y Cultrinn, por Galbritt y Ensor y Matt. Atacó por Cedda, y Engor, y Deandi el Hada; y cada golpe era una vida. La lucha osciló a su alrededor, creciendo; el ruido se dobló y redobló, hasta que cantó la techumbre. Luego le pareció que ya no quedaba nadie que se le opusiera, así que atacó los caballetes y las sillas, las colgaduras de las paredes, los juncos, las jarras de vino. Por último, atacó la litera de la sacerdotisa. Volaron las hierbas doradas, y jirones de seda empapada. Pateó y pisoteó, gritando; y se alzó un agudo gemido. Luego, la cosa de su interior fue joven de nuevo.

El resplandor rojo se desvaneció. Corrió hasta donde estaba agazapada la muchacha, y la tomó del brazo. La levantó; y las puertas de la casa fuerte se abrieron de golpe. Entró un mar de caras que gritaban; y los escudos de bronce con correas de Tierra del Mar, espadas, las puntas de las lanzas.

Volvió a correr, agazapándose. Tras él, la casa fuerte estaba cubierta de humo. Las llamas se extendieron rápidamente, lamiendo las colgaduras, saltando hasta el techo. La paja cayó, ardiendo; el humo se arremolinó, más espeso que antes.

Había una puerta baja con barras de hierro. La abrió de una patada. El aire nocturno sopló a su alrededor; tropezó, arrastrando a la muchacha tras sí sobre una ladera de hierba.

El tejado de cañas ardientes de la Casa del Dios iluminó la cima de la colina con un resplandor anaranjado. Él corrió haciendo eses entre los altos pilares de piedra. Una parte de la techumbre se hundió; las llamas rugieron y se alzaron, haciéndose más brillantes.

Surgieron gritos de donde el grupo de atacantes se enfrentaba a nuevas tropas de jinetes. Había una pared derruida; arrojó a la muchacha contra ella, y la oyó aterrizar con un crujir de ramas. Un hombre estaba justo detrás de él. Se volvió, desvió el golpe de mazo, y alzó la espada. La hoja pasó bajo la máscara del Dios, y salió por el cráneo. El cuerpo se convulsionó; arrancó el arma, saltó sobre la pared y cayó en la oscuridad.

El flanco del montículo estaba cubierto con una espesa capa de arbustos y arbolillos. Medio corrió medio se deslizó por el risco de hierba hacia abajo, con la muchacha aún a rastras. La cuesta se acentuó. Tropezó y rodó. La muchacha chilló; él aterrizó en un macizo de matorrales y se quedó mirando al cielo. Por encima, sobre la gran loma del montículo, la casa fuerte rugía como un horno.

Había un río que corría frío y rápido entre altas orillas cubiertas de helechos. Entró en él, llevándola tras de sí. Los árboles se arqueaban por encima, de un negro aterciopelado en medio de la noche; vadeó el río gimiendo, con las manos en las sienes, y la oyó llorar.

Se volvió, tropezando. Estaba encogida bajo la orilla, con la cabeza gacha y un brazo apretado contra el pecho. La miró ferozmente, con el rostro deformado; luego se inclinó. La levantó con cuidado, sintiendo que se estremecía y sollozaba; y volvió a vadear el río en la oscuridad.

Las dos figuras se movían lentamente, bajando por la áspera pendiente de hierba. Más allá estaba el mar. El amanecer iluminaba el cielo, bañando la tierra con una luz gris pálida.

Los arbustos rodeaban el borde de un acantilado de escasa altura. Rand se agachó, y separó con cuidado las ramas. Abajo, varias naves largas estaban varadas en la playa. A intervalos ardían hogueras; a menos distancia, se habían plantado altos estandartes en la hierba. Los miró, forzando la vista; y dejó escapar el aliento que había retenido.

—Ulm de Pezgardia —dijo—. Crenlec de Pantano Largo. Amigos del Cangrejo.

Ella estaba sentada y miraba inexpresivamente al agua, apretándose aún el brazo. Él le dio la vuelta a su muñeca lentamente, y

le apartó los dedos.

—Han desaparecido todos —dijo—. Matt, y Egrith, y Egril y sus hijos. Si ella está en el infierno, sabe que intenté seguirla. Envié a mis mejores hombres ante mí, para decírselo.

Rodeó a la muchacha con los brazos y la volvió a levantar. Ella puso la cabeza sobre su hombro cansinamente, cerrando los ojos.

—Estamos todos muertos —dijo él—. La Rata está muerta. Niña, ¿cómo te llamas?

Los labios se movieron en el rostro retraído.

—Mavri —dijo—. De la Roca Blanca.

Él frunció el ceño.

—Hay una casa en mi país —dijo—. Si vuelvo a gobernar en ella, intentaré ser un rey.

Ella no respondió; y él comenzó a caminar pesadamente, bajando el sendero tortuoso hasta donde aguardaban las naves.

Las naves largas se pierden de nuevo en el silencio; y Potts se siente satisfecho. Ha pasado una mala racha, desde luego; pero la crisis ha pasado. Siente que se está recuperando; eso siempre se nota. Como después de un ataque de asma. Antes disfrutaba del proceso de recuperarse; caminaba por el parque bajo el escaso sol primaveral, con la escuela a una semana de distancia.

Ella estará pronto con él. Se pregunta qué aspecto tendrá. Quizá no tan malo. Ha perdido mucho peso; hay una cantimplora de agua a su lado, pero no ha comido desde hace días. Cuando llegue hablará con ella, con sencillez y sinceridad. Se pregunta por qué no entendió antes lo sencillo que era todo. Ese asunto del amor.

Piensa que debería hacer alguna especie de esfuerzo. Quizá salir y encender el motor del Champ. Lo necesitará, porque debe de estar bajo de batería. Pero dentro de un rato. Aún no.

Pasea la mirada por el pequeño cuarto. Ve el hornillo, las tazas y los platos, las latas de rancho. Tendrá que ordenar todo eso también. Junto a su mano está la pistola. Se sorprende al ver que está cubierta de una una capa de óxido. En otra época, eso le habría entristecido; pero ahora puede permitirse sonreír. Ha cumplido con su deber, después de todo. Ha ganado; los ha vencido a todos. Nadie pensaba que lo lograría, pero lo ha hecho.

La luz del sol entra en la pequeña habitación desde la ventana que hay sobre su cabeza. Los rayos entran en un ángulo agudo, tocando la basta pared en bandas de oro rosado. Así pues, es por la tarde. La serena luz cubre las colinas y los promontorios, el brezal y el mar; todo su mundo occidental.

Se recuesta. Ahora ve torres altas y mayestáticas que coronan esas colinas. Extrañas torres de madera blanqueada, con barbaccanas y complicados edificios, y patios de espesa hierba verde. Sonríe y cierra los ojos. De nuevo, la Rueda gira; convirtiendo el verano

en invierno, y el invierno en dorada primavera...

Siete Usk el bufón

I

Una vez más había pasado el año. Soplaban una brisa de primavera que secaba la tierra áspera y hacía oscilar a las ramitas rodeadas de dorado y verde. El mismo viento presionaba la torre en el alto paso de caliza como si fuera una vela; y la torre respondía con una mezcla de chirridos y gemidos. Otros sonidos se alzaban del complejo de edificios que la rodeaban; el entrechocar y el rascar de los baldes, el estruendo de las mantequeras en la despensa, el retumbar más pesado y sordo del molino en el recinto inferior. Un vaquerizo cantaba con voz alta y aguda, azotando los costados de los animales de vientres oscilantes que tenía a su cargo; las vaquillas bramaban tristemente, apelotonándose al pasar por la estrecha entrada con su casa de guardia de madera que sobresalía sobre el camino.

Desde la gran cámara, en lo alto de la susurrante edificación, el rey Marck miraba vagamente hacia abajo. Las ventanas a bisagra, abiertas hacia el cielo brillante, dejaban entrar la luz del sol que cubría de oro el basto suelo; pero el rey no parecía notarlo. En una mano aferraba un fajo de pergaminos; en la otra sostenía una hermosa pluma de ganso, cuya punta empleaba alternativamente para rascarse la frente y la nariz. Percibió, sin verlo, el avance del pequeño rebaño; luego se volvió, frunciendo el ceño, a la mesa de caballetes en la que se extendía su trabajo. Se arrebujó en la raída toga que vestía, y se retrepó en la silla de respaldo recto.

—Que los diablos se lleven a nuestros antepasados por su costumbre de vagabundear —dijo, medio para sí mismo—. Aquí, bien

clara, está la historia de Rand, hijo de Cedda, hijo de Ceorn; el mismo que en la Saga de Usgeard es llamado Rand Matalobos. Esto es lo que sabemos; que luchó contra Fenricca, cuyo clan ostenta hasta este día el cetro del Lobo. Pero, ¿y esa otra historia, sobre que navegó hasta la tierra de los muertos y conoció a los espíritus? También dice que salvó a una princesa de un dragón de los Pantanos del Norte. «Gusano de mar», dice en la Usgeard. Ahora bien, el gusano de mar es la marca de las tribus de Pezgardia; ¿cómo debemos interpretar eso?

—Como que los diablos ya se han apoderado de vuestros antepasados —dijo una voz secamente por encima de su cabeza—. Pues sus mentes ciertamente vagaban más lejos que sus pies; y los vagabundeos de sus lenguas eran tales que avergonzarían a los anteriores.

Marck levantó la vista, y su ceño se acentuó hasta convertirse en un gesto de disgusto. Usk, bufón de la Casa del Paso, era una criatura de extrañas proporciones; de cuerpo grueso y piernas larguiruchas, con un rostro moreno y delgado que ahora mostraba una sonrisa maliciosa. Tenía los ojos profundos y negros, y su nariz era impresionantemente ganchuda. Su gorro, con sus esvásticas y sus cascabeles, estaba como de costumbre ladeado sobre su cabello corto; se lo tocó en un gesto burlón de obediencia antes de colgarse de una pierna de la viga en la que estaba subido, barriendo el aire sobre su señor. Cayó una espesa lluvia de partículas doradas; y estornudó y se desternilló.

—Polvo de biblioteca, mi rey —dijo—. Se acumula espeso allí donde abunda el conocimiento; y más espeso que en ninguna parte —esquivó un proyectil arrojado desde abajo—, más espeso, digo, alrededor de los genealogistas de Tierra del Mar. —Volvió a su asidero, sin esfuerzo aparente—. Pero, ¿qué sucede, señor? ¿Qué os causa tal perturbación que recompensáis a vuestro bufón, que siempre os ha honrado, con piedras y palabras hirientes? —Hablabla seductoramente, desmintiendo con su tono la malicia de sus palabras; pues la vieja lengua no complacía a aquéllos que presumían de tener sangre de Tierra del Mar.

Su conjetura sobre el talante de su señor era acertada. La brillante mañana, al parecer, había elevado los ánimos incluso a Marck; el escriba real se limitó a sonreír, y comenzó a marcar puntos con los dedos.

—Fue Rand el que vino al sur, atravesando el Mar Estrecho hasta la Tierra de las Rocas —dijo—. Consigo trajo la marca del Cangrejo, que mi casa aún ostenta; las líneas de sangre están bastante claras. Arco era entonces rey de las Rocas, Arco el Blanco, cuya familia también había dado reyes a Tierra del Mar. Este Arco, para burlarse, le dio la tierra que pudiera cubrir con una piel; pero Rand y sus mujeres... Rand el Astuto, lo llaman en el Edva Rigg... cortaron la piel en trozos tan finos que con la cuerda resultante rodearon una gran colina. Ésta es la parte de la historia que me gusta más.

Usk, que había hundido la cabeza entre las manos, suspiró de la forma más lúgubre que pudo; pero su señor, una vez en marcha, no se detenía por minucias. Marck se levantó, pasándose los dedos por el cabello rubio canoso que llevaba despeinado.

—Rand tuvo abundantes hijas, pero ningún hijo —dijo—. Así que Dominio del Cangrejo pasó a Renlac, por matrimonio con Ellean la Hermosa. Este Renlac fue el padre de Bralt, mi antepasado, y adoptó la marca en honor de su esposa. Cuando Arco vino aquí con una poderosa hueste, Renlac era su almirante. Arco le honró, después de la batalla de las Arenas, donde quebró el poder del Mar Interior; y así el Cangrejo volvió a su antiguo lugar. Renlac tomó Surgardia, donde reinamos, y la conservó para Arco y sus hijos; después de lo cual... —Se le ocurrió una idea, y se detuvo—. He oído en los cuentos de los juglares que esta tierra, y las Islas de la Niebla, eran conocidas antiguamente como las Islas de los Espíritus. ¿Podría eso significar...? —Tanteó entre los papeles que cubrían la mesa—. ¿Podría eso significar sencillamente que Rand Matalobos encontró aquí a su prometida? ¿Será cierta la vieja historia?

Usk descendió limpiamente de la viga. Dejó colgar los pies del borde de la mesa, mirando sus sombras puntiagudas que corrían sobre las tablas.

—Había un pueblo del Dragón en el oeste —dijo—. O eso oí contar a mi padre. Los jinetes, con estúpido orgullo, lo derrotaron, antes de que se sometieran, como debían, a Tierra del Mar.

La pulla, si tal era, pasó sin ser advertida. Marck chupaba la punta de la pluma, de nuevo con el ceño fruncido.

—Si eso fuera cierto —dijo pensativo—. Ellean, hija de Rand, adoptó el Dragón como marca. Vaya, eso significaría que... —

Levantó la vista rápidamente; pero el bufón, volviendo a su antigua disposición, le interrumpió.

—Que podéis extender vuestra mano hasta las colinas occidentales —dijo—. Y sin embargo aquí estáis sentado, Marck del Paso, como una piedra animada o una estatua de vos mismo, emborronando con tinta un hermoso día. Estas cosas polvorientas sobre las que tantos esfuerzos derramáis serán vuestra muerte. —Corrió para saltar sobre el alféizar, y se detuvo al límite del vacío—. El aire tiembla, todas las cosas vivas se mueven. Las aves en los bosques, los peces en las aguas... ¿Por qué permanecéis aquí sentado, mi rey? Levantaos y cabalgad...

Durante un instante, una curiosa expresión, casi de anhelo, pudo pasar brevemente por la cara retraída de Marck; luego negó con la cabeza.

—Silencio, bufón —dijo—. Pronto, bajo el rey Atha, todas estas tierras serán una. Entonces se necesitarán bibliotecas; y libros que las llenen, y que cuenten cómo alcanzamos la grandeza. Si no puedes callarte, al menos estate quieto.

El otro pasó una zanca de color zanahoria sobre el alféizar, y puso cara seria.

—Mi señor —dijo—. Con toda vuestra sabiduría, decidme: ¿qué hace que un hombre sea un bufón?

Marck levantó la vista con una mueca.

—El parloteo incontinente —dijo.

—Entonces responded a esto —dijo Usk—. Si yo no parlotease, ¿cómo demostraría que soy un bufón, y que merezco estar a vuestro servicio? Hablad, señor; pues cuando un bufón parlotea, los hombres sabios tienen la caridad de responderle. Si no lo hacen, ni ellos son sabios ni él es un bufón.

Atrapó hábilmente la moneda que el otro le arrojó.

—He oído también que los hombres sabios viven para siempre —dijo—. Os lo ruego, decidme, señor, ¿pensáis que es así?

El rey le miró reflexivamente.

—Ningún hombre vive para siempre —dijo—. Ni rey ni plebeyo. Lo que es cosa bien conocida, incluso para los bufones. ¿Qué quieres decir?

—En eso debéis disculparme —dijo Usk, con seriedad—. Pues un bufón no puede querer decir nada. No digo más que esto; que dos puertas, ambas igual de oscuras, están una junto a la otra. Que

debemos pasar entre ellas, pues ésa es la voluntad de ciertos dioses. Que los peces nadan en los ríos y los pájaros pían cerca de los palacios; que los reinos de lino no son sino tierras heladas, y están desiertos. —Mordió de forma insultante la moneda, y se la guardó en el cinturón—. Las palabras de un bufón no tienen sentido. O, si no, me atrevería a preguntaros: ¿quién os sigue, oh rey, sobre vuestro alto trono? ¿Para quién están repletos los cofres? Este pequeño asunto de la carne se interpone entre vos y la inmortalidad. —Se deslizó hacia la puerta—. Os dejo entregado a vuestras labores. Quizá los pájaros acallen su canto en honor a vuestro ingenio; pero lo dudo.

La puerta resonó tras él. Marck volvió a pasarse los dedos por el cabello; movió los papeles sobre la mesa, empezó a escribir, y dejó la pluma. Se levantó, al parecer irritado, y se paró junto a la ventana. La brisa soplaba, llevando consigo los aromas a tierra y hierba fresca. La torre crujía; y vio, como si fuera la primera vez, el cielo azul y despejado, punteado con nubes algodonosas que navegaban como barcos.

La noche de primavera era fría, y las hogueras crepitaban en las cocinas y en los salones inferiores del lugar, arrojando reflejos anaranjados sobre el techo de madera de tilo. Por encima, la torre se alzaba austera y oscura; salvo por un destello, débil como un fuego fatuo, donde el señor del Paso aún se ocupaba sobre su tarea.

En torno a la mayor de las hogueras, y sudando un poco por el calor que proyectaba, estaba sentado un grupo muy diverso de criados: un ujier de guardarropa, un par de tratantes de las caballerizas reales, un soldado de la guarnición permanente y una camarera de rostro mofletudo, con pelo negro que se le escapaba de una gorra mugrienta. Junto a ella, cómodamente repantigada, descansaba la gran masa de Thoma, el senescal de Marck. A sus pies estaba acucillado el bufón. Estaba azuzando el fuego con un largo espetón metálico, y como de costumbre hablaba con cierta vivacidad.

—Sí, amigo —decía—, un solo pelo inclinará la balanza en una dirección o la otra; como vos mismo veréis.

Thoma, cuyos pensamientos nunca se alejaban mucho de la

comida, se había apoderado del cuerpo parcialmente trinchado de un pollo. Chupó una tibia ruidosamente y se lamió la muñeca.

—Un pelo es poca cosa para que nuestros destinos pendan de ella —dijo—. Soy de la opinión de que no nos convendría una señora del Paso. Sostengo que nos las apañamos muy bien ya, y mantenemos nuestro esplendor, sin que una mujer supervise nuestra vida.

—Ninguna mujer, ciertamente, querría veros con frecuencia —dijo Usk con acidez—. En cuanto a los pelos; son muy poderosos, y a menudo han salvado la vida de las personas. Con pelos intentaría subir a la torre; sí, y oír los lamentos por el muerto antes del amanecer.

Thoma rió estruendosamente.

—Tu lengua siempre ha podido contra mi ingenio —dijo de buen humor—. Pero por esta vez me opondré a ti. Tenlo bien en cuenta.

El bufón se levantó de un salto curiosamente eufórico, y dio unos pasos de baile sobre la ceniza.

—Qué vergüenza, buen capitán —dijo—. Thoma, vos que sois cual vejiga hinchada de valentía, ¿acaso no estuvisteis sentado aquí mismo no hace ni tres noches, pavoneándoos más que un gallo sobre vuestro servicio en la comitiva del rey Atha?

—Así es —dijo Thoma—. En el Arroyo Largo, y la Gran Alquería, y en Morwenton cuando sofocamos al pretendiente Astrid. Sí, y quemamos su casa fuerte.

—¿Y qué derribó los muros de la casa fuerte, para permitir que entrasen vuestros pies sudorosos? —preguntó el bufón con aire burlón.

—La catapulta, desde luego —dijo Thoma—. Pero ésa es otra cuestión.

—Que los dioses no lo quieran —dijo Usk—. Vuestro ingenio se queda sin aliento. —Bailó otra giga—. ¿Qué es lo que, atado entre sus sogas, proporciona su fuerza a una máquina de guerra? ¿Qué le da potencia a su diseño, que de otra forma se partiría? He oído que la reina Maert fue la primera en cortarse sus rizos para proporcionar la victoria al gran Atha.

El soldado escupió en el fuego.

—Tu ingenio está hueco, bufón —dijo—. Resuena como una olla rajada.

—Y el tuyo está seco —refunfuñó el otro, olvidando en su enfado su forma de hablar habitual. Se volvió de nuevo hacia Thoma—. ¿Acaso vuestro abuelo no pertenecía al pueblo de los jinetes?

Thoma alzó una gran mano.

—Esas cosas ya no tienen importancia —dijo—. Están olvidadas.

—Y bien olvidadas —dijo el soldado, levantándose—. Los hombres del mar son los dueños de este país, bufón, como sería mejor para ti recordar. —Se dio la vuelta y se fue.

Usk le miró marcharse con los ojos entrecerrados.

—Bien —dijo vivazmente—. Aquéllos que se toman a pecho el parloteo de un bufón son bufones ellos mismos. —Se recostó junto a Thoma, atrapando un trozo de pollo—. Y sin embargo esto es cierto —dijo, levantando la vista—. Nuestros padres tomaron esta tierra; la tomaron y fueron sus señores, antes de que llegara el pueblo del mar.

Thoma se encogió de hombros.

—Lo pasado, pasado está —dijo con filosofía—. Y por mi parte no tengo queja alguna. Pero hágame de esas ideas que tienes sobre el rey.

El otro asintió, con su rostro moreno y sombrío.

—Muchos años le he servido, senescal —dijo—. Deseando sólo su bien, como todos nosotros. Pero todavía me entristece verle tan solo; la singularidad de su persona reclama una compañera. Así que he tejido un diseño, pelo a pelo; con un toque allí y un tirón allá, para convencerle de mi idea. Ahora debo buscar tu ayuda; pues debe casarse, y eso antes de que caiga ni un invierno más.

—¿Y con quién querrías casarle, pícaro? —preguntó la camarera, bostezando—. ¿O es asunto de alta política e inapropiado para oídos plebeyos?

—Para los vuestros sí, ciertamente —repuso el bufón. Se echó hacia atrás el gorro y sonrió—. Conozco a una doncella, y no de esta tierra vulgar. De alta cuna, y de linaje antiquísimo; la más apropiada para un rey.

La camarera y los otros intentaron sonsacarles; pero Usk, por una vez, permaneció callado. Dio vueltas a su gorro, haciendo sonar los cascabeles, y volvió a sonreír; hasta que uno tras otro se fueron a la cama, y le dejaron solo.

En algún momento de la noche un artilugio de sogas y palancas, dispuesto sobre la pared del pequeño salón, se movió brevemente. Una campana repicó dos veces. El bufón, sentado aún junto a las ascuas de la hoguera, levantó la vista, con los ojos blancos en la penumbra.

—Tocad hasta reventar —murmuró siniestramente—. Llamad a los demonios o a los dioses, nada me importa; pues Usk está con sus antepasados... —Se desperezó, y fue a arrebujarse en la esquina más lejana del fuego, quedándose en silencio. Al cabo, la campana dejó de moverse.

No se podría decir que Marck se hubiera despertado. Más bien, cobró consciencia; de la pálida luz que se difundía por la alta cámara, el gris más brillante de la única ranura abierta en la ventana, rígida como un trozo de plomo. El aire de la habitación era frío y estaba en calma.

Volvió la cabeza, escuchando. El silencio, absoluto, parecía evocar la inmensidad de la tierra durmiente. Ni un pájaro, ni una voz. Ni un ronquido. La luz gris, como sabía, caía sobre brezal y cultivo, bosque y mar; a través de la Gran Llanura con sus cimas de árboles esculpidos por el viento, a través de los pantanos, a lo lejos, en el norte, por donde los territorios desconocidos se extendían para siempre. Su mente, vagando libremente, vio las aldeas apiñadas bajo sus tejados de paja, las colinas coronadas con sus murallas. En las empalizadas, pálidas casas de guardia hechas de maderamen; y coronando cada una había una mota, imprecisa a la luz temprana. De ojos severos, y silenciosa. Absolutamente silenciosa.

Con creciente frecuencia, le parecía que su vida era vivida en esas guardias del amanecer. Era casi como si sus días, la actividad, las mezquinas irritaciones que los llenaban, fueran en realidad breves como sueños, interrupciones carentes de sentido de una vigilia que, a su vez, carecía de sentido. Se preguntó sobre esta vigilia; y sobre el destino que, gradualmente, le había alejado tanto de la vida. Antes, ciertamente, había tenido vino y calidez, risas y buena compañía. ¿Cuándo habían dejado de existir todas esas cosas?

Como siempre, no había respuesta. Parecía que se había hecho al silencio, como un viejo árbol.

Tenía muchos sueños. Mucho tiempo antes —no él, desde luego, sino otro— había morado en palacios del Mar Interior, aprendiendo de hombres cultivados. También había mujeres, cubiertas con velos, criaturas oscilantes con ojos de gacela; y un fuego en su sangre, enfriada hacía mucho, que echaba a perder sus estudios sobre las estrellas móviles. Recordaba a esas mujeres, como criaturas de otro mundo; y los palacios, sus torres brillantes a la luz de sol, coronadas por cúpulas como cebollas de punta afilada, rojas y amarillas y verdes. Las voces secas rechinaban, a través de los años; mientras que sus manos trazaban los puntos y las espirales, las runas y las curvas fluidas que constituyen el habla del Mar Interior.

El sueño fue interrumpido por otro. Éste resonaba con el ruido de una batalla, el tronar de las máquinas de asedio, el rugido de las llamas. Altred era el regente cuando la muerte de su padre obligó a Marck a abandonar sus estudios y volver a una tierra turbulenta; Altred, que tomó a la mujer de su hermano y dividió el reino recién fundado hasta las raíces. En la gran guerra, el escudo del Cangrejo siguió al estandarte de Atha, desde las ciénagas hasta los pantanos orientales, desde Surgardia hasta la Gran Roca Negra, donde los restos de los jinetes se aferraban a la vida en fortalezas azotadas por el viento. Ardieron ciudades, rodeadas por los fuegos menores de los asedios; se libraron batallas sobre llanuras resacas, sobre el trigo de invierno manchado de rojo. Finalmente, en un valle fluvial rodeado de bosques interminables, se dispuso el último gran asedio; y Altred murió, pues su vida era el precio de la paz.

Y volvieron a las motas en sus colinas, a la gran casa fuerte que el padre de Marck había construido en un paso de caliza junto al mar; tranquilidad, y las armaduras colgadas de las paredes acumularon polvo, y las golondrinas hicieron sus nidos bajo los altos aleros.

Sin embargo, los rumores de guerra seguían resonando en sus sueños; de forma que, para alcanzar el descanso, Marck escribió la historia de las batallas, los escudos que se habían unido a Altred y a la Casa del Caballo Blanco. Los que habían vivido, y los que había muerto. Más tarde —y esto era algo inusitado—, se convocó a los escribas para que copiaran la obra. Había muy pocos en toda la Isla Blanca; pero se corrió la voz, primero hasta la Tierra de las Rocas, y luego hasta el propio Mar Interior. Así que los copistas

llegaron en masa, para sentarse en hileras en el gran salón de la mota de Marck mientras el maestro real caminaba de un lado a otro, entonando la historia que le había sido transmitida. Se envió un rollo al rey Atha, en su palacio junto al Mar Estrecho; y Atha, encantado, colmó de honores al erudito del Paso. Hermosos caballos fueron enviados a Surgardia; perros de caza, un par de águilas marinas blancas y una bolsa de oro. Marck, conmovido por tanto entusiasmo real, redobló sus esfuerzos. Su fama creció; de forma que los juglares y los sabios ambulantes comenzaron a visitarle en su casa, con esperanzas de obtener comida y recompensa. Rara vez se veían decepcionados; y el rey encontró nuevo material disponible constantemente. Bosquejó los vagabundeos de los guerreros de los caballos desde su cuna en el Mar Interior, plasmando por escrito los cantos épicos que los juglares habían memorizado. Los jinetes también iban acompañados de dioses y espíritus que poblaron el montículo sobre el que se alzaba la mota de Marck; el montículo que era sangre y carne y piedras erectas, huesos de viejos pueblos del comienzo del tiempo. La magia le obsesionaba; los trolls y los monstruos de las ciénagas, las mujeres de juncos que habitaban los estanques a mediodía y los conejos fantasmales de orejas rojas. Tras ellos, aún perceptible, se alzaba una vasta sombra dorada. Desde su torre, el rey podía contemplar una elevada colina de caliza; en ciertas épocas, las tardes de verano y los amaneceres, podían distinguirse líneas sobre su superficie. A veces se veía un garrote alzado, a veces, la cabeza y los hombros de un gran hombre; las marcas que un dios podría hacer, aherrumbrándose en la hierba. En sus discusiones eruditas, Marck rechazaba las fábulas que corrían; sin embargo, de vez en cuando la colina atraía su mirada llena de curiosidad. Las tallas en la caliza eran algo desconocido para sus antepasados de Tierra del Mar; sin embargo, escribió una monografía sobre el tema, verificando mediante un experimento la facilidad con la que el verde pellejo de hierba podía ser arrancado. Atha, percibiendo que esto le proporcionaba una nueva forma de demostrar su poder, ordenó que su marca fuera inscrita en todas sus fronteras, donde quisiera que se encontrase un suelo apropiado; y así los caballos blancos, y a veces rojos o marrones, volvieron a habitar la tierra.

En este punto un extraño malestar cayó sobre Marck, nacido de la risa del hijo de un carretero. El grito, vibrante e inocente, lle-

gó hasta la mota un día luminoso, y le hizo apartarse de su trabajo refunfuñando para mirarse en un espejo, y tirarse del pelo desordenado que los años habían vuelto blanco. La voz del niño le atravesó; supo que era viejo, y que las habitaciones de la mota eran frías, y que su público era un bufón con gorro y cascabeles. Los días felices habían acabado; ahora percibió el paso de las estaciones, la nieve y la primavera, el mundo dando vueltas en sus extraños ciclos bajo la luna y el sol. Se sintió oprimido por su futilidad; la comida ya no le sabía a nada, y su tranquilidad quedó destruida.

Había comenzando su mayor proyecto, una historia de las conquistas y los viajes de todas las tribus de Tierra del Mar. Antes, las narraciones se habrían unido bajo sus manos para conformar figuras inimaginables; ahora, el trabajo no cobraba vida. Pasaba los días y las noches mirando sin ver, con la pluma entre los dedos, y las páginas abiertas ante él. Comenzó a cabalgar, a veces a horas extravagantes; un rey desharropado e inquieto vestido con pantalones de montar y tejidos bastos, refunfuñando y con los ojos opacos. Aquéllos de sus súbditos que se encontraban con él doblaban la rodilla, intrigados y un poco asustados; pero Marck no se daba cuenta. Meditaba tristemente junto a los altos bosques, bajo el resplandor de los relámpagos y la lluvia estival; olía la tierra húmeda, y no lo disfrutaba.

Al cabo, la enfermedad desapareció. Un fragmento de la antigua alegría volvió a él, azuzado por la vuelta de sus habilidades; pero la sombra que había caído aquel día luminoso nunca se deshizo del todo. Los eruditos acudían a Surgardia, algunos portando regalos, algunos desde tan lejos como el propio Mar Interior. Marck los recibía con cortesía, como antaño, encantado con la conversación cultivada; pero sus ojos y su mente se perdían todo el rato. Fue en esa época cuando Usk comenzó con sus halagos intencionados; y extraños pensamientos destellaron en la mente del rey.

El cielo estaba ya más iluminado; y el sueño había huido otro día más. Marck retiró las mantas, y sintió que su piel era bañada por el frío. Un sumidero sobresalía, maloliente, de la pared; lo usó entre suspiros. Sobre los pantalones se puso una túnica de montar que le llegaba hasta la rodilla; se abrochó el pesado cinturón de cuero y metió los pies en las botas. Tomó su manto de lana más grueso y abrió la puerta de la cámara.

Los soldados en la casa de guardia le saludaron entrechocando metales y clavando las lanzas en la hierba. Un ujier, aún legañoso de sueño, comenzó a dar voces pidiendo una escolta; pero el rey le detuvo con una mano levantada.

—Déjame —dijo simplemente—. No cabalgaré muy lejos; nadie me molestará.

El sirviente le miró dubitativo; pero ya estaba acostumbrado a las peculiares costumbres de su señor. Las puertas se abrieron entre crujidos; y Marck las atravesó con un apagado repicar de cascos y el cascabeleo del bocado del corcel.

Al pie del montículo había crecido una aldea a lo largo de los años. Trotó en silencio ante las moradas de muros blancos con techos de pesada paja. Un perro le ladró brevemente; un niño lloró, y fue acallado. Más allá de las casas somnolientas, un camino empinado conducía a un pequeño arroyo, cubierto por árboles altos que se arqueaban sobre él. La niebla se movía a la altura del vientre del caballo; el olor húmedo era potente y frío. Más allá del arroyo, el camino volvía a subir, por la loma de la colina de enfrente. Marck azuzó a su montura, impaciente. Cuando finalmente tiró de las riendas, la mota se había hecho pequeña en la lejanía. Por debajo la niebla se extendía como el mar, escondiendo el auténtico mar que había tras ella. Por su superficie corrían ondas y centelleos difusos, aquí y allá; y el conjunto, según vio, estaba en constante y sigiloso movimiento, fluyendo tierra adentro hasta el gran paso de caliza. La vista le impresionó. Era como si él, y sólo él, hubiera atisbado un Misterio; la vida ancestral e inescrutable de las propias colinas.

Siguió cabalgando, abstraído en su idea; y sintiendo también una emoción que había creído acallada para siempre. En una ocasión, durante otra vida, había cabalgado así. Entonces como ahora, el aire frío punzaba su rostro y sus brazos; entonces como ahora, una presencia, más antigua que los fanales vagabundos, más antigua al parecer que los espíritus que abarrotaban Surgardia, se movía ante él. Las colinas se extendían hacia el oeste, aún en sombras, jorobadas como murallas contra el mar. Las olas escondidas siseaban a su izquierda; el sendero subió, bajó y volvió a subir. Chasqueó al caballo, agitando las amplias riendas, sintiendo el movimiento del animal, oyendo el crujido del arnés, el bufido de la respiración. Se supo uno con la tierra, la tierra que en sí misma estaba

despierta y le observaba. El espíritu, la propia esencia del lugar, exhalaba un mensaje en una lengua tan poderosa como extraña; y vio, o sintió, a todos los pueblos que habían conocido las colinas desde el comienzo del tiempo. Los Gigantes, vivos en el recuerdo, con sus máquinas relucientes; tras ellos, los cultivadores de trigo, los tejedores de lana, los fabricantes de mantequilla y cerveza. Los jinetes, extendiéndose como una mancha, y los nuevos hombres, los hombres del mar, agitando el agua en sus barcos de muchas piernas. Por último su propio pueblo, Altred Separahermanos y Atha, a quien amaba, quien le había sentado en su propio trono y había puesto la espada sobre sus rodillas, y una corona amarilla y antigua sobre su cabeza. Todo esto vio y más, mucho más; una historia que, si pudiera contarse, sería la más magnífica de todo el mundo.

La cuesta por la que subía se iba suavizando. Ante él brillaba una nube de luz; jadeó, clavando las espuelas. El caballo de guerra se apresuró los últimos metros hasta la cima; y el rey Marck parpadeó, frotándose los ojos deslumbrados.

Había atravesado kilómetros; había llegado mucho más lejos de lo que había pretendido. Ahora se encontraba en un ancho y suave risco de caliza. A su izquierda, un poste indicador se alzaba sobre un alto montón de piedras; el sol, subiendo desde el borde del mar, tocó el basto hierro con su oro. La sombra del Cangrejo fue arrojada sobre la niebla; la tierra hacia el oeste era un resplandor de luz entre el que se movían figuras imaginarias.

Bajó de su montura y caminó hasta el montón. El caballo, sueltas las bridas, dio un paso o dos y agachó la cabeza para pastar en la hierba espesa. Marck se cerró el manto más estrechamente, puso la cabeza contra las grandes piedras apiladas y cerró los ojos. En algún lado gritó un ave marina; la luz, reflejada por la niebla, le quemaba los párpados. Si se hubiera sentido más prosaico, habría podido decir que se durmió; pero ciertamente le fue dada una visión de lo más extraña.

Le pareció que volvía el espíritu del lugar, la cosa que le había perseguido por el camino. Vio que sus miembros eran del marrón cremoso de la arena bañada por la marea. Sus cabellos brillaban espesos y oscuros como el azabache; sus ojos, profundos estanques, reflejaban promontorios y mares. Se alzaba por encima de todas las cosas; y sin embargo las manos que puso en las suyas

eran ligeras y cálidas como las del hijo del carretero. Se preguntó cómo podía ser así; y ella se rió, oyendo su pensamiento.

—Soy aquélla que buscabas —le dijo—. Soy la tierra y el mar, la nieve en colinas lejanas; la niebla de verano, el cereal cálido y brillante. Soy la mujer del estanque de juncos, el sol sobre el agua verde...

Una calidez le recorrió entonces, y la sangre se aceleró en sus venas. Se habría levantado, feliz y ligero; pero el espíritu se rió y le cerró los labios con un dedo. Habló largamente de muchas cosas, y luego le mostró los Misterios; ciudades y torres más allá de todo lo imaginado, grandes carreteras abarrotadas de gente, naves de hierro flotantes. Pues también había vivido allí en la era de los Gigantes; y había vestido ropas brillantes y cortas y había reído, sirviendo cerveza a los hombres en una habitación de luz ambarina donde un pez de piedra nadaba en una vitrina de valioso cristal. Y otra vez yació sobre la ladera de una colina, y vistió una falda de piel de venado y un collar de coral y azabache. La que murió entre seda y llamas volvió a nacer como princesa del oeste; mientras que los dragones combatían, y las naves mágicas rugían, y los dioses y las ciudades se alzaban y caían.

—Y otra vez —dijo— estuve en una casa con torres blancas y circulares. Me interné en un pantano profundo y verde, y sucedieron cosas maravillosas. Debes hacer estas cosas, pues es necesario; pues el rey debe desposar a su tierra. Una vez fui Mata. Luego fui la Renacida. Ahora mi nombre es...

Pero Marck, despertándose con un gran estremecimiento, ya lo sabía.

A ratos, durante el largo camino de vuelta, cantó trozos de canciones. En otros momentos le embargaron el miedo y la culpa, de forma que se retorció las manos. Dirigió discursos a las rocas, soliloquios, a las gaviotas que revoloteaban. Una vez, con las manos en las sienes, gritó:

—No es apropiado...

Entonces la calidez que le había dado el contacto de la mujer le volvió a inundar. Cabalgando sobre una extensión verde de hierba, su mente se tranquilizó; al cruzar una zona de piedras derruidas y dispersas, rugió que un rey no podía sentir deseo. Se tiró del pelo y de la barba, y se tocó las mangas; luego volvió a reírse y dijo:

—Thoma es mi sirviente y me representará.

También lloró; pero cuando su mota volvió a quedar a la vista, refulgente al sol de la mañana, estaba calmado de nuevo. Los cascos de su caballo resonaron en el puente exterior; mientras el ujier se apresuraba a tomar las riendas, el rey alzó la cabeza.

—Lo haré por mi pueblo —dijo.

—Y ésa —dijo Thoma pesadamente— es toda la historia. O lo es hasta donde puede decir cualquier hombre. Que Scatha se lleve a todos los intrigantes de lengua hábil, a todos los que visten ropa de payaso, a todos los que se entrometen en los altos asuntos de estado; y antes que a nadie a Usk, quien ciertamente creo que ha confundido a nuestro buen rey con su parloteo. ¿Es que alguna vez ha habido tiempos como éstos? Antes, por mi fe, estábamos satisfechos; ahora debemos vestir... ¡ahhh...!, trajes vistosos que rozan la piel, y reducen nuestras personas a la forma de... furcias de pueblo, sólo porque lo diga algún sastre maldito de los dioses, a quien se lleven los espíritus nocturnos. —Se tiró del cuello de la túnica y gimió de alivio—. En cuanto al resto, debemos aceptar las pocas comodidades que nos quedan... —Dio un largo trago de un jarro de vientre redondeado, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Su compañero, un robusto y joven capitán de la guardia real, miró a su alrededor dubitativo. Ciertamente, la cámara en la que se alojaban, y en la que durante una semana habían esperado a que el rey Odann de la Llanura se dignara recibirlos, no parecía diseñada para inducir alegría. Aparte de las dos estrechas camas, no tenía más muebles, y sus paredes grisáceas no estaban cubiertas por ninguna pintura ni tapiz. Una sola tronera, abierta, dejaba entrar la luz gris y el viento helado de la Llanura. La puerta era enorme, estaba reforzada con hierro y se cerraba, ominosamente, desde fuera. Desde el otro lado llegaba ahora el resonar de pies y el grito de una orden. En viento volvió a soplar, con un suspiro y un estruendo; y el capitán sonrió, volviéndose de nuevo hacia su compañero.

Ciertamente, ningún traje habría podido reducir la amplia persona del senescal a las dimensiones de las que se quejaba; pero si el pensamiento cruzó la mente del otro hombre, evitó hacer cualquier comentario; se limitó a encogerse de hombros.

—Por los dioses, Thoma —dijo—, que cuando los bufones controlan a los reyes, el mundo está del revés. O quizá todos deberíamos vestir ropas de payaso, y lanzarnos a hacer fortuna. Pero, ¿cuál era esa otra historia de la que hablabas? ¿Que el rey se encontró con un hada que le prometió grandes riquezas?

Thoma frunció el ceño e hizo una señal con los dedos.

—En cuanto a eso —dijo—, preferiría ser gobernado por nuestro señor Usk. Al menos podría tomar entre mis manos su escuálido pescuezo. —Se estremeció, y volvió a darle al jarro—. Si es cierto, y no se trata de que nuestro señor haya quedado tocado del seso por sus cabalgadas entre las nieblas marinas, entonces es que allí hay un gran poder; más del que podrían reunir Usk y todos sus antepasados. Pero las brujerías son para los sacerdotes, Briand, y no para nosotros. No hablemos más de ello.

El otro frunció a su vez el ceño, frotándose la boca.

—Pero, ¿no dijo nada más? —insistió—. ¿Cuáles fueron las profecías que ella le hizo?

—Nada más —gruñó Thoma—. Lo que no dijo... —Negó con la cabeza, pasándose los dedos romos por el cabello corto; luego pareció que su deseo de compartir confidencias superó a su instinto de precaución—. Estuve con él toda la noche, hasta el amanecer. La mitad de lo que dijo, reconozco que la he olvidado; pues buena parte del tiempo estuve adormilado. Con toda seguridad había algo sobre los dioses, y un gran personaje renacido como hijo de un carretero; pero cómo puede ser eso escapa a mi entendimiento. Hasta aquí el bufón dijo la verdad: que trastear con libros antiguos, y cuentos más antiguos aún, ablanda el seso de un hombre, y bien se ve que es cierto. Por mi parte desearía que estuviéramos de nuevo en casa, lejos de este apestoso lugar. Y que todo este asunto hubiera terminado, o nunca hubiera empezado.

Pero el otro se levantó y le golpeó amistosamente.

—Qué vergüenza, Thoma —dijo—. ¿Cómo un cortesano de vuestra probada valía desea abandonar el juego a media partida? Vos, que habéis trabajado magníficamente para nuestro señor en este asunto, y pronto le llevaréis gratos resultados. Aunque debo reconocer que, si se trata de diosas, quizá os ha enviado a comprar en el mercado equivocado...

Seguramente habría añadido algo más; pero una repentina mirada de reojo de Thomas le advirtió que permaneciera en silencio.

Pasó lentamente una hora. Thoma había vaciado el jarro, y de nuevo había empezado a quejarse, cuando los cerrojos se abrieron entre crujidos. Ambos se levantaron, con las manos en las empuñaduras de sus espadas. La puerta se movió hacia dentro; y un sacerdote encapuchado les miró desde la penumbra.

—Mi señor Odann me ordena que os diga que su decisión está tomada —murmuró—. Solicita que os presentéis ante él.

Siguieron la túnica oscilante, bajando por escaleras mal iluminadas. El gran salón era tan húmedo y oscuro como el resto de aquel sitio. Las troneras, abiertas entre enormes troncos, estaban cubiertas con trapos manchados de hollín. Aquí y allá ardían lámparas en sus nichos, bastas mechas que flotaban en platillos de aceite maloliente. En el extremo de la alta cámara, en un estrado flanqueado por portadores de antorchas, se sentaba el rey Odann. En una mano sostenía el gran cetro de su casa, con la cabeza de un lobo con las fauces abiertas; la otra estaba escondida entre los pliegues oscuros de su túnica, pero parecía como si se aferrase un órgano que le causase dolor. A su alrededor se agrupaban sacerdotes y nobles. Se veían por doquier pieles morenas, y narices ganchudas, y ojos negros y castaños; pues la sangre de los jinetes era abundante aquí en la Llanura.

A la derecha del rey se encontraba una mujer envuelta en un manto y encapuchada. Poco podía verse de su rostro salvo por los ojos oscuros y las cejas finamente arqueadas; pero su silueta era delgada y deseable. Tras ella y un poco apartado se encontraba Dendra, hermano del rey. Sus pies estaban separados sobre las cañas, y sus pulgares, metidos en el cinturón; y frunció el ceño a los embajadores con escaso agrado. Le rodeaba una docena de hombres bien armados. No hicieron ningún movimiento para saludar a los recién llegados, sino que se quedaron mirando en silencio, como su señor.

Thoma sentía perfectamente la tensión en la gran sala. Dio un paso adelante, sudando ligeramente, plantó su cetro y comenzó a hablar.

—Saludos —dijo— a Odann de la Llanura y a su Casa, de su hermano Marck del Paso, guardián de Surgardia y señor de las colinas del mar.

La mano alzada del rey cortó en seco el discurso formal. Un espasmo le cruzó la cara. Arqueó la espalda, apretando los codos

contra los brazos del trono. El momento pasó; y se volvió a mirar a la muchacha que había a su lado. Hubo una espera; luego, ella se retiró la capucha con un rápido movimiento. Vieron que tenía el cabello negro, y la piel inmaculada y morena, y los brazos y los hombros gráciles.

—Ésta —dijo Odann— es mi hija, mi bienamada. ¿Qué ofrece el rey del Paso por un premio tal?

Los ojos de Thoma recorrieron a la compañía, encontrando pocos motivos de tranquilidad. Se aclaró la garganta y sonrió.

—Mi señor es un hombre sencillo —dijo—. Pero sus arcas están llenas, y para recibir esta bendición las ha abierto. Ofrece treinta caballos, todos robustos y entrenados para la guerra. También un cofre con tanto oro como puedan transportar dos hombres fuertes; tres de seda y otro de especias. Una carreta de buen vino de las tierras del Mar Interior, tanto blanco como tinto...

Dendra blasfemó en voz alta. Odann levantó de nuevo las manos; pero el otro prosiguió sin detenerse.

—Seda —dijo—. Y especias. El Paso nos insulta, hermano. —Y a Thoma—: No nos sirven de nada, aquí en la Llanura, los juguetes para mujeres. Volved a casa, habitante de la caliza, mientras las piernas aún os sostengan.

Hubo un estallido de risas entre la soldadesca; y Thoma dio un paso atrás, con el cuello ruborizado. No percibió la miradas que pasaron entre Dendra y su hermano, y entre Odann y la muchacha; pues el hombre de la Llanura había hablado en la vieja lengua, en la que «habitante de la caliza» y «bárbaro» son la misma palabra. Habría desenfundado su espada, a pesar de su misión; pero Odann se levantó, dolorido y tambaleante. Su hija se aferró a él; pero él la apartó con suavidad.

—Perdona las palabras de mi hermano —dijo cansinamente—. Cuando se siente aquí en el trono hablará como quiera; entonces, si lo deseas, podrás responderle. —Se volvió de nuevo hacia la muchacha, y la miró durante largo rato; luego alzó la voz—. Oídme. Todos los que estáis en esta sala. Aceptaremos el oro, y las especias. También cincuenta caballos, fuertes de aliento y miembros, con sus sillas y todos los arreos de guerra. Esto, y nada menos; no regatearé, hombres de las colinas, por aquello que no tiene precio. ¿Responderás en nombre de tu rey?

Thoma, con la boca seca, entregó los corceles de su señor. La

muchacha dirigió hacia él un rostro de un blanco reluciente; luego volvió a cubrirse con la capucha y salió del salón. El rey bajó del estrado, sostenido por un sacerdote; y Dendra se volvió con una última mirada feroz y se fue de allí, con sus seguidores tras él. Los sirvientes se apresuraron a disponer las mesas para un banquete; y Thoma, relajándose poco a poco, miró seriamente al capitán.

Desde una cámara, en lo alto de la mota, la muchacha miraba hacia abajo. Más allá de los edificios que rodeaban el lugar, los patios y la barbacana con sus escalinatas y pórticos, se agrupaban los estandartes del Cangrejo. El galope de los caballos llegó hasta ella, y el berrido de Thoma, envuelto en una capa de piel, al dar una orden. La pequeña columna se organizó, dio la vuelta y se alejó al trote, indistinguible bajo la escasa luz; y se volvió una mancha ligeramente más oscura que se alejó sobre la vasta y borrosa grisura de la Llanura.

Se volvió, con el rostro pálido y tenso, y se apretó la bata en torno a los hombros.

—No iré con él —dijo en voz baja.

Junto a la cama real había una redoma de vino sobre una mesa taraceada. Odann la tomó torpemente, se sirvió y se llevó la copa a los labios. Bebió y suspiró.

—Miri —dijo—, siéntate conmigo. Ven aquí. —Ella hizo lo que le ordenaba, en silencio. Los dedos del hombre le tocaron el cabello, donde caía enrollado sobre los hombros; luego apartó la mano—. Escucha, y préstame atención. Pronto, Dendra se sentará en mi trono. Aquí ya no hay sitio para ti.

Ella se había vuelto, con los labios abiertos; y él tomó su mano. Su vista se hizo borrosa; y una parte de él casi se alegró del dolor que la apartaba cada vez más de él.

—Miri —dijo suavemente—, intenta entenderlo. Este hombre, este Marck, te tratará con honor. Antes, hace muchos años, le conocía bien; y él a ti. Eras una niña, sobre el regazo de tu madre... —Aspiró repentinamente; hizo una mueca, y prosiguió—. Ya no hay sitio para ti —dijo de nuevo—. Las tierras de Surgardia son más ricas que las nuestras; su mota tiene buenos cimientos, y cuenta con la consideración del rey Atha. Dentro de un mes, partirás. Debes llevarte los cofres de telas, y las cosas que pertenecían a tu

madre...

Ella se vino abajo de repente, escondiendo la cara. Comenzó a sollozar; y él volvió a posarle la mano en los cabellos.

—Hija mía —dijo—, haz esto por mí. No empeores mi dolor.

—Nunca le serviré —dijo ella con voz sofocada.

El rey se quedó un tiempo tumbado y mirando el techo, con el rostro retraído y gris.

—Haz lo que desees —dijo finalmente—. Si no puedes honrarle como marido, quizá aprenderás a amarle como a... un padre.

Entonces ella levantó la cabeza lentamente, mirándole con sus grandes ojos oscuros.

A lo largo del día, Thoma se negó a aminorar el paso. El grupo murmuraba; Briand se quejaba en voz alta; pero el senescal continuó adelante tenazmente, con el rostro vuelto al sur. Al fin, hacia el crepúsculo, la desolación de la Gran Llanura quedó atrás; y una aldea apareció ante ellos, un lugar bien construido con altas atalayas y una empalizada en la que ardían antorchas espaciadas regularmente. Sólo entonces tiró de las riendas el cabecilla, y miró a su espalda con los ojos entrecerrados a las alturas que aún eran visibles en la oscuridad creciente. El capitán, cuyo ánimo había mejorado ante la perspectiva de calor y comida, se detuvo a su lado.

—Bien, mi señor —dijo—, a pesar de vuestras quejas, habéis cumplido con vuestro deber dignamente. Y habéis ganado para el rey a una prometida de gran belleza.

Pero Thoma no estaba dispuesto a que le tranquilizaran.

—Un diablo, salido de un lugar lleno de diablos —dijo. Hincó los talones en los flancos de su cansado caballo—. Lo peor de esto está por venir —gruño—. Tenedlo en cuenta, amigo mío.

Sin embargo, más tarde le dijo al rey:

—Es una muchacha bonita y morena.

Entonces comenzó una limpieza como el pueblo del Paso no había visto nunca; pues Marck, el más trabajador de los escribanos, había sido siempre el más indulgente de los gobernantes. Ahora todo había cambiado; y los hombres comenzaron a ver a su señor

resplandeciente de escarlata y oro, pasando rápidamente de un asunto a otro. Pequeños torbellinos barrieron las cocinas de la mota; y sus despensas y mantequerías, sus establos, dormitorios y caballerizas. A su paso dejaron las losas relucientes, las ollas de cocinar rascadas y brillantes. Una carretada tras otra de juncos, quitados del suelo, se bajaron por el montículo para ser arrojadas en montones sobre las orillas del pequeño arroyo; en su lugar, los suelos se cubrieron de valioso heno. Se convirtió en una vista habitual el encontrar a Marck encaramado a duras penas a un taburete tambaleante, supervisando personalmente la eliminación de alguna telaraña, en lugares elevados, que había ofendido al ojo real; pues el rey aportó a su nueva preocupación la misma meticulosidad que le había merecido fama como erudito, y muchas noches los sirvientes se echaron a dormir entre gemidos y dolores de espalda. Pero esto no era todo; pues se convocó a los artesanos, algunos desde tan lejos como la Gran Alquería, para embellecer las cámaras y el salón. Los muros de la mota relucían blancos bajo el sol antes de que hubieran terminado, mientras que el gran salón ganó un techo de verde intenso, punteado en toda su longitud con estrellas doradas. Se convirtió, de hecho, como Thoma comentó pesadamente, en un lugar que ya no era apropiado para beber; se refugió en las cocinas más lejanas y sucias, sólo para ser expulsado también de ellas por un pequeño ejército de obreros armados con brochas.

Mientras tanto, los asuntos formarles del matrimonio debían ser tratados. Los escribanos redactaron el contrato, bajo la dirección del muy perplejo senescal; pues Marck, en su estado de zafarrancho, rehusó aportar su ingenio erudito para tratar la cuestión en forma alguna. Un mensajero enviado a la corte de Atha volvió no sólo con el consentimiento real, sino también con un rico presente, una túnica forrada de piel y una gargantilla de oro, que eran vestimenta propia de una reina. Al día siguiente, un contingente armado de hombres de la Llanura se presentó a las puertas de Marck; cuando los guerreros partieron, se llevaron veinticinco yeguas y sementales, y un enorme cofre de plata. Después de eso reaparecieron los sastres para proporcionar nuevas libreas a los sirvientes. Todo el mundo, desde el más insignificante pinche hasta el más digno ujier, se volvió resplandeciente de amarillo y verde; un gasto tal era algo nunca visto, y hasta el momento ni siquiera ima-

ginado. Usk, al parecer, aprovechó las nuevas circunstancias mejor que nadie; de forma que la regordeta Maia, encontrándole un día en el patio interior de la mota, se detuvo y se quedó mirándole. El bufón había dejado la ropa multicolor de su profesión; su justillo brillaba con hilo de oro, mientras que sus zancas estaban cubiertas con seda de intensos colores.

—Vaya, que Scatha se lleve a los incrédulos —dijo Maia—. Pues si por lo que he oído el rey ha visto maravillas, no menores son las que vemos todos nosotros. ¿Se trata de una nueva broma, bufón? Pues que Usk que convierta en cortesano es la mayor maravilla que hayamos visto.

Pero el bufón se limitó a mirarla despectivamente.

—El rey ha dejado de lado sus libros —dijo—, yo, mis bufonadas, y tú, tu gorro grasiento. Pero la carencia de elegancia, al parecer, no puede esconderse tan fácilmente.

Pasó junto a la mujer con la cabeza bien alta, y la dejó mirando a su espalda.

Los mensajeros volvieron a cabalgar; pues las tierras del Cangrejo eran amplias, y se extendían hacia el este hasta las aldeas de la Roca Negra, y hacia el oeste hasta las fronteras de las tierras salvajes donde los reyes del mar asientan sus casas fuertes sin pagar impuestos ni deber servicio a nadie. La convocatoria de Marck estaba expresada con hermosas palabras; y los caciques y los sacerdotes de todas las tierras vasallas, junto con sus familias, comenzaron a acudir a la mota, junto al paso. Todos llevaban regalos: bueyes y ovejas, cerveza en barriles y toneles, caballos que compensaran la dote pagada por la novia. Aunque ninguno existía en toda Surgardia que igualase a los animales que se habían perdido. O al menos eso decía el maestro caballerizo, que añadió duras palabras sobre el trato cerrado por Thoma para su señor. Pero el caballerizo era de un hombre sencillo, cuya mujerona le preparaba el caldo y vestía a sus hijos, y no buscaba nada más.

Por fin estuvieron completos los preparativos; y llegó el gran día en que los exploradores, que habían batido el brezal desde el amanecer, volvieron al galope hasta la mota de Marck con noticias de una procesión que trazaba su cauteloso camino entre los pantanos verdes de la tierra costera. Y fue una espléndida procesión la que finalmente llegó a la vista del paso. Primero iban los sacerdotes y las adivinadoras, haciendo sonar trompas con adornos de oro

y agitando ramas verdes de paz; luego, una tropa de acróbatas y malabaristas, vestidos con las ropas multicolores que Usk había abandonado hacía tan poco; luego, un carro tirado por bueyes, con los regalos de despedida de Miri, princesa de la Llanura, sus sedas y vestidos, los cortinajes y el tapiz de Tierra del Mar que había sido el orgullo de su madre. Por último avanzaban los soldados al servicio de Odann, infantes y caballería acorazada, cuyas armaduras reflejaban el sol de la mañana; y un carruaje cerrado y tirado por más bueyes, con los costados cubiertos de coronas de flores y hojas. Su aparición provocó en Marck, si es que era posible, una confusión aún mayor. Sus cabellos y su barba, antes cuidadosamente peinados, se habían vuelto a desordenar; bailó sobre el tejado de la torre, mirando con los ojos protegidos por la mano, antes de volverse a reclamar a gritos a sus asistentes.

—Thoma —dijo—, ve a la puerta a recibirla. No, a caballo; toma a los soldados y ve a darle la bienvenida de mi parte. Llévale este anillo.

—Mi señor —dijo Thoma—, mi lugar está en la puerta.

—Sí, sí, por supuesto. Thoma, ¿es ella? ¿Dónde están mis capitanes, dónde está Briand?

—Aquí, mi señor —dijo Briand. Él también se había beneficiado de la transacción en la mota de Odann. Su túnica y sus calzas eran de tela vistosa; su cabello rubio y sus amplios bigotes brillaban como la seda.

—Buen Briand, ve con ella —dijo su señor—. Y Usk, ¿dónde está Usk? Que vaya él también.

—Mi señor —dijo Thoma, sorprendido—. Enviar a un bufón...

—No envía a ningún bufón —dijo una voz agria a su lado.

El senescal se volvió y se quedó mirando; pues Usk no estaba menos resplandeciente que los demás. Su túnica era de seda verde, bien cosida con valioso hilo; su manto estaba forrado de piel rojiza y adornado con piel blanca como la nieve. En sus dedos refulgían anillos, y una daga enjoyada colgada de su cintura.

—Ocúpate de los asuntos que te reclaman en la mota, amigo —dijo altivamente—. Yo, con el permiso de mi señor, transmitiré sus saludos.

Tomó el anillo, hizo una reverencia y se fue por las escaleras, llamando a los soldados para que le acompañasen; y Thoma dedicó

a su espalda una mirada que era al mismo tiempo presagio y amenaza.

—Ahora —dijo el rey Marck, completamente abstraído—, la dote de la novia, Thoma. ¿Está preparada la balanza?

—Lo está, mi señor —dijo el senescal pesadamente, y se volvió para seguir a su rey.

Todas las ventanas de la mota derramaban luz. El ruido del banquete, los gritos y las risas resonaba por los patios; de forma que los soldados de la puerta pasaron de mirar la niebla reptante a alzar la vista con anhelo y envidia. Los cerdos y los bueyes, asados enteros, goteaban y siseaban sobre llameantes hogueras, en los patios, mientras que en el gran salón hasta el último centímetro estaba ocupado por las mesas y los comensales. Los sirvientes se abrían paso lo mejor que podían, portando en alto platos humeantes; en las bodegas se abría un barril tras otro, y una copa tras otra eran llenadas hasta el borde.

Sobre el estrado real, dispuesto por encima de las cabezas de los plebeyos, brillaba la mayor maravilla de todas: velas de valiosísima cera de abeja que llenaban el aire con un aroma dorado. A un extremo de la larga mesa se situaba la silla pintada de Marck. Junto al rey, en el más estricto orden, se sentaban sus más altos servidores; Thoma y Briand, los capitanes de infantería y caballería, los ujieres con sus esposas. Al otro extremo de la tabla, entre dos mujeres de la Llanura, estaba el asiento de Miri. Su cabello negro brillaba con partículas de oro; a la luz de las velas sus ojos parecían oscuros y enormes, su rostro y sus brazos bien formados parecían morenos y cálidos como la cera de abeja. Llevaba un vestido sencillo de color verde, bordado en el cuello con hilo de oro; y sobre el pecho, centelleante, colgaba el gran regalo de Atha. Estaba sentada y seria; comía poco y bebía de vez en cuando de la copa puesta a su lado; y Marck, con la cabeza embotada por el calor y el vino, aferró el codo del senescal con apremio.

—Es ella —susurró—. El hada de las colinas. Thoma, es ella...

Pero Thoma, que sudaba abundantemente y se las veía con su falta de costumbre para usar cuchillo y tenedor, respondió con poco más que un gruñido.

La luna se hundía entre el reborde de las colinas, y la niebla

flotaba alta entre los árboles que rodeaban el arroyo, antes de que el último de los comensales se fuera a la cama. La novia se había retirado a su cámara hacía mucho; bajo el gran salón, los criados de la cocina limpiaron entre bostezos los últimos restos, apagaron las velas de caña que habían ardido profusamente en las paredes y frotaron la alta mesa para quitar las gotas de cera aromática. En el patio, los restos de las hogueras latían hoscamente, enviando columnas de humo que se mezclaban con la niebla. Entre ellas, pegado a la gran muralla interna, estaba el bufón. El cuello de su hermosa túnica estaba manchado de comida, y había vomitado un poco; pero alzaba la vista y la mantenía fija en la enorme fachada pálida de la torre, y en la luz que brillaba suavemente desde la cámara superior en la oscuridad.

En la cámara, Marck estaba al pie de la cama real. Sobre ella, amontonados profusamente, había vellones cremosos y pieles de gatos moteados traídas por los mercaderes del Mar Interior. Sobre ella colgaba una cortina de seda amarilla; y entre las pieles se acurrucaba la señora. El maquillaje que aún llevaba sobre los ojos la hacía parecer feroz como una criatura del bosque; y su rostro estaba rígido como la piedra. En torno al cuello llevaba un torque de oro finamente trabajado, y por debajo, una camisola de delicada seda verde, a través de la cual podían verse sus pechos con sus altos y firmes pezones.

El rey se aferró a las telas junto a sus caderas, inseguro. La visión le había enardecido; enfrentado a su realidad, estaba prácticamente mudo. Le parecía que la mirada de la mujer le arrebatava las fuerzas; la habitación oscilaba un poco, e intentó sonreír.

—Pero, querida —dijo mansamente—, ahora soy tu marido. Te has comprometido a obedecerme.

Ella respondió con una mirada desafiante.

—Eres quien me ha comprado, rey Marck, y eso es todo. La obediencia no puede ser comprada, como tú mismo deberías saber. Como el amor, debe ser otorgada libremente.

Marck dio un pequeño paso, arrastrando los pies.

—Entonces dime... qué puedo...

Los ojos de ella, con sus pesadas pestañas, se entrecerraron.

—Devuélveme a mi hogar, y al rey Odann —dijo cansinamen-

te—. ¿Está esto en tu mano?

Él entrelazó los dedos.

—Niña, los regalos han sido entregados...

—Entonces déjame en paz... —dijo ella ferozmente. Movi6 la cabeza tristemente contra las pieles—. Oh, por qu6 vine aqu6, por qu6 dej6 que me convenciera... ¡No! —Esto 6ltimo estaba dirigido a Marck, que de nuevo se hab6a movido hacia la cama. Se detuvo, mascullando; los ojos de ella relampaguearon, y luego se suavizaron. Sonri6, y dio unos golpecitos sobre las pieles.

—Mi se6or —dijo—, no te alarmes. Vamos, ven conmigo. Un rato nada m6s.

Él dud6 al lado del lecho. De ella emanaba un aroma que le aceleraba el pulso; sin embargo, parec6a que no se atrev6a a levantar la vista. Hubo un silencio; luego ella volvi6 a hablar con m6s amabilidad.

—Tienes que entenderlo —dijo—. Mi padre me vendi6 por cincuenta caballos; como... un mueble, o un perro. Es demasiado pronto para que me... entregue de nuevo.

Él tom6 su mano, sin pensarlo, y la bes6. Ella se puso r6gida, y durante un momento pareci6 que iba a apartarla; luego se volvi6 a relajar. Sus dedos eran morenos y finos, las u6as, cortas como las de un muchacho. Se maravill6 de ella, sintiendo una gran alegr6a; y ella le apret6 la mano, de forma protectora.

—Por supuesto —dijo ella—, ya que, como digo, te pertenezco, mi voluntad es la tuya. Y no dejar6 de cumplir con mi deber. Si me... obligas, no me resistir6, por respeto a mi padre, a quien a6n debo obediencia. Pero mi se6or, obligarme ser6 algo horroroso, con el nudo verde de Athlinn a6n en torno a mi cintura. Pues la primera noche pertenece a los dioses que nos crearon a todos. Adem6s, como sin duda sabes, las mujeres que est6n cansadas, como yo lo estoy, no pueden amar bien, ni sinceramente.

—Yo... Yo...

—Mi se6or. —Le apret6 la mano de nuevo, y se apart6. Se agit6 entre las pieles.—. Qu6 gran bienvenida me has dado. Y qu6 hermosa cama me has preparado, mejor que ninguna que haya visto antes. Ni en la que haya dormido. —Se qued6 con los grandes ojos fijos en 6l, solemnemente—. Rey Marck, conc6deme un deseo. Y hazme realmente feliz.

—Querida m6a —dijo 6l, conmovido—, lo que sea. Lo que

sea...

Ella le dirigió una pequeña sonrisa que apenas curvó las comisuras de sus labios. Sus ojos inspeccionaron el rostro de su marido, moviéndose aquí y allá y cambiado de dirección.

—Dame... un poco de tiempo —dijo—. Sólo un poco. Y podré amarte sinceramente, como amigo.

Vio la sombra que pasaba por el rostro del rey; luchaba al parecer, con alguna compulsión; luego asintió, sin palabras.

—Será... como quieres —dijo.

Ella suspiró.

—Oh, cuánto lamento ahora mis palabras hirientes. Pues puedo ver en tu rostro que nunca me causarías daño. Bien, esto es lo que vamos a hacer. ¿Me escuchas?

—Sí. Sí, querida mía.

—Vendrás conmigo todos los días. Y hablaremos. Quizá varias veces al día. Me instruirás; pues en las Llanuras dicen que eres el mayor erudito del país. También deseo conocer tu reino de Sargardia; pues mi padre me contó muchas cosas maravillosas. Entonces, cuando conozca tu tierra, y a sus gentes, y sienta que realmente es mi hogar... —Dejó que la frase quedase delicadamente en suspenso y volvió a sonreír.

El corazón del rey Marck se había aligerado con las palabras; y se levantó.

—Querida —dijo—, así se hará. Ahora debes descansar, pues veo que estás muy cansada.

—Sí. Gracias. —Y cuando él se hubo vuelto—. Mi señor... Dame un beso de buenas noches.

Él se inclinó sobre ella, que alzó las manos con modestia, cubriéndose los pechos. Le rozó ligeramente la frente cálida y seca con los labios; olió el perfume de sus cabellos, y se levantó.

—Querida —dijo—, si necesitases... los sirvientes...

Ella negó con la cabeza, con los ojos soñolientos.

—Nada, rey Marck —dijo—. Buenas noches. Y... que los dioses acompañen tu sueño. —La sonrisa curvó sus labios de nuevo; y permaneció allí durante mucho tiempo después de que él se hubiera llevado la lámpara y la cámara se hubiera sumido en la oscuridad.

Hacia el amanecer el bufón se agitó en su sueño, y tosió. Thoma gimió, chasqueando los labios como un perro; y Briand se

revolvió, y tuvo un determinado sueño. Mientras que en la cámara más alta, iluminada por la lámpara como un espíritu del pantano, podía oírse un extraño sonido; seco y repetitivo como un viejo zapato que rozase una y otra vez un tablón. Procedía del diván real; donde Marck del Paso, vasallo principal de Atha el Bondadoso, lloraba expiando un pecado que no había cometido.

La primavera se convirtió en verano. Una vez más, las golondrinas hicieron sus nidos bajo los altos aleros de la torre, para alimentar a las crías que piaban; los cielos brillaban azules y sin tacha, mientras que el polvo blanco se alzaba tras las carretas que circulaban por el gran desfiladero de caliza. Llegaban desde el Arroyo Largo, y desde las tierras del oeste acosadas por el pueblo del mar; desde la Gran Alquería y los Cien Lagos y la propia Morwenton, la creciente metrópoli donde Atha tenía su casa fuerte. Llevaban sedas y telas de maravillosa factura, azabache y ámbar del norte, espejos de bronce pulido; y en una ocasión una cuba de miel de las Islas de la Niebla, parda y espesa y con aroma del brezo del que había sido extraída. Nada, al parecer, era demasiado, ningún gasto era excesivo, para la señora del Paso; y la reina cumplió su parte del trato fielmente, satisfaciendo a su señor de muchas formas distintas. De él aprendió las grandes historias de su pueblo, los asedios y batallas y vagabundeos; y el rey nunca encontró un público mejor dispuesto. También viajó a lo largo y ancho de Sargardia, en litera o a caballo, hablando a todos no como una gran dama o una reina sino como una igual. Por esto y por su belleza, todos la querían mucho; de forma que los niños corrían a llevarle flores, o a ofrendarle sidra y cerveza.

Marck, por su parte, le mostró su reino con alegría; las tierras altas de caliza, ondulantes y punteadas por túmulos que ya eran viejos al principio de los tiempos; las gargantas rodeadas de árboles, adormiladas entre el zumbido de las abejas, cada una con su aldea escondida y su río risueño; el gran brezal, vacío y vasto, con los rodondendros brotando bajo los grupos de pinos de copas oscuras. Le mostró las aldeas de pescadores, aferradas como lapas entre el cielo y el mar; los promontorios que se extendían uno tras otro, bañados por la luz del sol contra el azul brillante; los filos en sierra de los acantilados, donde la niebla se arremolina en verano y

el viento sopla. Le mostró los salientes, donde la piedra entra en el agua y el mar bate arriba y abajo, y ninguna barca puede aproximarse; y allí nadó ella, para el placer de su señor, en un gran estanque de roca entre los helechos verdes y rojos.

Al fin le pareció que veía, reflejado en los ojos de ella, un sueño que había sido suyo. Le habló de esto una mañana en pleno verano. Ella le escuchó con atención, sin fruncir el ceño; pero cuando hubo terminado negó con la cabeza.

—Mi señor —dijo—, la mitad de lo que has dicho, reconozco que no lo entiendo; pero me parece que me concedes demasiados honores. Señor, las mujeres no son diosas. Esto debes saberlo bien. Comemos como vosotros, y dormimos como vosotros; tenemos necesidades del cuerpo y... funciones; en verdad, en mí no vive ninguna diosa. No querría que te llevases una enorme decepción.

—Pero no lo entiendes —dijo Marck—. No me has escuchado. Verás, te conocí hace muchos, muchos años.

—Cuando era niña, sí —dijo—. Mi padre me lo contó.

—No —dijo él—. No, no, no...

Ella se arrodilló, y le tomó las manos. Llevaba un vestido blanco nuevo, y su cabello olía a hierba de verano.

—Mi señor, has sido más bueno conmigo de lo que nunca habría imaginado. Más bueno que mi propio padre, que antes era todo lo que tenía; y soy tu reina, así que puedo hablarte con franqueza. No me conviertas en una diosa, rey Marck, ni vuelvas a pensar de esa forma. Las diosas están para adorarlas; y yo... no soy digna.

Él le tocó el pelo.

—No lo entiendes —dijo—. Pero, ¿por qué ibas a hacerlo? Miri, si hay una diosa dentro de ti, puede elegir no revelarse. Pero... Escucha, Miri —dijo seriamente—. Me has proporcionado gran felicidad. Querida, ¿has oído al pueblo? ¿Has oído lo que dice? Dice «El rey Marck se ríe. El rey Marck es feliz». Y, Miri, es verdad. Ahora escúchame.

Ella se sentó a su lado, con las manos en el regazo, y sonrió.

—Éste era mi sueño —dijo él—. Pero las palabras no bastan. ¿Has visto... la hierba, su verdor? Verde, y suave... ¿Y el cereal, alzándose contra el cielo? ¿Y la bruma del mar, cómo azota las colinas? Y con el sol tras ella, dorado...

—¿Mi señor? —dijo ella, intrigada.

Él dobló las manos, tartamudeando de ansiedad.

—Éste era mi sueño —dijo—. Que yo era el cereal, y la tierra, y las cosas que se arrastran sobre ella. Y la niebla y el cielo, las piedras que los Gigantes colocaron entre las colinas. Yo era la tierra, Miri, y la tierra era yo. En el sueño encontré una mujer, que también era la tierra; y tuvimos hijos que... conocerían la tierra, y vivirían en tiempos dorados. Y... esto también estaba en el sueño. Que moríamos, volviendo a la tierra; pero éramos nuestros hijos, y los hijos de sus hijos, y el cereal dorado de nuevo. Parecía un... Misterio, algo muy valioso.

Ella le miró, con ojos preocupados; luego tomó su mano, y le apoyó la cabeza en el hombro.

—No sé qué decir —dijo—. Pero... quizá, algún día, estas cosas sucederán.

Nada más pasó entre ellos en aquel momento; pero pareció que la idea del Misterio permanecía en la mente de la reina. Habló de él unas semanas después, a una criada. El otoño había llegado; un otoño suave y tranquilo, dorado y azul. En las habitaciones de la mota se habían encendido las primeras hogueras, crepitantes con piñas de agradable aroma. Ante uno de estos hogares yacía Miri, entre pilas de pieles. Llevaba una falda de tela verde tableteada, ceñida a las caderas con un espléndido cinturón con bordados de oro. Entre sus pechos colgaba el regalo de Atha; pero por lo demás estaba desnuda. La muchacha, hija de un esclavo del rey del mar, se arrodilló a su lado. Algo del mar parecía haberse marcado en sus ojos separados, que eran tan azules como castaños eran los de Miri; ahora brillaban con diversión mientras se reía. Tomó un pequeño frasco de aceite aromático, vertió unas gotas entre los hombros de la reina y comenzó a darle un suave masaje.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Miri—. Esto lo sé porque me lo ha dicho nada menos que mi señor el rey, que es el hombre más sabio de Surgardia. Y probablemente del mundo.

La muchacha volvió a soltar una risita.

—Sí, mi señora —dijo.

—Entonces, ¿no puede ser verdad? —exigió la reina—. Tengo el cuerpo de una diosa, Atta, como quizá hayas notado. Es lógico que tenga un poco de su poder. —Suspiró—. Más abajo, Atta, más abajo. Justo ahí estoy muy dolorida...

La muchacha echó más aceite.

—¿Qué querías que hiciera, para demostrarte mi poder? — preguntó Miri—. ¿Debo convocar a un demonio? —Apoyó la barbilla en las manos, con los ojos perdidos—. Quizá provoque una tempestad —dijo—. Como hacían los magos de los espíritus en tiempos de nuestros padres. ¿No te echas a temblar?

Atta sonrió, pero no respondió nada.

Miri hizo un puchero.

—Ya lo tengo —dijo al cabo de un rato—. Ya que no me crees, y querría que me adorases, traeré el relámpago. ¿Me amarás entonces, Atta? ¿Cuando veas las colinas calcinadas, y todas las torres partidas en dos?

Por primera vez, un atisbo de incomodidad apareció en el rostro de la muchacha.

—Mi señora —dijo con voz insegura—, no deberías burlarte de esas cosas.

La reina se dio la vuelta hasta colocarse sobre su regazo y la tomó de las manos, alzando la vista con ojos ardientes.

—No me burlo —dijo. Hubo una pequeña pausa; luego dejó caer los párpados somnolientos y sonrió—. Bésame, Atta —dijo. Hizo que la criada bajase la cabeza lentamente; luego tomó los labios de la muchacha del mar entre los dientes, mordiéndola hasta que se apartó con un jadeo. Entonces se rió sosegadamente; se echó más aceite y le guió la mano—. Haré lo que desee. Y tú me servirás; pues una diosa no puede equivocarse.

II

El tiempo empeoró hacia final de año. Primero llegaron tormentas desde el sur; tormentas de invierno, silbantes y cargadas de aguanieve. Convertían el mar en una llanura gris y humeante, y arrojaban grandes olas que se estrellaban contra los maltrechos acantilados. Las barcas amarradas en la zona de pleamar fueron destruidas o arrastradas por el mar, y la paja y las tejas fueron arrancadas de los techos de las casas. Luego llegaron las lluvias torrenciales. Hicieron caer las últimas hojas de los árboles, machacándolas hasta formar una pulpa parda. El arroyo que corría bajo el montículo se desbordó repentinamente, provocando una inundación, mientras que una noche tras otra los sirvientes de Marck

yacían despiertos, sintiendo cómo se movían y crujían sus lechos, oyendo las explosiones y los rugidos del viento que luchaba contra la torre. Las contraventanas reventaron, y los cierres de las puertas y las cubiertas de seda de las ventanas del gran salón. Las antorchas ardían en lenguas de fuego, hasta que fueron apagadas con miedo. Luego, el viento cesó poco a poco. Dejó a la mota goteando, silenciosa, y detenida. Pues un rumor había corrido, de los ujieres a los mozos de las puertas, de éstos a los mozos de cuadra, y de éstos a los sirvientes del establo y sus mujeres. Nadie sabía cómo había comenzado; pero todos adoptaron la costumbre de caminar con cuidado y hablar en voz baja. Sin embargo, ningún miedo se mantiene largo tiempo por sí solo; de forma que, cuando nada más sucedió, los miembros del servicio más temerarios o menos reverentes comenzaron a hacer algo mucho peor que acurrucarse y hablar. Comenzaron a reírse.

De todos estos acontecimientos, sólo un hombre parecía no estar informado; y ese hombre era el rey Marck. A lo largo de las semanas de tormenta feroz, y a lo largo de los días oscuros y tranquilos que siguieron, trabajó incesantemente, llenando una hoja tras otra con su escritura angulosa y precisa. Por fin, después de mucho examen de conciencia, su mente estaba de nuevo en calma; y se le había ocurrido un nuevo tema. Estaba escribiendo, para su reina, la historia de todos los dioses de Tierra del Mar; Athlinn y Devu Portaescudo, Gelt, que forja el rayo, y Scatha, que envía a los espíritus nocturnos.

Fue en una de esas tardes oscuras, poco después del cambio de año, cuando el escriba real oyó un carraspeo familiar. Alzó la vista, maravillado; y en la viga, con las delgadas piernas colgando como antaño, estaba Usk. La buena vida le había engordado, de forma que la túnica se estiraba tensa sobre su vientre; pero llevaba su gorro y sus cascabeles, y había torcido la cara para formar su más desagradable gesto de burla.

—Vaya, rey —dijo—. Tengo ante mí una vista bien habitual. ¿Qué ocupa ahora vuestro ingenio real?

—Nada —dijo Marck, perturbado—. Nada que te importe, amigo. Usk, ¿por qué has hecho esto? Ya sabes que era mi deseo que, al no necesitar bufones, no te humillaras ante mí.

Usk hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Nada? —dijo. Alzó los pies, riéndose—. Nada le importa

al rey —se burló—. Bien habéis hablado, mi señor; pues de nada os habéis preocupado, desde hace muchos días. Y nada será vuestra recompensa...

—Baja de ahí —dijo Marck con cierta aspereza—. Y explícame esas tonterías. O llévatelas a otro sitio; ya he oído suficiente.

—¡Baja de ahí! —dijo el bufón—. Los reyes pueden bajar de los tronos; los dioses, del cielo; los eruditos pueden abandonar la verdad, y los sabios sus sesos. Pero Usk, con todos sus cascabeleos, se mantiene en su lugar.

Marck se puso rojo.

—Te he dicho que bajes...

—Ojalá pudiera —dijo el otro lúgubrementemente—. Pero estoy atado aquí, señor. A la sombra de un bufón mayor, las bufonadas pasan desapercibidas... —Inclinó la cabeza—. ¿Qué estáis escribiendo?

—Lo sabes muy bien —dijo su señor enfadado—. Terminé mi libro; con la historia de Devu, y el pájaro cantor de Midgard.

—Pájaros cantores —dijo Usk—. Señor, tened la bondad de contarme otra historia.

—¿Qué historia es ésa? —repuso Marck ásperamente.

—La de Athlinn y la ninfa Goieda —dijo el bufón—. Esa historia es mejor.

—La conoces tan bien como yo —dijo el rey brevemente—. El juglar de Morwenton la cantó en el salón hace menos de dos meses.

—Sin embargo, me gustaría oírla de vuestros labios —dijo Usk zalameramente—. Como un favor, mi señor...

—Humpf —dijo Marck. Pasó las páginas ante sí, gruñendo, y mirando al bufón con desconfianza—. Athlinn, que era señor del Cielo, sedujo a la ninfa. Pero Goieda le rechazó orgullosamente, pues deseaba el amor de Basta, un rey de Midgard. —Entonces pareció que, a pesar de su enfado, el erudito que había en él se animó—. Ésta es la versión que he escrito. Y así consta en la Saga de Ennys, que era el bardo de Arco. Pero en la de Usgeard, Goieda se convierte en una muchacha mortal e hija del rey Renlac, mi antepasado. Lo que me lleva a preguntarme si...

Usk carraspeó.

—Mi señor, la historia...

—Cállate —le cortó Marck—. ¿Es que nada te satisface? —

Pero había perdido el hilo del discurso; frunció el ceño, se rascó la cabeza y continuó con la historia—. Athlinn llevó a la ninfa a su gran casa, y allí la colmó de presentes. Pero Goieda se burló de él, despreciándole, llamándole barbiluengo y anciano...

Se detuvo de repente, como si hubiera notado por primera vez la intención del bufón. Frunció el ceño; luego su rostro se despejó, y negó con la cabeza.

—Esta historia se narraba en Tierra del Mar en la época de Rand el Sabio —dijo—. Esos días han pasado.

—Hasta que un día —dijo Usk—, la paciencia del Altísimo se agotó. Ésas son vuestras palabras, mi señor. Así que Athlinn tomó una lanza, y con su fuste dio una paliza a la ninfa. Cuando se cansó del ejercicio, la conoció. Entonces la sangre de ella fluyó, llegando incluso a la Tierra Media; entonces brotaron las cosechas; llegó el verano, y las tribus de los hombres se regocijaron.

—Paz —dijo Marck cansinamente—. Paz, amigo mío. No lo entiendes.

—Luego Athlinn se sintió dolido en su corazón —dijo Usk implacablemente—. Entonces, durante un año y un día, el sol estuvo oculto; y las puertas del Cielo permanecieron abiertas, para que Goieda se fuera o se quedase, como quisiera...

—Al final de ese tiempo —dijo Marck—, Athlinn volvió. Y Goieda le lavó las manos y le llevó pan, arrepentida. Y con ella, Athlinn engendró a todos los dioses... —Alzó las manos, medio riéndose—. Usk, no soy el rey del Cielo, ni deseo ser mayor de lo que soy. Bajo Atha reino en este país, entre las colinas y el mar, y lo gobierno con tanta justicia como puedo. Lo que los dioses puedan hacer no tiene nada que ver.

—No —dijo el bufón con amargura—, pero el honor sí. Si vos os ponéis vuestra gorra de cascabeles, rey Marck, ¿acaso puede Usk hacer menos?

Los ojos del rey relampaguearon. Su tez se ruborizó; pero su voz permaneció en calma.

—Es suficiente —dijo—. Usk, te he escuchado por el amor que sé que me profesas. Ahora no digas más, y escucha. Vi a una diosa, ciertamente, en las colinas; y ciertamente ella me habló. Pero quizá no oí bien sus palabras. Después, cuando pensé que la veía en mi salón... Pero es una niña, amigo mío. Una niña que ahora me trae alegría. Un día será dueña de este lugar y de todo lo que con-

tiene, mi hija a los ojos de los dioses. En cuanto a lo otro; antes de hablar de honor, piensa en esto. Sería preferible que los hombres hubieran permanecido en las tinieblas; que la Tierra misma no hubiera cobrado forma, a que se derramara una sola gota de sangre inocente.

—Ante eso me inclino —dijo Usk—. Pues bien dicen los dioses y los hombres que derramar la sangre de los inocentes es un crimen.

Su tono, y la mirada que acompañaba las palabras, impresionaron a Marck. Se volvió lentamente, con ojos azules y brillantes.

—¿Qué quieres decir?

—No, recordad —dijo Usk—. Un bufón no puede querer decir nada. Y los que conceden importancia a sus palabras son necesariamente más bufones que él. —Se recostó sosegadamente sobre la viga; se quitó el gorro, lo hizo girar y silbó una melodía.

El rey se levantó, frunciendo el ceño.

—Aun así hablarás —dijo—. Has dicho demasiado, o no lo bastante.

—No os diré nada. Pero por una prenda, bromearé con vos. —Atrapó la moneda que Marck le arrojó, la mordió como era su costumbre y se la guardó—. Fue el oro el que derribó al rey Al-tred, más que el golpe que mandó a su hermano con los dioses. La vida es un asunto malvado. —Negó con la cabeza lúgubrementemente—. Por el amor que os profeso, os contaré otra historia; de Scatha Un Ojo, señor de la Noche, y Sceola, y los jinetes de Devu.

El ceño de Marck se frunció más aún.

—Esa historia no la conozco —dijo.

—Poneos, pues, cómodo, mi señor —dijo Usk—. Y un bufón aumentará la cantidad de vuestra sabiduría. —Ladeó la cabeza, con seriedad—. Sceola, como debéis saber, caminaba siempre a la derecha de su señor. Éste era el lado en el que el rey Scatha estaba ciego. Hasta que un día llegó Methleu, que era el enano de Athlinn y bufón de los dioses. Scatha, le dijo, contadme la historia de cómo perdisteis el ojo. Y Scatha le contó cómo había ganado su espada, por cuyo poder los Sabuesos de la Noche se detienen o corren, según se les ordene. Es una buena historia, le dijo Methleu cuando hubo terminado. Pero esto os digo, señor: que la gloria y la derrota son como la muerte y la vida, las dos caras de una moneda. Los Sabuesos os dan seguridad por la noche, y poder sobre los gigantes

y las sombras; sin embargo, a vuestra derecha sois ciego. ¿Quién os protege por ese lado?

»Scatha dijo: Los jinetes que me ha entregado mi señor Devu; y su capitán, a quien cubro de honores. Entonces recordó que su mujer caminaba a su derecha. Entonces recordó...

No dijo más; pues Marck había sufrido un cambio alarmante. Alzó las manos, con los dedos apretados; luego, sus ojos, mirando a su alrededor, se fijaron en un pesado cuchillo que estaba ante él en la mesa. Lo cogió y lo arrojó. Se oyó un golpe; y Usk miró a su vez hacía abajo, palideciendo. Luego alargó la mano temblorosa para liberar su ancha manga de donde la hoja la había clavado a la viga. No esperó a ver cómo continuaba aquello; se apresuró a saltar al suelo y salió corriendo.

No se oyó nada más de la alta cámara del rey en todo aquel día. La servidumbre se dedicó a sus tareas, arrojando miradas preocupadas hacia la torre, y a las estrechas ventanas bajo los aleros. Pero siguieron sin saber nada; y la comida que se envió mediante una temblorosa criada quedó intacta. Pero mucho después de que las últimas luces se apagasen, y de que la mota comenzase su intranquilo descanso, alguien que escuchara tras la puerta de Marck habría oído, mezclada con sus gemidos, una palabra repetida interminablemente.

—¡Briand...!

La luz de la mañana caía gris sobre el brezal cuando el rey cabalgó hacia la puerta exterior. No devolvió el saludo que le habían dirigido en un susurro los soldados, sino que siguió adelante encogido y quieto, con el rostro pálido en las sombras de un pesado manto. Los cascos del caballo resonaron sobre el puente, y batieron sobre la hierba; y se fue. Una hora después, un segundo jinete pasó bajo los altos pórticos de la casa de guardia. Como su señor, estaba embozado en un manto; y él también dirigió su caballo al brezal, sin mirar atrás. Los soldados se miraron entre sí, pero no dijeron nada. Ni había muchos que fueran tan temerarios como para decir en voz alta lo que pensaban. El día pasó sombríamente; y al anochecer Marck no había vuelto.

El fuego ardía brillante, alimentado con nuevos leños; y a su alrededor se había reunido una alegre compañía. Dos mozos de establo, vestidos con los mugrientos colores verdes y amarillos de la Casa, parecían algo perjudicados por la cerveza; a su lado, un mozo acariciaba a la camarera más joven y menos atractiva. Pero la más borracha del grupo, por mucho, era Maia. Como siempre, el pelo se le escapaba de la gorra; estaba de pie, bamboleándose y riendo, con las piernas regordetas abiertas y los pies descalzos sobre las losas. Su corpiño estaba desatado; y sobre sus amplios pechos sostenía dos copas.

—Vaya, pues así sería —dijo—, si yo fuera una diosa y vos un noble capitán.

El mozo de cuadra al que se había dirigido soltó una risotada feliz; la camarera chilló.

—Casarnos no, buen capitán —dijo Maia—. No hasta que mi voluntad lo permita. Pues debéis saber que soy una diosa. No hasta que mi voluntad lo permita. —Intentó hacer una reverencia, y estuvo a punto de caerse de cabeza—. Pues si me obligáis, capitán, vuestros dedos se desprenderán de las manos. ¡O algún otro miembro...! —gritó divertida; luego se dio cuenta, poco a poco, de las miradas consternadas dirigidas a su espalda. Se volvió lentamente, mientras su propia cara palidecía; y las copas se cayeron y se rompieron. Se llevó las manos al pecho, y comenzó a gemir.

En el portal estaba el señor del Paso. Llevaba una túnica de basta tela; una prenda como las que acostumbraba a llevar cuando cabalgaba lejos. Su rostro estaba blanco; sus ojos parecían brillar con toda la ferocidad de sus antepasados de Tierra del Mar. Se pasó la punta de la lengua por los labios antes de hablar.

—¡Te has burlado de ella...! —dijo.

Alguien susurró:

—Mi señor...

Pero las palabras fueron cortadas en seco por el grito de Marck. La mano que sacó a la vista sostenía un mayal nudoso. Lo alzó, y golpeó; y los gritos se redoblaron. El primer golpe cayó sobre la frente de la mujer; el segundo, sobre sus brazos alzados. Se escabulló, orinándose de terror, hacia el refugio de la mesa; pero Marck la tomó con la mano, y arrojó la mesa a un lado.

Fue Thoma, arrastrado hasta allí por el mozo incoherente, quien quitó el arma de las manos de su señor; Thoma, quien le

abrazó hasta que sus hombros dejaron de estremecerse. El senescal miró a sus pies, sin poder dar crédito a sus ojos.

—Mi señor —dijo pesadamente—, ¿qué has hecho?

El rey miró también. La saliva manchaba su barba; pero la ceguera, que le había convertido en un hombre rojizo que golpeaba sombras, había desaparecido. Vio el ojo hundido, la sangre que cubría el mugriento vestido, los dedos en los que la carne desgarrada se levantaba en picos. La mujer estaba agazapada, temblando; y él se volvió, llevándose las manos a la cabeza, y salió tropezando de la cocina. Oyeron su largo grito resonar y aumentar de volumen mientras subía las escaleras de la torre.

La reina le esperaba vestida con un traje azul decorado con hilo de plata. Tenía las manos apretadas a los lados, y su voz, cuando habló, era suave.

—He oído... gritos —dijo—. ¿Qué ha sucedido, mi señor?

Marck la miró.

—He salido a cabalgar —dijo—. He cabalgado hasta la playa. Pero estaba vacía. Las colinas estaban vacías, y el mar. Tú las vaciaste.

—Mi señor —dijo. Pero él la cortó en seco.

—Toda mi vida —dijo—, he vivido aquí en el paso como debe vivir un rey. Cuando los pobres lloraban, les atendí. Donde otras manos no dudaban en golpear, la mía se contenía. Ahora me presento ante los dioses con un pecado de sangre. Un mal ha venido a nosotros. Tú lo has traído.

—¿Yo? —dijo ella—. Mi señor, no... no entiendo.

—He esperado —dijo él—. He esperado, y he vigilado. Luego he vuelto, para castigar. Pero él se había ido...

—Rey Marck —dijo ella—, escúchame...

—¿Por qué no me lo pediste? —le gritó él.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Cómo?

—Te lo habría concedido —dijo Marck—. Cualquier cosa. ¿No lo entiendes? A él, a cualquiera... Para que te quedases aquí y fueras feliz...

Ella le miró asombrada durante un momento; luego sobrevino un cambio en su rostro.

—Así que hemos llegado a esto —dijo. Caminó hacia delante, con los ojos en llamas—. Toda mi vida he estado sofocada por los hombres. Hombres viejos, y gordos, y que vendían y compraban.

Por esto, y por aquello... ¿Es que es culpa mía?

—¿Por qué? —dijo él—. ¿Por qué?

—Yo no pedí nada —dijo ella—. Nada a nadie. Oler el aire, y ver llegar el verano, y estar en paz. Pero no. No, no, no... Por los dioses, me pone enferma. Sí, vomita toda la infamia y la porquería que los hombres me han traído...

Se encaró con él, con los puños apretados; y él gimió, llevándose las manos a la cabeza.

—Te di amor... —dijo.

—Y yo también —gritó ella—. Todo el que tenía... —Perdió el aliento; luego, su expresión volvió a cambiar—. ¿Y qué esperabas? Guardándome en esta jaula como si fuera un pájaro del Mar Interior, sin más compañía que la de muchachas maleducadas, en una habitación que apesta a meados de viejo... ¿Qué esperabas?

Él bajó las manos lentamente.

—Y ahora él se ha ido —dijo ella—. Le has echado. Así que puedes volver a descansar en paz. Se ha acabado.

Pero Marck negó con la cabeza.

—Nunca acabará —dijo.

Ella intentó pasar por su lado hasta la puerta. Él la atrapó, y la arrojó hacia atrás. Ella se debatió; y él le pegó. Cayó sobre la cama; y él saltó sobre ella, inmovilizándola con las rodillas. Primero le arrancó el regalo del rey Atha, luego, el cinturón y el vestido, arañándole los hombros con las uñas. La aplastó contra las pieles, pero ella pataleó y gritó; así que él le volvió a pegar. Después de eso la tomó, con el vigor que le daba su ira. Cuando hubo terminado, ella quedó tumbada y en silencio, temblando un poco y con los ojos firmemente cerrados. Y así la dejó, y volvió tropezando a su cámara. Cerró la puerta tras sí, bajando el pesado cerrojo, y se dejó caer al suelo.

Por toda la mota y sus habitaciones, reinó el silencio. Las antorchas ardían, iluminando pasillos vacíos; pero ningún hombre se movía. Por los patios, bañados por la luna, se extendían las sombras agudas de la casa de guardia y la muralla; y las propias puertas estaban abiertas hacia el brezal vacío. Un enemigo podría haberse acercado desde los árboles cubiertos de niebla; pero ningún enemigo acudió.

Llegó el amanecer antes de que una persona se moviese. Sonó el chasquido de la puerta del establo, el crujido del arnés. Un caba-

llo bufó y pateó el suelo. Los cascos volvieron a sonar, junto a la puerta y el camino al otro lado; luego, el sonido desapareció. La mañana volvió a quedar silenciosa.

En las sombras, junto a la puerta exterior, un hombre velaba. Era de zancas larguiruchas; y las pieles con las que cubría su cuerpo acentuaban su curioso abultamiento. Durante un rato observó el brezal vacío al norte, con la boca abierta; luego se volvió, mirando a la alta fachada de la torre.

—Ahora os tengo, rey, y a toda vuestra tribu —masculló—. Pues éste no es un cuento de trovador...

Dendra estaba recostado en el alto sitio del rey Odann. Sus largas piernas se extendían indolentes por el estrado; su pelo, trenzado y aceitado con manteca, caía hasta los hombros; y aferraba una pesada copa de vino con una mano en la que brillaban los anillos. En torno a él se agrupaban sus guerreros; y a sus pies, en el sucio suelo del salón, estaba Miri. El manto que llevaba estaba abierto; su vestido estaba manchado de barro hasta las caderas, y la palidez de su rostro acentuaba la gran magulladura que recorría su mejilla.

—Le he abandonado —dijo en voz baja—, y eso basta. Ahora busco refugio con un pariente, como dictan todas nuestras leyes.

Dendra removió el vino en su copa.

—Tu pariente ha muerto —dijo al cabo—. Me refiero a tu padre.

Unas risotadas celebraron las palabras. Ella se tambaleó, cerrando los ojos.

—Entonces la justicia y la piedad están igualmente muertas —dijo—. Ahora lo veo. —Tragó saliva y se humedeció los labios—. ¿Cuál es tu voluntad, rey Dendra?

Hubo otra risa sofocada; y Dendra frunció el ceño, alzando una mano en demanda de silencio.

—No es mi voluntad —dijo—, sino la de los dioses. Vienes aquí, a mi casa, pidiendo justicia. Quizá la recibas. —Vacío la copa y la dejó a un lado—. ¿Por qué abandonaste la mota del Paso?

Ella miró alrededor, a la penumbra iluminada con antorchas; luego se irguió.

—Su señor me ha causado vergüenza —dijo.

—¿Vergüenza? —dijo Dendra—. ¿Vergüenza? —Se levantó del trono, aferrando los brazos, y miró a su alrededor—. Amigos, escuchad qué cosa maravillosa. La hija del rey Odann habla de vergüenza...

Cuando el ruido cesó se inclinó hacia ella.

—Aquí está la justicia que viniste a buscar tan lejos —dijo—. No mencionaremos aquí tu crimen; pero serás sacada de este lugar, y se pondrán pesadas piedras sobre ti. Y aquí está mi piedad. Se te cortarán las venas, para que tu vida se extinga rápidamente.

Ella se encogió al oír eso, como si le hubieran vuelto a pegar; pero cuando los sacerdotes se le acercaron se repuso.

—¿Acaso mi tío —dijo por encima del clamor creciente— dicta sentencia por los dioses, o por sí mismo? ¿Mi tío, que vino a mí, una niña, la misma noche en que murió mi madre? —Apartó las manos que se posaron sobre ella—. Desde aquel día, dormí junto al rey. Y desde aquel día tú te enfureciste y te extrañaste. Pero nunca lo sabrás...

Se alzó un tumulto en el salón. Dendra saltó hacia delante, con el rostro encendido; y ella le volvió a detener con un grito.

—Ni puedes tomar mi vida —dijo—. La vida que llevo no es tuya.

El rey se había detenido, con el puño alzado; ahora frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué vida?

Ella le devolvió la mirada, burlona.

—El heredero del Paso —dijo.

Él la miró a su vez; a los amplios pechos de ella, y los rostros de sus seguidores. Luego, lentamente, volvió a subir los escalones del trono. Chasqueó los dedos, y la copa de vino fue rellena. Bebió; y cuando puso a un lado la copa nadie pudo leer sus ojos.

—¿Qué dicen mis sacerdotes?

Hubo unos murmullos apresurados; y un hombre marchito vestido de gris alzó la voz aguda.

—Es cierto, por todas las leyes de Tierra del Mar —dijo perdiendo la voz—. No puedes causarle daño.

El rey se recostó, aún con la mirada indescifrable.

—Entonces me inclino ante estas leyes —dijo—. Gobierno justamente, y atiendo a los dioses. Ningún hombre de la Llanura le causará mal.

Miri se cerró el manto en torno a la garganta.

—¿Y el niño? —dijo.

Dendra echó la cabeza atrás y se rió.

—El niño nacerá —dijo—. Mis súbditos desearán conocerle.

—Hizo un gesto con impaciencia a los hombres que la rodeaban; y se la llevaron rápidamente del salón.

El invierno que siguió fue duro, tan duro como cualquiera que se pudiera recordar. Durante semanas el sol permaneció oculto, mientras que amargos vientos soplaban cortantes sobre la Llanura y a través del amplio desfiladero en la caliza. Los días cada vez más largos no trajeron alivio; en su lugar cayó la nieve, grandes colinas brillantes y silenciosas que cubrieron los estrechos caminos hasta la altura de una lanza. Los lobos bajaron de los montes, aullando noche tras noche en torno a las aldeas dispersas de Surgardia. Los caballos bufaban y pateaban en las cuadras; los niños lloraban; los hombres atisbaban desde las casas de guardia y las murallas, tirándose de las barbas y escrutando la oscuridad. Las motas estaban tristes; pero ninguna más que la mota del Paso.

El rey no se dejaba ver más que raramente. Los sirvientes llevaban comida a la puerta de su alta cámara; pero a menudo las bandejas quedaban intactas. Desde los patios se distinguía a veces a Marck, una vaga figura encogida que miraba sobre las tierras baldías hacia el norte; pero qué pensamientos eran los que le obsesionaban, nadie podía adivinarlo.

El verano fue frío, con una tormenta tras otra, procedentes del mar. El cereal se pudrió en los campos cuadrados que había en torno a las murallas de las aldeas; lo poco que creció fue aplastado por el viento. Sólo el otoño les llevó el alivio. Entonces, curiosamente, la tierra volvió a sonreír. Las flores brotaron en las orillas del pequeño arroyo; se cortaron juncos para cubrir el suelo durante el invierno, y lo que quedaba de la cosecha fue recolectado bajo cielos claros. Los días eran cálidos; las noches, neblinosas y suaves. La casa castigada por las tormentas fue reparada y parcheada; pero la tristeza que se había aposentado entre sus habitantes permaneció. Pues un rumor había llegado, transmitido primero por un calderero errante: que en torno a la mota de Odann había muchos cuervos.

El sol se estaba poniendo entre largos estandartes rojos cuando un desconocido cabalgó hasta la mota. Los soldados de la puerta le detectaron desde lejos en el brezal; un ujier fue llamado y las murallas se llenaron de hombres, de forma que cuando llegó a la distancia de un saludo muchos rostros curiosos le miraban. Volvió su caballo sin esfuerzo, en la carretera polvorienta más allá del puente exterior. Su cabello, que era rubio y largo, ondeaba en torno a su cara. Llevaba grebas y una coraza de factura del Mar Interior; pesados brazaletes de oro rodeaban sus brazos, y una larga espada colgaba de su cadera. Pero lo que atrajo las miradas de los presentes no fue ninguna de estas cosas. En torno a su cintura, y colgando hasta la rodilla, llevaba atado un grueso fajín escarlata. Brillaba a la luz del crepúsculo; el cabo de guerra de los reyes de Tierra del Mar, que no había sido visto desde hacía una generación.

El guerrero fue saludado desde la puerta, y se le ordenó entrar; pero él negó con la cabeza arrogantemente, haciendo que sus largos cabellos revoloteasen.

—Aquí me quedaré, habitantes de la caliza —dijo—. Traigo un mensaje para vuestro señor.

El ujier enrojeció ante eso, tocándose la barba.

—Nuestro rey no recibe a desconocidos —dijo finalmente—. Ni los mensajes son bienvenidos, salvo si proceden de los dioses. Cuéntamelo a mí.

El desconocido escupió.

—Lo primero es esto —dijo—. Un hijo ha nacido de Marck, señor del Paso. El resto es para sus oídos.

Si notó la consternación causada por sus palabras, no reaccionó. Se quedó sentado tranquilamente sobre su caballo, mirando más allá de la mota hacia la luz brillante, mientras que los hombres volvían corriendo sobre la hierba del patio exterior. Hubo una espera, una agitación en el patio interior; y el propio Marck apareció, con Thoma a su lado.

Todos quedaron sorprendidos por la delgadez del rey. Sus ojos brillaban como los de un pajarillo en su cara hundida; una túnica manchada se agitaba en torno a sus pantorrillas, y caminaba como con dificultad, aferrado al brazo del senescal. Subió los escalones hasta el parapeto de la puerta dubitativamente; pero cuando habló, su voz, aunque débil, era clara.

—¿Qué noticias traes? —preguntó—. Di lo que tengas que decir; luego entra, y te daremos de comer.

El jinete volvió a negar con la cabeza. Alzó la vista, con los ojos pálidos.

—Éstas son las palabras de Dendra de la Llanura —dijo—. Escúchalas, y presta atención. Que el Paso le causó vergüenza, pues la sangre de su Casa fue vendida a cambio de indigno oro. Que tendrá una ventana sobre el mar, como corresponde a su linaje; que se sentará en tu trono, en pago por su vergüenza; y que su brazo es fuerte. Pues los caballos de los habitantes de la caliza se reproducen más rápidamente que su rey.

Un murmullo creció al instante entre los observadores. Más de un soldado se llevó la mano al costado, o puso una flecha en el arco. Mientras, en torno a Marck, la torre y la casa de guardia parecieron dar vueltas de repente. Thoma le agarró; pero él negó con la cabeza, apartándole. Alzó los brazos; y poco a poco, el ruido cesó.

—Todo esto es extraño para mí —dijo, cuando pudo hacerse oír de nuevo—. No busco la guerra con Dendra; ni con ningún hombre en el mundo, pues he dado mi vida en arrepentimiento por grandes crímenes. Pero háblame sobre mi hijo, si éste es el mensaje que me traes. Háblame y te pagaré bien, con oro.

El otro hizo volverse a su caballo despectivamente.

—Ningún rey de la caliza paga a un hombre de la Llanura, salvo con sangre —dijo—. En cuanto a tu hijo, esto es lo que mi señor me ordenó decir. El niño nació en las alturas, como corresponde a su posición; ¡y tuvo muchas comadronas! —No esperó más, sino que clavó los talones en el caballo con un largo grito.

Los observadores vieron que el rey del Paso acusaba el golpe; pero al instante siguiente había levantado la cabeza. Oyeron alzarse su voz, cascada y aguda.

—¡Detened a ese hombre...!

Las flechas volaron, silbando. Pareció que el mensajero se tambaleaba en la silla; pero se repuso, azuzando al caballo e inclinándose hacia delante. Los pies batieron sobre los pórticos y las escaleras de madera; las puertas se abrieron entre chirridos; y una nube de caballeros atronó la tierra saliendo en persecución y se abrió en abanico sobre el brezal.

Pasó la medianoche antes de que volvieran. Llevaron consigo

a un hombre que había perdido la vista y a otros dos con rostros cenicientos que gemían, con los miembros envueltos en vendas improvisadas; pues el hombre de la Llanura, aunque herido, había luchado bien. El mensajero, o lo que quedaba de él, iba arrastrado por un caballo. Lo subieron hasta la casa de guardia; y lo colgaron de su muralla por los pies.

Un tambor de guerra de Tierra del Mar es un gran artefacto, tan grande como dos barriles de vino, y con una base de pieles tensadas. Sus latidos, con el tiempo sereno, llegan a muchos kilómetros de distancia; y fue un tambor así el que habló, toda la noche y todo el día siguiente, desde la mota del rey Marck. Por toda Surgardia fue escuchado el batir; hasta que los agotados tamborileros, descansando junto a su gran instrumento, oyeron las respuestas batiendo como ecos en las colinas. Los reyes del mar los oyeron lejos al oeste, y se agitaron inquietos en sus lechos; las tierras más allá de la Roca Negra los oyeron, y el pueblo del Pantano en el norte. Pero por muy rápidas que se extendieran las llamadas, las noticias viajaron aún más deprisa: que la reina había muerto, y que el heredero del Paso había sido echado a los cuervos. Las almenaras ardieron sobre las murallas y las atalayas, hasta que pareció que Surgardia estaba en llamas. Los hombres marcharon y cabalgaron, armados y serios, y se reunieron en la mota de Marck. Pasaron dos días, y un tercero; luego desde las colinas surgió un ejército, como abejas de una colmena estremecida.

El invierno que siguió vivió largamente en las historias de los trovadores. La Llanura fue arrasada, desde el sur hasta el norte; pues aquello que encontraba la gente de las colinas, lo mataba. Por todas partes sobre la tierra, desde Arroyo Largo hasta las ciénagas del oeste, viajó el cabo rojo; tras él cabalgaban el terror, el fuego y la muerte. Los mensajeros de Atha se movilizaron en vano; las motas fueron saqueadas; feudos enteros, destruidos. Los salvajes jinetes de Dendra lucharon como diablos; pero los hombres de las colinas lucharon mejor. Los hombres de la Llanura fueron forzados a retroceder, furiosos; y cada paso era una vida. Hasta que llegó un día, en una primavera mal recibida, en que el rey Marck entró de nuevo en la casa de Odann.

Largo tiempo permaneció en pie, con su armadura castigada y rota. Vio la luz que inundaba el lugar, entrando a través de los muros deshechos. Vio los muertos amontonados, la sangre que man-

chaba las banderas, las mujeres que lloraban y se encogían. Olió la peste nueva y densa; quizá olió el miedo. Entonces habló a sus seguidores. Sus palabras fueron pocas; pero los que las oyeron pali-
decieron más que antes.

Fue Thoma el que, en una de las cámaras superiores del lugar, se encontró al bufón. En los brazos, aún manchados por el esfuerzo de la mañana, Usk portaba un gran hato de botín. Se pasó la punta de la lengua por los labios; y sus ojos aletearon nerviosamente, mirando la escalera, al otro lado de Thoma. Durante un momento, no habló ninguno de los dos; luego el senescal cerró la puerta tras sí, y dejó en el suelo la cesta que llevaba.

—Ahora, amigo bufón —dijo—, tenemos cuentas pendientes, tú y yo.

—¿Cuentas pendientes? —dijo Usk—. ¿Estáis loco? —Volvió a lamerse los labios; luego, volviendo en cierta forma a su antigua forma de expresión, dijo—: Thoma, vejiga hinchada, el trabajo arduo y el escaso uso os han cocido los pocos sesos que os quedan. Dejadme pasar...

Pero el otro le atrapó, arrojándole hacía atrás. El hato se abrió y se esparció; Usk gimió, y la recia pared se estremeció. Se hizo el silencio; un silencio en el que ambos oyeron, mezclados con el crepitar de las llamas en el patio exterior, los lamentos de los condenados.

—Viejo amigo —dijo Usk—, por haberos tratado con altanería, os confieso mi error...

—¿Por haberme tratado, pedazo de mierda? —gruñó Thoma—. ¿Qué me importa el tratamiento de un bufón, bueno o malo? No es por eso que debes responder.

—Thoma —dijo el otro—. Por todos los dioses... —Pero el senescal alzó un brazo, y le pegó con el dorso de la mano.

—¿Quién —dijo—, contra toda costumbre, incitó al nuestro rey al cortejo? ¿Llenándole el seso de basura, y palabras sobre los dioses? —Volvió a golpearle, y Usk cayó y se arrastró—. ¿Quién trajo al Paso, de todas las que podía haber encontrado, a una puta de la Gran Llanura? Pues el Cangrejo y el Lobo siempre fueron enemigos, como bien sabías. ¿Y quién le contó luego la historia que los demás no querían revelarles? ¡Responde...!

—Lo que conté, lo conté por amor —gimió Usk—. Con el deseo de que no cayera vergüenza alguna sobre esta Casa. Y mira cómo fui recompensado. Expulsado de su presencia...

—¿Vergüenza alguna? —dijo Thoma—. Si no fuera por ti, en esta hora aún estaríamos sentados en el paso, y el rey Marck con nosotros. Y toda esta obra quedaría deshecha. —Y como el bufón le aferrase las rodillas—: Apártate, te digo...

Pero el otro se agarró con la fuerza de la desesperación.

—Thoma, escuchadme —dijo—. Siempre he amado al rey, y a vos...

El senescal le arrojó lejos de sí.

—Deten tu boca —dijo con asco—. Tus bufonadas no te servirán de nada ahora.

—¿Bufonadas? —dijo Usk. Alzó la vista, jadeando—. Las motas de la Llanura eran pocas. Ahora son menos. ¿Quién las quemó? ¿Un dios, con sus rayos, o Usk el bufón? Ahora vendrán los reyes del Arroyo Largo, aquéllos que estaban ligados por un tratado con Odann. Y Morwenton, y el gran Atha... ahora estos reyes nuestros se consumirán entre ellos. Y tú, como jinete, deseas omitir el diezmo...

—Estás loco —dijo Thoma, frunciendo el ceño.

—Sí —dijo Usk—. Loco por servir a un hombre del mar; yo, cuyos padres fueron dueños de este país. Y tú estás loco, todos estamos locos. Pero ahora que los jabalíes vuelan, nos alimentaremos de panceta...

Thoma no escuchó más y se acercó a él, tomándolo por la pechera del justillo.

—Pero mi última broma fue la mayor —gritó Usk—. ¿Quién hizo que volasen los rumores? ¿Quién diseñó esta trama para una reina de Tierra del Mar? Quizá fue infiel, quizá cierto capitán iba con ella por las noches. Quizá el rey fue justo al cobrarse venganza. ¡Incluso sí yo...! —Su mano se alzó de golpe, tomando la daga enjoyada. Apuñaló con toda su fuerza el costado del senescal, en la ranura donde el peto se unía con la coraza de la espalda.

Se hizo un silencio que se prolongó. Thoma bajó la vista, atónito; luego se pasó los dedos por el costado; luego sonrió. Tomó la muñeca del otro, y apretó; se oyó un crujido, y Usk comenzó a chillar de nuevo. Entonces Thoma alzó el guantelete y lo dejó caer; luego pisoteó, una y otra vez, con sus botas. Levantó el cuerpo fo-

fo, lo puso en el alféizar de una alta ventana y empujó, inclinándose para verlo caer. Vio que los brazos se agitaban, y oyó el gran golpe con el que chocó contra las losas del patio. Entonces sintió el mareo, y se le nubló la vista. Se apoyó contra la pared de la cámara, con una mano contra el costado, y gimió.

— Ahora, él nunca lo sabrá... — dijo entre dientes.

Recogió la cesta que había estado llevando, pesadamente. En las escaleras, tropezó; y un atisbo de movimiento pasó entre sus piernas. Cerró los ojos, respirando con dificultad; luego sacudió la cabeza.

— Un voto es un voto — dijo —. Que hayamos llegado a esto... — Siguió adelante dolorosamente, aferrando la cesta —. Gatito — llamó —. En nombre de los dioses... aquí, gatito. Gatito, gatito...

Las alturas de la Llanura se alzaban vagas y enormes bajo la luz de la mañana; y el viento incesante soplaba, haciendo temblar las crines de los caballos, y ondear las muchas banderas. La torre de Odann, y las empalizadas que la rodeaban, se alzaban recortadas y rígidas. En torno a ellas, desde donde había acampado el ejército, se alzaba el humo de muchas hogueras. Los bueyes mugían en las hileras de tiro; pero de la gran multitud de hombres erigidos con los rostros dirigidos hacia arriba no salía sonido alguno.

Desde un punto tras otro de la mota se proyectaban los enormes brazos de las horcas. Se dio una señal; y en la más cercana, las sogas y las poleas crujieron al tensarse. Un animal bramó de miedo y dolor; luego el cuerpo, enorme y deforme, ascendió rápidamente por la muralla de la mota, y colgó negro y retorciéndose. Otro le siguió, y otro. Primero colgaron al ganado del redil; luego, a los caballos que quedaban; luego, a los restos de la guarnición, luego, a todas las criaturas vivientes entre aquellos muros. Y de todos ellos, las diminutas cosas peludas en sus horcas de ramitas fueron las que más tardaron en morir.

Más tarde, cuando todo estuvo en calma, se prendió el fuego. Las llamas se extendieron velozmente, pequeñas al principio pero cada vez mayores y más brillantes, hasta que el lugar entero rugió como un horno, una hoguera visible a treinta kilómetros. El fuego ardió durante dos días, alimentado por hombres sudorosos que

arrojaron sobre las ascuas relucientes todo lo que quedaba de la casa de guardia y los pórticos, puentes y empalizadas. Al final de esos días el altozano quedó desnudo, y la mota y todo cuanto contenía habían desaparecido; pero la venganza de Marck no había terminado. Se llevaron carretas de un lado a otro sobre las cenizas aún humeantes, mientras que otras se movían en largas hileras a través de la Llanura, cada una con una carga blanca. Sólo cuando su contenido fue extendido, y se cubrieron la colina y sus alrededores con una capa de sal que llegaba hasta los tobillos, se retiró el rey a su mota en el paso.

La primavera del año siguiente, un pequeño grupo de jinetes cabalgaba velozmente a lo largo de un camino bordeado de espinos y saúcos. El día era luminoso y cálido, con nubes algodonosas que se perseguían por un cielo azul oscuro. Los pájaros cantaban en los arbustos que rodeaban el sendero de roderas; en un determinado momento, una urraca se sobresaltó y alzó el vuelo, mostrando alternativamente su plumaje blanco y negro.

El cabecilla del pequeño grupo parecía perfectamente al tanto de la dulzura de la mañana. Miraba a su alrededor mientras cabalgaba, al brezal que se extendía trémulo a lo lejos, los pinos que alzaban sus copas oscuras sobre los matorrales de rododendros. En una ocasión olisqueó, apreciativamente, el denso aroma de la flor de espino; pero en una curva del camino tiró de las riendas.

Ante él, en su desfiladero de caliza, se alzaba la mota. Incluso desde lejos, su aspecto era poco acogedor. Vio los muros manchados, desgastados por el tiempo y tristes; observó la fachada cerrada del torreón, con su maderamen entrecruzado, las pesadas murallas exteriores frente a él, la aldea desparramada al pie del montículo. Volvió la vista hacia su escolta, pero no hizo más gestos; en vez de eso clavó las espuelas en su caballo, y cabalgó entre cascabeleos por el estrecho camino de las casas polvorientas. Los niños dejaron sus juegos en la arena, las mujeres levantaron la vista y miraron con la boca abierta al grupo y las enseñas que llevaba; los banderines con sus caballos blancos y las varas doradas, todas coronadas por una rueda de cuatro radios.

Las puertas de la mota estaban abiertas; el viajero casi esperaba encontrárselas cerradas. Pasó cabalgando bajo el portal, con sus

grandes vigas de madera, y saludó secamente con la cabeza a los hombres que encontró allí. Un paje corrió a tomar sus riendas; bajó del caballo rígidamente y caminó hacia delante. Al robusto caballero que le salió al paso le dijo:

—El señor de este lugar, el gran vasallo Marck del Paso; ¿ha sido informado?

—Mi señor —dijo el otro, encogiéndose bajo su intensa mirada—, tu mensaje fue transmitido.

—Bien. Entonces llévame hasta él.

—Mi señor —dijo el caballero, incómodo—. Soy Thoma, senescal del Paso. ¿Quieres un poco de vino?

El gran salón, amplio y fresco, desmentía en cierto grado el triste exterior del lugar. Se dispusieron copas y un cuenco de mezclar sobre una mesa baja; una camarera vestida de verde y amarillo se apresuró a atenderle, pero el recién llegado la alejó con un gesto.

—Preséntame al rey Marck, te lo ruego —dijo—. Y no tardes más. He viajado lejos, y debo ir aún más lejos antes del crepúsculo.

Thoma se pasó la mano por la cabeza.

—No es posible.

La voz del otro resonó agudamente.

—¿Cómo? ¿Me lo niegas?

—No te lo niego —dijo el senescal—. Él... no ve a nadie.

El heraldo sacó un paquete sellado de su túnica de viaje.

—Entonces —dijo—, yo le veré a él. El rey Atha me ha ordenado que le entregue esto en propia mano. La suya, y no otra. ¿Dónde está su cámara?

Se volvió hacia la escalera cubierta con un cortinaje; y Thoma se interpuso ante él, con los brazos abiertos.

—Mi señor... —suplicó. Entonces se detuvo; pues el otro había alzado los nudillos a la altura de sus ojos. En el dedo corazón, tallado en una piedra verde mate, vio el caballo encabritado.

—Sí —dijo el heraldo secamente—. Su gran sello. Quien me niega algo se lo niega a él. Ahora, condúceme hasta tu señor.

Thoma se volvió con un gesto de desesperación, y subió ante él por los anchos escalones de madera.

En lo alto del tercer tramo, una puerta abierta ofrecía un atisbo de una cámara escasamente amueblada; pero el senescal no se detuvo. El otro le siguió, frunciendo el ceño. Siguieron subiendo, y Thoma se detuvo para manipular una apertura. Se abrió una

trampilla, dejando entrar el aire y la luz. El mensajero pasó por ella, y se quedó mirando.

Habían salido al tejado de la torre. Por debajo se podía ver la aldea. A ambos lados, las colinas se alzaban nítidas en el aire brillante, cruzadas por caminos de cabras, punteadas con grupos de matojos; mientras que desde aquella gran altura era visible el mar, una llanura interminable de cobalto extendiéndose hacia el sur. Estas cosas las vio al primer vistazo; luego concentró su atención en el espacio iluminado por el sol que había ante él.

Por todas partes, clavados en la viga central, sobre postes dispuestos en los parapetos que llegaban hasta la altura del pecho, cebos de carne oscilaban y se pudrían al viento. A un lado, con las plumas moviéndose ociosamente, estaban amontonados los cadáveres recientes de una docena de cuervos, mientras que en la esquina más alejada del lugar había un escondite de lona castigada por el clima. Unas ranuras en los costados servían como huecos; de uno de ellos vio emerger la punta de una delgada flecha.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz débil y quejosa—. ¿De qué se trata ahora? Me habéis estropeado la diversión...

Thoma se acercó pesadamente a la puerta del escondite, y levantó la cubierta.

—Mi señor, el rey Marck del Paso —dijo.

Durante varios días antes de la llegada del ejército, la gente de la colina supo de su avance. De noche, las hogueras del campamento brillaban a lo largo de varios kilómetros; de día, el polvo se alzaba hasta muy alto tras él, una nube visible desde muy lejos por la Llanura. Los forrajeros que envió por delante esquilmaron la región, pagando buen oro por el cereal; y el ruido de su paso estremeció el suelo. Aquí marchaba fila tras fila de infantería, con corazas brillantes, picas y lanzas; aquí, caballería con mantos brillantes, cada tropa con sus estandartes y banderines. Aquí iban máquinas de guerra de toda forma y talla; catapultas y lanzapiedras, con sus grandes brazos atados, balistas con sus enormes madejas de cáñamo; arietes y torres de asedio, el Gato y la Tortuga, el Ratón y el Carnero. Y había también aquí armas del Mar Interior, los legendarios tubos de fuego que ningún habitante de la Isla Blanca había visto jamás, los tubos que escupían truenos y hacían

caer rayos. Pasaron estruendosamente rodando sobre sus ruedas rechonchas y reforzadas con hierro, cada uno tirado por una docena de esforzados bueyes, cada uno con su contingente de ingenieros de túnicas blancas y turbantes. Tras ellos caminaban honderos y arqueros; y tras ellos, los jefes de Tierra del Mar con sus bandas de guerra, hombres enormes con capas y calzas de vivos colores. A la cabeza de cada tropa iba el signo de la rueda; y sobre todos, ondeando al viento, se alzaba el Caballo Blanco de Morwenton, la marca de la Casa de Atha.

El Paso oyó su venida, una mañana gris cuando las nubes ondulaban a baja altura sobre las colinas que miraban al mar y la lluvia salpicaba como tiros de honda el brezal vacío. Entonces la fe de Thoma fue sometida a una dura prueba; pero al cabo de medio día los tambores comenzaron a sonar, y una vez más, las hileras de hombres y caballos salieron sombríamente de la fortaleza en el paso. A un kilómetro de la mota, el senescal desplegó a sus hombres en un semicírculo que cubría la carretera; y allí le encontró la vanguardia real. A su derecha, una tierra pantanosa se extendía hasta las salinas donde revoloteaban las aves marinas; a su izquierda, entrevistas tras velos de lluvia, estaban las colinas.

Desde su posición, cerca del centro de la línea, Thoma observó a los exploradores del rey volverse atrás. El cuerpo principal siguió adelante, hasta detenerse a doscientos pasos de sus hombres. La caballería se paró, cubriendo ambos flancos; entonces se abrieron las filas de la infantería. Entre ellas avanzaron los tubos de fuego. Los tiros, desprovistos del yugo, fueron conducidos a un lado, y las piezas fueron dispuestas. Algunas tenían formas de peces monstruosos; otras, las mayores, tenían forma de dragones. Pero todas abrían negras bocas dirigidas a la fuerza opuesta; y junto a cada una había un hombre de piel morena, con una antorcha humeante en la mano. Se hizo el silencio, y en él pudo oírse claramente el siseo y el susurro de la lluvia; y el senescal miró, con los labios apretados, al hombre que había junto a él.

—Portaestandarte —dijo brevemente—. Hablaré con ellos.

Un paje se adelantó a caballo con la marca de la Casa, un estandarte de seda con el cangrejo rojo en un campo de oro. Thoma asintió a sus capitanes de infantería y caballería, y avanzó hacia delante. Se detuvo a medio camino de las filas del rey, con la cabeza descubierta bajo la lluvia. Hubo un movimiento entre la infantería;

y un hombre se separó de ella solo. Sonó un jadeo junto al senescal, y una gorra que se quitaba rápidamente; y el otro tiró de las riendas, sentado en su caballo fríamente. Como Thoma, no llevaba casco. Su cabellera, antes rubia, era blanca, y los años habían marcado su rostro con el cansancio; pero se mantenía erguido en la pesada silla de guerra, y estaba acorazado del cuello a los pies.

—Esto es algo lamentable de contemplar —dijo al final—. Mis súbditos me hacen la guerra, rompiendo la fidelidad que me deben.

El senescal tragó saliva.

—No hemos roto ningún voto, mi señor Atha —dijo—. Ni hacemos la guerra, salvo con aquéllos que nos la hacen. Mi señor, ¿por qué has venido? Si es para castigarnos, entonces debemos resistir. Pues la palabra de todos los hombres que ves está comprometida con el Paso.

Atha asintió seriamente.

—Respeto la lealtad —dijo—, aunque la veo muy raramente. Pero la lealtad no está en tela de juicio. —Alzó un brazo, apuntando—. Una palabra mía, y os barrerán. A ti y a tu ejército, como paja al viento. Ahora respóndeme, ¿nos impedirás continuar? ¿Decidirás sobre la vida de toda esta gente?

Una voz tras él dijo:

—No necesita hacerlo.

Thoma se volvió lentamente. Marck llevaba su gastada armadura, y una espada. Un muchacho de las colinas llevaba su caballo, un chico con una mata de pelo de quizá diez veranos. Los ojos del rey brillaban, con lágrimas mezcladas con la lluvia que empapaba sus mejillas, y pegaba el cabello escaso contra el cráneo.

—Son todos mi pueblo —dijo—. Mi buen pueblo, a quien yo conduzco... —Se detuvo a unos tres metros del rey, miró las filas tras él y sacudió la cabeza—. Éste es Thoma, senescal del Paso, y mi sirviente fiel y sincero. Trátale con justicia... —Volvió a atisbar con los ojos miopes—. ¿Por qué vienes ante mí con tal despliegue? —preguntó—. No estamos preparados; deberíamos habernos preparado. No es caballeresco, no es propio de un rey. No enviaste ningún mensaje...

—Te envié un mensaje —dijo Atha seriamente—. Pero no me contestaste. Quien desprecia a mi mensajero, enviado con mi sello, me desprecia a mí.

Marck volvió a negar con la cabeza.

—No vi a ningún mensajero —dijo—. La gente del castillo... pero son buenas personas. He estado... muy ocupado. No ha sido... fácil, mantener tu paz en el oeste.

—De eso —dijo Atha secamente— ya me había dado cuenta. —Se inclinó hacia delante—. Rey Marck, no es bueno que estemos aquí sentados, bajo la lluvia. Y mi paciencia es la de un viejo jabalí: corta. ¿Lucharás conmigo o no?

El rey centró en él toda su atención dispersa.

—¿Luchar? —dijo—. ¿Quién ha hablado de luchar? ¿Ha sido Thoma? Ha sido muy negligente... —Bajó de la silla; y el muchacho se apresuró a tomar su brazo—. Venimos a honrarte como súbditos tuyos...

Se puso de rodillas, y tocó el borde del vivo manto del rey; y Atha, inclinándose hasta bajar del caballo, se esforzó por ponerle en pie de nuevo.

—Mi señor —dijo Marck, sollozando—, un gran mal vino a nosotros. Yo fui su autor. Y ahora, por la noche; no puedo descansar, no hay descanso. Pero tú, con tu gran ejército... Trátalos con justicia. Y tú me juzgarás; estoy satisfecho...

Atha hizo una señal a la columna; unos sacerdotes se adelantaron, con hábitos negros, cada uno con el signo de la rueda coronando una vara dorada.

—Estoy muy satisfecho —dijo Marck—. Pero, señor, este niño, nacido de un guardabosques. Su padre murió, su madre no puede alimentarle. Le entrego a ti, para que le tomes a tu cargo. Cometí un gran error...

—Viejo amigo —dijo Atha con suavidad—, ve con estos hermanos. Y tranquilízate. Todo va bien; más tarde hablaré contigo. —Hizo otro gesto, y un oficial se adelantó—. Diles a los maestros de los tubos de fuego que pueden retirarse. Y envíame a mis capitanes. —Luego, a Thoma—. Indícame el camino, buen senescal. Este... recibimiento te honra. Cabalga conmigo, y háblame de tu señor; pues esta noche cenaré con vosotros.

El amanecer aún no había caído sobre el brezal. Sobre los altos árboles que bordeaban el montículo, el cielo mostraba una mancha de plata cada vez más ancha; pero el arroyo, con sus orillas enmarañadas, seguía sumido en una oscuridad aterciopelada. La

mota alzaba su amenazadora altura contra el oeste algo más pálido; y todo en derredor, parpadeando apenas, brillaban las hogueras del ejército en vela.

Atha se detuvo en el patio inferior, aspirando el antiguo frescor del aire del arroyo. Luego se volvió al hombre que estaba a su lado.

—Algunos dicen que dejo tras de mí a un loco —dijo en voz baja—, y otros que a un traidor. ¿A quién dejo, rey Marck?

Marck se frotó las finas manos.

—A un súbdito leal —dijo con su voz cansada— que de buen grado cabalgaría contigo en esta guerra.

Pero el otro negó con la cabeza.

—No —dijo—. No, Marck, necesito otra cosa de ti. Quédate aquí, y sé fuerte por mí; conserva el Paso hasta que vuelva, y me sentiré muy satisfecho. —Hizo un gesto hacia donde, a unos pasos, dos sacerdotes esperaban como sombras en la noche—. En cuanto a lo demás, te dejo a estos buenos hermanos, que son hombres de Dios y de gran sabiduría. Te traerán consuelo.

—No existen los dioses —dijo sordamente Marck—. Esto me lo ha enseñado la sabiduría.

—No existen los dioses —dijo vibrantemente Atha—. Pero sí un dios, piadoso y justo. Que vino a nosotros, un hombre entre hombres, en Tierra del Mar; que fue quebrado en la rueda y sin embargo resucitó, para traer vida eterna. Esto me lo enseñaron sus sacerdotes; y esto es lo que creo. —Unió las manos en un círculo—. Mira este signo. Por él he jurado unificar estas islas; elevar a los débiles y sometidos, y otorgar compasión a todos los hombres. Por esto, cabalgo hacia el oeste. El norte lo hemos sometido, desde la costa que se alza frente a las Islas de la Niebla. Seis motas del Arroyo Largo han ardido; enemigos del Cangrejo, a quienes he aplastado bajo mi talón. —Volvió a hacer el signo—. Un solo pueblo. Que adorará a un solo dios, y caminará sin miedo. Será un pueblo orgulloso, y grande. Para esto, como para todo, necesito tus habilidades.

Pero Marck negó con la cabeza.

—He atravesado un largo valle —dijo—. Incluso ahora, su oscuridad me reclama. Y ella me llama, por la noche, desde todas las colinas. Ella, que era tan pequeña.

La mano de Atha estaba sobre su hombro; sintió que comen-

zaba a temblar, y apretó con fuerza.

—No —dijo con suavidad—, no lo has entendido. Has jugado con la locura, rey Marck. Pero los juegos son para los niños; y tú no eres un niño. Se ha terminado.

Marck inclinó la cabeza.

—No soy digno, señor —dijo—. Quítame la mota. Dásela a otro, y permite que termine mis días.

Percibió la respuesta del otro en su silencio. Finalmente, Atha negó con la cabeza.

—No —dijo—. Tampoco puedes escapar mediante la muerte. No es la voluntad de aquél a quien sirvo.

—Pero, ¿qué queda...? —dijo Marck con voz sofocada.

—¿Qué queda? —dijo Atha vagamente. Miró a su alrededor, a la oscura extensión del brezal—. Las estrellas, las colinas vacías. Estamos todos solos; es un Misterio que los hermanos te explicarán. —Sacudió suavemente al hombre desgarrado—. Que yo traiga sabiduría al erudito del Paso. Buscaste poseerla, comprándola con oro. Viejo amigo, ¡ahora la posees...!

Volvió la mirada hacia la torre y su alta fachada.

—Harás otra cosa —dijo—. Saca tus libros, y encuentra la manera. Constrúyeme una mansión de piedra, como las que tenían los Gigantes. Con fuertes cimientos, aferrada a la roca, a prueba de flechas y dardos de los tubos de fuego. Constrúyela hasta que toque el cielo; y álzala por ella, si no por mí.

Marck se pasó la lengua por los labios.

—No puedo —dijo.

Atha volvió a negar con la cabeza.

—Aún no lo entiendes —dijo—. Los hermanos enseñan, y yo creo, que la muerte es el principio, no el final. Que un día todos resucitaremos, en la gloria del Señor. Entonces ella podrá verla, si sus huesos no encuentran ahora un lugar. ¿Acaso no sabrá que fue hecha para ella?

Se volvió, quitándose los guanteletes.

—Otros hombres vendrán, de otros lugares —dijo—. Para maravillarse, y para aprender. Así, torres de piedra protegerán el reino, y sus gentes quedarán libres del miedo. Serán torres espléndidas, rey Marck; pero ninguna tan espléndida como la tuya, la primera.

Le fue llevado un caballo, con un trote y un cascabeleo. Lo

montó, y se volvió.

—Construye la torre —dijo—. Guarda este lugar para mí; y que el gran Dios te proteja. —Los cascos de su caballo sonaron contra la hierba de la pendiente; oyeron su voz en la puerta exterior y la rápida risa de un soldado, sorprendido como por una broma.

Marck no había respondido nada. Ahora se quedó mirando; y fue como si viera, dibujadas contra la noche, las murallas de una gran mansión. Su mente, contra su voluntad, estaba de nuevo ocupada. Ya veía diseños de viguetas y escaleras; las sogas que usarían para elevar los bloques, los andamios en los que trabajarían los albañiles. Vio, finalmente, el sol brillando sobre la elevación de nueva piedra blanca; y las banderas que la coronaban, orgullosas contra el cielo. El Cangrejo de Tierra del Mar, el Caballo de Atha y la Rueda de Dios. Le pareció que su corazón se aligeraba; de forma que llamó a los sacerdotes y corrió hacia las escaleras de la casa de guardia. Vio la alta silueta del rey pasar ante el amanecer; vio los tejados apiñados y las nieblas en movimiento. Entonces le pareció que el nuevo dios entraba en él, de forma que vio otras cosas, demasiadas para recordarlas o contarlas. Las flores salieron despedidas y navegaron por el cielo, las nubes navegaron como flores, y un gran Ciervo se alzó y sacudió su cabeza de neblina, allí abajo, en el paso de Corfe.

El tráfico, ante él, se ha vuelto a detener. La fila de vehículos parados se pierde en la lejanía, parpadeando entre el resplandor del calor. Una hora antes empezaron a formarse los espejismos, rompiéndose y dividiéndose como charcos de mercurio. Ahora, el sol cae sobre la capota de lona del Champ. Huele a tubo de escape y polvo.

El coche patrulla se mueve lentamente. Su altavoz resuena; las palabras llegan crepitando y desafinadas. Stan Potts mira la luz azul que da vueltas y se pasa la mano por la cara y blasfema. Necesita orinar, y lo lleva necesitando desde hace una hora o más, y el dolor sordo se ha convertido en un dolor agudo y luego en una necesidad agobiante. No se ha atrevido a bajar del coche, no se ha atrevido a salir de la carretera. Mueve la palanca de cambio hacia delante y hacia atrás y mira por el parabrisas manchado e intenta no pensar en nada, en nada en absoluto.

El agente ha salido del coche, y camina de un vehículo a otro a lo largo del atasco. Un alboroto estalla en alguna parte, con cláxones y gritos. Stan se frota la cara de nuevo con el dorso de la mano y tantea tras de sí. Hay una vieja lata de cebo; la encuentra, y se la pone entre los pies.

El agente se apoya en la ventanilla abierta. Está en mangas de camisa; el sudor dibuja una mancha oscura bajo su brazo.

—Wareham es área restringida, no le dejarán entrar —dice—. Será mejor que dé la vuelta.

Lo único que Stan desea en este mundo es que el hombre se vaya.

—Tengo que intentarlo —dice—. Mi padre está muy mayor.

Es como si las palabras vinieran de otra persona, sin haberlas pensado. Traga saliva, y se queda mirando la pintura desportillada de la parte superior del salpicadero. Pero el policía ha seguido adelante de todas formas. No está realmente interesado.

Aferra la lata entre las rodillas, tira de la cremallera. La cabeza le da vueltas; pero el alivio es momentáneo. Lo otro vuelve a reclamar su atención; recuerda los kilómetros que aún tiene que recorrer y lo que debe suceder al otro lado, lo que tiene que hacer. Parece que ya no puede pensar claramente. Debe de estar loco; loco por haber comenzado, loco por estar ahí sentado entre todos esos coches aullantes.

Se deja caer en el asiento, dolorido. Sabe que no va a conseguirlo.